

DAD AU
CIÓN GI

CONSULADO

Y

IMPERIO

DC201

T5

1846

V. 3

C. 1

9(44)



1080043623

E#7 C#161



HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

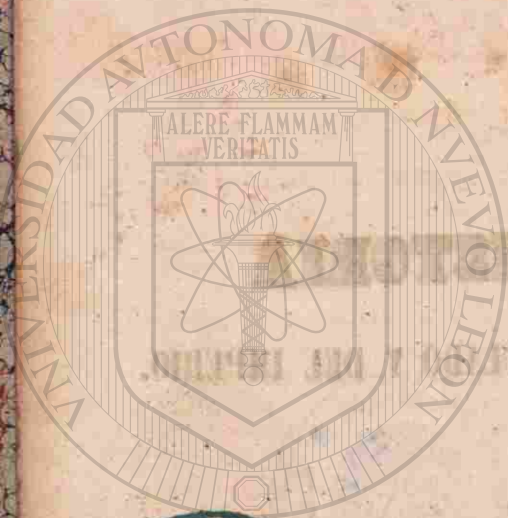


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Biblioteca popular.

DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
T. III. 368



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS:

Traducida al castellano

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO

TOMO III.



Cepillo Alfonso

Biblioteca Universitaria

MADRID 1846:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO.

DE D. F. DE P. MELLADO.—Editor.

54699

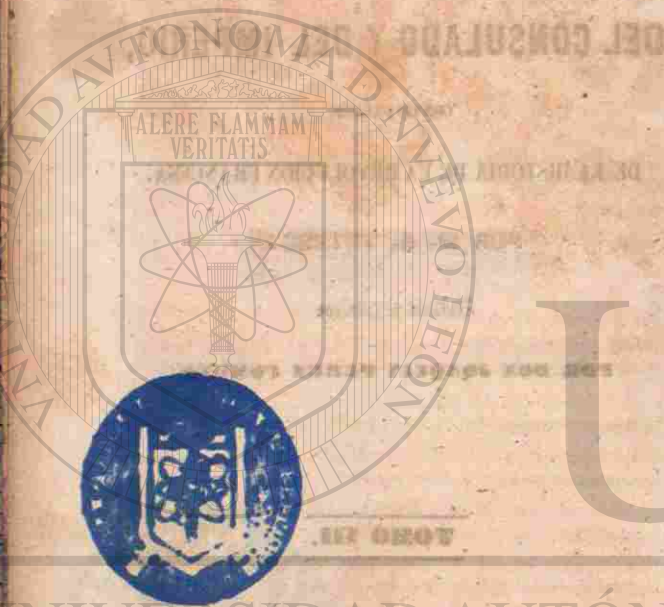
17006

DC 201

75

1846

V-3



Biblioteca
 de la Universidad Autónoma de México

DIRECCIÓN GENERAL DE

17000

24880

LIBRO DÉCIMO.

Evacuacion del Egipto.

Todos tienen fija su atencion en las negociaciones entabladas en Londres, y se preguntan qué influencia ejercerá la muerte de Pablo I sobre aquellas negociaciones.—Estado de la corte de Rusia.—Carácter de Alejandro.—Sus jóvenes amigos forman con él un gobierno secreto que dirige todos los negocios del imperio.—Alejandro consiente en reducir mucho las pretensiones presentadas en París por Mr. de Kalitcheff, en nombre de Pablo I.—Acoge afectuosamente á Duroc.—Sus protestas reiteradas sobre el deseo que le anima de vivir bien con la Francia.—Principio de la negociacion entablada en Londres.—Condiciones puestas previamente por una y otra parte.—Conquistas de ambos países por mar y tierra.—La Inglaterra consiente en restituir parte de sus conquistas marítimas, pero subordina toda la negociacion á la cuestion de saber si la Francia guardará el Egipto.—Los dos gobiernos se ponen tácitamente de acuerdo para contemporizar, á fin de esperar el resultado de los sucesos militares.—Sabiendo el primer consul que la negociacion depende de estos sucesos, escita á la España á que envíe cuanto antes tropas contra el Portugal, y hace nuevos esfuerzos para socorrer al Egipto.—Empleo de las fuerzas navales.—Proyecto de varias expediciones.—Navegacion de Gautcaume al salir de Brest.—Este almirante, pasa felizmente el estrecho.—Dispuesto á dirigirse á Alejandria, se asusta de peligros imaginarios y entra en Tolon.—Estado del Egipto desde la muerte de Kléber.—Sumision del país, y situacion próspera de la colonia bajo el aspecto material.—Incapacidad, anarquía en el gobierno.—Deplorables disidencias de los generales.—Medidas mal concebidas de Menou, que quiere abarcar todos los objetos á la vez.—

DC 201

75

1846

V-3



Caja de libros
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE

17000

24880

LIBRO DÉCIMO.

Evacuación del Egipto.

10

Todos tienen fija su atención en las negociaciones entabladas en Londres, y se preguntan qué influencia ejercerá la muerte de Pablo I sobre aquellas negociaciones.—Estado de la corte de Rusia.—Carácter de Alejandro.—Sus jóvenes amigos forman con él un gobierno secreto que dirige todos los negocios del imperio.—Alejandro consiente en reducir mucho las pretensiones presentadas en París por Mr. de Kalitcheff, en nombre de Pablo I.—Acoge afectuosamente á Duroc.—Sus protestas reiteradas sobre el deseo que le anima de vivir bien con la Francia.—Principio de la negociacion entablada en Londres.—Condiciones puestas previamente por una y otra parte.—Conquistas de ambos países por mar y tierra.—La Inglaterra consiente en restituir parte de sus conquistas marítimas, pero subordina toda la negociacion á la cuestion de saber si la Francia guardará el Egipto.—Los dos gobiernos se ponen tácitamente de acuerdo para contemporizar, á fin de esperar el resultado de los sucesos militares.—Sabido el primer consul que la negociacion depende de estos sucesos, escribe á la España á que envíe cuanto antes tropas contra el Portugal, y hace nuevos esfuerzos para socorrer al Egipto.—Emploeo de las fuerzas navales.—Proyecto de varias expediciones.—Navegacion de Gautcaume al salir de Brest.—Este almirante, pasa felizmente el estrecho.—Dispuesto á dirigirse á Alejandria, se asusta de peligros imaginarios y entra en Tolon.—Estado del Egipto desde la muerte de Kléber.—Sumision del país, y situacion próspera de la colonia bajo el aspecto material.—Incapacidad, anarquía en el gobierno.—Deplorables disidencias de los generales.—Medidas mal concebidas de Menou, que quiere abarcar todos los objetos á la vez.—

A pesar del aviso reiterado de una expedición inglesa, no toma precaución alguna.—Desembarco de los ingleses en la rada de Abukir el 8 de marzo.—El general Friant, cuyas fuerzas están reducidas á mil quinientos hombres, hace inútiles esfuerzos para rechazarlos.—Dos batallones agregados á la división de Alejandria hubieran salvado al Egipto.—Tardía concentracion de fuerzas mandadas por Menou.—Llegada de la division de Lamusse, y segundo combáte dado el 13 de marzo con fuerzas insuficientes.—Menou llega al fin con el grueso del ejército.—Tristes consecuencias de la division de los generales.—Plan de una batalla decisiva.—Batalla de Canope, dada el 21 de marzo, y la cual queda indecisa.—Los ingleses continuán siendo dueños de la costa de Alejandria.—Largas treguas pasadas en contemporizar, en cuyo tiempo hubiera podido Menou reparar los destacadós del enemigo, pero nada de esto hace.—Los ingleses intentan una operacion sobre Roseta, y logran apoderarse de una de las bocas del Nilo.—Penetran en el interior.—El general Menou pierde por su incapacidad la última ocasion que se le presenta, de salvar el Egipto, en Ramanieh.—Los ingleses se apoderan de Ramanieh y separan la division del Cairo de la de Alejandria.—El ejército francés, cortado en dos no tiene mas recurso que capitular.—El general Belliard entrega el Cairo.—Encerrado Menou en Alejandria, ambiciona la gloria de una victoria semejante á la de Génova.—Pierdese el Egipto definitivamente para los franceses.

Pronto iba á ver realizado el primer consul el objeto que se proponia al tomar el poder, pues la calma reinaba en Francia, los ánimos estaban tranquilos, y la paz firmada en Luneville, con el Austria, la Alemania y las potencias italianas, restablecida de hecho con la Rusia se negociaba en Lóndres con la Inglaterra. Una vez firmada formalmente con estas dos últimas potencias, la paz sería general, y en veinte y dos meses habia cumplido el jóven Bonaparte su noble mision, y hecho á su patria la mas venturosa y grande de las naciones del universo. Pero era preciso terminar esta grande obra, y sobre todo concluir la paz con la Inglaterra, porque mientras esta potencia no depusiera las armas, la mar estaba cer-

rada, y lo que era mas grave, la guerra continental podia renacer bajo la influencia corruptora de los auxilios británicos. Verdad es que el cansancio universal dejaba pocas probabilidades á Inglaterra de armar otra vez el continente, y aun acababa de ver á la mayor parte coaligada con nosotros contra su poder marítimo, y á no haber sido por la muerte de Pablo, habria podido espiar cruelmente sus violencias contra las potencias neutrales. Pero aquella muerte repentina era un hecho nuevo y grave que no podria menos de modificar la situacion. ¿Qué influencia ejerceria la catástrofe de San Petersburgo en los negocios de Europa? Esto es lo que se ignoraba todavia, y lo que el primer consul deseaba saber lleno de la mayor impaciencia: así es que para averiguarlo tarde ó temprano, habia enviado á Duroc á San Petersburgo.

Poco antes de la muerte de Pablo, las relaciones con la Rusia no habian dejado de ofrecer bastantes dificultades, á consecuencia del orgullo excesivo de aquel emperador y del no menos excesivo de su embajador en Paris, Mr. de Kalitcheff. El czar difunto queria, como ya hemos dicho en otra parte, dictar por si mismo las condiciones de la Francia con Baviera, Wurtemberg, Piemonte y las Dos Sicilias. Estados de que se habia hecho protector, ó espontánea ú obligatoriamente á consecuencia de los tratados que habian anudado la segunda coalicion. Quería tambien arreglar nuestras relaciones con la Puerta, y decia, que el primer consul debia evacuar el Egipto, porque esta provincia pertenecia al Sultan, y él no tenia razon alguna para despojarle de ella.

Este aliado, enemigo demasiado fogoso de la Inglaterra, presentaba tambien sus peligros y era fácil que diese muy pronto lugar á una desavenencia séria. Por lo demas, lo que solamente pudiera aparecer como un cargo de locura del emperador Pablo, era un verdadero sintoma de los progresos que en el espacio de tres cuartos de siglo habia hecho la ambicion rusa. En efecto, apenas hacia ochenta años que Pedro el Grande, llamando por primera vez la atencion de Europa, se limitaba á querer influir en el norte del continente, luchando contra Carlos XII para dar un rey á Polonia. Cuarenta años despues, llevando ya la Rusia su ambicion á Alemania, luchaba contra Federico, con el Austria y la Francia, para impedir la formacion del poder prusiano. Algunos años mas tarde, en 1772, se repartia la Polonia. En 1778 daba un pasomas, y arreglando á medias con la Francia los asuntos de Alemania, interponia su mediacion entre la Prusia y el Austria, dispuesta á venir á las manos por disputarse la sucesion de Baviera, y tenia la insigne honra de afianzar en Teschen la constitucion germánica. En fin, antes de terminar el siglo, en 1799, enviaba cien mil rusos á Italia, no por una cuestion de territorio, sino por una cuestion moral, por la conservacion, decia, del equilibrio europeo y del orden social amenazados por la revolucion francesa. Jamás en tan corto espacio de años habia caido en suerte á una misma nacion tal engrandecimiento de influencia. Queriendo hacerse Pablo el árbitro de todas las cosas, por precio de su alianza con el primer consul, no era mas que loco partidario de una política que re-

ñejaba profundamente en el gabinete ruso. Su representante en Paris exigia con una calma fria y sostenida, lo que su soberano reclamaba con el desórden acostumbrado de su voluntad, y hasta afectaba, con bastante torpeza por cierto, ser el protector de las potencias débiles que á la sazón se hallaban á merced de la Francia, despues de haberla ofendido. La corte de Nápoles habia querido colocarse bajo esta proteccion, pero apenas pudo lograr nada, porque Mr. de Gallo habia sido despedido de Paris, y su corte obligada á sufrir en Florencia las condiciones impuestas por el primer consul. Lo mismo sucedió á Mr. de Saint-Marsan, encargado de representar la casa de Saboya cerca de la República francesa, y el cual habia querido obrar como Mr. de Gallo.

Mr. de Kalitcheff se habia apresurado á reclamar en favor de las cortes de Nápoles y Turin, cuyos estados habia garantido su soberano, y resolvió, al firmar un tratado con la Francia, no limitarse á estipular el restablecimiento de las buenas relaciones entre dos imperios, que nada tenian que disputar ni por tierra ni por mar, sino arreglar los negocios de Alemania y de Italia, casi en todos sus pormenores, y hasta los de Oriente, pues persistia en pedir la restitucion del Egipto á la Puerta.

A pesar del deseo de contemporizar con el emperador Pablo, se contestó con firmeza á su embajador, habiéndose acordado unir al tratado público, que habia de restablecer lisa y llanamente la paz y la amistad entre los dos estados un convenio secreto, por el cual quedarian obli-

gados á ponerse de acuerdo con la Rusia para el arreglo de las indemnizaciones germánicas, á favorecer particularmente á los soberanos de Baden, de Wurtemberg y de Baviera, que eran sus aliadas ó sus parientes; á reservar una indemnización á la casa de Saboya, sino se le devolvían sus estados: pero sin decir el sitio ni el tiempo, ni la manera con que habia de hacerse aquella, porque el primer consul tenia ya proyectado guardar el Piamonte para la Francia. Esto era todo lo que querian conceder. En cuanto á Nápoles, el tratado de Florencia se habia declarado irrevocable, y por lo que hace á la restitucion del Egipto, se habia acordado no oír siquiera una palabra sobre este asunto.

Insistiendo Mr. de Kalitcheff en sus pretensiones con un tono y unos modales bastante extraños, resolvieron al fin no contestarle, dejándole en Paris bastante embarazado con su papel y con los compromisos que habia contraído en favor de los pequeños estados. Tal era la situacion de los negocios, cuando se supo la muerte trágica de Pablo Mr. Kalitcheff, sin esperar las órdenes de su nuevo soberano, y queriendo salir de la falsa posicion en que se habia colocado, dirigió el 26 de abril una nota urgente á Mr. de Talleyrand, pidiéndole pronta respuesta á todos los puntos de la negociacion, y quejándose amargamente de que se pusieran en tela de juicio en Paris, cosas que habian sido acordadas en Berlin, entre el general Beurnonville y Mr. de Krudener, y hasta llegaba á insinuar que si los estados débiles no eran mejor tratados por la Francia, la gloria del primer consul iba á sufrir menoscabo,

y su gobierno seria confundido con los gobiernos revolucionarios que le habian precedido.

Mr. de Talleyrand le contestó sin demora, que su despacho era improcedente, pues se faltaba en él á las consideraciones que se deben entre si potencias independientes; que no pensaban entregarlo al primer consul porque ofenderian á su dignidad; que Mr. de Kalitcheff podia considerarlo como no escrito; y por último, que la respuesta solicitada en nombre de su gabinete no le seria dada sino hasta que renovase su peticion en otros términos y en otro despacho.

Esta leccion severa produjo su efecto en el ánimo de Mr. de Kalitcheff, quien no dejó de temer un poco los resultados de su imprudencia, y hasta los mismos protegidos que se amparaban á su sombra, temieron su protectorado y se arrepintieron de haberle encomendado sus intereses. Reducido Mr. de Kalitcheff á quedar sin respuesta, ó á reproducir sus reclamaciones en mejor forma, escribió otro pliego en el que reiteraba su demanda de esplicacion, pero enumerando cada objeto sin reflexion alguna, sin queja y sin cumplimientos. El despacho estaba redactado en términos bastante frios, pero decorosos. Contestóle pues, entonces Mr. de Talleyrand, que, vista la nueva forma con que se habia escrito este otro pliego, no habia inconveniente en someter sus preguntas al primer consul, de quien podia prometerse pronta respuesta; añadiendo por último, que solo se conservaria el último despacho en los Archivos de la Cancilleria francesa, y que el anterior seria roto y anulado.

Pocos dias despues contestó Mr. de Talleyrand

á Mr. Kalitcheff en términos políticos, pero muy positivos, renovando sobre todos los puntos el dictamen del gabinete francés, y añadiendo esta reflexión muy natural: que si la Francia había consentido en concertarse amistosamente con la Rusia sobre muchos de los asuntos más importantes de la Europa, y se había mostrado dispuesta á hacer lo que aquella deseaba, era solo en consideración á la alianza interna contraída con Pablo I contra la política inglesa; pero que desde el adveamiento del czar Alejandro, era preciso, antes de conceder las mismas cosas, saber si el nuevo emperador seguiría las huellas de aquel, y tener además la certidumbre de que se hallaría en él un aliado tan resuelto como en el emperador difunto.

Desde este dia quedó tranquilo Mr. de Kalitcheff, y esperó las instrucciones de su nuevo soberano.

Era este un príncipe singular, como la mayor parte de los que han reinado en Rusia en el espacio de un siglo. Alejandro tenía veinte y cinco años de edad, estatura elevada, figura noble y dulce, talento penetrante y corazón generoso. Sin embargo, descubriábase en él algunas huellas de los defectos del padre. Su imaginación viva, impresionable y voluble, acogía alternativamente las ideas más contradictorias. Pero no todo era entusiasmo y expansión en este príncipe notable: había en su rápida inteligencia secretos que se escapaban á los mejores observadores. Era honrado, y al mismo tiempo disimulado y capaz de artificio: algo de estas cualidades y de estos defectos había podido verse en los trágicos sucesos que habían prece-

dido á su advenimiento al trono. Guardémonos sin embargo, de calumniar á este príncipe ilustre, engañado completamente sobre los proyectos del conde Pahlen; pues creyendo con la inesperienza de su edad, que la abdicación de su padre era el único objeto, y sería también el único resultado de la conjuración que le había sido revelada, pensaba que al prestarse á ella no hacía más que salvar al imperio, á su madre, á sus hermanos y á sí mismo, de estrañas vejaciones. Orientado luego por el mismo acontecimiento, detestaba su error y á los que se lo habían hecho cometer. Este jóven emperador, en fin, noble de aspecto, fino en sus modales, vivo de imaginación, entusiasta, voluble, artificioso y difícil á la seducción, estaba dotado de un encanto personal infinito, y destinado á ejercer la mayor influencia sobre sus contemporáneos, y aun sobre el hombre extraordinario, tan difícil de engañar, que dominaba entonces la Francia, y con quien debía tener en un dia tan grandes y terribles altercados.

La educación dada á este jóven príncipe había sido muy estraña. Discípulo del coronel Laharpe, que le había inspirado los sentimientos y las ideas de un republicano suizo, Alejandro había sufrido con su facilidad ordinaria, la influencia de su preceptor, y de ella se resentía visiblemente al subir al trono. Mientras fué príncipe imperial, siempre sometido á un yugo demasiado duro, tan pronto al de Catalina, como al de Pablo, había trabado relaciones con algunos jóvenes de su edad, tales como Pablo Strogonoff, Nowosiltzoff, y sobre todo el príncipe Adam Czartorisky. Este último descendiente de una de las más ilustres familias de Po-

lonia, y muy amante de su patria, era en San Petersburgo una especie de rehen, servia en el regimiento de Guardias, y vivia en la corte con los jóvenes grandes-duques. Alejandro, que se le aficionó por una especie de analogía de sentimientos y de ideas, le comunicaba los dorados sueños de su juventud. Ambos deploraban en secreto las desgracias de Polonia, lo que era muy natural en un descendiente de los Czartorisky, pero muy extraño en el nieto de Catalina; y Alejandro juraba á su amigo, que cuando subiera al trono, volveria á la desventurada Polonia su libertad y sus leyes.

Pablo se habia apercibido de esta intimidad, que no dejaba de inspirarle algunos celos, y habia desterrado al principe Czartorisky nombrándole embajador de Rusia cerca de un rey sin estados, cerca del rey de Cerdeña. Apenas Alejandro fue emperador, envió un correo á su amigo, residente entonces en Roma, y le hizo venir á San Petersburgo reuniendo ademas á su alrededor á Pablo Strogonoff y Nowositzoff, y formando así una especie de gobierno oculto, compuesto de jóvenes sin experiencia, animados de sentimientos generosos, que no todos conservaron, llenos de ilusiones, y poco á propósito, preciso es decirlo, para dirigir un gran estado, en las difíciles circunstancias del siglo. Mostrábanse impacientes por desembarazarse de los viejos rusos que habian gobernado hasta entonces, y con quienes no simpatizaban bajo concepto alguno. Un solo personaje de mas edad, y mas grave, el principe Kotschoubey, que tambien formaba parte de esta sociedad de jóvenes, templaba con su razon mas madura la vivacidad de sus pocos años. Habia recorrido la

Europa, adquirido conocimientos importantes, y hablaba con frecuencia á su soberano de las mejoras que creia útil introducir en el régimen interior del imperio. Todos á un tiempo censuraban la politica que habia consistido primero en hacer la guerra á Francia, á causa de la revolucion, y despues á Inglaterra por una tesis de derecho de gentes. No querian ni una guerra de principios en Francia, ni una guerra maritima en Inglaterra. El gran imperio del Norte, segun ellos, debia mantener la balanza entre aquellas dos potencias, que amenazaban deborar al mundo en su lucha, y llegar á ser por este medio el árbitro de la Europa y el apoyo de los estados débiles, contra los fuertes. Pero en general lo que mas ocupaba su imaginacion, no era tanto la politica exterior, como la regeneracion interior del imperio; y á nada menos aspiraban que á darle instituciones nuevas calcadas en parte sobre lo que se veia en los países civilizados: tenian en una palabra, la generosidad, la inesperienza, y la vanidad de la juventud.

Los ministros ostensibles de Alejandro eran viejos rusos, prevenidos contra la Francia, encaprichados en favor de la Inglaterra, y ademas muy desagradables á los ojos de su soberano. El conde Pahlen era el único que, gracias á la firmeza de su juicio, no participaba de las preocupaciones de sus colegas, y era de parecer que no debian entregarse á influencia alguna, sino permanecer neutrales entre Francia é Inglaterra. Bajo este aspecto, sus ideas convenian al nuevo emperador y sus amigos; pero el conde Pahlen cometia el error de tratar á Alejandro como principe adolescente, á quien habia colocado sobre el tro-

no, y habia dirigido y queria dirigir todavia. La vanidad demasiado susceptible de su jóven soberano se ofendia de ello frecuentemente. El conde Pahlen trataba sobre todo con dureza á la emperatriz viuda, que ostentaba un dolor fastuoso y un odio implacable contra los asesinos de su marido. En un establecimiento religioso que dependia de ella, habia hecho colocar una imágen de la virgen con el emperador Pablo á sus pies, implorando la venganza del cielo contra sus asesinos. El conde Pahlen mandó quitar la imágen á pesar de los gritos de la emperatriz y del desagrado de su hijo. Un ascendiente ejercido con tanta dureza no podia ser duradero.

En los primeros dias del reinado, el conde Pania continuó presidiendo á las relaciones esteriorres; y el conde Pahlen siguió siendo el ministro influyente que se mezclaba en todos los negocios. Alejandro, despues de haber escuchado el parecer de sus amigos, pasaba á despachar con sus ministros ostensibles. Bajo estas influencias diversas, algunas veces contradictorias, se resolvió tratar con la Inglaterra, y comenzar por levantar el embargo impuesto al comercio británico, embargo, que segun Alejandro era una medida injusta. Decidiose, pues, que era preciso hacer con el lord Saint-Helens un reglamento marítimo que salvase, ya que no los derechos de los neutrales, á lo menos los intereses de la navegacion rusa. Alejandro, que colocaba en el número de las ideas poco razonables de su padre, la pretension de ser gran maestre de la órden de Jerusalem, declaró que él por su parte no queria ser mas que su protector, hasta que reunidos los individuos que

componian la órden, nombrasen el gran maestre que tuvieran por conveniente. Esta resolucion allanaba muchas dificultades, ora con la Inglaterra, que tenia muchas en Malta, ora con la Francia, que no habia querido comprometerse en una guerra á muerte para hacer restituir esta isla á la órden; ora en fin, con Roma y España que jamás habian consentido en reconocer por gran maestre de San Juan de Jerusalem á un principe cismático.

Para hacer cesar otro motivo de disputa, entre Alejandro y la Francia, se decidió no reclamar ya la evacuacion del Egipto, porque en realidad habia mas interés en verlo en las manos de los franceses que en la de los ingleses. En cuanto á Nápoles y al Piamonte habia tratados solemnes, segun se decia, que era preciso respetar á toda costa, y Alejandro queria inaugurar su reinado dando una grande idea de su lealtad. Acordóse, pues, que se reclamaria para la córte de Nápoles, no ya la revocacion del tratado de Florencia, sino la garantia de sus estados actuales, y al verificarse la paz la evacuacion del golfo de Tarento. Por lo que hace al Piamonte, se resolvió pedir para la casa de Saboya, ó el mismo Piamonte, ó á falta de este, una indemnizacion proporcionada. En fin, Alejandro queria arreglar de acuerdo con la Francia, la indemnizacion prometida á los principes alemanes, por sus pérdidas territoriales en la izquierda del Rhin. Nada de esto presentaba dificultades, porque se contaba con el consentimiento del primer consul. Cesó Mr. de Kalitcheff en su cargo, y se eligió para reemplazarle á Mr. de Markoff, hombre de talento, pero que bajo el concepto de las formas no valia mas que su antecesor.

Enviado Duroc para visitar al nuevo emperador, halló todos estos puntos resueltos al llegar á San Petersburgo, donde mereció una excelente acogida, así á los ministros como al mismo monarca. Sus finos modales, su talento y su buena presencia, agradaron en Rusia como en Prusia, y supo inspirar á cuantos le trataron grande estimación y entera confianza. Despues de la audiencia de etiqueta, obtuvo muchas conferencias particulares, en las que Alejandro empleó una especie de coqueteria mostrándose sin embozo delante del representante del primer consul. Un día especialmente al pasearse este principe por uno de los jardines públicos de San Petersburgo, vió á Duroc, se llegó á él, le trató con afectuosa familiaridad, hizo que se retiraran sus oficiales, y conduciéndolo á un lugar apartado, le habló con entera franqueza:—Yo soy, le dijo, hace mucho tiempo, amigo de la Francia. Admiro á vuestro nuevo jefe, apreció lo que hace por el reposo de su país, por el afianzamiento del órden social en Europa. No es de mi ciertamente de quien podrá temer una nueva guerra entre los dos imperios; pero desseo que me secunde, y cese de dar armas y pretestos á los envidiosos de su poder. Mirad, yo he hecho concesiones; ya no hablo del Egipto; quiero mas bien que pertenezca á la Francia que á la Inglaterra; y si por desgracia los ingleses se apoderan de él, me uniré á vosotros para arrancarlo de sus manos. He renunciado á Malta á fin de suprimir una de las dificultades que entorpecian la paz de Europa. Estoy ligado con los reyes del Piamonte y de Nápoles por medio de tratados; sé que han hecho agravios á la Francia; ¿pero qué que-

rais que hicieran, rodeados y dominados, como lo estaban por la Inglaterra? Con gran sentimiento veria yo que el primer consul se apoderaba del Piamonte, segun hacen creerlo los actos recientes de su administracion. Nápoles se queja de que la hayan quitado parte de su territorio. Todo esto no es digno de la ambicion del primer consul y perjudica su gloria; pues no se le acusa, como á los gobiernos que le han precedido, de amenazar el órden social, sino de querer invadir todos los estados. Esto le hace mucho daño, y me espone á mí á las murmuraciones de esos pequeños principes que me asedian. Procure poner término entre nosotros á estas dificultades, y viviremos en lo sucesivo en perfecta armonia.

Alejandro, hablando cada vez con mas sinceridad añadió: no conteis nada de esto á mis ministros, sed discreto; no os valgais sino de correos muy seguros; y decid al general Bonaparte que me envíe hombres á quienes pueda confiarme. Las relaciones mas directas son las mejores para establecer la buena armonia entre los gobiernos. Alejandro dijo algunas palabras mas relativas á la Inglaterra, y aseguró que no queria entregarle la libertad de los mares, propiedad comun á todas las naciones, y que si habia levantado el embargo impuesto á sus buques, era por espíritu de justicia. Los tratados anteriores concedian en caso de rompimiento, un año á los comerciantes ingleses para liquidar sus cuentas; era pues una injusticia quitarles sus propiedades, y yo no quiero cometerla, exclamó vivamente Alejandro; este es el único motivo que tengo para obrar de esa manera, pero no se crea por esto que me entrego

á la Inglaterra. Del primer consul depende únicamente que sea yo y permanezca siendo su aliado y su amigo.»

El joven emperador se había mostrado en esta conferencia sencillo, confiado, deseoso sobre todo de separarse de sus ministros, y de hacer ver que tenía sus miras y su política personales.

Duroc dejó á San Petersburgo, calmado de atenciones y de testimonios del favor que allí había disfrutado.

Era evidente, según estas comunicaciones, que la Rusia no podía ser un gran socorro contra la Inglaterra, pero también que habría en lo sucesivo menos dificultades con ella para el arreglo de los asuntos generales. El primer consul, seguro ya de poder entenderse con aquella corte, no se apresuró á terminar la negociacion, porque el tiempo allanaba al parecer de día en día todas las dificultades que subsistían aun entre ella y nosotros. La Inglaterra, en efecto, mostraba poco interés por las casas de Nápoles y Piamonte; y si como había razones para creer, no hacía ya de lo que les concernía una de las condiciones de la paz, debía ser mucho más fácil conducirse como se quería respecto de estas dos casas, cuando la misma Inglaterra las hubiese entregado al primer consul.

La negociacion con la Inglaterra era, pues, el objeto esencial y casi único del momento. Para llevarla á cabo era preciso, no solamente tratar con habilidad en Londres, sino también activar la guerra en Portugal, y disputar el Egipto á las fuerzas británicas, porque el resultado de los acontecimientos en aquellos dos países debía ejercer so-

bre el tratado futuro una grande influencia. Queriendo el primer consul añadir nuevo peso á la balanza, hacía preparativos aparentes en Bolonia y en Calés, para dar á entender que este medio extremo de una expedicion contra la Inglaterra, en el cual había pensado largo tiempo el Directorio, no estaba fuera de sus calculos, ni de sus medios. Tropas numerosas avanzaban hácia aquella parte de la Francia, y en las costas de Normandía, Picardía y Flandes, se reunía multitud de lanchas cañoneras sólidamente construidas, fuertemente armadas y capaces de trasportar tropas y atra-
vesar el paso de Calés.

Según se había convenido, lord Hawkesbury y Mr. Otto habían empleado parte del mes de abril de 1801 (germinal del año IX); en conferencias diplomáticas. Según costumbre, habían sido excesivas las primeras pretensiones. La Inglaterra proponía una base de arreglo muy sencilla cual era la de *uti possidetis*, es decir, que cada una de las potencias guardase lo que los sucesos de la guerra habían puesto en sus manos. La Inglaterra, en efecto, aprovechándose de la larga lucha de Europa contra Francia, se había enriquecido, en tanto que sus aliadas quedaban exhaustas, y había tomado las colonias de todas las naciones. Habíase apoderado de todo el continente de las Indias, así como de las posiciones comerciales más importantes en las cuatro partes del mundo. De los holandeses, había adquirido á Ceylan, esa isla tan basta y tan rica, que colocada al extremo de la península indiana, forma su más hermoso complemento. Había adquirido las demás posesiones de los holandeses en el mar de las Indias, á escep-

cion de la gran colonia de Java. Habiales quitado entre los dos oceanos, el cabo de Buena Esperanza, una de las estaciones maritimas del globo mejor situadas. Sus esfuerzos mas constantes no habian podido proporcionarle la isla de Francia, que ni un momento habiamos cesado de poseer nosotros. En la América meridional habia tambien arrancado á los desgraciados holandeses, que eran los que mas habian perdido en aquella guerra, los territorios de la Guyana, estendiéndose entre las Amazonas y el Orinoco; tales como Surinam, Berbice, Demesari y Essequibo, provincias soberbias que no presentaban, que no presentan aun hoy mismo, un notable desarrollo agrícola y comercial, pero que están destinadas á gozar algun dia de una inmensa prosperidad, y que entonces tenian la ventaja de ser un paso dado hácia las grandes colonias españolas del continente americano. La Inglaterra que codiciaba estas colonias abrigaba la intencion de escitarlas á lo menos á la independencia, para vengarse de lo que le habia sucedido en la América del Norte, y se lisongeaba, acaso con razon, que una vez independientes, serian pronto la presa de su comercio. Hé aquí el motivo porque daba mucha importancia á una conquista hecha en las Antillas españolas, la hermosa isla de Trinidad, situada muy cerca de la América del Sur, como una especie de apeadero, felizmente dispuesto, bien sea para el contrabando, bien para la agresion de las posesiones españolas. Habia hecho otra adquisicion de gran valor en las Antillas; era esta la Martinica arrebatada á los franceses. Los medios empleados habian sido poco legitimos, porque los colonos de la Martinica te-

miendo una sublevacion de los esclavos, se habian puesto ellos mismos en depósito bajo su dependencia, y de un depósito voluntario habia hecho ella una propiedad. La Inglaterra tenia en grande estima á la Martinica, á causa del basto puerto que contenia aquella isla. Habia tomado ademas en las Antillas á Santa Lucia y Tabago, islas medianas en comparacion de las anteriores, y hácia la region de la pesca, San Pedro y Miguelon. En fin, en Europa habia quitado á los españoles la mas preciosa de las Baleares, y á los franceses que la habian conquistado á los caballeros de San Juan de Jerusalem, la isla de Malta, reina del Mediterráneo.

Puede decirse que despues de estas conquistas no quedaba ya gran cosa que disputar á las naciones maritimas, salvas las posesiones continentales de los españoles en las dos Américas. Verdad es que los ingleses amenazaban si se persistia en el proyecto de marchar contra el Portugal con tomar el Brasil por via de indemnizacion.

En cambio de estas vastas adquisiciones maritimas, la Francia se habia apoderado de las partes mas preciosas del continente europeo, mucho mas importantes seguramente que todos aquellos territorios lejanos; pero las habia restituido, esceptuando la porcion comprendida en las grandes líneas de los Alpes, del Rhin y de los Pirineos. Habia conquistado en fin, una colonia que por si sola era una indemnizacion de toda la extension colonial agregada á la Inglaterra, era esta el Egipto. Ninguna posicion valia lo que ella, pues si se pensaba en trastornar nuevamente el

imperio británico en las Indias, el Egipto, era el camino mas seguro para esta empresa, y si como era mas prudente, solo se queria traer hacia los puertos de Francia parte del comercio de Oriente, el Egipto era tambien el camino natural de este comercio. Era, pues, esta la mas preciosa colonia del globo, asi para tiempos de paz, como de guerra. Si en aquel momento el gefe del gobierno francés no hubiera pensado mas que en la Francia, y no en sus aliados, podia aceptar la negociacion propuesta por la Inglaterra; porque la misma Martinica, única pérdida directa y digna de atencion que la Francia habia tenido en aquella guerra, era muy poca cosa comparada con el Egipto, verdadero imperio colocado entre los mares del oriente y occidente, que mandaba á la vez y abreviaba la ruta de aquellos mares. Pero el primer consul consideraba honroso hacer restituir á los aliados de la Francia la mayor parte de sus posesiones. No dependia de él ahorrar á la Holanda todos los sacrificios á que la condenaba la defección de su marina, que habia seguido como es público, al estatuder en Inglaterra; pero pensaba hacer que le volvieran el Cabo y la Guyana; queria que la España, que nada habia adquirido en la guerra, tampoco perdiese nada, y que se le devolviera la Trinidad y las Baleares; en fin, estaba decidido á no ceder la isla de Malta á ningun precio, pues esto era invalidar de antemano la conquista del Egipto y hacerla precaria en nuestras manos. Era, pues, su intencion dejar á los ingleses el Indostan, aun con los pequeños establecimientos de Chandernagor y Pondichery, que no tenian importancia alguna para nosotros; agregar á ellos á Ceylan,

propiedad de los holandeses, pero exigir la restitucion del Cabo de las Guyanas, de la isla de Trinidad, Baleares, Martinica y Malta, y conservar el Egipto, considerando esta conquista como el equivalente para la Francia, de la adquisicion del continente de las Indias por la Inglaterra. Vamos á ver como se condujo para llegar á este objeto, en una negociacion que duró cinco meses enteros.

El negociador francés tenia el encargo de contestar con argumentos perentorios á la pretension de adoptar el *uti possidetis* como base del futuro tratado de paz. ¿Quereis erigir en principio, dijo á lord Hawkesbury, que cada una de las dos naciones guarde lo que ha conquistado? Entonces la Francia deberia guardar en Alemania á Baden, Wurtemberg y Baviera, las tres cuartas partes del Austria; deberia guardar en Italia la misma Italia toda entera, es decir, los puertos de Génova, Liorna, Nápoles y Venecia; deberia guardar la Suiza, que se propone evacuar luego que haya establecido en ella un orden de cosas razonable; deberia guardar la Holanda, ocupada por sus ejércitos, y en la cual se organizarian bajo su influencia las mas poderosas escuadras. Podria tomar el Hannover, darlo como compensacion, á ciertas potencias del continente, y por este medio atraerlas y someterlas de una vez á su influencia. Podria en fin, llevar á cabo la campaña comenzada contra el Portugal, indemnizar á la España con los despojos de este estado, y asegurarse á si misma nuevos puertos. Son estas posiciones marítimas tan importantes como las que se estienden desde el Texel hasta Lisboa y Cadiz,

desde Cadiz hasta Génova, desde Génova hasta Otranto y desde Otranto hasta Venecia. Si se quiere establecer principios absolutos en la negociacion toda paz es imposible. La Francia ha devuelto la mayor parte de sus conquistas á todos los gobiernos vencidos por ella: ha devuelto al Austria una parte de la Italia; á la corte de las dos Sicilias el reino de Nápoles; al papa el estado Romano todo entero; ha dado la Toscana, que le hubiera sido facil reservarse á la casa reinante de España; ha restablecido á Génova en su independencia; se limita á hacer de la Lombardia una república amiga, y se prepara á evacuar la Suiza la Holanda y hasta el Hannover. Es, pues, preciso que la Inglaterra restituya tambien parte de sus conquistas. Las que la Francia reclama no la pertenecen á ella directamente, sino á sus aliados. La Francia considera como un deber recobrarlas para devolvérselas. Por otra parte, cuando se concede á Inglaterra la India y Ceylan, ¿qué son, comparadas con estas posesiones aquellas cuya restitucion se reclama? Si no se quiere hacer concesiones, es menester decirlo, es menester declarar francamente que la negociacion no es mas que una añagaza. El universo sabrá quién tiene la culpa de que se haya hecho imposible la paz; entonces la Francia hará su último esfuerzo, y este esfuerzo difícil, peligroso, sin duda, será acaso mortal para la Inglaterra, porque el primer consul no pierde las esperanzas de pasar el estrecho de Calés, á la cabeza de cien mil hombres.

Lord Hawkesbury y Mr. Addington negociaban con el deseo de obtener una paz ventajosa

para ellos, lo que era natural, pero una paz próxima. Mostráronse sensibles á los argumentos del gabinete francés, y afectados con la resolución que sus palabras revelaban; así es que, presentaron desde luego en la negociacion pretensiones mas moderadas, y que produjeron una avenencia. Contestaron en primer lugar el argumento del primer consul, sacado de las conquistas restituidas por la Francia, que si la Francia habia abandonado parte de sus conquistas, ha sido solo porque no hubiera podido conservarlas, en tanto que ninguna marina del mundo podria quitar á la Inglaterra las colonias que habia conquistado; que si la Francia restituia parte de los territorios ocupados por sus ejércitos, tambien se reservaba á Niza, la Saboya, las márgenes del Rhin, y sobre todo las bocas del Escalda y Amberes; lo cual aumentaba considerablemente sus dominios, no solamente por tierra, sino por mar; que era preciso restablecer el equilibrio europeo roto, que era preciso restablecerlo, ya que no sobre el continente, donde estaba enteramente destruido, á lo menos sobre el Occéano; que si la Francia queria conservar el Egipto, la India no era una compensacion suficiente para la Inglaterra, y que el gabinete británico queria entonces retener una gran parte de sus nuevas adquisiciones. Sin embargo, añadia lord Hawkesbury, nosotros no hemos presentado mas que nuestra primera proposicion; estamos dispuestos á desistir de todo aquello que tenga de demasiado rigoroso. Restituiremos algunas de nuestras conquistas; decidnos solamente las que quereis que restituyamos.

El primer consul dió una réplica muy fuerte

estos razonamientos de los ministros ingleses, pues, según él, no era exacto decir que la Inglaterra podía guardar todas sus conquistas marítimas, mientras por el contrario la Francia no hubiera podido guardar sus conquistas continentales. Habiendo concluido la guerra continental, ora por la postración absoluta de una de las partes aliadas de Inglaterra, ora por el desagrado con que las demás miraban su alianza, la Francia, auxiliada por los recursos de Holanda, España e Italia, habría hecho cuanto hubiese querido en el continente, y podría hacer en el mar mucho más de lo que creían los ministros británicos. Cierto que la Francia no hubiera podido conservar el centro de la Alemania y las tres cuartas partes del Austria, sin causar un trastorno en Europa; pero habría podido concluir una paz menos moderada que la de Lunéville, y habría podido, postrada como se hallaba el Austria desde la batalla de Hohenlinden, guardar la Italia entera, y aun la Suiza, sin que nadie tuviese valor para oponerla la menor resistencia. En cuanto al equilibrio continental, había quedado roto el día en que la Prusia, la Rusia, y el Austria se repartieron entre sí sin equivalente para ninguna otra potencia, el vasto y hermoso reino de Polonia. Las ribeiras del Rin, y las vertientes de los Alpes, eran apenas para la Francia una compensación de lo que sus rivales habían adquirido en el continente. En la mar, el Egipto apenas compensaba la conquista de las Indias, y aun era dudoso que con esta colonia, conservase la Francia sus antiguas proporciones marítimas respecto de la Inglaterra.

Estos argumentos tenían el poder de la razón, y felizmente también el de la fuerza, porque no hasta uno de los dos cuando se entablan negociaciones. No tardaron en ponerse de acuerdo sobre la base de las que entonces ajustaban Inglaterra y Francia, conviniéndose que aquella, quedando propietaria de la India, restituyese parte de las conquistas hechas en Francia, España y Holanda. En seguida se pasó a especificar los objetos que debían guardarse ó restituirse.

Sin conceder formalmente la posesión del Egipto á la Francia, punto sobre el cual el negociador inglés quería dejar siempre una duda, sin embargo proponía dos hipótesis, á saber: aquella en que la Francia conservase el Egipto, y la en que renunciara á él, ora lo perdiese por la fuerza de las armas, ora lo abandonase voluntariamente. En la primera hipótesis, la de la conservación del Egipto por la Francia, la Inglaterra guardando la India y Ceylan comprendiendo á Chandernagor, y Pondichery, exigía además el cabo de Buena Esperanza, parte de las Guyanas, es decir, Berbice, Demesari, Essequibo, la Trinidad y la Martinica en las Antillas, y por último toda la isla de Malta. Habría restituido las pequeñas posesiones holandesas de las Indias, Surinam, las islas insignificantes de Santa Lucía y Tabago, San Pedro y Miguelon, y finalmente Menorca. En la segunda hipótesis, aquella en que los franceses no quedasen en posesión del Egipto, quería también la India y Ceylan; pero se comprometía á devolver los establecimientos de Pondichery y de Chandernagor, el cabo de Buena Esperanza, la Martinica ó la Trinidad, una de las dos á nuestra elec-

cior, guardando la otra. En fin, reclamaba á Malta, pero no de una manera perentoria.

A juicio del primer consul no bastaban estas restituciones, y después de un mes de discusion se logró establecer las proposiciones siguientes, que eran en el fondo el pensamiento de los dos gobiernos.

La Inglaterra queria en todos los casos la India y la isla de Ceylan. Si los franceses evacuaban el Egipto, ella les dejaba los pequeños establecimientos de Chandernagor y de Pondichery; restituía el Cabo á los holandeses con la condicion de que se declararia puerto franco; les restituía también, ademas de Berbice, Demesari y Essequibo sobre el continente americano, el establecimiento de Surinam; devolvía una de las dos grandes Antillas, la Martinica ó la Trinidad, y ademas Santa Lucia, Tabago, San Pedro y Miguelon; en fin la isla de Menorea y Malta. En resumen, por resultado de la guerra obtenia, si nosotros no poseíamos el Egipto, el continente de la India, Ceylan, y ademas una de las dos principales Antillas, y si teníamos el Egipto, obtenia ademas á Chandernagor y Pondichery, el Cabo, la Martinica y la Trinidad, y por último Malta; es decir, que en este segundo caso, necesitaba como precaucion quitarnos los dos apeaderos de Chandernagor y Pondichery, colocados en la gran península indiana, y como indemnizacion la Trinidad que amenazaba la América española, la Martinica que es el último puerto de las Antillas, y finalmente Malta que es el primer puerto del Mediterráneo.

Aunque el Cabo, la Martinica ó la Trinidad,

y Malta, pedidas como de mas en el caso en que conservásemos el Egipto, estuviesen distantes de valer esta importante posesion, y aun cuando hubiese sido conveniente ceder todo desde luego, si esta condicion hubiera sido inevitable, el primer consul esperaba guardar el Egipto, pagando menos cara esta concesion. Asi mismo esperaba que si el ejército ingles, dirigido hácia el Nilo, sucumbia, y los españoles activaban la guerra en Portugal, podria, guardando el Egipto, hacer restituir el Cabo á los Holandeses, la Trinidad á los españoles, Malta á la orden de San Juan de Jerusalem, y obligar de este modo á Inglaterra á contentarse con la India, con la isla de Ceylan, con parte de las Guyanas y con una ó dos pequeñas Antillas.

Todo dependia, pues, de los sucesos de la guerra; y los ingleses que esperaban que les seria propicia, aguardaban tranquilos su resultado, que no podia tardar en ser conocido, pues se trataba de saber, si los españoles se atreverian á marchar contra el Portugal, y si las tropas inglesas mandadas por el almirante Keith en el Mediterráneo, podrian arribar á Egipto; pero, como para conocer este resultado, se necesitaba uno ó dos meses á lo sumo, se adoptó por una y otra parte el remedio de ganar tiempo, sin dejar de poner el mayor cuidado en no romper la negociacion que se deseaba sinceramente llevar á feliz término. La multitud y complicacion de objetos que debian debatirse proporcionaban á las partes contratantes un medio natural de ganar ese tiempo, sin necesidad de recurrir á la astucia diplomática.

«Todo depende, escribia Mr. Otto, de dos co-

sas: ¿el ejército inglés era batido en Egipto? ¿La España marchara francamente contra el Portugal? Apresuraos á obtener estos resultados ó uno de los dos, y alcanzareis la hermosa paz del mundo; pero debo deciros, añadía, que si los ministros ingleses temen mucho á nuestros soldados de Egipto, no temen la resolución de la corte de España.»

De esta manera hacia el primer consul continuos esfuerzos para despertar á la antigua corte de España, y hacerla concurrir á sus dos grandes designios, que consistían por una parte en apoderarse del Portugal, y por otra, en dirigir hacia el Egipto las fuerzas navales de las dos naciones. Desgraciadamente los resortes de aquella antigua monarquía estaban gastados. Un rey bondadoso, pero obcecado y absorto por los cuidados de las vulgares y menos dignos del trono; una reina entregada á las mas vergonzosas liviandades; un favorito presuntuoso, frívolo, incapaz, consumían en el ocio y la licencia los últimos recursos de la monarquía de Carlos V. Luciano Bonaparte, enviado de embajador á Madrid, para indemnizarle del ministerio de lo interior, Luciano, deseoso de competir con José en sus triunfos diplomáticos, se agitaba en España para servir allí con buen éxito la política de su hermano; verdad es que habia adquirido influencia, gracias á su nombre, y gracias tambien al afortunado atrevimiento con que prescindiendo de los ministros propietarios, para ir en derechura al verdadero gefe del gobierno, es decir, al príncipe de la Paz.

Colocando á este príncipe entre el resentimiento ó el favor del primer consul, habia escitado en

él un celo poco comun en favor de los intereses de la alianza, y le habia hecho adoptar completamente el proyecto de la guerra contra el Portugal. Luciano habia dicho á la corte de España: anhelais la paz, y la anhelais de una manera ventajosa, ó por lo menos no perjudicial; quereis terminarla sin haber perdido ninguna de vuestras colonias; pues bien, ayudadnos á coger prendas, de que nosotros nos serviremos, para arrancar á la Inglaterra la mayor parte de sus conquistas marítimas.—Semejantes razones eran excelentes y sin réplica, pero no eran las mas decisivas para el príncipe de la Paz. Luciano habia discurrido otras mas eficaces. «Vos lo sois todo aqui, habia dicho al favorito; mi hermano lo sabe, y os echará la culpa si se frustran los proyectos de la alianza. ¿Quereis á los Bonapartes por amigos ó por enemigos?»—Estos argumentos empleados ya para decidir la guerra del Portugal se empleaban diariamente para acelerar sus preparativos. Por lo demas, cualesquiera que fuesen los argumentos que obrasen sobre el ánimo del príncipe de la Paz, lo cierto es que al emprender esta guerra, no hacia traicion á los intereses de su país. Por el contrario, no podia servirlos mejor, porque la guerra contra el Portugal era el único medio de obligar á la Inglaterra á la restitucion de las colonias españolas.

Los preparativos se habian acelerado todo lo posible, y á ellos se aplicaban los últimos recursos de la monarquía. ¿Quién creerá que aquella nacion grande y noble, cuya gloria ha llenado el mundo, y cuyo patriotismo debia estallar muy pronto, desgraciadamente contra nosotros, quien

creerá que hallaba trabajo sumo en reunir veinte y cinco mil hombres; que con puertos magníficos y gran cantidad de bageles, restos del glorioso reinado de Carlos III, se veía apurada para pagar algunos operarios en sus arsenales y poner á nado sus buques; que se hallaba en fin, en la imposibilidad de proporcionarse viveres para abastecer sus escuadras? ¿quién creerá que las quince naves españolas, encerradas hacia dos años en Brest, componian toda su marina, ó por lo menos su marina en estado de servicio? La privacion de metálico, á consecuencia de la interrupcion de las relaciones con Méjico, la habia reducido al papel-monedá, y este habia llegado al último grado de descrédito. Se acababa de hacer un llamamiento al clero, que no poseia en aquel momento los fondos que se necesitaban inmediatamente, pero que gozaba de mas crédito que la corona, y á favor de este crédito habian podido acabarse los preparativos comenzados.

Veinte y cinco mil hombres, no muy mal equipados, habian avanzado al fin hácia Badajoz, pero esto no bastaba. El príncipe de la Paz habia declarado que, sin una division francesa, no se podia aventurar la entrada en Portugal. El primer consul habia apresurado la reunion de esta division en Burdeos, la cual no tardó en atravesar los Pirineos y marchar á grandes jornadas hácia Ciudad-Rodrigo. El príncipe de la Paz queria entrar con los españoles por el Alentejo, en tanto que la division francesa penetraria por las provincias de Tras-os-Monte y de Beyra. El general Saint-Cyr que debia mandar á los franceses, habia ido á Madrid á concertar las operaciones con el príncipe

de la Paz; y aunque poco á propósito para contemplar la susceptibilidad agena, teniendo él mismo demasiada, logró sin embargo que el príncipe aceptase sus buenos consejos, y acordó con él un plan de operaciones conveniente.

Viéndose el Portugal estrechado tan de cerca habia enviado á Madrid al señor de Araujo, pero como le negaban el paso, se dirigió entonces á Francia, donde hallo las mismas negativas. El Portugal, se decia, está pronto á sufrir todas las condiciones, siempre que no se le obligue á cerrar sus puertos á los buques de comercio inglés. Estas ofertas fueron rechazadas, y se convino en pedirle la espulsion completa de los buques ingleses, asi de guerra como mercantes, que se tendria á tres de sus provincias en depósito hasta la paz, y que se la haria pagar en fin los gastos de la expedicion.

Las tropas de las dos naciones se pusieron en marcha, y el príncipe de la Paz dejó á Madrid, llena su cabeza de los sueños mas dorados de gloria. La corte y el mismo Luciano debian acompañarle. El primer consul habia recomendado la mas exacta disciplina á las tropas francesas; habiales prescripto que oyesen misa los domingos, que visitasen á los obispos, cuando atravesasen por la capital de alguna diócesis, y que se conformasen en un todo á las costumbres españolas, pues queria que la vista de los franceses en lugar de alejar á los españoles, los acercase mas y mas á la Francia.

Por este lado todo se verificaba á medida de los deseos del primer consul, y conforme al mayor interés de la negociacion entablada en Lóndres;

pero quedaba todavía mucho que hacer respecto del destino que habia de darse a las fuerzas navales. Ya hemos visto de qué manera debian concurrir al objeto comun las tres marinas de Holanda, Francia y España. Cinco buques holandeses, con cinco franceses y cinco españoles, cargados de tropas debian amenazar el Brasil, ó tratar de recobrar la Trinidad, destinándose al Egipto todo el resto de las fuerzas navales. Ganteaume, que habia salido de Brest con siete buques y llevaba un socorro considerable, seguia la ruta de Alejandria. Los demas buques españoles y franceses se habian quedado en Brest, para hacer temer sin cesar una expedicion en Irlanda, mientras que otra expedicion que habia de salir de Rochefort y unirse á cinco buques españoles armados en el Ferrol y á otros seis armados en Cádiz, debia seguir á Ganteaume al Egipto. Pero temiéndose una indiscrecion, no se reveló este proyecto á España, diciéndole solamente, sin entrar en mas esplicaciones, que hiciera pasar á Cádiz la division naval preparada en el Ferrol. La corte de España reclamó vivamente contra esta direccion, alegando el peligro de atravesar por entre los cruceros ingleses, que eran muy numerosos en la entrada del estrecho y en las inmediaciones de Gibraltar. Además los buques del Ferrol apenas se hallaban en estado de darse á la vela, á causa de haberse retardado demasiado su armamento. Sin declarar Luciano el proyecto sobre el Egipto, habló de la necesidad de dominar el Mediterráneo, de la posibilidad de intentar en este mar alguna cosa útil á los dos paises, y emprender acaso una expedicion para recuperar la isla de Menorca. En fin pu-

do alcanzar las órdenes necesarias, y la division española del Ferrol debió ser conducida á Cádiz por la escuadra francesa de Rochefort. No era esto todo: la España, como recordará el lector, habia prometido dar seis bageles. Habia contestaciones sobre la época en que debia cumplirse esta condicion; pero como se iba á entregar la Toscana, aun antes que la Luisiana fuese devuelta á la Francia, era muy justo que se entregasen inmediatamente aquellos buques. El ministerio español se decidió al fin á escoger seis en el arsenal de Cádiz, y á entregárnoslos en el acto, si bien no queria darlos armados y provistos de víveres, siendo imposible enviar desde Francia cañones y galleta.

Preciso es convenir en que eran estas mezquinas contestaciones, en presencia del enemigo comun, á quien era indispensable batir por todos los medios, si se queria obligarle á reducir sus pretensiones. Estas dificultades fueron al fin resueltas como el primer consul apetecia. Ya hemos visto que el almirante francés Dumanoir habia partido en posta para Cádiz, á fin de vigilar el equipo de los buques españoles y franceses, y encargarse de su mando. Este almirante habia visitado los puertos de España, y habia encontrado en ellos toda la confusion y todas las faltas que son consiguientes á una opulencia negligente y desordenada. Con los restos de un magnifico material, con numerosos buques muy hermosos, pero desarmados, y con establecimientos soberbios, no habia en Cádiz por falta de jornales, ni un marinero, ni un operario para poner esta marina en estado de darse á la vela. Todo estaba en-

tregado al despilfarro y abandono (1) El ministro francés había enviado al almirante Dumañoir créditos sobre las casas mas ricas de Cádiz, y a fuerza de dinero contante, había logrado este oficial vencer las principales dificultades. Despues de haber escogido los buques que habían sufrido menos las injurias del tiempo y de la negligencia española, los armó sirviéndose del material quitado a otros; se proporcionó marineros franceses, emigrados unos á consecuencia de la revolucion, y escapados los otros de las prisiones de Inglaterra; recibió cierto número de ellos enviados de los puertos de Francia á bordo de buques ligeros; pidió y obtuvo permiso para matricular algunos españoles, y enganchó por medio de un sueldo crecido algunos suecos y daneses. Enviáronse á la península los oficiales necesarios para organizar sus estados mayores, y marcharon á Cataluña destacamentos de infanteria francesa, para completar sus dotaciones. Esta division, la del Ferrol, y la de Rochefort, que formaban una fuerza de cerca de diez y ocho buques, debian ir al Egipto despues de haber tocado en Otranto, para tomar allí diez mil hombres de desembarco. Estos proyectos cuya esposicion se ha visto mas arriba, estaban ya en completa ejecución.

Para arrancar á la España los débiles esfuerzos que se acababan de obtener con tanto trabajo, el primer consul había cumplido todas las promesas que le había hecho, con una fidelidad

(1) Los partes de este almirante, que existen en los archivos no del ministerio de marina, sino del de negocios estrangeros, presentan el mas curioso cuadro de lo que puede llegar á ser un gran estado confiado á malas manos.

notable, y aun las había sobrepujado. Habiendo recibido la casa de Parma en lugar de su ducado, el hermoso país de la Toscana, lo cual formaba hacia mucho tiempo el voto mas ardiente de la corte de Madrid, necesitaba para tal sustitucion el consentimiento del Austria. El primer consul se había aplicado á obtenerlo y lo consiguió. El ducado de Toscana había además sido erigido en reino de Etruria. El anciano duque reinante de Padua, principe devoto y enemigo de todas las novedades de la época, era hermano como hemos dicho, de la reina de España. Su hijo, joven muy mal educado, se había casado con una infanta y vivía en el Escorial. A estos dos jóvenes esposos se había destinado el reino de Etruria. Sin embargo, no habiendo prometido el primer consul este reino sino en cambio del ducado de Parma, no quería entregar el uno, sino cuando ocurriera la vacante del otro, y esta vacante no podía ocurrir sino con la muerte ó la abdicacion del viejo duque reinante; pero este viejo duque no quería morir, ni abdicar. A pesar del interés que el primer consul tenía de desembarazarse de semejante huesped en Italia, consintió en tolerarlo en Parma, colocando inmediatamente á los infantes en el trono de Etruria, sin exigir otra cosa sino que vinieran á Paris á recibir la corona de sus manos, como antiguamente los monarcas súbditos acudían á la antigua Roma á recibir la corona de manos del pueblo-rey. Este era un espectáculo grande y singular que quería dar la Francia republicana. Los jóvenes principes dejaron pronto á Madrid para trasladarse á Paris, en el momento mismo en que sus parientes se encaminaban á

Badajoz á fin de dar al favorito el placer de ser visto á la cabeza de un ejército.

Tales eran las atenciones y diferencias con que el primer consul trataba de despertar el celo de la corte de España y obligarla á secundar sus designios. En aquel instante era el Egipto el centro hacia donde se dirigian todos los esfuerzos, todas las miradas, temores y esperanzas de las dos grandes naciones beligerantes, Francia ó Inglaterra, y parecia que antes de deponer las armas, querian aquellas dos naciones servirse de ellas por última vez para terminar con mas gloria y provecho la terrible guerra que ensangrentaba el globo hacia diez años.

Hemos dejado á Ganteaume tratando de salir de Brest el 3 de pluvioso (23 de enero de 1804), en medio de una horrible tempestad. Los vientos habian sido largo tiempo débiles ó contrarios, pero aprovechando al fin una racha de Nordeste, que soplabá del lado de la costa, se habian dado á la vela para obedecer al ayudante de campo del primer consal Savary, que estaba en Brest con encargo de vencer todas las resistencias. Esto podria ser una grave imprudencia; pero ¿qué podia hacerse en presencia de una escuadra enemiga, que bloqueaba incesantemente la rada de Brest, cualquiera que fuese el tiempo que reinara, y no se retiraba sino cuando el crucero se hacia imposible? Preciso era ó no salir nunca, ó salir en medio de una tempestad que alejase á los ingleses. La escuadra compuesta de siete navios, dos fragatas, y un bergantín, todos buques muy veleros, llevaba á bordo cuatro mil hombres de tropa, un inmenso material, y multitud de em-

pleados con sus familias que creían ir á Santo Domingo. Se apagaron los fuegos de la escuadra á fin de no ser descubiertos, y se aparejó en medio de los mayores recelos. El viento de Nordeste era para salir de Brest el mas peligroso de todos. En aquel momento reinaba con estremada violencia, pero afortunadamente no adquirió toda su fuerza sino cuando ya se habian salvado los hancos y se habian metido mar adentro. Hubo que sufrir rachas horribles de viento y un mar espantoso. La escuadra marchaba en orden de batalla, con el navío almirante á la cabeza; éste era el *Indivisible*; seguiale el *Formidable* que llevaba el pabellon del contra-almirante Linois. Seguia el resto de la division, dispuesto cada buque á combatir si el enemigo se presentaba. Apenas se habian metido mar adentro, cuando el viento que continuaba furioso se llevó las tres gavias del *Formidable*. El navío *Constitucion* perdió el palo mayor de cofa; el 10 de agosto y el *Juan Bart*, que le seguian de cerca se colocaron á vapor y estribor, y le guardaron de vista hasta el dia siguiente, para acudir á su socorro en caso de necesidad. El bergantín *Buitre* se hubiera ido á pique, á no haber sido socorrido oportunamente. En medio de la tempestad y de las tinieblas la escuadra habia sido dispersada. Al dia siguiente al rayar el alba, Ganteaume que montaba el *Indivisible*, se mantuvo por algun tiempo al paio á fin de reunir su division; pero temiendo la vuelta de los ingleses, que hasta entonces no se habian mostrado, hizo fuerza de vela hacia el punto de reunion convenido. Este punto de reunion era á cincuenta leguas al Oeste del cabo de Saa Vi-

cente, que es uno de los mas salientes que se hallan en la costa meridional de España. Los otros buques de la division despues de haber seguido la tormenta, repararon sus averías en el mar por medio de su material de repuesto, y acabaron por reunirse todos, á escepcion del navío almirante, que despues de haberlos esperado habia dirigido su rumbo hácia el punto de la cita. El único accidente de la travesía fué un encuentro de la fragata francesa la *Valentia* con la fragata inglesa la *Concordia*, que habia venido á observar la marcha de la division. El capitán Dordelin, que mandaba la *Valentia* dirigió su proa á la fragata inglesa y le propuso el combate; colocóse muy cerca de ella, y le disparó muchos cañonazos que produjeron sobre su puente un horroroso estrago. El capitán Dordelin daba sus disposiciones para asaltar al abordaje, cuando la fragata inglesa maniobrando por su lado para librarse de este peligro, se salvó haciendo fuerza de velas (1).

La fragata francesa alcanzó á la division y bien pronto se reunieron en el meridiano indicado, todos los buques al rededor del pabellon almirante. De este modo se dirigieron hácia el estrecho de Gibraltar, despues de haber escapado como por milagro de los peligros de la mar y del enemigo. Las tropas de la escuadra estaban llenas de entusiasmo, porque comenzaban á adivinar á donde iba, y todos deseaban llenar la

(1) Los ingleses han querido suponer que la fragata francesa fué la que abandonó la batalla, pero los informes que me han dado dos oficiales de alta graduacion que existen todavía, y que formaban parte de la escuadra, no me dejan duda alguna sobre la verdad de la relacion que aqui presento.

gloriosa mision de salvar el Egipto. Importaba apresurarse, porque en aquel momento la escuadra del almirante Keith, reunida en la bahía de Maeri, sobre la costa del Asia Menor, no esperaba ya mas que los últimos preparativos de los turcos, que continuaban muy perezosos, para darse á la vela, y llevar un ejército inglés á las bocas del Nilo. Era, pues, preciso adelantarse á ella, y las circunstancias parecian prestarse á ello de la manera mas propicia. El almirante inglés San Vicente que mandaba el bloqueo de Brest, advertido demasiado tarde de la salida de Ganteaume, habia enviado en su busca al almirante Calder, con una fuerza igual á la division francesa, es decir con siete navíos y dos fragatas. No pudiendo los ingleses imaginar que la division francesa osara penetrar en el Mediterráneo, en medio de tantos cruceros, por otra parte engañados bajo todos conceptos, creyeron que los franceses habian navegado hácia Santo Domingo. El almirante Calder se dirigió pues á las Canarias para trasladarse desde allí á las Antillas. Durante este tiempo habia entrado Ganteaume en el estrecho, y costeaba el Africa para ocultarse á la vista de los cruceros ingleses de Gibraltar. Los vientos no le secundaban suficientemente, pero la ocasion era favorable para el desempeño de su mision, porque el almirante inglés Warren, que cruzaba sin cesar de Gibraltar á Mahon, no tenia mas que cuatro navíos, estando todo el resto de las fuerzas inglesas, con el almirante Keith, empleado en el trasporte del ejército de desembarco. Desgraciadamente Ganteaume ignoraba estos pormenores, y la grave responsabilidad que

pesaba sobre su cabeza le causaba una turbacion involuntaria que jamás las balas habian producido en su intrépido corazon. Incomodado por dos buques enemigos que habian venido á observarle desde muy cerca, el cutter *Sprightly* y la fragata *Suceso*, les dió caza y apresó á los dos. En fin, pasó al estrecho y cruzó el Mediterráneo, no teniendo ya que hacer otra cosa sino forzar velas y dirigirse hacia el Oriente. El almirante Warren en efecto se mantenía en la rada de Mahon, y el almirante Keith, embarazado con doscientos transportes, no habia dejado todavía las aguas del Asia Menor. Estaban, pues, libres las playas del Egipto, y se podia llevar al ejército francés los socorros que esperaba impacientemente, y que hacia tanto tiempo le tenian anunciado; pero Ganteaume, siempre inquieto por la suerte de sus escuadras, y mas todavía por la de los muchos soldados que llevaba á su bordo, se alarmaba á la vista de los menores buques que encontraba. Suponiendo entre él y el Egipto una escuadra enemiga, que no existia, lo que mas le arredraba era el estado de sus hajeles, temiendo que si era preciso precipitar su marcha delante de un enemigo superior, no pudiera verificarlo con arboladuras maltratadas por la tempestad, y reparadas precipitadamente en el mar. Habia, pues, perdido toda confianza, y descontento de la fragata *Valentia* que no era tan velera como queria, quiso deshacerse de ella y dirigirla hacia Tolon. Su intencion era escoltar á dicha fragata durante una parte del viage, á fin de salvarla de los cruceros enemigos; mala razon por cierto, porque valia cien veces mas comprometer la suerte de una

fragata que la de su mision. De resultas de esta falta, fué observado por el almirante Warren que se apresuró á salir de Mahon. Ganteaume, para imponerle miedo fingió darle caza. El intrépido capitán Bergeret que mandaba el navio francés el 10 de agosto, avanzando mas pronto y mas lejos que los demas, vino á reconocer á los ingleses desde muy cerca, y no vió mas que cuatro navios y dos fragatas. Sobrecogido de alegría, creyó que superiores á los ingleses, iban á marchar sobre ellos para perseguirlos ó atacarlos. Pero de repente recibió la señal de cesar la persecucion é incorporarse á la escuadra. Desconsolado este valiente oficial, se puso desde luego en comunicacion con Ganteaume, y le repitió que sus vigias le habian engañado, puesto que no tenian á la vista mas que cuatro navios: ¿quasos esfuerzos! Ganteaume creyó ver siete ú ocho, y resolvió dirigir su rumbo al Norte. Sin embargo, era cierto (como han probado despues los partes del almirante Warren) que no teniamos delante de nosotros mas que cuatro buques enemigos (1). Ganteaume se aproximó pues al golfo de Leon, para despachar á la fragata *Valentia*, y habiendo visto otra vez la escuadra inglesa, entró desatinado en Tolon, donde le esperaba el temor de la cólera del primer consul indignado de ver comprometida tan importante espedicion en el momento mismo del triunfo. Esta resolucion fatal perdió el Egipto, que pudo haberse salvado en aquel mismo dia.

(1) Véase un parte del almirante Warren, de 23 de abril de 1801, inserto en el *Monitor* de 27 de mesidor del año IX. número doble 296 y 297.)

En efecto . mientras que Ganteaume bordeaba entre la costa de Africa y Mahon, dos fragatas, la *Justicia* y la *Egipcia*, que habian salido de Tolon con municiones y cuatrocientos hombres de tropa, habian dirigido su rumbo al Este, y sin encontrar un solo buque inglés, habian entrado en Alejandria. Otras dos fragatas, la *Regenerada* y la *Africana*, que habian partido de Rochefort, acababan de atravesar el Occéano y penetrar por el estrecho en el Mediterráneo sin contratiempo alguno: pero desgraciadamente se habian separado. La *Regenerada* llegó á las aguas de Alejandria el 2 de marzo de 1801 (11 de ventoso del año IX). La *Africana* alcanzada durante la noche por una fragata inglesa, se detuvo para batirla. Llevaba á su bordo trescientos hombres de tropa que queriendo mezclarse en el combate, introdujeron un desórden horroroso, y despues de una lucha heroica fueron causa de su derrota, y de que fuese apresada por la fragata inglesa. Pero, como se ve, de cuatro fragatas, unas de las cuales habian salido de Tolon, y otras de Rochefort; tres que habian llegado sin contratiempo, habian hallado la costa de Egipto libre de la presencia del enemigo, y tan facilmente accesible que habian entrado sin disparar un cañonazo en el puerto de Alejandria. ¡Tan dificiles son los encuentros en la inmensidad de los mares! ¡tan provechosa puede ser en ellos la audacia á un oficial que quiera arriesgar su pabellon por el cumplimiento de un gran deber!

Ganteaume habia entrado en Tolon el 19 de febrero (30 de pluvioso), abrumado de fatiga, devorado de inquietud, y experimentando segun

escribia al primer consul, todos los tormentos juntos (1). Asi debia suceder, puesto que acababa de comprometer intereses de primer orden. El primer consul, naturalmente irritable, contenia dificilmente los impetus de su cólera cuando veia frustrados sus proyectos; pero conocia á los hombres, sabia que no era en el momento mismo de la accion cuando conviene darles señales de desagrado, porque en lugar de reanimarlos no se consigue otra cosa que acabar de infundir en su ánimo el desaliento; sabia que Ganteaume tenia necesidad de ser estimulado y sostenido, y no arrastrado á la desesperacion que todo el mundo temia entonces como el mayor de los males. Por tanto, lejos de abatirlo con sus reconvencciones, le envió á su ayudante de campo Lacuée, á fin de consolarle y reanimarle, á fin de poner á su disposicion tropas, viveres y dinero, y obtener en fin, que hiciera inmediatamente otra salida. Toda su severidad se limitó á censurarle dulcemente que hubiese dejado las aguas del Africa por las de las Baleares, atrayendo de este modo en su persecucion al almirante Warren.

Ganteaume era honrado, gran marino y excelente soldado. Pero su estado moral en aquel tiempo, prueba que la responsabilidad amilana á los hombres mucho mas que el peligro del cañon. Esto mismo es honroso para ellos, porque manifiesta que temen mucho mas comprometer los planes de que están encargados que su propia vida. Animado Ganteaume por el primer consul,

(1) Carta escrita el 19 de febrero (30 de pluvioso), en el mismo dia de su entrada en Tolon, y conservada en los archivos del ministerio de marina.

puso manos á la obra; pero perdió tiempo, ora para reparar las averias de sus buques, ora para esperar los vientos favorables. Quedaban, sin embargo todavía algunos instantes propicios. El almirante Warren se habia dirigido hácia Nápoles y Sicilia. El almirante Keith se aproximaba, es verdad, á Abukir con el ejército inglés; pero no era imposible burlar su vigilancia y desembarcar las tropas francesas, ó mas allá de Abukir, es decir, en Damietta, ó mas acá, á veinte ó veinte y cinco leguas del Oeste de Alejandria, lo cual hubiera permitido á nuestros soldados volver al Egipto, por medio de algunas marchas por el desierto.

Mientras que las instancias del primer consul provocaban otra salida de Ganteaume, nuevas cartas despachadas desde Paris, apresuraban la organizacion de las escuadras de Rochefort, Ferrol y Cádiz, para hacer llegar socorros á Egipto por todas las vias á la vez. En fin, reanimado Ganteaume por las exhortaciones del primer consul mezcladas de frases afectuosas, se dió á la vela el 19 de marzo (28 de ventoso); pero en el momento de salir se encalló el navio *Constitution*, y fué preciso esperar dos dias para volverlo á poner á nado. El 22 de marzo (1.º de germinal) aparejó de nuevo la escuadra con siete navios, muchas fragatas, y se dirigió hácia la Cerdeña sin ser vista por los ingleses.

De desear era que estos esfuerzos fuesen coronados por la fortuna, ó á lo menos parte de ellos, pues nuestro ejército de Egipto, entregado á sus únicos recursos, tenia que luchar con los soldados reunidos de Oriente y Occidente. Sin em-

bargo aunque reducido á sus pocas fuerzas, podia vencer á la muchedumbre de sus enemigos, como lo habia hecho en los campos de Abukir y de Heliópolis, si era bien dirigido. Desgraciadamente el general Bonaparte no estaba ya á su cabeza; Desaix y Kléber habian muerto.

Conviene dar á conocer ahora la situacion del Egipto, desde la funesta muerte de Kléber, cuya sola presencia, asi en las margenes del Rhin como en las del Nilo, bastaba para alentar á nuestros soldados, y hacerles olvidar los peligros, la miseria y los dolores del destierro. Es preciso describir el estado primeramente próspero de la colonia, y despues su desastre tan repentino, y es tanto mas necesario, cuanto que conviene presentar á los ojos de una nacion el espectáculo de sus reveses asi como el de sus victorias, para que puedan sacar de unos y otras lecciones útiles. Cierito que en medio de la prosperidad inaudita del Consulado, fruto de una conducta prudente y previsora no podria ni una desgracia oscurecer el brillo del cuadro que vamos á trazar; pero es preciso dar á nuestros guerreros y á nuestros generales mucho mas que á nuestros soldados, la cruel leccion contenida en los últimos dias de la ocupacion de Egipto. ¡Ojalá les haga reflexionar sobre su inclinacion demasiado frecuente á la desunion, sobre todo cuando una mano poderosa no los somete, ni vuelve contra el enemigo comun la actividad de su espíritu y la vivacidad de sus pasiones!

Cuando murió Kléber, el Egipto parecia sometido, despues de haber visto al ejército del gran visir disipado con una rapidez maravillosa, y reprimida en pocos dias por un puñado de sol-

dados la rebelion de trescientos mil habitantes del Cairo, los egipcios miraban á los franceses como invencibles, y consideraban su establecimiento en las márgenes del Nilo como un decreto del destino. Por otra parte, comenzaban á familiarizarse con sus huéspedes europeos, y á palpar que el nuevo yugo era mucho menos pesado que el antiguo, pues pagaban menos impuestos que bajo la dominacion de los mamelucos, y no recibian en la época de la percepcion del miri bastonazos, como bajo el mando de sus correligionarios despojados. Murad-Bey, principe mameluco de caracter noble y caballeresco, y que habia concluido por someterse á los franceses, tenia en feudo el Alto Egipto. Mostrábase vasallosumiso, pagaba esactamente su tributo, y ejercia una esmerada policia en el Alto Nilo. Este era un aliado con que se podia contar. Una simple brigada de dos mil quinientos hombres, situada en las inmediaciones de Beni-Suef, y siempre dispuesta á replegarse sobre el Cairo, bastaba para contener al Alto Egipto; lo que era una gran ventaja, en atencion á las escasas fuerzas de nuestras tropas.

El ejército francés por su parte, habiendo participado del error de su general en la época del convenio de El-Arisch, y habiéndolo reparado con él en las llanuras de Heliópolis, estaba convencido de su falta, y no se hallaba dispuesto á reincidir en ella. Comprendiendo que debia estrecha cuenta á la República por tan brillante posesion, no pensaba ya en evacuarlo. Por otra parte, como el general Bonaparte se hallaba entonces ocupando el poder supremo, se esplicaba

asi mismo en aquel momento los motivos de su partida, y no le consideraba ya como un desertor. Creyéndose siempre presente á los ojos de su antiguo general, no tenia ya el menor recelo sobre su suerte futura. En efecto, gracias á la prevision del primer consul, que hacia fletar buques mercantes en todos los puertos, no pasaba semana sin que entrasen en Alejandria algunos buques mas ó menos grandes, que llevaban municiones, géneros de Europa, periódicos, correspondencias de familia y despachos del gobierno. A consecuencia de estas comunicaciones continuas, la patria estaba como presente á todos los espiritus. Sin duda se despertaba prontamente el dolor en todos los corazones cuando cualquiera ocasion venia á conmoverlos. En la muerte de Kléber, por ejemplo, cuando el general Menou tomó el mando, todos los ojos se volvieron otra vez hácia la Francia. Al presentar un general de brigada sus oficiales á Menou, le preguntó si pensaba volverlos algun dia á su patria. Menou le reprendió fuertemente; proclamó en la orden del dia su resolucion formal de conformarse con las intenciones del gobierno, que eran guardar siempre la colonia, y todos los corazones se sometieron de nuevo. Pero sobre todo, el general Bonaparte ocupaba el poder, y esta era para los antiguos soldados de Italia la mejor razon para confiar, y la principal garantia para sus esperanzas.

El ejército estaba sobradamente atendido y los géneros á bajo precio. En vez de pagar al soldado en viveres, se le pagaba en dinero. No se le daba mas que el pan en especie, y de este modo gozaba el beneficio de la baratura, y vivia en la mayor

abundancia, comiendo frecuentemente gallina en lugar de carne del matadero. Faltaba paño, pero en atención al calor del clima, se suplía para una parte del vestido, con tela de algodón de que abundaba el Egipto. Por lo demás, se había tomado todo el paño que había llevado el comercio al Oriente, cualquiera que fuese su color, resultando de aquí alguna diversidad en el uniforme, y viéndose por ejemplo, regimientos vestidos de azul, de encarnado y de verde; pero al fin, el soldado estaba vestido que era lo que más importaba. El sabio coronel Conte, prestaba al ejército grandes servicios con la fecundidad de sus invenciones. Había llevado consigo la compañía de los aerostatas, resto de los aerostatas de Fleurus. Era esta una reunión de operarios de todas las profesiones organizadas militarmente. Con su socorro había establecido en el Cairo máquinas de tejer, batanar y tundir los paños, y como no faltaba la lana, se esperaba que pronto se pudiera suplir completamente á los tegidos de Europa. Lo mismo sucedía con la pólvora. Las fábricas establecidas en el Cairo por Mr. Champy, producían ya una cantidad suficiente para todas las necesidades de la guerra. El comercio interior se restablecía de una manera palpable. Las carabanas bien protegidas comenzaban á venir del centro del Africa. Los árabes del mar Rojo se dirigían á los puertos de Suez y de Cosseiv, donde cambiaban café, perfumes y dátiles, por trigo y arroz de Egipto. Los griegos, aprovechándose del pabellón turco, y más ágiles que los cruceros ingleses, traían á Damietta, Roseta y Alejandría, aceite, vino y otros géneros. En una palabra, no se carecía de nada en el presente, y se pre-

paraban grandes recursos para el porvenir. Los oficiales, viendo que la ocupación definitiva del Egipto, era cosa resuelta, tomaban sus disposiciones para establecerse allí lo menos tristemente posible. Los que vivían en Alejandría ó en el Cairo, y este era el mayor número, habían hallado allí alojamientos cómodos. Mujeres sirias, griegas y egipcias, las unas compradas á los mercaderes de esclavos, y las otras obedeciendo á una inclinación voluntaria, habían venido á compartir con ellos sus moradas. La tristeza estaba desterrada. Dos ingenieros habían construido un teatro en el Cairo y los mismos oficiales representaban en él piezas francesas. Los soldados no vivían peor que sus gefes, y gracias á esa facilidad del carácter francés, á familiarizarse con todas las naciones, se les veía fumar y tomar café, en compañía de los turcos y de los árabes.

Los recursos rentísticos del Egipto, bien administrados, permitían satisfacer todas las necesidades del ejército. El Egipto había pagado bajo la dominación de los mamelucos, según el rigor más ó menos grande empleado en la exacción, de treinta y seis á cuarenta millones. En la actualidad no pagaba más de veinte á veinte y cinco millones, y la recaudación era menos dura. Estos veinte y cinco millones, bastaban á los gastos de la colonia, por que todos estos gastos reunidos, no escedían de un millón setecientos mil francos al mes, es decir, veinte millones cuatrocientos mil francos al año. Mejorando el tiempo la recaudación, y haciéndola más exacta y más dulce á la vez, debía aliviar las cargas de la población, y aumentar la riqueza al ejército. No era imposible crear un

escedente de tres á cuatro millones al año, que hubiese servido para formar un pequeño tesoro, ora para subvenir á las circunstancias, estraordinarias ora para ocurrir á las construcciones de utilidad ó de defensa. El ejército constaba todavia de veinte y cinco á veinte y seis mil individuos, incluyendo las administraciones, las mugeres y los hijos de muchos militares y empleados. En este número, se podian contar veinte y tres mil soldados, entre los cuales habia seis mil, que aunque menos útiles, se hallaban en estado de defender la ciudadela, y diez y siete ó diez y ocho mil sanos, robustos y capaces del servicio mas activo. La caballeria era excelente; igualaba á los mamelucos en bravura, y los sobrepujaba en disciplina. La artilleria de campaña era rapida y bien servida. El regimiento, montado en dromedarios, habia llegado al mas alto grado de perfeccion. Recorria el desierto con una rapidez estraordinaria, y habia hecho que los árabes desistieran completamente del pillage. La pérdida corriente en hombres, era poco considerable, pues de veinte y seis mil individuos, solo habia entonces seiscientos enfermos. Sin embargo, suponiendo todavia una guerra larga, habria acaso faltado gente; pero los griegos se apresuraban á alistarse, y los coptos tambien. Los mismos negros comprados á muy bajo precio, y notables por su lealtad, formaban excelentes reclutas. El ejército hubiera podido con el tiempo recibir en sus cuadros, de diez á doce mil soldados, fieles y valientes. Confiado hasta el exceso en su valor y en su experiencia guerrera, no dudaba de que podría arrojar á la mar á los turcos, ó á los ingleses que se le enviasen de Asia ó de

Europa. Es indudable que aquellos diez y ocho mil hombres, bien mandados, reunidos á tiempo, y trasladados en masa contra tropas nuevamente desembarcadas, debian á todo trance quedar dueños de las playas de Egipto; pero para esto era necesario que estuviesen bien dirigidos: tal era la condicion de triunfo para aquel ejército como para cualquiera otro.

Supongamos á Kléber, ó mas bien á Desaix, al prudente y aguerrido Desaix en Egipto, de donde le sacó desgraciadamente el tierno afecto del primer consul; supongámasle escapando del puñal musulman, y gobernando el Egipto durante algunos años, ¿quién puede dudar de que lo habria convertido en una colonia floreciente y que habria fundado allí un imperio soberbio? Un clima sano, sin una sola fiebre, una tierra de una fertilidad inagotable, habitantes sumisos y como adheridos al terreno, reclutas voluntarios, ¿cuánta superioridad de condiciones sobre el establecimiento que hoy fundamos en Africa!

Pero en lugar de Kléber, en lugar de Desaix, era Menou el general en jefe del ejército por derecho de antigüedad. Desgracia irreparable para la colonia y falta gravísima por parte del primer consul, fué no haberle reemplazado oportunamente. ¿Y qué razon se alega para disculpar esta falta de acierto en el primer consul? Que no estando seguro de hacer llegar á tiempo una orden á Egipto, temia que si el despacho que contenia el nombramiento de un nuevo general caia en poder de los ingleses, se servirian de él para desorganizar el mando, pues hubieran publicado que Menou estaba destituido, y no hubieran trasmiti-

do la órden que le daba un sucesor, quedando de esta suerte incierto el mando por espacio de algun tiempo mas ó menos largo. Sin embargo, este motivo no bastaria á disculpar al primer consul, si hubiera podido conocer la profunda incapacidad de Menou bajo el aspecto militar. Una razon le decidió en favor de este general, y era su conocido celo por la conservacion y colonizacion del Egipto. Menou en efecto, habia resistido vivamente el proyecto de evacuacion, combatido la influencia de los oficiales del Rhin, y declarándose en una palabra, jefe del partido colonista, llevando su entusiasmo hasta el punto de convertirse al islamismo, y casarse con una muger turca adoptando el nombre de Abdallah Menou. Estas rarezas hacian reír á nuestros soldados, naturalmente burlones, pero no perjudicaban al establecimiento en la opinion de los egipcios. Menou tenia inteligencia, instruccion, grande aplicacion al trabajo y aficion á los establecimientos coloniales; en fin, todas las cualidades de un administrador, pero ninguna de las cualidades de un general. Desprovisto de esperiencia, de tacto y de resolucion, era por otra parte completamente desgraciado bajo el aspecto físico, pues tenia mucha gordura, la vista muy débil y montaba torpemente á caballo. Era fin, un jefe mal escogido para soldados tan activos y tan arrojados como los nuestros. Ademas carecia de carácter, y dividiéndose los jefes del ejército bajo su autoridad débil, pronto se dejaron sentir los efectos de las mas funestas discordias.

En tiempo del general Bonaparte no hubo en Egipto mas que un espíritu y una sola voluntad.

En tiempo de Kléber hubo por un momento dos partidos, colonistas y anti-colonistas, los que se querian quedar y los que querian partir; pero despues de la afrenta que los ingleses quisieron hacer á nuestros soldados, afrenta gloriosamente vengada en Heliópolis, despues de la necesidad reconocida de permanecer, todo volvió á entrar en órden. Bajo la autoridad imponente de Kléber, hubo union y órden; pero trascurrió muy poco tiempo entre la victoria de Heliópolis y la muerte de Kléber. Desde que Menou tomó el mando desapareció la union completamente.

El general Reynier, buen oficial de estado mayor, que como tal, habia hecho muy buenos servicios en los ejércitos del Rhin, pero frío, sin accion sobre los soldados, gozaba sin embargo de la estimacion universal, siendo considerado como uno de los oficiales mas dignos de figurar á la cabeza del ejército. Despues de Menou era el mas antiguo. En el mismo dia de la muerte de Kléber, se suscitó un vivo altercado entre Reynier y Menou, no para disputarse el mando, sino por el contrario, para declinar su carga. Ninguno de los dos queria aceptarlo, y en efecto, la situacion era espantosa en aquel dia creyendo todos que la puñalada á que habia succumbido el general Kléber, era la señal de una vasta sublevacion, organizada en todo el Egipto por la influencia de los turcos y de los ingleses. Debia, pues, temerse mucho la pesada responsabilidad del mando en circunstancias tan criticas. Menou cedió, sin embargo á las instancias de Reynier y de los demas generales, y consintió en ser el jefe de la colonia. Pero ilustrados bien pronto,

sobre la verdadera situación, por la tranquilidad profunda que siguió á la muerte de Kléber, no tardó en ser codiciado el mando que poco antes habia sido desechado. El general Reynier deseó, pues, lo que habia principiado por no querer. Bajo un exterior frio, modesto, y hasta tímido, ocultaba una vanidad profunda. La autoridad de Menou le llegó á ser insoportable. Prudente y sumiso hasta entonces, se mostró luego murmurador y quisquilloso. En todo hallaba defectos. Menou habia aceptado el mando á instancias de sus mismos compañeros de armas, adoptando el título de *comandante en jefe interino*: Reynier criticó el título tomado por Menou. En los funerales de Kléber, Menou habia designado los cuatro ángulos del féretro á los generales de division, y se habia colocado detrás á la cabeza del estado mayor; Reynier decia, que esto era darse importancia de virey. Menou habia encargado al ilustre Fourier que hiciera el elogio de Kléber: Reynier sostenia que era un desprecio á la memoria de Kléber hacer que lo elogiara otro. La demora en una suscripcion abierta para erigir un monumento á Kléber, dificultades sobre la sucesion de este general, bien mezquina por cierto, como la de los nobles guerreros de aquella época; todas estas puerilidades y otras muchas fueron interpretadas por Reynier y por los que seguian su ejemplo, de la manera mas injusta y odiosa. Citamos estas miserias que serian indignas de la historia, si su misma pequeñez no fuese instructiva, mostrando hasta qué punto puede descender el descontento sin motivo. Reynier, pues, llegó á ser un lugar-teniente insubordinado, necio y culpable. Agregósele el

general Damas, amigo de Kléber, jefe del estado mayor general, y que abrigaba en su corazón todos los celos del ejército del Rhin contra el ejército de Italia. La oposicion residió desde entonces en el seno del estado mayor. Menou no quiso sufrirla tan cerca de sí, y resolvió quitar al general Damas el puesto que este habia ocupado en tiempo de Kléber.

Desconcertados los opositores trataron de parar el golpe, enviando para negociar con Menou al prudente y bravo general Friant, que consagrado únicamente á sus deberes y extraño á todas las divisiones, no se mezclaba en ellas sino para tratar de apaciguarlas. Menou mas firme que de costumbre, no cedió, y reemplazó al general Damas con el general Lagrange. Desde entonces se vió incomodado de menos cerca por sus enemigos, pero no por eso quedaron menos irritados, antes por el contrario estalló mas escandalosa y alarmante la discordia entre los jefes del ejército. Los hombres sensatos deploraban las tristes consecuencias que podian resultar para el mando; consecuencias funestas siempre, pero mucho mas entonces por hallarse distantes de la autoridad suprema y colocados en medio de peligros continuos.

Menou, mal general, pero administrador laborioso, trabajaba dia y noche en lo que él llamaba la organizacion de la colonia. Hizo buenas cosas, tambien las hizo malas, pero sobre todo hizo demasiado. Ocupóse primeramente en establecer suma regularidad en los pagos, empleando para este uso la contribucion de diez millones, impuesta por Kléber á las poblaciones egipcias,

como castigo de la última rebelion. Este era un medio de mantener contento y sumiso al ejército, pues al celebrarse el convenio de El-Arich, se habian notado en él algunos movimientos de insubordinacion provocados en parte por la tardanza que advertian en el pago de sus haberes. Asi es que con sobrada razon miraba Menou el pago puntual de lo que se debia al soldado como una garantía de orden. Pero tomó el empeño temerario de pagar el haber del soldado, siempre, antes de todo otro gasto, olvidando los casos forzados que la guerra podia producir. Dedicó muy particularmente su celo á mejorar el pan de las tropas y logró que llegara á ser excelente. Organizó los hospitales y se aplicó con sumo cuidado á introducir el orden en la contabilidad. Menou era bastante integro, pero algo inclinado á la declamacion. Espresó tan frecuentemente en sus órdenes del dia la intencion de restablecer la moralidad en el ejército que ofendió á todos los generales, quienes preguntaban con rescatimiento si antes de Menou estaba todo entregado al pillage, y si la honradez entre ellos databa solamente desde que se encargó del mando. Verdad era, en efecto, que se habian cometido muy pocas malversaciones desde la ocupacion del Egipto. Habiasse hecho, despues de la violacion del convenio de El-Arich, una presa considerable en el puerto de Alejandria; era esta la de los muchos buques venidos bajo pabellon turco, para trasportar el ejército á Francia, y casi todos cargados de mercancías. Una comision estaba encargada de venderlos en provecho del tesoro de la colonia. Menou desaprobó las operaciones de la comision

y del general Lanusse, que mandaba en Alejandria; llamó á este de una manera que no podia menos de ofender su carácter, reemplazándolo con el general Friant, y por consiguiente al volver al Cairo vino á aumentar el número de descontentos. Menou no se satisfizo con esto; quiso cambiar el sistema de las contribuciones, y bajo este concepto cometió gravísimas faltas. Es indudable que se podia hacer mas tarde una reforma en la hacienda del Egipto, pues con una reparticion equitativa del impuesto territorial, y con algunas tarifas bien entendidas sobre los consumos, era facil aliviar al pueblo egipcio, y aumentar considerablemente las rentas de la autoridad pública; pero en aquel momento, espuestos como estaban á los ataques de fuera, no convenia crear dificultades dentro, y hacer experimentar á la poblacion cambios, cuyo beneficio no podria por el pronto conocer y apreciar debidamente. Percibir con mas orden y equidad los antiguos impuestos, bastaba para establecer entre los mamelucos y los franceses una comparacion de todo punto ventajosa á estos últimos, y para alimentar larga y profusamente el tesoro del ejército. Menou imaginó un catastro general de las propiedades, un nuevo sistema de impuesto territorial, y sobre todo la esclusion de los coptos, que en Egipto eran los arrendatarios de las rentas, y representaban poco mas ó menos el papel que los judios representaban en el Norte de Europa. Estos proyectos, buenos para el porvenir, eran muy malos para el presente; por fortuna, Menou no tuvo tiempo de poner todo su plan en ejecucion, pero tuvo bastante para crear

contribuciones nuevas. Los cheiks *El-Beled*, magistrados municipales del Egipto, recibían en ciertas épocas la investidura del poder municipal, y obtenían algunos regalos de pieles ó chalets de la autoridad que los investía. Ellos correspondían á estos dones con presentes de caballos, camellos y carneros. Los mamelucos renovaban esta ceremonia lo mas frecuentemente posible, por ser ocasion de mucho lucro para ellos, y aun algunos la habian convertido en una prestacion de dinero.

Menou resolvió generalizar esta medida y hacerla estensiva á todo el Egipto. Impuso á los cheiks *El-Beled* una contribucion que podia subir á dos millones y medio. Seguramente eran bastante ricos para pagarla, y aun para muchos de ellos este impuesto regular era un verdadero alivio; pero ejercian una influencia muy grande en las dos mil quinientas poblaciones sujetas á su autoridad, y era esponerse á volverlas contra si, someterlas á un impuesto absoluto, uniforme, sin compensacion, que arrastraba por otra parte la supresion de una costumbre cuyo efecto moral era tan util y ventajoso. Animado Menou del deseo de asemejar el Egipto á la Francia, á lo cual llamaba él civilizarlo, imaginó un nuevo sistema de arbitrios. El Egipto tenia sus impuestos sobre los consumos, que se percibían en los *okels*, especie de almacenes, donde se depositan en Oriente todas las mercancías que se trasportan de un lugar á otro. Este sistema de percepcion era sencillo y fácil, Menou lo convirtió en un impuesto que se habia de cobrar en las puertas de las ciudades, que eran poco numerosas en Egipto. Ademas del desórden y alteracion que esto pro-

ducía en los hábitos del país, el objeto inmediato fué encarecer los géneros en las guarniciones, pesar parte de esta carga sobre el ejército, y escitar nuevos motivos de murmuracion y descontento. En fin, Menou resolvió hacer contribuir á los comerciantes ricos que se libertaban de las cargas públicas, cuales eran los coptos, los griegos, los judios, los damasquinos, los francos, etc.; y les impuso una capitacion de dos millones quinientos mil francos anuales. La carga no era demasiado pesada seguramente, sobre todo para los coptos, enriquecidos con el arriendo de los impuestos; pero estos últimos habian sido muy mal tratados en la rebelion del Cairo; ademas habia necesidad de recurrir á ellos, cuando se queria tomar prestada alguna suma de dinero. No era, pues, prudente enajenárselos, asi como tampoco á los comerciantes griegos y europeos, que identificados con nuestras costumbres y nuestros usos, debian ser nuestros medianeros naturales para con los egipcios. En fin, Menou creó un impuesto sobre las sucesiones que quiso hacer estensivo al mismo ejército, lo cual llegó á ser nuevo motivo de queja para los descontentos.

Menou, como todos los colonizadores poco ilustrados, y mas inclinados á obrar pronto que á obrar bien, poseia en alto grado esa manía de equiparar una colonia con la metrópoli, y creer que vejándola se la civiliza. Para acabar la obra, creó un consejo privado, no compuesto de cuatro ó cinco gefes de servicio, sino de unos cincuenta empleados civiles y militares de diferentes graduaciones, lo cual era un verdadero parlamento que el ridículo impidió reunir. Añadió, pues, á todo

esto un diario árabe, destinado a poner en conocimiento de los egipcios y de los ejércitos los actos de la autoridad francesa.

Los soldados sin embargo se ocupaban poco de estas invenciones. Vivian bien, se reian de Menou, pero apreciaban su honradez y el interés que por ellos se tomaba. Los habitantes se mostraban sumisos, y hallaban despues de todo, el yugo de los franceses mucho mas tolerable que el de los mamelucos. Habia no obstante personas infinitamente mas irritables, y eran los descontentos del ejército, de cuya mordacidad y censura no se hubiera visto libre Menou, aun cuando nada hubiese hecho, porque á falta de actos, habrían criticado su misma inaccion. Pero Menou estaba demasiado poseido de la mania de organizar, para que no suministrase sobrada materia á su critica. Ellos se aprovecharon de esta mania, y llegaron hasta proyectar la deposicion del general en gefe, acto insensato, que hubiera trastornado la colonia, y hubiera convertido el ejército de Egipto en ejército de pretorianos. Se procuró sondear los cuerpos de oficiales de muchas divisiones, pero el espíritu que generalmente los dominaba, era tan poco propicio á los revoltosos, que fué preciso renunciar á este proyecto. Reynier y Damas habian ganado la voluntad de Lanusse, y todos juntos ganaron á Belliard y Verdier, formando bien pronto parte de aquella funesta oposicion todos los divisionarios, excepto el general Friant. Los que se mostraban mas fogosos agitadores, eran Tallien é Isnard, dos antiguos convencionales que el general Bonaparte habia conducido á Egipto para ocupar su ociosidad, y los

cuales estaban á la sazón en el Cairo, deseosos de volver á sus antiguos hábitos y costumbres. A falta de la deposicion del general en gefe, reconocida como impracticable, los generales imaginaron presentarse á él en nombre del cuerpo, y hacerle algunas observaciones sobre sus medidas, muchas de las cuales eran seguramente muy censurables. Ejecutaron, pues, su proyecto, y no fué poca la sorpresa de Menou al verlos entrar tan bruscamente, puesto que ni aun tuvieron la atencion de anunciar su visita. Espusieronle sin rodeos sus quejas, que él oyó con bastante desagrado, aunque no sin cierta dignidad. Prometió tomar en cuenta algunas de sus observaciones, y tuvo la debilidad de no reprimir al punto el desacato de semejante conducta que produjo en el ejército un verdadero escándalo, y fué severamente censurado. Por lo demas, Isnard y Tallien pagaron por todos y fueron trasladados á Europa.

Entretanto llegó la orden del primer consul, que confirmaba á Menou en su cargo, y le investia del mando en gefe de una manera definitiva. Esta espresion de la voluntad suprema llegó muy oportunamente, é hizo entrar en su deber á parte de los descontentos; pero desgraciadamente sobrevinieron nuevas intrigas, y las cosas volvieron á su primer estado. Aquellas almas mezquinas, exasperadas por el destierro y estimuladas á la discordia por la debilidad del mando, emplearon en querellas miserables el tiempo trascurrido desde la victoria de Heliópolis hasta el momento presente, es decir, un año; tiempo precioso que hubiera sido preciso emplear en vivir unidos, para prepararse por medio de la union á vencer al

formidable enemigo, dispuesto á bajar á Egipto.

El Nilo bajaba, las aguas volvian á entrar en su álveo, y comenzaban á secarse las tierras inundadas. Habia llegado la época de los desembarcos. Era el mes de febrero de 1801, (ventoso del año IX). Los ingleses y los turcos se disponian á dar nuevos asaltos á la colonia. El gran visir, aquel á quien Kleber habia batido en Heliópolis se hallaba en Gaza, entre Palestina y Egipto, pues desde su derrota no se habia atrevido á presentarse en Constantinopla, no contando sino de diez á doce mil hombres en su ejército, devorados por la peste, que vivian del pillage, y que todos los días tenian que combatir á montañeses de la Palestina, levantados contra semejantes huéspedes. Semejante estado de cosas no debia durar mucho tiempo. El capitán-baja, enemigo del visir, y favorito del Sultan, cruzaba con algunos buques entre la Siria y el Egipto. De buen grado habria renovado el convenio de El-Arich, pues esperaba poco de la fuerza de las armas para reconquistar el Egipto, y desconfiaba mucho de los ingleses, de quienes sospechaba que querian arrancar aquella bella posesion á los franceses para apoderarse en seguida de ella. En fin, diez y ocho mil hombres reunidos en Macri, en el Asia menor, los unos ingleses, y los demas suizos, malteses y napolitanos conducidos por oficiales esclusivamente ingleses y sometidos á una excelente disciplina, iban á embarcarse á bordo de la escuadra de lord Keith, y bajar á Egipto bajo las órdenes de un buen general, sir Ralph Abercromby.

A estos diez y ocho mil soldados europeos debian agregarse seis mil albaneses que el capitán-

baja trasportaba en aquel momento á bordo de su escuadra; seis mil cipayos que venian de la India por el mar Rojo, y unos veinte mil hombres, malos soldados de Oriente, dispuestos á incorporarse á los diez mil hombres del gran visir en Palestina formando entre todos sesenta mil soldados, á los que el ejército de Egipto no podia oponerles sino diez y ocho mil combatientes. Sin embargo, esta fuerza era suficiente, y aun mas de la que se necesitaba, si la direccion era buena.

Desde luego no habia peligro de ser sorprendidos, porque de todas partes llegaban los avisos, asi del Archipiélago por medio de los buques griegos, como del Alto Egipto por Murad-Bey, y de la misma Europa, por las expediciones frecuentes del primer consul. Todos estos avisos anunciaban una próxima expedicion compuesta á la vez de orientales y europeos. Menou, sordo á los avisos que recibia, no hizo en aquel momento crítico nada de lo que era preciso hacer, y de lo que la situacion indicaba claramente.

La buena política aconsejaba ante todas cosas asegurarse cuidadosamente de la fidelidad de Murad-Bey, tratándole con el decoro debido, porque guardaba el Alto Egipto, y por otra parte preferia los franceses á los turcos y á los ingleses. Menou despreció este cuidado, y contestó á los informes de Murad-Bey de un modo que nos lo hubiera enajenado si hubiese podido. La buena política aconsejaba tambien aprovechar la desconfianza de los turcos, respecto de los ingleses, y sin renovar el escándalo del convenio de El-Arich, paralizarlos por medio de una negociacion simulada, que ocupándolos hubiera debilitado sus es-

fuerzos. Menou no pensó mas en este medio que habia pensado en los otros.

Por lo que hace á las medidas administrativas y militares que reclamaban las circunstancias, no supo tomar ninguna oportunamente. Era necesario en primer lugar hacer en Alejandria, en Rosetta, en Damietta, en Ramaieh, en el Cairo y en todas partes donde pudiera reunirse el ejército, grandes provisiones de guerra, siempre faciles en un pais tan abundante como el Egipto. Nada de esto hizo Menou, pues no queria distraer la menor cantidad del haber del soldado, que habia prometido pagar puntualmente, y que la dificultad de percibir los nuevos impuestos, permitia justamente satisfacer en aquel instante. Era ademas preciso remontar la caballeria y la artilleria, recurso principal contra un ejército de desembarco ordinariamente desprovisto de estas dos armas. Menou se negó á adoptar esta medida por las mismas razones económicas, y aun llevó la imprevisión hasta el punto de escoger aquel momento para castrar los caballos de artilleria que eran enteros, y á los cuales su fogosidad hacia incómodos.

En fin, Menou se opuso á la concentracion de tropas, tan conveniente á la salud de los soldados en aquella estacion, aun cuando ningun peligro hubiese amenazado al Egipto. En efecto, aparecieron algunas señales de peste, y por lo tanto era urgentísimo acampar las tropas y sacarlas de las poblaciones, prescindiendo de la necesidad que habia de movilizarlas. El ejército distribuido en las guarniciones, ó inútilmente aglomerado en el Cairo, ó empleado en la percepcion del miri,

no se hallaba en ninguna parte en estado de obrar; y sin embargo, si Menou hubiera dispuesto convenientemente de los veinte y tres mil hombres que le quedaban, y de los cuales diez y siete ó diez y ocho mil eran capaces de servir activamente, se habria puesto en disposicion de defender por todas partes el Egipto con ventaja. Podria ser atacado por Alejandria á causa de la rada de Abukir, sitiada en las inmediaciones y siempre preferida para los desembarcos; por Damietta, otro punto á propósito para los atracaderos, aunque mucho menos favorable que el de Abukir; en fin, por la frontera de Siria, donde se hallaba el visir con los restos de su ejército. De estos tres puntos no habia mas que uno seriamente amenazado, y era Alejandria y la rada de Abukir: cosa facil de prever, porque todo el mundo se lo temia y lo decaia así en el ejército. Las playas de Damietta por el contrario, eran de un acceso difícil, y se unian por tan pocos puntos con el Delta, que el ejército enemigo si hubiera desembarcado en ellas, habria sido bloqueado facilmente y obligado al punto á reembarcarse. No era, pues, probable que los ingleses vinieran por Damietta. Por la parte de Siria, el visir debia inspirar pocos temores, porque sobre ser muy débil, tenia demasiado presente la derrota de Heliópolis para tomar la iniciativa, y no queria moverse, hasta que los ingleses hubiesen hecho su desembarco. De todos modos era un buen cálculo dejarle avanzar, porque cuanto mas avanzase, mas comprometido se veria. Resulta, pues, que el único asunto que debia llamar la atencion del general en jefe, era el ejército inglés, cuyo desembarco se habia anunciado como muy

próximo. En esta situación era preciso dejar una fuerte división al rededor de Alejandria, es decir, cuatro ó cinco mil hombres de tropas activas, sin contar los marinos y depósitos destinados á la guardia de los fuertes. Dos mil hombres bastaban en Damietta, y para observar la frontera de Siria no se necesitaba mas que el ejército llamado de los Dromedarios. Una guarnición de tres mil hombres en el Cairo, que podía ser reforzada por los dos mil hombres del Alto Egipto, y por unos mil franceses de los depósitos, bastaba y sobraba para contener la población de la capital, aun cuando se hubiese presentado el visir delante de sus muros. Estos diferentes empleos absorbían once ó doce mil hombres de diez y siete ó diez y ocho mil de tropas activas. Quedaba una reserva de seis mil hombres escogidos, con los cuales debía formarse un gran campamento, que, estuviese cerca de Alejandria y de Damietta. Existía, en efecto, un punto que reunía todas las condiciones apetecibles, y era Ramanieh, lugar sano á orillas del Nilo, no lejos de la mar, situado á una jornada de Alejandria, á dos de Damietta, y á tres ó cuatro de la frontera de Siria. Si Menou hubiera establecido en Ramanieh su reserva de diez mil hombres, podía al primer aviso llevarlo en veinte y cuatro horas sobre Alejandria, en cuarenta y ocho sobre Damietta, y si era necesario, en tres ó cuatro dias á las fronteras de Siria. Semejante fuerza hubiera hecho impotentes en todas parte las tentativas del enemigo.

Menou no pensaba en ninguno de estos medios, y no solamente no pensó en ellos sino que rechazó los consejos de todos los que quisieron que los

adoptase. De todas partes recibia buenos consejos, principalmente de los generales que le eran opuestos. Estos, y sobre todo Reynier, mas habituado que los demas á las grandes disposiciones militares, le revelaron el peligro y hasta le indicaron las medidas que debía tomar; pero con su oposicion intempestiva habian perdido todo su crédito para con el general en jefe, y ahora que tenian razon, no eran mas atendidos que cuando no la tenian.

Friant, extraño á las fatales discordias del ejército, se ocupaba con celo en la defensa de Alejandria. Había organizado los marinos y los soldados de los depósitos de una manera que le permitia confiarles la guardia de los fuertes; pero hecho esto no tenia mas que dos mil hombres de tropas activas que poder reunir en el sitio donde se hiciera el desembarco. Todavía necesitaba consagrar parte de esta fuerza á guardar los puntos principales de la playa, tales como el fuerte de Abukir, los puestos de la Casa-Cuadrada, de Edko y de Roseta. Ocupados estos puntos, no debían quedarle mas de dos mil quinientos hombres. Afortunadamente la fragata *Regenerada*, venida de Rochefort, había traído un refuerzo de trescientos hombres con cantidad considerable de municiones. Gracias á esta circunstancia inesperada, la fuerza móvil del general Friant subió hasta dos mil quinientos hombres. Imagínese de cuánto socorro hubiese sido en aquel momento la escuadra de Ganteaume, si contando este almirante algo mas con la fortuna, hubiese llevado los cuatro mil soldados escogidos que se hallaban á bordo de sus buques.

En el desamparo en que se hallaba el general

Friant, se limitaba á pedir dos batallones mas, y un regimiento de caballeria. En el hecho esta fuerza hubiera bastado, pero era muy temerario en semejante coyuntura, confiarse á un refuerzo de mil hombres. Preciso es decirlo, la confianza del ejército en sí mismo, contribuyó mucho á perderlo. Habia adquirido la costumbre de batiase en Egipto uno contra cuatro, y algunas veces uno contra ocho, y no tenia una idea exacta de los medios que poseian los ingleses en materia de desembarcos. Creía que jamás podrían saltar en tierra sino algunos centenares de hombres á la vez, sin artilleria y sin caballeria, e imaginaba poder triunfar fácilmente con sus bayonetas. Esto era una fatal ilusión. Sin embargo, el refuerzo pedido por Friant, por débil que fuera lo hubiera salvado todo segun vamos á juzgar por los mismos acontecimientos.

El 28 de febrero de 1801 (9 de ventoso del año IX), se descubrió no lejos de Alejandria, una canoa inglesa que parecia ocupada en hacer un reconocimiento. Salieron varias lanchas en su persecucion, y se la apresó así como á los oficiales que traía, y los cuales estaban encargados de preparar el desembarco. Las notas halladas en su poder, no dejaron duda alguna de que tal era su mision. Inmediatamente despues, la escuadra inglesa, compuesta de setenta velas, se presentó á la vista de Alejandria; pero rechazada por un fuerte temporal, tuvo que hacerse mar á dentro. La fortuna dejaba todavia una probabilidad de defender al Egipto contra los ingleses, pues era casi seguro que en muchos dias no podrían verificar su desembarco. La noticia transmitida por Friant al Cairo,

llego el 4 de marzo (13 de ventoso) despues de medio dia. Si Menou hubiese tomado en el acto una resolucion pronta, y sensata, se hubiera podido reparar todo. Si hubiese hecho refluir el ejército entero hácia Alejandria, la caballeria habria llegado allí en cuatro dias, la infanteria en cinco, es decir, que el 8 y el 9 de marzo (17 y 18 de ventoso), hubieran podido hallarse diez mil hombres en la playa de Abukir. Posible era que en aquella época los ingleses hubiesen ya desembarcado sus tropas, pero imposible que hubieran tenido tiempo para desembarcar su material, y consolidar su posicion, y por consiguiente nuestras tropas llegaban todavia muy á tiempo para arrojarlos á la mar. Reynier, que estaba en el Cairo, escribió aquel mismo dia á Menou una carta sumamente razonada, aconsejándole que no hiciera caso del visir, porque no tomara la iniciativa, ni de Damietta por no hallarse amenazada su costa, y que corriese con la masa de sus fuerzas sobre Alejandria. Nada era mas justo, y de todos modos nada se comprometia con encaminarse las tropas hacia Ramanieh, porque si al llegar á este punto, se sabia que el peligro estaba hacia Damietta, ó hácia Siria, podian trasladarse facilmente sobre cualquiera de estos dos puntos. No se habria perdido un solo dia, y las tropas se habrian aproximado hácia Alejandria, donde se manifestaba el verdadero peligro. Pero era preciso decidirse inmediatamente, y marchar en aquella misma noche. Menou no quiso escuchar nada, y se hizo absoluto en sus órdenes, permaneciendo perplejo en sus ideas. No sabiendo discernir el punto verdaderamente amenazado, envió un refuerzo al

general Rampon hacia Damietta, y dirigió á Reyner con su division hacia Belbeis, para hacer frente al visir por el lado de la Siria. Encaminó la division de Lanusse hacia Ramanieh, pero no la envió toda, pues retuvo la 88.^a media brigada en el Cairo, no despachando en el acto sino el 17.^o de cazadores. El general Lanusse tenia orden de dirigirse sobre Ramanieh, y trasladarse, segun las noticias que se adquirieran en este punto, de Ramanieh á Alejandria. Menon permaneció en el Cairo con gran parte de sus fuerzas, esperando las noticias ulteriores en aquella posicion tan distante del litoral. No se podia llevar mas allá la incapacidad.

Durante este tiempo, los acontecimientos marchaban con rapidez suma. La escuadra inglesa estaba compuesta de siete navios de linea, de multitud de fragatas, bergantines y otros buques de gran porte de la compania de Indias, formando entre todos setenta velas. Llevaba á bordo considerable cantidad de lanchas. Como ya hemos dicho en otra parte, lord Keith mandaba las fuerzas de mar, y sir Ralph Abercromby las de tierra. El punto que escogieron para desembarcar, fué el mismo que siempre se habia escogido, esto es, la rada de Abukir. Aqui fué donde nuestra escuadra habia anclado en 1798; aqui fué donde Nelson la destruyó y donde la escuadra turca habia dejado á los bravos genizaros, arrojados á la mar por el general Bonaparte, en la gloriosa jornada de Abukir. Despues de haberse visto obligada la escuadra inglesa á mantenerse en el mar por muchos dias, tardanza funesta para ella pero muy feliz para nosotros, si Menou hubiera sabido aprovecharse de ella,

vino á situarse en la rada de Abukir el 6 de marzo (13 de ventoso), á cinco leguas de Alejandria.

El Bajo Egipto, asi como la Holanda y como Venecia, es un pais de lagunas, presentando como todos los paises de esta especie un carácter que debe tomarse en cuenta, si se quiere comprender bien las operaciones militares de que puede ser teatro. En los puntos donde todos los grandes rios entran en el mar se erian bancos de arena al rededor de su embocadura. Estos bancos provienen de las arenas que el rio arrastra, que rechaza el mar, y que oprimidos entre estas dos fuerzas contrarias se estienden paralelamente á la costa, formando esas barras tan temidas de los navegantes, y siempre tan dificiles de pasar, cuando se quiere salir del álveo de los rios ó entrar en ellos; y las cuales se elevan sucesivamente hasta el nivel de las aguas, y luego con el tiempo sobresalen por encima de ellas y presentan largas playas arenosas, batidas exteriormente por las olas del mar, y bañadas interiormente por las aguas del rio, á cuyas corrientes sirven de barrera. El Nilo al precipitarse en el Mediterraneo, ha formado delante de sus numerosas embocaduras un vasto semicirculo de estos bancos de arena. Este semicirculo que tiene una estension de setenta leguas por lo menos, desde Alejandria hasta Pelusa, se ve apenas interrumpido cerca de Roseta, de Buroz, de Damietta y de Pelusa, por algunas aberturas por entre las cuales se precipitan en el mar las aguas del Nilo. Bañado por un lado por el Mediterraneo, bañanle por el otro los lagos Mareotis y Madich, por el de Edkó, y por los de Burloz y Menzalch. Todo desembarco

en Egipto, debía efectuarse necesariamente sobre uno de aquellos bancos de arena. Conducidos por el ejemplo y por la necesidad, los ingleses habian escogido el que forma la playa de Alejandria. Este banco, que tiene cerca de quince leguas de longitud, estendiéndose entre el Mediterraneo por un lado, y los lagos Mareotis y Madieli, por el otro, presenta en uno de sus extremos la ciudad de Alejandria, y en el otro una entrada semicircular que forma la rada de Abukir. Uno de los lados de esta rada estaba defendido por el fuerte de Abukir, obra de los franceses, que barria con sus fuegos la playa circunvecina. Habia despues algunos médanos de arena que rodeaban la costa e iban á terminar al otro lado de la rada en una llanura arenosa y unida. El general Bonaparte habia mandado construir una fortificacion sobre estos médanos. Si se le hubiera obedecido, habria sido imposible todo desembarco.

En medio, pues, de esta rada vino á fondear la escuadra inglesa colocándose en dos líneas; esperaba que cediendo algo la marejada permitiese botar al agua las lanchas. En fin, en la mañana del 8 (17 de ventoso), estando mas sereno el tiempo, lord Keith distribuyó cinco mil hombres escogidos en trescientas veinte lanchas. Estas lanchas, dispuestas en dos filas, y dirigidas por el capitán Cochrane, avanzaron teniendo á cada una de sus alas una division de cañoneras, que recibian y devolvian un cañoneo muy vivo. El general Friant, que habia acudido á la costa, se colocó á distancia conveniente para poner á sus tropas al abrigo de la artilleria inglesa. Habia si-

tuado entre el fuerte de Abukir y el terreno que él ocupaba, un destacamento de la 25.^a media brigada con algunos cañones. A su izquierda, habia colocado á la 73.^a, que constaba de dos batallones y se mantenia oculta por los médanos de arena; en el centro dos escuadrones de caballeria, uno del 48, y otro del 20 de dragones; en fin, á su derecha la 61.^a media brigada, que constaba tambien de dos batallones, y estaba encargada de defender la parte baja de la costa. Estos diferentes cuerpos no ascendian á mas de mil quinientos hombres. Algunos puestos avanzados ocupaban la orilla del mar, y la artilleria francesa colocada sobre las partes salientes del terreno barria las playas con sus balas.

Los ingleses avanzaban á fuerza de remos, acostados los soldados en el fondo de las lanchas, y los marineros de pie manejando sus remos con vigor y sufriendo con serenidad el fuego de la artilleria. Algunos marineros caian, pero otros los reemplazaban al instante. La masa movida por un solo impulso se aproximaba á la costa. En fin arri-va á ella; los soldados ingleses se levantan del fondo de las lanchas y saltan en tierra. Formanse y corren á los escarpes arenosos que ceñian la rada. Avisado el general Friant por sus avanzadas que se retiraban, llega algo tarde. Sin embargo, dá orden á la 73.^a que se dirija á la izquierda y ocupe los médanos de arena, y á la 61.^a que tome la derecha hácia la parte baja de la costa. Esta se precipita con ardor y bayoneta calada sobre los ingleses que por aquella parte se hallaban sin apoyo. Los rechaza con vigor hasta sus lanchas, donde entra con ellos. Los granade-

ros de esta media brigada, se apoderan de dos embarcaciones y se sirven de ellas para hacer un fuego mortífero sobre el enemigo. La 75.^a que avisada demasiado tarde, había dejado tiempo á los ingleses para invadir las escarpaduras de la izquierda, avanza con precipitación para desalojarlos de ellas. Descubierta por este movimiento, y espuesta al fuego de las lanchas cañoneras, recibe una horrorosa descarga de metralla, que de un golpe mata á treinta y dos hombres y hiere á veinte. Al mismo tiempo es acompañada por los formidables fuegos de la infantería inglesa. Esta aguerrida media brigada, sorprendida por un momento, y colocada además sobre un terreno desigual, ataca con cierta confusión. El general Friant quiere hacerla sostener, mandando una carga de caballería sobre el centro de los ingleses, que se desplegaba ya en la llanura después de haber vencido los primeros obstáculos. El comandante de la 18.^a de dragones, muchas veces llamado para recibir las órdenes del general, llega después de haberse hecho esperar. El general Friant, en medio de una granizada de balas, le indica con precisión el punto de ataque. Este oficial, desgraciadamente poco resuelto, no ataca directamente al enemigo, pierde tiempo en dar un rodeo, dirige mal su regimiento y sacrifica á multitud de ginetes y caballos, sin mover á los ingleses, y sin poder rechazar la 75 que se empeñaba en tomar las alturas arenosas de la izquierda. Quedaba el escuadrón del 20. Un bravo oficial, llamado Bousar, que la mandaba, carga á la cabeza de sus dragones, y derriba todo lo que se le presenta delante. Entonces la 61, que había quedado due-

ña de la playa hácia la derecha, sin poder no obstante vencer por sí sola la masa de enemigos, se reanima, se lanza en persecución del 20 de dragones, rechaza á la izquierda á los ingleses sobre su centro, y aun los obliga á reembarcarse. La 75 por su parte hizo nuevos esfuerzos á pesar del vivísimo fuego que sufría. Si en aquel momento decisivo el general Friant hubiera tenido los dos batallones de infantería y los dos regimientos de caballería que tantas veces había pedido, el triunfo hubiera sido seguro y los ingleses hubiesen sido arrojados á la mar. Pero una tropa de mil dociientos hombres escogidos, compuesta de suizos é irlandeses, dá la vuelta á los médanos de arena y rebasa la izquierda de la 75. Esta se vé de nuevo obligada á replegarse; y se retira dejando á nuestra derecha la 61 empeñada en vencer, pero comprometida por sus mismos triunfos.

Viendo el general Friant que la 75 se había visto obligada á retroceder, y que la 61 podría ser envuelta, mandó entonces la retirada y la verificó en buen orden. Los granaderos de la 61, animados por la matanza y el triunfo, obedecen con trabajo las órdenes del general, y al retirarse contienen otra vez á los ingleses con cargas vigorosas.

Esta desgraciada jornada del 8 de marzo (17 de ventoso), produjo la pérdida del Egipto. El valiente general Friant había tal vez escogido su primera posición demasiado lejos de la playa; acaso también había contado demasiado con la superioridad de sus soldados, y supuesto con sobrada ligereza, que los ingleses no podrían desembarcar sino muy poca gente á la vez. Pero es-

ta confianza era disculpable, y aun estaba justificada, porque si hubiese tenido solamente uno ó dos batallones mas, habrian sido rechazados los ingleses y salvado el Egipto. ¿Pero qué se puede decir de ese general en jefe, que avisado, hacia ya dos meses del peligro, no habia concentrado sus fuerzas en Ramanieh, lo cual le hubiera permitido reunir diez mil hombres delante de Abukir en el día decisivo? Que avisado ademas el 4 de marzo, por una noticia positiva llegada aquel día al Cairo, no habia enviado tropas, que hubieran podido llegar en la misma mañana del 8 y por consiguiente muy á tiempo para rechazar á los ingleses? ¿Qué se puede decir tambien de ese almirante Ganteaume, que hubiera podido dejar cuatro mil hombres en Alejandria, el día mismo en que la fragata *Regenerada* conducia trescientos, los cuales pelearon en la playa de Abukir? ¿Qué se puede decir, en fin, de tanta timidez, descuido y faltas de todo género, sino que hay días en que todo se conjura para perder las batallas y los imperios?

El combate habia sido mortífero. Los ingleses contaban mil cien hombres muertos ó heridos, de cinco mil que habian desembarcado. Nosotros habiamos tenido de mil quinientos hombres cuatrocientos fuera de combate. La lucha, pues, habia sido empeñada y bien sostenida por ambas partes. El general Friant se retiró bajo los muros de Alejandria, y dió pronto aviso á Menou, á los generales y á sus vecinos, para que acudiesen á su socorro.

Sin embargo todo podia repararse si se aprovechaba el tiempo que quedaba todavia, las fuer-

zas que habia disponibles y los embarazos en que los ingleses iban á verse envueltos, si desembarcaban en aquella playa de arena.

En primer lugar, tenían que desembarcar el grueso de su ejército y despues echar en tierra su material, operacion que exigia mucho tiempo. Necesitaban ademas avanzar á lo largo de aquel banco de arena para aproximarse á Alejandria, con el mar á la derecha, y los lagos Madiéh y Mareotis á la izquierda, apoyados, es verdad, por sus cañoneras, pero privados de caballeria y sin mas artilleria de campaña que la que podian arrastrar á brazo. Evidentemente sus operaciones debian ser lentas y muy pronto dificiles, cuando estubiesen en presencia de Alejandria, reducidos para salir de aquel callejon sin salida, ó tomar esta plaza, ó caminar sobre los diques estrechos, por los cuales se comunica con el interior de Egipto. Si se queria lograr detenerlos, era menester no darles ya esos combates parciales y desiguales, que les inspiraban confianza, que hacian perder á nuestras tropas su serenidad acostumbrada, y reducian nuestras fuerzas ya demasiado poco numerosas. Aun sin combatir habia la certidumbre, situándose bien, de cerrarles el camino. No quedaba, pues, otra cosa útil que hacer sino esperar que Menou, cuya obcecacion estaba ya vencida por los hechos, hubiese reunido todo el ejército bajo los muros de Alejandria.

Pero el general Lanusse se habia dirigido con su division hácia Ramanieh, donde sabiendo lo que habia pasado por la parte de Abukir, se apresuró á marchar á Alejandria, llevando consigo cerca de tres mil hombres. Friant habia perdido

cuatrocientos, de mil y quinientos en la jornada del 8 de marzo; pero habiendo recogido todos los pequeños destacamentos, esparcidos desde Roseta hasta Alejandria, contaba todavía con mil setecientos ó mil ochocientos hombres. Los fuertes de Alejandria estaban guardados por los marinos y los soldados de los depósitos, resultando que con la división de Lanusse que iba á llegar habria cerca de cinco mil hombres; pero los ingleses habian desembarcado diez y seis mil sin contar dos mil marinos, y por tanto era conveniente continuar la lucha. Sin embargo una circunstancia arrastró á los dos generales franceses.

Aquel largo banco de arena, sobre el cual habian bajado los ingleses, separado por los lagos Madieli y Mareotis, de lo interior del Egipto, no comunicaba con él sino por medio de un largo dique, que pasaba entre los lagos é iba á terminar en Ramanieh. Este dique daba direccion á un tiempo al canal que conduce el agua dulce del Nilo á Alejandria y el gran camino que me á Alejandria y Ramanieh. En aquel momento corria el peligro de ser ocupado por los ingleses, porque estaban á punto de llegar al sitio donde se junta con el banco de arena que hay en Alejandria. Los ingleses habian empleado los días 9, 10 y 11 de marzo, (12, 19 y 20 de ventoso) en desembarcar y organizarse. El 12 se pusieron en camino, andando penosamente por la arena, haciendo arrastrar su artilleria por los marinos de la escuadra, y apoyados á derecha é izquierda por las lancas cañoneras. En la tarde del 12 se hallaban cerca del sitio donde se junta el dique con el suelo de Alejandria.

Los generales Friant y Lanusse temieron dejar ocupar este punto por los ingleses, y entregarles así el camino de Ramanieh por donde debia llegar Menou. Sin embargo, perdido este camino quedaba otro, si bien largo y difícil, sobre todo para la artilleria, este era el mismo lago Mareotis. Este lago, mas ó menos inundado, segun la creciente del Nilo y la estacion del año, dejaba descubiertas hondonadas pantanosas, sobre las cuales se podia abrir un camino sinuoso, pero seguro. Desde entonces no habia ya razon suficiente para combatir, teniendo tantas probabilidades en contra.

Sin embargo, los generales Friant y Lanusse, exagerándose el peligro á que estaban espuestas sus comunicaciones, se decidieron á combatir. Habia medio de disminuir mucho la gravedad de esta falta, quedándose sobre las alturas arenosas, que cerraban en su latitud el banco de arena sobre el cual se combatia, alturas que terminaban en la misma cabeza del dique. Permaneciendo en esta posicion y empleando bien la artilleria de que estabamos mejor provistos que los ingleses, habia la ventaja de la defensiva, se podia compensar así la inferioridad del número, y probablemente conseguir guardar el punto por cuya conservacion iba á darse otro combate sangriento.

Esto fué lo que quedó convenido entre los generales Friant y Lanusse. Este, dotado de talento natural, de valor y de audacia, estaba desgraciadamente poco dispuesto á escuchar los consejos de la prudencia. Mezclado por otra parte en las tristes divisiones del ejército, se habria ale-

grado vencer antes de la llegada de Menou.

En la mañana del 13 de marzo (22 de ventoso) se presentaron los ingleses distribuidos en tres cuerpos: el que marchaba á su izquierda, seguía la margen del lago Madiéh, amenazando la cabeza del dique y apoyado por las lanchas cañoneras; el de en medio avanzaba en la forma de un cuadro, llevando batallones en columna cerrada sobre sus flancos á fin de resistir á la caballería francesa, que los ingleses temían mucho; el que formaba su derecha costaba el mar apoyado como el primero por las lanchas cañoneras.

El cuerpo destinado á apoderarse de la cabeza del dique se había adelantado á los otros dos. Viendo Lanusse el ala izquierda de los ingleses aventurada á lo largo del lago, no resistió el deseo de precipitarla en él, y cometió la torpeza de descender de las alturas para alcanzarla; pero al mismo tiempo el formidable cuadro del centro, oculto al principio por los médanos de arena, se mostró de repente mas allá de estos médanos que había salvado. Lanusse entonces obligado á distraerse de su objeto, marchó derecho contra este cuadro que estaba precedido á cierta distancia por una primera línea de infantería. Envió delante al 22 de cazadores que se precipitó al galope sobre aquella línea de infantería, la cortó en dos mitades y obligó á rendir las armas á dos batallones. El 4.º de ligeros, avanzando para sostener al 22.º, acabó este primer triunfo. Entre tanto el cuadro que había llegado á tiro de fusil, comenzó aquellos fuegos de mosquetería tan bien nutridos, con que tanto había ya sufrido nuestro ejército en el desembarco de Abukir, El 18 de ligeros acudió,

pero fue recibido por descargas mortíferas que introdujeron algun desorden en sus filas. En aquel momento se veía avanzar al cuerpo inglés de la derecha, que abandonaba la orilla del mar, para venir á apoyar el centro. Entonces Lanusse, que no tenía mas que el 69 para proteger al 18, mandó la retirada temiendo empeñar un combate demasiado desigual. Friant por su parte, sorprendido de ver á Lanusse bajar al llano, bajó también á él para apoyarle, y se dirigió á la cabeza del dique contra la izquierda de los ingleses. Hacia ya demasiado tiempo que sufría un fuego muy vivo al que contestaba con un fuego igual, cuando observó la retirada de su colega. Retiróse entonces también para no tener que luchar solo con el ejército inglés. Despues de esta breve escaramuza, se retiraron ambos á sus posiciones que tan torpemente habían abandonado.

Esto no era mas que un verdadero reconocimiento, pero muy superfluo, y que se debía haber ahorrado al ejército, porque de aqui resultaba una nueva pérdida de quinientos á seiscientos hombres; pérdida muy sensible, puesto que no teníamos como los ingleses, el medio de recibir refuerzos, y estábamos reducidos á combatir con cuerpos de cinco á seis mil soldados. Si las pérdidas de los ingleses hubieran podido ser una indemnización suficiente de las nuestras, eran bastante grandes para satisfacerlos, puesto que habían tenido de mil trescientos á mil cuatrocientos hombres fuera de combate.

Se resolvió esperar á Menou, el cual se había al fin decidido á dirigir el ejército sobre Alejandria, mandando al general Rampon que saliera de

Damieta y se trasladara á Ramanieh, y llevando el consigo la masa principal de sus fuerzas. Sin embargo, quedaban todavia en la provincia de Damieta, en las cercanias de Belbeis y de Salahie, en el mismo Cairo y en el Alto Egipto, algunas tropas que no eran tan útiles en los puestos en que se las dejaba, como lo habrian sido delante de Alejandria. Si Menou hubiese hecho evacuar el Alto Egipto confiándolo á Murat-Bey, y hubiese abandonado la ciudad del Cairo, muy poco dispuesta á sublevarse, á los soldados de los depósitos, habria tenido dos mil hombres mas que poder presentar al enemigo. Semejante aumento de fuerzas no era ciertamente de despreciar, porque lo que ante todas cosas urgia, era vencer á los ingleses. Los egipcios, agenos en aquel momento á toda idea de rebelion, no merecian las precauciones que contra ellos se tomaban, ni podian infundir serios temores sino cuando los franceses fueran decididamente batidos.

Al llegar Menou á Ramanieh, conoció toda la gravedad del peligro. El general Friant habia enviado delante de él dos regimientos de caballeria. Este general pensaba con razon, que encerrado por algunos dias dentro de los muros de Alejandria, no tenia gran necesidad de aquellos regimientos, y que por el contrario serian muy útiles á Menou para despejar su marcha.

Este se vió obligado á dar largos rodeos, en el mismo alveo del lago Mareotis, para ganar la playa de Alejandria. Lo consiguió no obstante con algun trabajo, sobre todo para su artilleria. Las tropas llegaron los dias 19 y 20 de marzo (28 y 29 de ventoso), y él llegó el 19, pudiendo conocer con

sus propios ojos cuán grande era la falta de haber dejado tomar tierra á los ingleses, los cuales habian recibido algunos refuerzos y mucho material; habianse establecido sobre las mismas alturas arenosas que Lanusse, y Friant ocupaban el 13 de marzo; y por último habian ejecutado trabajos de campaña y establecido baterias de cañones de grueso calibre. Por tanto era muy difícil arrancarlos estas posiciones.

Por otra parte, los ingleses eran muy superiores á nosotros en número, pues contaban de diez y siete á diez y ocho mil hombres cuando nosotros teniamos menos de diez mil. Friant y Lanusse, desde la batalla del 22, apenas tenian dos mil y quinientos en estado de combatir; Menou tenia á lo sumo cinco mil. Por consiguiente no habia diez mil hombres que poder oponer á los diez y ocho mil establecidos en una posicion atrincherada. Todas las probabilidades que se hubieran tenido en favor del primero y segundo encuentro se tenian ahora en contra. Sin embargo, la resolucion mas natural era combatir. Despues de haber tratado efectivamente de arrojar los ingleses á la mar; primero con mil quinientos hombres y despues con cinco mil, hubiera sido extraordinario no intentarlo, cuando se contaba con diez mil, que eran los que sobre poco mas o menos podrian reunirse en un mismo punto.

Preciso es no desconocer que se podia haber tomado otro partido, y mejor sobre todo si se hubiese tomado antes del desembarco y antes del inútil combate dado por los generales Lanusse y Friant: consistia este partido en dejar á los ingleses en el callejon sin salida que ocupaban; hacer

rápido al rededor de Alejandria trabajos de fortificacion que hicieran difícil el ataque; confiar su guardia á los marinos y á los hombres de los depósitos, reforzados por un cuerpo de dos mil buenos soldados, sacados de las tropas activas; evacuar en seguida todos los puestos, esccepto el Cairo, donde se hubieran dejado tres mil hombres de guarnición, teniendo por reducto á la ciudadela; despues, sostener la campaña con el resto del ejército, es decir, con nueve ó diez mil hombres, con el objeto de arrojarse sobre los turcos; si penetraban por la Siria, ó sobre los ingleses, si querian dar un paso por el interior, por los diques estrechos que atravesaban el Bajo Egipto. Les llevábamos la ventaja de reunir todas las armas, caballeria, artilleria é infanteria, y tener el goce esclusivo de los viveres del pais; por tanto, hubiera sido fácil bloquearlos y aun obligarles á un reembarque. Pero para esto se necesitaba un general mas hábil que Menou, y mas versado que él en el arte de mover las tropas. Se necesitaba en fin un gefe diferente de él, que teniendo todas las probabilidades en su favor al principio de la campaña, se habia conducido de tal manera que en la actualidad las tenia todas en contra.

Sin embargo, atacar á los ingleses desembarcados, era en aquel momento una resolución natural y consecuente con todo lo que se habia hecho desde que se abrió la campaña. Pero una vez resuelto á hacer el último esfuerzo era preciso intentarlo lo mas pronto posible, á fin de no dar á los turcos, que venian de la Siria, tiempo para estrecharnos de demasiado cerca.

Para dar la batalla era necesario convenir en

un plan. Menou era incapaz de concebirlo, y no se hallaba con sus generales en relaciones que le hicieran fácil el recurrir á sus consejos. Sin embargo, el gefe de estado mayor Lagrange pidió un plan á Lanusse y á Reynier, que lo redactaron en comun y lo enviaron á la apiobacion de Menou. Este lo adoptó casi maquinalmente.

Los dos ejércitos estaban en presencia el uno del otro, ocupando aquel banco de arena que tenia una legua de latitud y quince ó diez y ocho de longitud, sobre el cual habian desembarcado los ingleses. El ejército francés estaba delante de Alejandria, sobre un terreno bastante elevado. En frente de él se estendia una llanura arenosa, y de trecho en trecho médanos que el enemigo habia atrincherado cuidadosamente de modo que formaba una cadena continua de posiciones desde la mar hasta el lago Mareotis. A nuestra izquierda, precisamente, contiguo á la mar, se veia un antiguo campo romano, especie de edificio cuadrado, todavia intacto, y un poco mas adelante de este campo un médano de arena sobre el cual habian construido los ingleses una fortificacion. Aqui es donde habian establecido su derecha bajo los fuegos de este fuerte y de una division de lanchas cañoneras. En medio de el campo de batalla, á distancia igual del mar y del lago Mareotis, se hallaba otro médano de arena, mas alto, mas estenso que el precedente y coronado de triucheras, y del cual habian hecho los ingleses el apoyo de su centro. Finalmente, á nuestra derecha y del lado de los lagos, el terreno que formaba una pendiente suave, terminaba en la cabeza del dique, por el cual pocos dias antes se habia combatido.

Los ingleses apoyaban allí su izquierda, protegida como lo estaba su derecha, por una division de lanchas cañoneras, introducidas en el lago Mareotis. Este frente de ataque presentaba, en su conjunto, una estension de cerca de una legua, y se hallaba protegido por gruesa artilleria que se había arrastrado a brazo y defendido por parte del ejército inglés: pero el grueso de este ejército se hallaba en batalla formando dos lineas detras de las fortificaciones.

Se acordó que nuestras tropas se pondrian en marcha en la madrugada del 21 de marzo (30 de ventoso), antes de amanecer, á fin de ocultar mejor nuestros movimientos y estar menos espuestos al fuego de las trincheras enemigas. La intencion de los generales franceses era tomar por asalto las trincheras, y atacar en seguida de frente al ejército inglés colocado á retaguardia en orden de batalla. Por tanto, nuestra izquierda mandada por Lanusse, debía marchar en dos columnas contra el ala derecha de los ingleses, apoyada en el mar. La primera de estas dos columnas debía atacar directamente y á la carrera la fortificacion trazada sobre un médano, delante del campo romano. La segunda, pasando rápidamente entre esta fortificacion y el mar, debía asaltar y apoderarse del campo romano. El centro de nuestro ejército, mandado por el general Rampon, tenia orden de pasar entre el campo romano y el gran reducto de el medio, y atacar al ejército inglés mas allá de las fortificaciones. Nuestra ala derecha, compuesta de las divisiones de Reynier y Friant, pero mandada por Reynier, tenia la orden de desplegarse en el llano á la derecha y fingir allí un

gran ataque hacia el lago Mareotis, para persuadir de que el verdadero peligro estaba por este lado. A fin de confirmarlos en esta idea, debian los dromedarios siguiendo el fondo del lago Mareotis, hacer una tentativa sobre la cabeza del dique, y se esperaba que esta diversion haria mas fácil el brusco ataque que por la parte del mar pensaba hacer Lanusse.

El 21 antes de amanecer (30 de ventoso), se pusieron en marcha, ejecutando los dromedarios puntualmente lo que se les habia prescripto. Atravesaron rápidamente las partes secas del lago Mareotis, echaron pie á tierra delante de la cabeza del dique, se apoderaron de los reductos, y volvieron la artilleria contra el enemigo. Esto habia para enganar la atencion de los ingleses, y atraerla hacia el lago Mareotis. Pero para ejecutar con buen éxito el plan convenido por el lado de la mar, hubiera sido necesaria una precision difícil de obtener, cuando se trabaja de noche, y mucho mas difícil, cuando no hay para dirigir los movimientos, un jefe único, que calcule exactamente el tiempo y las circunstancias.

Maniobrando la division de Lanusse en la obscuridad, avanzó sin orden, y tropezó frecuentemente con nuestras tropas del centro. La primera columna, mandada por el general Siliys, marchó resueltamente sobre el reducto que estaba colocado delante del campo romano. Lanusse la dirigió en persona, y la condujo contra el mismo reducto pero observó de repente que la segunda columna habia equivocado el camino, y que en vez de costear el mar para asaltar el campo romano, se aproximaba demasiado á la primera. Corrió

hacia ella para volverla á su verdadero camino. Por desgracia cayó herido mortalmente en una pierna; funesto acontecimiento que iba á producir deplorables consecuencias! Arrebatado tan repentinamente á sus tropas este bravo y activo oficial, natural era que se debilitase el ataque. El día que comenzaban á apuntar, indicaba á los ingleses el punto á donde debían dirigir sus golpes. Nuestros soldados, acometidos á la vez por el fuego de las lanchas cañoneras, del campo romano y de los reductos, mostraron una constancia admirable. Pero bien pronto, hallándose heridos todos sus oficiales superiores, quedaron sin direccion, y se replegaron detras de unos montecillos de arena, apenas suficientes para cubrirlos. Durante este tiempo, la primera columna, que Lanusse habia abandonado para correr hacia la segunda, acababa de apoderarse de la primera estrella del reducto situado sobre una eminencia á la derecha. En seguida marchó directamente sobre el cuerpo de la fortificacion, pero nada adelantó en su ataque de frente, y se volvió para atacar por el flanco. El centro del ejército mandado por Rampon, viendo el conflicto de aquella columna, se separó tambien de su objeto para secundarla. La 32.^a media brigada, destacada del centro, vino á acometer el fatal reducto. Este concurso de esfuerzos produjo una especie de confusion, se empeñaron en vencer este obstáculo, y la brusca operacion que debia consistir en apoderarse repentinamente de la linea de las fortificaciones, se cambió en un ataque largo y obstinado, que hizo perder un tiempo precioso. La 21.^a media brigada que pertenecía al centro, dejando á la 32.^a ocupada delante del reducto

to tan vivamente disputado, ejecutó sola el plan proyectado, pasó mas allá de la linea de las trincheras, y vino á desplegarse atrevidamente en frente del ejército inglés. Sufrió y devolvió un fuego horroroso. Pero era preciso sostenerla, y Menou, incapaz de mandar durante este tiempo, se paseaba por el campo de batalla, nada mandaba dejando á Reynier desplegar sus fuerzas inutilmente en la llanura.

Entonces aconsejaron á Menou que diese con la caballeria, que constaba de mil doscientos caballos y era de un valor incomparable, una carga sobre la masa de la infanteria inglesa, á la que la 21.^a habia venido sola á hacer frente. Acogiendo Menou este consejo mandó dar la carga. El valiente general Roize se pone inmediatamente á la cabeza de aquellos mil doscientos caballos, atraviesa rápidamente el desfiladero formado á derecha é izquierda por los reductos que nuestra infanteria atacaba inutilmente, desemboca mas allá, encuentra á la 21.^a media brigada empeñada en una refriega con los ingleses, y cae impetuosamente sobre ellos. Esta caballeria heroica salvó primero un foso que la separaba del enemigo, en seguida se lanza con ardor sobre la primera linea de la infanteria inglesa, la desordena y acuchilla gran número de infantes y la obliga de este modo á retroceder. Si Menou en aquel momento ó bien Reynier supliendo á su gefe, hubiese llevado á nuestra ala derecha para apoyar nuestra caballeria, el centro del ejército inglés arrollado y arrastrado mas allá de las fortificaciones, nos habria dejado asegurada la victoria, cayendo en nuestras manos las fortificacio-

nes aisladas y separadas de todo apoyo. Pero nada de esto hizo. La caballería francesa después de haber desecho la primera línea enemiga, viendo que quedaban todavía otras líneas, y no teniendo más que la 21.^a media brigada por apoyo, tocó retirada pasando bajo el fuego mortífero de los reducidos.

Desde aquel momento, no podía tener ya resultado alguno la batalla. La izquierda, privada de todo vigor desde la muerte de su general, hacía un fuego inútil sobre las posiciones atrincheradas, que se lo devolvían más mortífero. La derecha desplegada en el llano, cerca del lago Mareotis para hacer una diversión que no tenía ya objeto, desde que la refriega haciéndose general había fijado á cada uno en su posición, la derecha no prestaba servicio alguno. Sin duda un general vigoroso, que la hubiera rechazado sobre el centro, y que renovando con ella el ataque del general Roize, hubiese intentado hacer una segunda irrupción sobre el grueso de los ingleses, acaso habría cambiado el destino de la batalla: pero el general Menou no mandaba, y Reynier, que hubiera podido en aquella ocasión tomar la iniciativa que tan frecuentemente tomaba fuera de sazón en los asuntos civiles, Reynier se limitaba á quejarse de no recibir dirección del general en jefe. En esta situación, la única cosa que se podía hacer era retirarse. Menou dió el orden, y las divisiones se replegaron con la mayor y serenidad, pero sufriendo nuevas pérdidas por el fuego de las fortificaciones.

¡Qué espectáculo tan horrible es la guerra cuando la vida de los hombres, cuando la suer-

te de los estados se confían de ese modo á gefes incapaces ó divididos, y cuando la sangre corre, á proporción de la ineptitud, ó de la mala voluntad de los que mandan! Aun cuando no se podía decir que la batalla estuviese perdida, no habiendo avanzado el enemigo un solo paso, lo estaba sin embargo desde que no se ganaba completamente, pues hubiera sido necesario ganarla completamente, para llevar á los ingleses hacia Abukir y obligarlos á reembarcarse. Las pérdidas eran grandes por ambas partes. Los ingleses habían tenido cerca de dos mil hombres fuera de combate, y entre otros al bravo general Abercromby, trasladado moribundo á bordo de la escuadra. La pérdida de los franceses era poco más ó menos la misma, pues colocados durante todo un día bajo un fuego sostenido de frente y de flanco, habían tenido que sufrir mucho. Las tropas habían mostrado una calma poco común. El arrojo de la caballería había llenado de sorpresa y admiración á los ingleses. El número de oficiales y generales heridos en el combate era extraordinario. Los generales Lanusse, Roize habían muerto; el general de brigada Lillo, comandante de una de las columnas de Lanusse, había perdido una pierna; el general Bauldot estaba herido tan gravemente que no dejaba esperanza alguna. El general Destani lo estaba también de alguna consideración. Rampon había sacado sus vestidos acribillados de balas.

El efecto moral era todavía más lastimoso que la pérdida material. Ninguna esperanza quedaba de obligar al enemigo á reembarcarse. Nuestras tropas iban á tener que luchar, no solo con los

ingleses desembarcados en Alejandria sino tambien con los turcos procedentes de Siria, con el capitán-baja que mandaba la escuadra turca y se disponia á echar en tierra seis mil albaneses por la parte de Abukir; en fin con seis mil cipayos traídos de la India por el mar Rojo, y dispuestos á desembarcar en Cosseir sobre las costas del Alto Egipto. ¿Qué se debia hacer en medio de tantos enemigos, con un ejército cuyo valor sin duda era el mismo en la lucha, pero que cuando los asuntos de la colonia iban mal, estaba siempre dispuesto á decir, que la expedicion habia sido una brillante locura, y que se le sacrificaba inutilmente á una pura quimera?

En las tres acciones del 8, 13 y 21 de marzo habia habido cerca de tres mil quinientos hombres fuera de combate, de los cuales una tercera parte habian caído muertos, otra tercera parte habian sido gravemente heridos y otra en fin se hallaba incapaz de entrar en filas antes de algunas semanas. Aunque el ejército estubiese muy debilitado, se podia aun entonces como al principio de la campaña maniobrar rápidamente entre los diferentes cuerpos enemigos que trataban de reunirse, batir al visir si entraba por Siria, al capitán-baja si intentaba penetrar por Roseta y á los ingleses si querian caminar sobre los largos estrechos de tierra que comunican con el interior del Egipto. Pero los tres mil quinientos hombres que se habian perdido, hacian este plan mas difícil que nunca. Si se dejaban tres mil hombres en el Cairo dos ó tres mil en Alejandria apenas quedaban de siete á ocho mil hombres para maniobrar en campo raso, suponiendo que se reuniese todo lo

que habia disponible, y se evacuasen los puestos secundarios sin escepcion alguna. Con un general muy resuelto y muy habil, esto hubiera sido de un éxito incierto pero posible, ¿pero sucedia lo mismo con Menou y sus lugar-tenientes?

Quedaba, sin embargo, un recurso, que se anunciaba todos los dias y del cual nadie desesperaba. Este recurso era Ganteaume con sus buques y lastropas de desembarco que llevaba á su bordo. Cuatro mil hombres que llegasen en aquel momento podian salvar el Egipto. Habian enviado al almirante un aviso indicándole un punto de la costa de Africa, á veinte ó treinta leguas al Oeste de Alejandria, sobre el cual era posible desembarcar, lejos de la vista de los ingleses. Entonces se podian dejar tres mil hombres en Alejandria y reuniendo lo que habia de exceso en el Cairo, maniobrar con diez ú once mil hombres en campo raso.

Pero Ganteaume, aunque muy superior á Menou, no obraba mejor en las circunstancias presentes. Despues de haber reparado en Tolon las averías sufridas al dejar á Brest, habia salido de Tolon, como ya hemos visto, el 19 de marzo (28 de ventoso), entrando segunda vez á causa del encallamiento del navio *Constitucion*, y vuelto á salir el 22 de marzo (1.º de germinal). En aquel momento navegaba hácia la Cerdeña. Un soplo de viento favorable, una inspiracion atrevida, podian llevarle á las aguas de Egipto, pues habia burlado hábilmente al almirante Warren, tomando un rumbo falso, y se hallaba á la sazón á quince leguas del cabo Carbonara, punto extremo de la Cerdeña, dispuesto á penetrar en el canal que separa la Sicilia

del Africa. Desgraciadamente en la tarde del 26 de marzo (5 de germinal), uno de sus capitanes que mandaba el *Diez de Agosto*, en ausencia del capitán Bergeret, enfermo, tuvo la torpeza de abordar al *Indomable*; recibió considerable avería y causó otra no menos grave al buque abordado. Asustado Ganteaume de estas averías creyó no poder sostenerse mas tiempo en el mar, y volvió a entrar en Tolon el 5 de abril (15 de germinal), quince dias después de la batalla de Canope.

Ignorábanse estos pormenores en Egipto, y á pesar del tiempo trascurrido quedaba todavia un resto de esperanza. A la vista de cualquiera vela acudían todos para averiguar si era Ganteaume. En semejante ansiedad, no se tomaba ningun partido, ni se hacia otra cosa que esperar en una inacción funesta. Menou se ocupaba solamente en dirigir algunas fortificaciones al rededor de Alejandria para resistir á un ataque de los ingleses. Habia mandado evacuar el Alto Egipto y sacar de allí á la brigada de Donzelot, para reunir la en el Cairo, y habia trasladado algunas tropas de Alejandria á Ramanieh para vigilar los movimientos que se hicieran por la parte de Roseta. Para colmo de desgracia, Murat-Bey, cuya fidelidad habia sido siempre inalterable acababa de morir de la peste, y entregó sus mamelucos á Osman Bey, con el cual no se podia ya contar. La peste comenzaba á asolar el Cairo. Todo iba de mal en peor, y prometía un desenlace funesto. Los ingleses por su parte temiendo el ejército que tenían á la vista no querían aventurar nada, prefiriendo marchar lenta, pero seguramente. Esperaban sobre todo que sus aliados los turcos, de quienes

no poco desconfiaban, estuviesen en disposición de secundarlos. Un mes hacia que habian desembarcado sin haber acometido otra empresa que la de tomar el fuerte de Abukir, el cual se habia defendido heroicamente, pero habia sucumbido bajo el horroroso fuego de sus bageles. En fin, hácia principios de abril (mediados de germinal), pensaron en salir de su inacción y de esa especie de estado de bloqueo á que estaban reducidos. El coronel Spencer recibió orden de atravesar por mar la rada de Abukir é ir á desembarcar delante de Roseta con un cuerpo de unos mil ingleses y los seis mil albaneses del capitán-bajá. Su intencion era abrirse así un paso en el interior del Delta, proporcionarse allí víveres frescos de que carecian, y proteger al visir que avanzaba al otro lado del Delta por la frontera de Siria. No habia en Roseta sino algunos centenares de franceses, los cuales no pudieron oponer resistencia alguna á aquella tentativa, y se replegaron volviendo á subir el Nilo. Reuniéronse en El-Ast, un poco mas allá de Ramanieh, á un pequeño cuerpo de tropas enviado de Alejandria. Componian este cuerpo el de 21.º ligeros y una compañía de artillería. Dueños los ingleses y turcos de una boca del Nilo, por donde podían recibir los víveres y teniendo libre entrada en el interior del Egipto, pensaron al fin en aprovecharse de sus triunfos, pero sin apresurarse demasiado, pues antes de avanzar esperaron mas de veinte dias. Para un enemigo pronto y avisado era esta una buena ocasión de hatirlos. El general Hutchinson, sucesor de Abercromby, no se habia atrevido á desguarnecer el campamento que tenia delante de

Alejandro, contentándose con dirigir seis mil ingleses y seis mil turcos hácia Roseta, á pesar de haber recibido refuerzos que cubrian sus pérdidas, y ascender á veinte mil hombres las fuerzas que tenia disponibles. Si el general Menou, empleando bien su tiempo y consagrando el mes transcurrido en disponer al rededor de Alejandro los trabajos de defensa indispensables, hubiera buscado los medios de no dejar allí sino muy poca gente, si hubiese dirigido sobre Ramanieh cerca de seis mil hombres, y atraído sobre este punto todas las fuerzas que no fuesen necesarias en el Cairo, habria podido oponer de ocho á nueve mil combatientes á los ingleses que acababan de penetrar por Roseta. Esto bastaba para arrojarlos á las bocas del Nilo, para reanimar el espíritu del ejército, asegurar la sumision de los egipcios, retardar la marcha del visir, colocar á los ingleses en un verdadero estado de bloqueo sobre las playas de Alejandro, y fijar, en fin, la rueda de la fortuna. Esta ocasion fué la última, y aun cuando le aconsejaron que emprendiera este movimiento, tímido como siempre, no siguió mas que á medias el consejo que se le habia dado, puesto que envió el general Valentin á Ramanieh con un refuerzo que fué declarado insuficiente. Entonces envió otro con su gefe de estado mayor el general Lagrange. Todas estas fuerzas reunidas no componian mas de cuatro mil hombres. Pero no mandó bajar las tropas del Cairo, y el general Lagrange, aunque valiente oficial, no era capaz sin embargo de sostenerse con tales medios en presencia de seis mil ingleses y de seis mil turcos. Menou hubiera podido reunir allí ocho mil hombres por

lo menos con su mejor general, por medio de una concentracion de todas sus fuerzas y sacrificando siempre lo accesorio á lo principal.

El general Morand, que mandaba el primer destacamento dirigido sobre Roseta, se habia establecido en El-Aft, sobre las márgenes del Nilo, cerca de la villa de Foueh, en una posicion que presentaba algunas ventajas defensivas. Aquí es donde el general Lagrange vino á incorporarse á este destacamento. Los ingleses y los turcos dueños de Roseta y de la embocadura del Nilo, habian cubierto el rio con sus lanchas cañoneras, y bien pronto se apoderaron del pequeño puerto abierto Foueh; preciso fué replegarse sobre Ramanieh en la noche del 8 de mayo (18 de floreal). La situacion de Ramanieh no presentaba grandes ventajas defensivas, y no se podia equilibrar con la fuerza del lugar la superioridad numérica del enemigo. Sin embargo, si hubiera sido preciso oponer en alguna parte una resistencia desesperada, debia habersido en el mismo Ramanieh por que perdida esta posicion el cuerpo de destacamento del general Lagrange se veria separado de Alejandro y obligado á replegarse sobre el Cairo. El ejército francés quedaba así cortado en dos mitades, una confinada en Alejandro y otra en el Cairo. Si cuando estaba reunido todo entero, no habia podido disputar el terreno á los ingleses, era muy imposible que dividido en dos les opusiese una eficaz resistencia. En este caso, no le quedaba mas recurso que el de firmar una capitulacion. La pérdida de Ramanieh era pues, la pérdida definitiva del Egipto. Menou escribió al general Lagrange que iba á llegar en su socorro con dos

mil hombres, lo que prueba que por lo menos podía disponer de este número. Habría en el Cairo sobre tres mil hombres, y por consiguiente podían reunirse hasta nueve mil, ó por lo menos ocho mil en Ramanieh. Entonces en campo raso, teniendo una excelente caballería y una buena artillería ligera, y con la resolución de vencer ó de morir, estaba asegurado el triunfo; pero Menou no se presentó, y Belliard que mandaba en el Cairo, no había recibido orden alguna. El general Lagrange á la cabeza de cuatro mil hombres, de que disponía, apoyaba su retaguardia en Ramanieh y en el Nilo que baña al paso las casas de aquel pueblo. En esta posición tenía á la espalda las lanchas cañoneras de los ingleses que ocupaban el río y lanzaban una granizada de balas en el campo de los franceses, y á su frente, en el llano, sin mas abrigo para cubrirse que algunas fortificaciones de campaña muy medianas, el grueso de los enemigos compuesto de turcos é ingleses. Estos presentaban una fuerza de cerca de doce mil hombres contra cuatro mil. El peligro era grande; sin embargo, valia mas combatir, y si nuestros soldados quedaban vencidos, entregarse prisioneros al llegar la noche, despues de haber luchado todo el día, que abandonar semejante posición sin haberla disputado. Cuatro mil hombres de tropas tan aguerridas como las nuestras, tenían todavía probabilidades de triunfo; pero el gefe de estado mayor de Menou, aunque muy adicto á las ideas de su general y á la conservación de la colonia, no meditando las consecuencias de aquella retirada, abandonó á Ramanieh el 10 de mayo (20 de floreal) por la tarde.

para dirigirse al Cairo á donde llegó la mañana del 14 (24 de floreal). Había perdido en Ramanieh un convoy de inmenso valor, y lo que era mas grave las comunicaciones del ejército.

Desde aquel día nada mas ocurrió en el Egipto digno de crítica y de interés, quedando bien pronto los hombres muy inferiores á si mismos con los reveses de la fortuna, y viéndose donde quiera la mas vergonzosa debilidad y la incapacidad mas deplorable. Cuando hablamos de los hombres, nos referimos solamente á los gefes; porque los soldados y los simples oficiales, siempre admirables en presencia del enemigo, estaban dispuestos á morir desde el primero hasta el último, y ni una sola vez se les vió faltar á su antigua gloria.

Así en el Cairo como en Alejandria no quedaba que hacer otra cosa sino capitular, ni podía desplegarse otro mérito que el de retardar la capitulación, y haciendo esto, se hacia bastante, porque frecuentemente, cuando al parecer no se defiende mas que el honor, se suele salvar en realidad al país. Prolongando Massena la defensa de Génova, había hecho posible la victoria de Marengo, y los generales que ocupaban el Cairo y Alejandria, haciendo durar una resistencia sin esperanza, podían secundar todavía con utilidad las graves negociaciones de Francia é Inglaterra. Verdad es que no lo sabían; y hé aqui por qué, cuando ignoramos los servicios que podemos prestar prolongando una defensa, conviene que escuchemos la voz del honor que nos manda resistir hasta el último extremo. De estos dos generales bloqueados, el mas desgraciado, por ser

el que mas faltas habia cometido, Menou, obstinándose en retardar la entrega de Alejandria, fué todavia útil, como vamos á ver á los intereses de la Francia. Este fué mas adelante su consuelo y tambien su disculpa para con el primer consul.

Cuando las tropas destacadas en Ramanieh, volvieron al Cairo, hubo que deliberar sobre la conducta que habia de seguirse. El general Belliard, mas prudente que resuelto, era por su graduacion el comandante en jefe, y como tal convocó un consejo de guerra. Quedaban cerca de siete mil hombres de tropas activas, mas de cinco ó seis mil hombres enfermos, heridos y empleados en el ejército. La peste continuaba haciendo estragos; habia poco dinero, escaseaban los viveres y era preciso defender una ciudad de un inmenso circuito, para cuya defensa no bastaban siete mil hombres, sobre todo no estando las fortificaciones construidas de tal modo que pudieran resistir al arte de los ingenieros europeos. Verdad es que la ciudadela presentaba un reducho, pero este era insuficiente para recibir á doce mil franceses, y no podia resistir el fuego de la artilleria gruesa de los ingleses. Semejante puesto era bueno solamente para guarecerse de la poblacion del Cairo. Quedaban evidentemente dos cosas que hacer: ó intentar por medio de una marcha atrevida descender al Bajo Egipto, sorprender alli el paso del Nilo, é incorporarse á Menou en el camino de Alejandria, ó bien retirarse á Damietta, lo cual era mas seguro y mas facil, sobre todo á causa de la multitud que nuestras tropas tenian que llevar consigo. Allí debian hallarse nuestros soldados en medio de lagunas

que no comunicaban con el Delta sino por lenguas de tierras muy estrechas que podian defender por mucho tiempo siete mil hombres del ejército de Egipto, contra un enemigo dos ó tres veces superior. Estábamos seguros de vivir en una grande abundancia de todas cosas, pues la provincia estaba llena de ganados, la ciudad de Damietta de granos, y el lago Menzaleh de los mejores pescados muy á propósito para el alimento de las tropas. Puesto que ya no se trataba de otra cosa sino de capitular, Damietta permitia retardar por lo menos seis meses este triste resultado. El oficial de ingenieros Hautpoul propuso esta prudente resolucion; pero para seguirla era preciso tomar un partido difícil, el de evacuar el Cairo. El general Belliard, que algunos dias despues fué capaz de entregar esta ciudad á los enemigos por una deplorable capitulacion, no lo fué en aquel dia de evacuarla voluntariamente á consecuencia de una resolucion militar, fuerte y habil. Se decidió, pues, á quedar en esta capital del Egipto sin saber lo que iba á hacer en ella. Por la orilla izquierda del Nilo, los ingleses y turcos subian de Ramanieh al Cairo; por la derecha el gran visir seguido de veinte y cinco á treinta mil hombres reclutados de entre las malas tropas orientales, venia por el lado de la Siria y avanzaba tambien sobre el Cairo por el camino de Belbeis. Acordándose el general Belliard de los trofeos de Heliópolis, quiso marchar al encuentro del visir por el camino que habia seguido Kléber, y salió á la cabeza de seis mil hombres, avanzando hasta la altura de Elmenair, que se halla á dos jornadas de distancia. Envuelto frecuente-

mente por una nube de caballería, enviaba detrás de ella su artillería ligera, la cual, dejó fuera de combate á algunos soldados, pero fué este el único resultado que pudo obtener, los turcos bien dirigidos esta vez no querían aceptar una batalla como la de Heliópolis, y por consiguiente no había mas que un medio de alcanzarlos y era marchar á quitarles su campamento de Belbeis. Pero recibido á tiros el general Belliard por todas las poblaciones, veía á cada paso crecer el número de sus heridos, y aumentarse la distancia que le separaba del Cairo, y temía que los ingleses y turcos se apoderasen de él durante su ausencia. Preciso hubiera sido preveer este peligro antes de salir, y averiguar si había tiempo de hacer la travesía de Belbeis. El general Belliard que había salido del Cairo sin saber lo que iba á hacer, volvió á esta ciudad del mismo modo, después de una operación sin resultado, y que lo presentó como vencido á los ojos de toda la población. A ejemplo de todos los pueblos recientemente sometidos, los egipcios volvían las espaldas con la fortuna, y aunque no estaban descontentos de los franceses, se disponían á abandonarlos. Sin embargo, no había que temer insurrección alguna, á menos que se quisiera condenar á la ciudad del Cairo á los horrores de un sitio.

Disgustado el ejército francés con las humillaciones á que le esponía la incapacidad de los generales, anhelaba vivamente regresar á Francia. Si un general resuelto y hábil le hubiese dado el ejemplo que dió Massena á la guarnición de Génova, lo habría seguido inmediatamente, pero nada de esto podía esperarse de un general

como Belliard. Estrechado sobre la ribera izquierda del Nilo por el ejército anglo-turco procedente de Ramanieh, y sobre la derecha por el gran visir que le había acompañado paso á paso, ofreció al enemigo una suspensión de armas que fué vivamente aceptada, porque los ingleses buscaban menos la gloria que la utilidad, y lo que mas anhelaban era la evacuación del Egipto; siéndoles indiferente el medio que para ello se empleara. El general Belliard reunió un consejo de guerra, en el seno del cual se abrió una discusión viva y horrascosa, suscitándose graves y sentidas quejas sobre aquel comandante de la división del Cairo, que no había sabido ni abandonar esta ciudad á tiempo para ir á tomar posesión en Damietta, ni mantenerse en esta capital del Egipto, por medio de operaciones bien concertadas; que no había discurrido cosa mejor, que hacer una ridícula salida para combatir al visir, sin lograr alcanzarle, y que hoy no sabiendo que partido tomar, venía á preguntar á sus oficiales si convenía negociar ó perecer, cuando ya había resuelto la cuestión por sí mismo con la abertura espontánea de las negociaciones.

Tales fueron los cargos y las reconvenciones que le dirigieron con acrimonia, principalmente el general Lagrange, amigo de Menou y partidario acérrimo de la conservación del Egipto. Al general Lagrange se unieron los generales Valentin, Duranteau y Dupas, sosteniendo vivamente todos tres que por el honor del pabellón era preciso combatir á todo trance. Desgraciadamente no se podía hacer esto sin crueldad para el ejército, y sobre todo para la numerosa pobla-

cion de enfermos y empleados adheridos á su suerte. Nuestras tropas tenian delante de sí mas de cuarenta mil enemigos, sin contar los cipayos, que desembarcados en Cosseir, iban á bajar el Nilo con los mamelucos, hechos infieles desde la muerte de Murad-Bey. A su retaguardia habia una poblacion semi-bárbara, de trescientas mil almas, atacada por la epidemia, amenazada por la miseria y dispuesta ya á sublevarse contra los franceses. El circuito que se debia defender era demasiado estenso para ser guardado por siete mil hombres, y demasiado débil para resistir á los ingenieros europeos, siendo por tanto fácil empresa apoderarse de él por medio de un asalto, y su guarnicion y colonia corrian el inminente riesgo de ser pasadas á cuchillo. En vano algunos oficiales aguerridos hacian escuchar el grito del honor indignado; rendirse era el único recurso. Queriendo el general Belliard mostrarse dispuesto á todo, hizo examinar de nuevo la cuestion sobre si convendria retirarse á Damietta, cuestion entonces muy tardia, ó si seria preferible retirarse al Alto Egipto. Este último partido era insensato, y estaba reducido á emplear los medios astutos que sugeria la debilidad para evitar la confusion y vergüenza bajo la apariencia de temeridad. Quedó, pues, resuelto que se capitularia; y no se podia hacer otra cosa á no ser degollados todos juntos á consecuencia de un ataque á viva fuerza.

Marcharon comisionados al campamento de los ingleses y de los turcos á fin de negociar una capitulacion. Los generales enemigos aceptaron esta proposicion con alegria, pues tanto era lo que temian

aun en aquel momento, un reves de fortuna, y accedieron á las proposiciones mas ventajosas para el ejército. Se convino en que se retiraria con los honores de la guerra, con armas y bagages, con su artilleria, sus caballos y cuanto poseia en fin; que se trasladaria á Francia y seria mantenido durante la travesia á espensas de la Inglaterra. Aquellos egipcios que querian seguir al ejército (y de estos habia crecido número de comprometidos por sus relaciones con los franceses) estaban autorizados á incorporarse á él, y tenian ademas la facultad de vender sus bienes.

Esta capitulacion fué firmada el 27 de junio de 1801 y ratificada el 28 (8 y 9 de mesidor del año IX). El orgullo de los soldados veteranos de Egipto y de Italia sufria cruelmente, pues iban á entrar en Francia, no como entraron en 1798, despues de los triunfos de Castiglione, Arcole y Rivoli, envanecidos con su gloria y con los servicios hechos á la república, iban á entrar vencidos; pero al fin volvian á su patria, y para aquellos hombres que habian sufrido tan largo destierro, era una alegria involuntaria que les hacia olvidar sus desgracias. Habia en el fondo de las almas una satisfaccion que nadie confesaba, pero que se veia pintada en todos los semblantes. Los gefes solamente estaban pensativos y cabizbajos pensando sin duda en el juicio que formaria el primer consul de su conducta. Los despachos con que acompañaban la capitulacion dejaban traslucir la mas humillante ansiedad, y para portadores de ellos se escogió á los hombres que por sus actos personales estaban mas exentos de toda censura: fueron estos el oficial de ingenieros Hautpoul y el direc-

tor de la pólvora Champy que tan útiles habían sido á la colonia.

Menou se había encerrado en Alejandria, y lo mismo que á Belliard no le quedaba otro recurso que rendirse. No podia haber entre uno y otro mas que una diferencia de tiempo. La peste hacía algunas víctimas en Alejandria; y escaseaban los viveres á consecuencia de la falta que se había cometido en no hacer las provisiones de sitio. Verdad es que las carabanas árabes, atraídas por el lucro, llevaban allí todavía carne, leche, y algunos granos: pero faltaba trigo, y era preciso emplear arroz para hacer pan. El escorbuto disminuía diariamente el número de hombres que se hallaban en estado de servir. Los ingleses, para aislar completamente la plaza, habían proyectado verter el lago Madieh en el lago Mareotis medio desecado, envolver á Alejandria en una masa de agua continua, y cercarla además por multitud de lanchas cañoneras. Al efecto habían hecho una cortadura en el dique que va de Alejandria á Ramanieh, y que forma la separacion de los dos lagos; pero como la diferencia de nivel no era mas que de nueve pies, se verificaba lentamente la operacion de vaciar las aguas de un lago á otro, pero esta operacion, que hubiera sido buena si hubiese conducido á separar al general Belliard del general Menou, no ofrecía ya la misma utilidad desde los sucesos del Cairo, y si estendía la accion de las lanchas cañoneras, tenia para los franceses la ventaja de cerrar el frente de ataque, sin privarles de sus comunicaciones con las carabanas; porque la larga playa de arena sobre la cual está situada Alejandria, comunica por su es-

tremo occidental con el desierto de Libia. Los ingleses quisieron completar pronto el cerco, y para esto embarcaron tropas en sus lanchas, y vinieron á mediados de agosto, (fin de termidor) á ejecutar un desembarco no lejos de la torre de Marabut, y hasta emprendieron el sitio en regla, del puerto de este nombre. Desde este momento, la plaza completamente cercada no podia tardar en rendirse.

El desgraciado Menou reducido así á la inaccion, teniendo espacio para pensar en los muchos yerros que había cometido, y abrumado por la censura universal, se consolaba, sin embargo, con la idea de una resistencia heroica, como la de Massena en Génova. No se descuidó en participarla al primer consul, pintándola con todos los colores que pudieran hacer resaltar el mérito de aquella memorable defensa. Los generales Damas y Reynier habían quedado sin tropas en Alejandria donde no supieron guardar ni aun en aquellos últimos instantes la conducta prudente y decorosa que la conveniencia exigía. Menou mandó prenderlos una noche con gran ruido y embarcarlos para Francia; pero este acto de vigor fuera de tiempo, produjo poco efecto, pues aunque el ejército en su buen sentido censuraba severamente á Reynier y Damas, no apreciaba á Menou, y la única gracia que le concedía era no odiarle. Escuchando friamente sus proclamas, en las que anunciaba la resolucion de morir antes que rendirse, estaba dispuesto si era preciso á batirse á todo trance, pero no creía en semejante necesidad: comprendía demasiado bien las consecuencias de lo que había pasado en el Cairo, para no entrever

una capitulación próxima; y en Alejandria como en el Cairo, se consolaba de sus reveses con la esperanza de volver pronto á Francia.

Desde aquel dia, ninguna otra cosa importante señaló la presencia de los franceses en Egipto, y la expedicion pudo mirarse hasta cierto punto como terminada. Admirada esta expedicion, como un prodigio de audacia y de habilidad por los unos, ha sido considerada por los otros como una brillante quimera, principalmente por los que afectan pesar todas las cosas en la balanza de la fria razon.

Este último juicio bajo el colorido de la prudencia, es en el fondo poco sensato y justo.

El mismo Napoleon en su larga y prodigiosa carrera, no imaginó nunca cosa mas grande y que pudiese ser mas verdaderamente útil. Indudablemente, si se piensa que no hemos conservado siquiera el Rin y los Alpes, preciso es decir que aun cuando hubiésemos ocupado quince años el Egipto, nos lo habrian arrebatado mas tarde como nuestras fronteras continentales, y como esa antigua y bella posesion de la Isla de Francia, que no debiamos por cierto á las guerras de la revolucion. Pero si fuese licito juzgar de este modo los sucesos, podriamos muy bien preguntar si la conquista de la línea del Rin no era tambien una locura y una quimera. Para juzgar como es debido semejante cuestion, es necesario suponer por un instante terminadas nuestras largas guerras de diferente manera que lo han sido, y preguntar si en este caso la posesion del Egipto era posible, deseable y de grandes consecuencias. Planteada así la cuestion, la respuesta no puede ser dudosa. En primer lugar, Inglaterra estaba casi resig-

nada en 1801 á concedernos el Egipto mediante ciertas compensaciones. Estas compensaciones que se habian dado á conocer á nuestro plenipotenciario, nada tenian de exorbitantes. Es indudable que durante la paz maritima que siguió, y cuya conclusion daremos pronto á conocer, el primer consul, previendo la brevedad de esta paz, habia enviado á las bocas del Nilo inmensos recursos en hombres y en material, y que el brillante ejército que pasó á Santo Domingo en busca de una indemnizacion de la pérdida del Egipto, habria puesto por mucho tiempo al abrigo de todo ataque á nuestro nuevo establecimiento. Un general como Decaen, ó Saint-Cyr, que hubiese unido á la esperiencia de la guerra el arte de administrar, disponiendo, ademas de los veinte y dos mil hombres de la primera expedicion que quedaban en Egipto, de los treinta mil que perecieron inútilmente en Santo Domingo, colocado con cincuenta mil franceses y un inmenso material, bajo un clima sano, sobre un suelo de una fertilidad inagotable, cultivado por hombres sometidos á todos los señores, y no teniendo jamás su fusil cerca de su arado, un general, decimos como Decaen ó Saint-Cyr, hubiera podido con tales medios defender victoriosamente el Egipto, y fundar en él una soberbia colonia.

El triunfo era incontestablemente posible. Nosotros añadiremos que en la lucha maritima y comercial, que sostenian una contra otra Francia é Inglaterra, la tentativa era hasta cierto punto indispensable. Inglaterra en efecto, acababa de conquistar el continente de las Indias, y darse de este modo la supremacia en los mares del Orien-

te. La Francia hasta entonces su rival, ¿podía ceder, sin disputarla, semejante supremacía? ¿No debía luchar siquiera por corresponder á su gloria y á su destino? Los políticos no pueden contestar aquí de otro modo que los patriotas. Si, era preciso que tratase de luchar en aquellas regiones del Oriente, vasto campo de la ambición de los pueblos marítimos, y que tratase de hacer allí una adquisición que pudiese equilibrar las de los ingleses. Admitida esta verdad, que se busque en todo el orbe, y se nos diga, si había una adquisición mas á propósito que el Egipto para el objeto que se proponía. Ella equivalía por sí sola á las mas hermosas provincias, ella interesaba á las mas ricas, á las mas fecundas, á aquellas que suministran la mas amplia materia al tráfico lejano. Ella traía al Mediterráneo, que era nuestro mar entonces, el comercio del Oriente; ella era, en una palabra, un equivalente de la India, y de todos modos era el camino que á ella conducía. La conquista del Egipto, era pues, un servicio inmenso para Francia, para la independencia de los mares y para la civilización general. De esta suerte, como puede verse en otra parte, fué codiciado nuestro triunfo mas de una vez en Europa, en esos cortos intervalos de tiempo en que el odio no turbaba el espíritu de los gabinetes. Para semejante objeto, valia la pena perder un ejército, y no solamente el que se envió la primera vez á Egipto, sino los que se enviaron despues á perecer inútilmente en Santo Domingo, en las Calabrias y en España. ¡Plugiuese al cielo que en los arranques de su vasta imaginación, no hubiera concebido Napoleon empresas mas temerarias!

LIBRO ONCE.



Paz general.

Ultima é infructuosa salida de Ganteaume.—Toca en Derne, no se atreve á desembarcar dos mil hombres que llevaba á bordo, y retrocede hácia Tolon.—En la navegación se apodera del navio *Swifsure*.—El almirante Linois, que se dirigia de Tolon á Cádiz, se vé obligado á anclar en la bahía de Algeciras.—Combato de Algeciras.—Sale de Cádiz para ir á socorrer á la division Linois una escuadra compuesta de franceses y españoles.—Entrada en Cádiz de las escuadras combinadas.—Combate á retaguardia con el almirante inglés Saumarez.—Fatal engaño de dos buques españoles, que merced á la oscuridad de la noche, tómanse mutuamente por enemigos, combaten desesperados y vuelan hechos pedazos.—Brillante hecho de armas del capitán Troude.—Corta campaña del principe de la Paz contra Portugal.—La corte de Lisboa comisiona á un enviado que vaya á Badajoz á asegurar está dispuesta á someterse á lo que dispongan de comun acuerdo Francia y España.—Estado de los negocios europeos desde el tratado de Luneville.—Influencia cada dia mayor de la Francia.—Estancia en Paris de los infantes de España destinados á reinar en Etruria.—Mr. Otto y lord Hawkesbury vuelven á entablar la negociacion de Londres.—Nuevo modo de establecer la cuestion por parte de los ingleses.—Piden se les entreguen Ceylan en las Indias, la Martinica ó la Trinidad en las Antillas y Malta en el Mediterráneo.—El primer consul responde á sus pretensiones amenazándolos con que conquistaria á Portugal y aun haria un desembarco en Inglaterra si era necesario.—Viva polémica entre el *Monitor* y los periódicos ingleses.—El gabinete británico

te. La Francia hasta entonces su rival, ¿podía ceder, sin disputarla, semejante supremacía? ¿No debía luchar siquiera por corresponder á su gloria y á su destino? Los políticos no pueden contestar aquí de otro modo que los patriotas. Si, era preciso que tratase de luchar en aquellas regiones del Oriente, vasto campo de la ambición de los pueblos marítimos, y que tratase de hacer allí una adquisición que pudiese equilibrar las de los ingleses. Admitida esta verdad, que se busque en todo el orbe, y se nos diga, si había una adquisición mas á propósito que el Egipto para el objeto que se proponía. Ella equivalía por sí sola á las mas hermosas provincias, ella interesaba á las mas ricas, á las mas fecundas, á aquellas que suministran la mas amplia materia al tráfico lejano. Ella traía al Mediterráneo, que era nuestro mar entonces, el comercio del Oriente; ella era, en una palabra, un equivalente de la India, y de todos modos era el camino que á ella conducía. La conquista del Egipto, era pues, un servicio inmenso para Francia, para la independencia de los mares y para la civilización general. De esta suerte, como puede verse en otra parte, fué codiciado nuestro triunfo mas de una vez en Europa, en esos cortos intervalos de tiempo en que el odio no turbaba el espíritu de los gabinetes. Para semejante objeto, valia la pena perder un ejército, y no solamente el que se envió la primera vez á Egipto, sino los que se enviaron despues á perecer inútilmente en Santo Domingo, en las Calabrias y en España. ¡Plugiuese al cielo que en los arranques de su vasta imaginación, no hubiera concebido Napoleon empresas mas temerarias!

LIBRO ONCE.



Paz general.

Ultima é infructuosa salida de Ganteaume.—Toca en Derne, no se atreve á desembarcar dos mil hombres que llevaba á bordo, y retrocede hácia Tolon.—En la navegación se apodera del navio *Swifsure*.—El almirante Linois, que se dirigia de Tolon á Cádiz, se vé obligado á anclar en la bahía de Algeciras.—Combato de Algeciras.—Sale de Cádiz para ir á socorrer á la division Linois una escuadra compuesta de franceses y españoles.—Entrada en Cádiz de las escuadras combinadas.—Combate á retaguardia con el almirante inglés Saumarez.—Fatal engaño de dos buques españoles, que merced á la oscuridad de la noche, tómanse mutuamente por enemigos, combaten desesperados y vuelan hechos pedazos.—Brillante hecho de armas del capitán Troude.—Corta campaña del principe de la Paz contra Portugal.—La corte de Lisboa comisiona á un enviado que vaya á Badajoz á asegurar está dispuesta á someterse á lo que dispongan de comun acuerdo Francia y España.—Estado de los negocios europeos desde el tratado de Luneville.—Influencia cada dia mayor de la Francia.—Estancia en Paris de los infantes de España destinados á reinar en Etruria.—Mr. Otto y lord Hawkesbury vuelven á entablar la negociacion de Londres.—Nuevo modo de establecer la cuestion por parte de los ingleses.—Piden se les entreguen Ceylan en las Indias, la Martinica ó la Trinidad en las Antillas y Malta en el Mediterráneo.—El primer consul responde á sus pretensiones amenazándolos con que conquistaria á Portugal y aun haria un desembarco en Inglaterra si era necesario.—Viva polémica entre el *Monitor* y los periódicos ingleses.—El gabinete británico

renuncia á Malta y se limita á pedir la isla española de la Trinidad.—El primer consul deseando salvar las posesiones de una corte aliada ofrece dar la isla francesa de Tabago.—El gabinete británico no admite esta posesion.—Insensata conducta del príncipe de la Paz que tuvo un resultado que nadie esperaba.—El mencionado príncipe trata con la corte de Lisboa sin ponerse de acuerdo con Francia con lo cual priva á la legacion francesa del argumento que suministraban los peligros de Portugal.—Irritacion del primer consul y amenazas de guerra á la corte de Madrid.—Mr. de Talleyrand propone al primer consul se ponga fin á la negociacion á costa de los españoles entregando á los ingleses la isla de la Trinidad.—Mr. Otto es autorizado para hacer aquella concesion pero solo en un caso extremo.—Durante las negociaciones hace Nelson los mayores esfuerzos para destruir la flotilla de Boloña.—Combates delante de Boloña sostenidos contra Nelson por el almirante Latouche-Treville.—Derrota de los ingleses.—Regocijo en Francia é inquietud en Inglaterra de resultados de aquellos dos combates.—Disposiciones reciprocas para un acomodamiento.—Sálvanse todas las dificultades y se celebra la paz en forma de preliminares sacrificando la isla de la Trinidad.—Estraordinario alborozo en Inglaterra y en Francia.—El coronel Lauriston que llevó á Londres la ratificacion del primer consul es llevado en triunfo por muchas horas.—Reunion de un congreso en Amiens para celebrar la paz definitiva.—Sucédense de uno en otro los tratados.—Paz con Portugal, la puerta Otomana, la Baviera, Rusia etc.—Funcion en loor de la paz fijada para el 18 brumario.—Lord Cornwallis, plenipotenciario en el congreso de Amiens asiste á aquella funcion.—Recibimiento que le hace el pueblo de Paris.—Banquete de la Cité en Londres.—Muestras estraordinarias de simpatia entre ambas naciones.

Mientras que sucumbia el ejército de Egipto á falta de un gefe hábil que lo mandase y de oportunos socorros, salia del puerto de Tolon por tercera vez el almirante Ganteaume á quien solo dió tiempo el primer consul para que reparase las averias causadas cuando se efectuó el abordage de *el 10 de agosto*, y del *Indomable*. Obligado á volver á emprender su marcha casi inmediatamente, el almirante se hizo á la vela el 25 de abril (5 de floreal) con orden de que costease las aguas de la isla de Elva á fin de hacer de paso un

amago contra Porto-Ferraio y que pudieran ocupar la las tropas francesas, pues el primer consul tenia mucho empeño en recobrar aquella isla cuya posesion pertenecia á Francia con arreglo á los tratados con Nápoles y Etruria, y en la cual habia una corta guarnicion de toscanos é ingleses. El almirante obedeció, presentóse ante la isla de Elva, hizo algunos disparos contra Porto-Ferraio y pasó adelante para no esponerse á averias que tal vez no le hubieran permitido evacuar el encargo que llevaba. Si hubiese hecho rumbo directamente, todavía hubiera podido auxiliar al ejército de Egipto pues hasta el 10 de mayo (20 de floreal) no se perdió la posesion de Ramanieli, como ya sabemos: aun era tiempo pues, saliendo el 25 de abril de impedir que el ejército se dividiese en dos trozos teniendo que capitular una division tras otra; pero para ello hubiera sido preciso no perder un instante y pesaba una especie de fatalidad sobre todas las operaciones del almirante Ganteaume. Ya hemos visto que saliendo como salió perfectamente de Brest y á pesar de que entró con fortuna en el Mediterráneo le faltó de pronto la confianza, y creyendo que llegaban á ocho buques que no pasaban de cuatro regresó á Tolon: despues salió de este puerto en marzo, se libró del almirante Warren, dejó atrás la punta meridional de Cerdeña y se detuvo de nuevo de resultados del abordage del 10 de agosto y del *Indomable*; pero aun debian caer sobre él otras desgracias. Apenas dejó las aguas de la isla de Elva se declaró á bordo de su escuadra una enfermedad contagiosa que ora porque hacia mucho tiempo que las tropas se hallaban

embarcadas, ora porque así lo dispusiese una fortuna adversa atacó repentinamente á gran parte de soldados y marineros. Conociendo era una cosa imprudente amen de inútil llevar á Egipto tantos enfermos tomó el partido Ganteaume de dividir su escuadra y así lo hizo entregando á el contra-almirante Linois tres buques para que con ellos se encaminase hácia Tolon llevando á su bordo á los marineros y soldados enfermos. En cuanto á él continuó su rumbo con cuatro navios y dos fragatas en los cuales llevaria dos mil hombres de desembarco y se dirigió hácia Egipto; pero ya no era tiempo pues mediaba el dos de mayo y en aquella época estaba perdido el ejército francés puesto que se hallaban separados uno de otro los generales Belliard y Menou de resultas del abandono de Ramanieh. El almirante Ganteaume que lo ignoraba pasó la Cerdeña y Sicilia, apareció en el canal de Gandia, consiguió escabullirse muchas veces del enemigo, avanzó hasta el Archipiélago para librarse de él y al fin fué á anclar en la costa de Africa á algunas jornadas al oeste de Alejandria, pues segun las instrucciones que llevaba debía desembarcar en Derne, en atencion á que creia el primer consul que dando viveres á las tropas y dinero para que alquilasen camellos entre los árabes podian atravesar el desierto y llegar á Alejandria, congetura algo aventurada. Hacia algunas horas que el almirante habia anclado y se ocupaba en echar al agua parte de las lanchas, cuando los habitantes acudieron á la orilla é hicieron contra nuestras embarcaciones un fuego vivísimo de fusileria: Gerónimo Bonaparte hermano menor del primer

consul se hallaba entre las tropas de desembarco, pero no quisieron recurrir á las armas y pusieron en juego cuanto creyeron oportuno para atraerse á los habitantes aunque todo fué inútil. Era necesario para dirigirse á Alejandria Jestruir á Derne y marchar sin agua, casi sin viveres, combatiendo á cada momento: empresa descabellada y sin objeto, pues á lo mas hubieran llegado al término del viage mil hombres de los dos mil. Juzgó pues el almirante que para tan pequeño socorro no debia esponer á perecer á tantos valientes, mas sin embargo, dudaba que resolucion tomaria, cuando un suceso facil de preveer puso fin á todas las dudas. El almirante creyó que se acercaba la escuadra inglesa y sin deliberar por mas tiempo izó las lanchas á bordo, cortó los cables no levantó anclas y se hizo á la vela sin que el enemigo le diese alcance.

La fortuna que hasta allí habia secundado tan mal sus deseos por aquello de que como tantas veces se ha dicho solo ayuda á los hombres dotados de audacia, le tenia reservada una indemnizacion. Al atravesar el canal de Gandia encontró á un buque inglés de alto bordo llamado el *Swiftsure*, y en un instante le dió caza, le envolvió, le acribilló á balazos, y se apoderó de él, encuentro que tuvo lugar el 24 de junio (3 de messidor). Ganteaume entró en Tolon con aquella especie de trofeo, débil compensacion para tantos reveses, y el primer consul que miraba con indulgencia á los hombres que habian arrosado con él grandes peligros se dió por satisfecho y mandó publicar en el *Monitor* aquella hazaña.

Sin embargo todos aquellos movimientos na-

vales debian acabar algo mejor para nuestra marina. Mientras el almirante Ganteaume se dirigia á Tolon, el almirante Linois que habia ido á dejar en tierra los soldados y marineros atacados de la epidemia, se ponía en marcha de nueve por mandato espreso del primer consul, mandato que se apresuró á cumplir, no sin lavar antes con cloruro las paredes interiores de los buques, reemplazar las tropas enfermas con otras de refresco, y renovar la marineria con hombres robustos y sanos. Llevaba una orden que no debia abrir hasta que no estuviese navegando, en la que le mandaban se dirigiese al momento á Cádiz á reunirse con los seis buques de guerra que allí tenia el almirante Dumanoir, y con los cinco españoles del Ferrol, los cuales compondrian con los tres que llevaba, una division de catorce buques de alto bordo. Tampoco seria imposible que llegase á aquel puerto al mando del almirante Bruix, la escuadra de Rochefort, con lo cual se reuniria una flota de mas de veinte buques que debia enseñorearse del Mediterraneo, tomar á su bordo las tropas de Otranto, y llevar á Egipto auxilios de importancia, pues ignorábase en Francia á la sazón, que ya era demasiado tarde, y que solo quedaba la plaza de Alejandria, punto cuya salvacion no era una cosa indiferente.

El almirante Linois se apresuró á obedecer, haciéndose á la vela para Cádiz, y en el camino persiguió algunas fragatas inglesas, á las cuales hubiera cogido á no ser porque los vientos no le favorecian, hasta que al fin logró penetrar en el estrecho á principios de julio (á mediados de mesidor). Cuando la escuadra inglesa de Gibraltar

que observaba á Cádiz, supo los intentos del almirante francés fondeó en Algeciras el 4 de junio por la noche (15 de mesidor).

Cerca del estrecho de Gibraltar, es decir, hacia la punta meridional de la península, abrense las costas montañosas de España, y tomando la figura de una herradura, forman una bahia profunda, cuya parte ancha está hacia el mediodia. A uno de los dos costados de dicha bahia, se encuentra la ciudad de Algeciras, y al otro la de Gibraltar, de modo que Algeciras y Gibraltar están situadas una al frente de otra, y distan entre sí cuatro mil toesas ó sea legua y media poco mas ó menos, de suerte, que desde la primera plaza, se vé perfectamente lo que sucede, con el auxilio de un antejo regular. Alasazon no habia en la bahia ni un buque inglés, pero el contraalmirante Saumarez no se hallaba lejos, pues observaba con siete buques el puerto de Cádiz en que estaban reunidas en aquel momento varias divisiones navales, ya francesas ya españolas. Advertido de lo que pasaba, trató de destruir la division Linois, pues á los tres navios que nuestro almirante llevaba, podia él oponer siete, ó por mejor decir seis, en atencion á que habia destacado al *Soberbio* para que observara la desembocadura del Guadalquivir: sin embargo, le hizo seña de que se reuniese á él, mas viendo que el *Soberbio* no podia regresar porque el viento se lo impedía, se encaminó á Algeciras con seis navios y una fragata. El almirante Linois por su parte, recibió aviso de las autoridades españolas participándole el peligro que le amenazaba, y tomó las únicas precauciones que era posible tomar en aquellos

sitios. Situada como acabamos de decir la costa de Algeciras frente á Gibraltar, su bahia, mas que puerto es un punto donde van á fondear los buques, siendo por lo demás una costa algo saliente y recta que se prolonga del Sur al Norte sin ningun dique ó reparo que sirva de abrigo á aquellos. En cada uno de los extremos de aquel fondeadero habia una bateria; al norte de Algeciras, y sobre un punto de vado de la costa, la conocida con el nombre de Bateria de Santiago, y la otra al medio día de aquella ciudad, en un islote llamado la isla Verde. La bateria de Santiago, constaba de cinco piezas de á 18, y la de la isla Verde, de siete de á 24, socorro de no gran importancia, entre otras causas, porque se carecia de artilleros y de municiones. Sin embargo de esto, el almirante Linois se puso en relaciones con las autoridades locales, quienes hicieron cuanto estuvo de su mano para auxiliar á los franceses, y colocó sus tres navios y su fragata por todo lo largo de la playa, apoyando los extremos de aquella linea tan corta en los puntos fortificados de Santiago y la isla Verde. El primero era el *Formidable* que colocado mas hácia el Norte, se apoyaba en la bateria de Santiago; en medio estaba situado el *Desaix*, y el último era el *Indomable*, que se hallaba mas al medio día hácia la bateria de la isla Verde: entre el *Desaix* y dicha isla se encontraba la fragata *Muiron*, y acá y allá estaban situadas algunas lanchas cañoneras que habian facilitado los españoles.

El 6 de julio de 1801 (17 de messidor año IX) á eso de las siete de la mañana, saliendo de la parte de Cádiz el contra-almirante Saumarez con un viento de Oeste Noroeste se encaminó hácia

la bahia de Algeciras, dobló el cabo Carnero, entró en la bahia y se dirigió hácia la linea donde estaban fondeados los franceses. El viento que no favorecia entonces la marcha de los buques ingleses, los separó unos de otros no permitiéndoles afortunadamente que maniobrasen de consuno, como hubiera sido de desear. El navio *Venerable*, que se hallaba al frente de la columna, se quedó atrás, y ocupando su puesto el *Pompeyo*, subió á lo largo de nuestra linea, y fué desfilando bajo el fuego de la bateria de la isla Verde, de la fragata *Muiron*, del *Indomable*, del *Desaix* y del *Formidable*, soltando una andanada á cada uno de ellos, hasta que tomó posicion á tiro de fusil de nuestro navio almirante el *Formidable* que montaba Linois, trabándose entre estos dos adversarios un combate encarnizado casi á boca de jarro. El *Venerable*, apartado en un principio del lugar de la accion, procuró aproximarse para unir sus esfuerzos á los del *Pompeyo*; el *Atrevido*, destinado á luchar contra el *Desaix*, no pudo llegar á la altura de este, y se paró delante del *Indomable* que era el último situado á la parte del Sur, haciendo contra él un fuego vivísimo de cañon. El *Cesar* y el *Spencer*, se hallaba uno á retaguardia, y otro en el fondo de la bahia á donde habia sido arrastrado por el viento, que soplabá del Oeste al Este. Por último, el *Anibal*, que en un principio hizo rumbo hácia Gibraltar consiguió acercarse á Algeciras á fuerza de maniobrar, y viró para dar la vuelta y situarse entre nuestro *Formidable* y la costa. El combate entre los buques que pudieron reunirse, era cada vez mas obstinado, y los ingleses tuvieron que echar un ancla para que los vien-

tos no los arrojasen hácia la parte de Gibraltar. Nuestro almirante, el *Formidable*, tenia que pelear con dos adversarios, el *Pompeyo* y el *Venerable*, y si el *Anibal* conseguia tomar posicion entre él y la costa, iban á ser tres los buques con que debia luchar. Una bala de cañon se llevó al valiente Lalonde, capitan del *Formidable*; pero no disminuyó á su bordo el fuego; antes por el contrario, continuó con extraordinaria furia á los gritos de ¡viva la republica! ¡viva el primer consul! El almirante Linois que se hallaba á bordo del mencionado navio, presentó de intento un costado al *Pompeyo*; que solo le presentaba la popa, y no solo consiguió derribarle el mástil, sino que casi le puso fuera de combate. Aprovechándose al mismo tiempo del cambio de la brisa, que soplabá del Este hácia la parte de Algeciras, mandó á los capitanes de su escuadra que cortasen los cables y encallasen, á fin de no permitir que los ingleses pasasen entre nosotros y la costa, poniéndonos entre dos fuegos, como hizo Nelson en la batalla de Abukir. Aquella maniobra no podia tener grandes inconvenientes para la seguridad de los buques franceses, por que cuando creciese la marea podrian flotar facilmente. Aquella órden salvó á la division, pues el *Formidable*, asi que puso al *Pompeyo* fuera de combate, baró sin el menor sacudimiento, gracias á que la brisa al cambiar perdió algun tanto de fuerza, y librándose del peligro con que le amenazaba el *Anibal*, adquirió sobre este una posicion temible. Queriendo ejecutar sus maniobras el *Anibal*, encalló, permaneciendo inmóvil bajo el doble fuego del *Formidable* y la batería de Santiago, pues aunque hizo esfuerzos para levantarse,

no pudo moverse por lo bajo de la marea. En semejante peligrosa posicion, recibió por todas partes espantosas descargas de artilleria, tanto por parte de tierra como del *Formidable* y las lanchas cañoneras; en vano dispararon uno ó dos cañones con furia, pues sufre mas descargas de las que él podia dirigir, y viendo el almirante Linois que la batería de Santiago no estaba bien servida, hizo que desembarcase el general Devaux con un destacamento de tropas que tenia á bordo, lo cual avivó el fuego de la batería contra el *Anibal*. El segundo navio francés, el *Desaix*, que se hallaba detras del *Formidable*, al dar cumplimiento á la órden que tenia de arrojarse hácia la costa, ejecutó con lentitud la maniobra á causa de la poca brisa, y se encontró algo fuera de la linea, pero á la vista tambien del *Anibal* y del *Pompeyo*, á cuyo último navio dejó descubierto el *Formidable* luego que encalló. Aprovechándose de aquella posicion el *Desaix*, suelta una andanada al *Pompeyo*, dejándole tan maltratado que este se vió obligado á quitar la bandera en señal de rendicion, y luego asesta sus disparos contra el *Anibal*, al cual causa tal estrago que tambien arrió bandera, quedando reducidos los navios ingleses á cuatro, de seis que eran. A fuerza de maniobras consiguieron estos ponerse en linea, situándose á muy buen alcance del *Desaix* y el *Indomable*, el primero de los cuales les habia hecho frente antes de encallar, mientras que el *Indómito* y la fragata *Muiron*, al retirarse lentamente hácia la costa, les contestaron con un fuego bien dirigido, colocándose en seguida bajo la batería de la isla Verde, cuya artilleria dirigian algunos solda-

dos franceses de los que habian desembarcado. Hacia muchas horas que duraba el combate con la mayor energia, cuando el almirante Saumarez, viendo que ya habia perdido dos navios de los seis que mandaba, y no esperando ningun resultado favorable de aquella accion, pues para hacerse mas á los franceses era preciso encallar como ellos, dió señal para que se retirase el resto de su escuadrilla, dejándonos el *Anibal*, pero queriéndonos arrebatar el *Pompeyo* que permanecia inmóvil en el campo de batalla sin mastil. A este efecto hizo que saliesen de Gibraltar algunos barcos que consiguieron remolcar el casco del *Pompeyo*, sin que nuestros buques pudieran impedirlo barados como se hallaban.

Tal fué el combate de Algeciras, donde combatieron tres navios franceses contra seis ingleses apresando á uno y destrozando á otro. Grande fué la alegría de los franceses á pesar de que tuvieron pérdidas de consideracion; como que quedó muerto Lalonde, capitan del *Formidable*, y Moncoust, que mandaba el *Indomable*, ascendiendo á doscientos el número de muertos, y trescientos el de heridos, ó séanse quinientos entre oficiales y marinos, de dosmil que iban á bordo de la escuadra. Los ingleses tuvieron novecientos hombres fuera de combate, saliendo acribillados sus navios.

Por muy gloriosa que fuese aquella accion quedaba mucho por hacer, pues era preciso salir de Algeciras á pesar de las averias que nuestros buques habian sufrido, y el almirante Saumarez juraba que se vengaria de Linois cuando este dejase su asilo para trasladarse á Cádiz. A este

efecto hacia grandes preparativos, utilizando los inmensos recursos que habia en un puerto como Gibraltar para poner á su division en estado de combatir de nuevo, y hasta preparando brúlotos para incendiar los buques franceses, como no pudiera sacarlos á alta mar. El almirante Linois solo contaba para reparar sus averias con los recursos casi nulos de Algeciras, pues aunque Cádiz no distaba mucho, era muy difícil que de aquel arsenal le llevasen materiales por mar á causa de los ingleses, y por tierra á falta de trasportes, siendo asi que casi todo el aparejo de los buques franceses se hallaba destrozado, y muchos palos mayores estaban cortados, habiendo sufrido los que no graves deterioros. El almirante Linois hizo cuanto pudo para continuar su rumbo, y para que todo faltase hasta apenas habia vendages para los heridos, habiendo tenido los cónsules franceses de los puertos inmediatos que llevar en posta médicos y medicinas.

Hallábanse á la sazón en Cádiz la escuadra española procedente del Ferrol, y ademas los seis buques dados á Francia, y que el almirante Dumanoir equipó de prisa y corriendo; pero la fuerza de aquellas divisiones, respetable sin duda alguna en número, no lo era tanto bajo otros puntos de vista. La marina española, siempre digna por su valor de la ilustre nacion á que pertenecia, se resentia de la incuria general que tenia como paralizados todos los recursos de la monarquia, y la division del almirante francés Dumanoir, compuesta de marineros de diverso origen, no podia inspirar gran confianza. Ninguno de los buques de que se formaba valia tanto co-

mo los de la division de Linois, acostumbrados desde antiguo á andar de crucero en crucero, y exaltados con la última victoria que acababan de alcanzar.

A fuerza de vivas y repetidas instancias, comisionó Mazarredo, gefe de escuadra y comandante del departamento de Cádiz, comisionó, decimos á Moreno, escelente oficial, lleno de valor y esperiencia, para que fuese á socorrer á Linois. El 9 de julio (20 de messidor) se hizo á la vela el oficial español con rumbo á Algeciras, llevandolos cinco navios españoles sacados del Ferrol, el *San Antonio*, uno de los de Dumanoir y tres fragatas; escuadra que fondeó aquel mismo dia en Algeciras con el material destinado á la division de Linois.

Ocupáronse de dia y de noche en reparar los tres navios que habian sostenido un combate tan glorioso, y que salieron á flor de agua á favor de la primera marea, rehaciendo el aparejo lo mejor y lo mas pronto que pudieron, componiendo los palos de mesana con masteleros de juanete, y dándose tal maña que el 12 por la mañana se hallaban en estado de navegar, no solo los buques franceses sino tal vez el navio apresado al enemigo, pues tambien querian trasladar á Cádiz el *Anibal*.

El 12 por la mañana levó anclas la escuadra combinada, y favorecida por un viento Este Noroeste, abandonó la bahia de Algeciras y salió al estrecho en orden de batalla, formando la retaguardia los dos navios españoles el *San Carlos* y el *San Hermenegildo*, de ciento doce cañones cada uno, no sin que antes subiesen los gefes á la Sa-

lina, pues es costumbre de la marina española que el almirante monte una fragata.

A la caída del dia aljó el viento; pero no queriendo volver á Algeciras, porque no era fácil tomar aquella posicion á la vista de una division enemiga, y habia que temer ademas la llegada de refuerzos, que esperaba de un momento á otro la escuadra inglesa, resolvieron dejar atrás al *Anibal*, que no podia andar ni aun remolcado por la fragata *Indiana*, con orden de que regresase á Algeciras. Púsose al paio la escuadra combinada, esperando que en el trascurso de la noche arreciaria el viento, mientras que el almirante Saumarez se ponía en movimiento con la suya. Sin el *Anibal*, que habia perdido, y el *Pompeyo* que no podia maniobrar, solo contaba con los cuatro buques que combatieron en Algeciras; pero se habia incorporado con él el *Sauberbio*, de suerte que su division ascendia á cinco navios, ademas de varias fragatas y algunas embarcaciones ligeras provistas de combustibles. Era tal su encarnizamiento, que hasta llevaba hornillos para caldear las balas, pues aunque solo tenia cinco buques de alto bordo, mientras que los aliados llevaban nueve, queria arrostrar cuanto hubiese que arrostrar para reparar la derrota humillante de Algeciras, con lo cual se libraria de una reprimenda severa, ó algo mas de parte del almirantazgo inglés. Asi es que seguia á muy corta distancia á la escuadra franco-española, esperando un momento oportuno de arrojarse sobre la retaguardia.

A eso de media noche refrescó el viento y la escuadra combinada se hizo otra vez á la vela.

para Cádiz, variando algun tanto el orden de marcha, pues formaban la retaguardia tres navios colocados en una sola linea, á la derecha el *San Carlos*, en medio el *San Hermenegildo*, y á la izquierda el *San Antonio*, navio de setenta y cuatro cañones que ya era francés. De este modo marchaban al lado de otros, mediando entre ellos muy poca distancia. Aprovechándose el almirante inglés de la profunda oscuridad que reinaba, mandó al *Soberbio*, escelente andador, que forzase velas y atacase nuestra retaguardia, como así lo hizo aquel buque, no tardando en reunirse con la escuadra franco-española, pues apagó todas las luces de á bordo para que no le vieran. Colocándose algo detrás del *San Carlos*, le volvió el costado, disparándole una andanada, y luego continuó sin intermision hasta hacerle tres descargas con bala rasa. Apenas empezó á arder el *San Carlos*, se paró el *Soberbio*, y acertando velas, se mantuvo á alguna distancia: presa de las llamas el *San Carlos*, empezó á maniobrar desalentadamente, y en vez de permanecer en la linea, se quedó atrás de sus dos vecinos, disparando en todas direcciones, de suerte que algunas balas fueron á dar en el *San Hermenegildo*; el cual creyó seria la cabeza de la columna inglesa, contestando furioso á sus disparos. Entonces tomaronse por enemigos los dos buques españoles, y embistieronse con denuedo, acercándose hasta mezclarse las vergas unas con otras, y trabando entre sí un combate sostenido con vigor. El incendio iba tomando cada vez mayor incremento, hasta que se comunicó del *San Carlos* al *San Hermenegildo*; pero á pesar de esto siguieron haciéndose fuego

con furor, sin que las escuadras supiesen qué era aquello sumidas como se hallaban en las tinieblas. Escepto el *Soberbio* que debia comprender aquel funesto engaño, puesto que era el autor de él, ningun buque se atrevia á aproximarse, no sabiendo cuál de ellos era español ó inglés, ni á quién debian defender ó atacar, y en cuanto al navio francés *San Antonio*, apenas vió el incendio se alejó de sus dos peligrosos vecinos. A poco crecieron estraordinariamente las llamas, iluminando el mar con su siniestro resplandor, y entonces fué, segun parece, cuando salieron de su engaño aquellos denodados españoles; pero ya era tarde, pues el *San Carlos* estalló con un ruido espantoso, sucediendo lo mismo al *San Hermenegildo*, lo cual dejó aterradas á las dos escuadras, que no sabian á quién ácaecia semejante desastre.

Viendo el *Soberbio* que el *San Antonio* se habia separado de los otros dos, se dirigió hácia él y le embistió con audacia: el navio atacado trató de defenderse; pero como hacia muy poco tiempo que habia sido armado, faltaronle el orden y la sangre fria que son indispensables para mover unas máquinas de guerra tan grandes, y salió horriblemente maltratado. Como si esto no fuese bastante, cayeron sobre él otros dos enemigos, el *César* y el *Venerable*, de suerte que tuvo que arriar pabellon destrozado como se hallaba.

El almirante Saumarez se vengó cruelmente, y aunque no adquirió mucha gloria en aquella refriega, causó una gran pérdida á la escuadra española; por lo que hace á los dos almirantes Linois y Moreno, desde la *Sabina* presenciaron

aquella escena atroz, sin que en medio de la oscuridad pudiesen distinguir lo que sucedia, ni dar una orden á tiempo. Al fin, al rayar el día se hallaban en Cádiz con la escuadra reunida; pero le faltaban tres navios, el *San Carlos* y el *San Hermenegildo* que se habian volado, y el *San Antonio*, al cual apresaron los ingleses.

Otro navio de la escuadra combinada se quedó atrás, el *Formidable*, que se habia cubierto de gloria en el combate de Algeciras; pero que se resentia aun de los golpes que recibió en aquella jornada. Privado de parte de su velamen, andaban con lentitud, y temiendo los engaños que suele acarrear la obscuridad de la noche, presencié de cerca el incendio de los dos navios españoles, manteniéndose detras, pues creyó que no podria ser útil á ninguno de los combatientes. Cuando los ingleses vieron por la mañana que se habia separado de la escuadra, le envolvieron atacándole con una fragata y tres navios; pero el capitán Troude, oficial habil y valiente á quien el almirante Linois entregó el mando del *Formidable* cuando pasó á bordo de la *Sabina*, resolvió defenderse á toda costa. Conociendo con extraordinaria presencia de espíritu que si trataba de salvarse á fuerza de velas, le cortarían el camino los navios ingleses cuyo aparejo era mejor que el del suyo, buscó su salvacion en una buena maniobra y un combate sostenido con vigor, secundando sus intenciones la gente que llevaba á bordo, porque nadie queria perder los laureles que recogió en Algeciras. Contando como contaba el digno capitán Troude, con marineros veteranos ya en el oficio, acostumbrados á navegar, y sobre todo á

hacer la guerra, cosa mas necesaria en mar que en tierra, esperó á que los enemigos que le perseguian se reuniesen todos contra el *Formidable*, dirigiéndose en derechura á la fragata *Támesis*, que era la que tenia mas cerca. Aproximase y dirige contra ella un fuego terrible; la fragata se cansa pronto de aquella lucha desigual, cediendo el puesto al *Venerable*, navio inglés de setenta y cuatro cañones que se encaminaba hácia el nuestro á toda vela. Sintióse superior á él el capitán Troude, (el *Formidable* tenia ochenta cañones) le espera con impavidez, mientras que los otros dos navios ingleses se afanan por cortar-le el camino de Cádiz, y maniobrando hábilmente, presenta su temible costado, armado de cañones, á la proa del *Venerable*, acerbillándole á balazos. Como no solo era superior al enemigo en artilleria sino en la maniobra, le derriba un mástil, luego otro y otro, y dejándole tan raso como un ponton, le dispara á flor de agua varias descargas hasta ponerle en peligro de irse á pique. El malhadado navio, horriblemente maltratado, siembra la alarma á bordo de la division inglesa, y la fragata *Támesis* acude á socorrerlo, mientras los otros dos navios ingleses que habian procurado colocarse entre Cádiz y el *Formidable*, vuelven atrás, con intencion de salvar á la gente del *Venerable* y caer sobre el navio francés que tal resistencia hacia. El capitán Troude, confiando en la maniobra y su buena fortuna, les dispara unas tras otras andanadas á cual mas rápidas y mejor dirigidas, de suerte que desanimado el enemigo, abandona la lucha, acudiendo á socorrer al *Venerable*, espuesto á zozobrar si no se le protegía

con la urgencia que su inminente peligro reclamaba.

El valiente capitán Troude, libre ya de sus numerosos adversarios, se encamina en triunfo hacia el puerto de Cádiz entrando victorioso en la rada entre los aplausos de la multitud, porque parte de la población española atraída por los cañonazos y la explosión del *San Carlos* y el *San Hermenegildo* acudió á la orilla desde la cual presenció el peligro del navio francés y el valor con que combatió.

Los ingleses no podían disputarnos la gloria de aquellos combates, y en cuanto á las pérdidas materiales unos y otros las tuvieron, pues si los franceses perdieron un navio, y los españoles dos, los ingleses dejaron en nuestro poder uno saliendo dos de los suyos tan mal tratados que quedaron inservibles. Sin la oscuridad de la noche que produjo una desgracia inevitable, hubieran podido considerarse como enteramente derrotados en aquellos diferentes encuentros, por que el combate de Algeciras y la entrada en Cádiz del *Formidable*, eran hechos de armas que merecen figurar en los anales de la marina.

Los españoles estaban tristes pues aun cuando Moreno se habia portado bien no se habian indemnizado con una accion brillante de la pérdida del *San Carlos* y el *San Hermenegildo*, pero no obstante en los sucesos de Portugal debian hallar un consuelo. Hemos dejado al príncipe de la Paz preparándose para dar principio á la guerra con Portugal al frente de las fuerzas combinadas de ambas naciones, con el intento de influir en las negociaciones de Londres segun hemos espuesto con estension.

Con arreglo al plan convenido, los españoles debian operar sobre la izquierda del Tajo, y los franceses sobre la derecha, para lo cual se habian reunido por la parte de Badajoz, y hacia la frontera del Alentajo treinta mil españoles, al mismo tiempo que se dirigian por Salamanca, hacia Tras-os-Montes, quince mil franceses. Gracias á esfuerzos no interrumpidos, á sumas que facilitó el clero, y á sacrificios de diferente especie que hicieron otras clases, consiguióse equipar á los treinta mil españoles, pero lo que es el tren de artilleria, quedabase muy atrás. El príncipe de la Paz sin embargo, contando acertadamente con el efecto moral que debia producir la reunion de los franceses con los españoles, quiso precipitar las hostilidades, ganoso de coger los primeros laureles, pues aspiraba á llevarse toda la gloria de aquella campaña, considerando únicamente á los franceses, como un recurso para en caso de algun revés. Esta satisfaccion podia dejarse al príncipe de la Paz, por que los franceses no iban á la sazón en busca de gloria, sino resultados útiles, y estos resultados consistian, en ocupar una ó dos provincias de Portugal, para tener nuevos rehenes contra la Inglaterra. Aunque la guerra era fácil al parecer, habia sin embargo un peligro que temer, cual era que llegase á hacerse nacional por parte de los portugueses, resultado funesto que hubiera podido producir el odio que estos tenian á los españoles, sin la proximidad de los franceses, quienes se hallaban á algunas jornadas de distancia. Apresuróse, pues, el príncipe de la Paz á pasar la frontera y atacar las plazas de Portugal con artilleria de campaña á falta de arti-

lheria de sitio, ocupando sin dificultad á Olivenza y Jurumenha, pero las guarniciones de Elvas y de Campo-Mayor, se encerraron en sus muros, dispuestas al parecer á defenderse. Viendo esto el príncipe de la Paz, dispuso fuesen bloqueadas, y el se dirigió en busca del ejército portugués, mandado por el duque de Alagoas: los portugueses huyeron hacia el Tajo, y las plazas bloqueadas abrieron entonces sus puertas, Campo-Mayor, se entregó, y fué preciso sitiár en regla á Elvas con un parque que llevó de Sevilla. El príncipe de la Paz, siempre persiguiendo al enemigo, atravesó rápidamente á Zumar, Alegrete, Portalegre, Castelló-de-Vide y Flor de Rosa, hasta que al fin llegó al Tajo, donde los portugueses habian ido á refugiarse.

De este modo consiguió apoderarse de casi toda la provincia de Alentejo sin que los franceses hubiesen atravesado la frontera de Portugal, siendo evidente que si los españoles solos habian conseguido tamaño resultado, reunidos los españoles y los franceses, debian apoderarse en muy pocos dias de Lisboa y Oporto. Viendo lo que sucedia, la corte de Portugal que hasta entonces no habia querido creer fuese una cosa formal la guerra emprendida contra ella, envió á Pinto de Souza al cuartel general español, para que manifestase se hallaba pronta á admitir todas las condiciones que tuviesen á bien imponerle los dos ejércitos combinados, y queriendo el príncipe de la Paz que sus soberanos fuesen testigos de su gloria, hizo que el rey y la reina de España, se trasladasen á Badajoz, con el objeto de recompensar á las tropas, y celebrar una especie de congreso. De este

modo, aquella corte tan grande algun dia, pero deshonrada hoy por una reina disoluta y un favorito incapaz y omnipotente, procuraba engañarse á si misma, haciendo creer que se ocupaba de negocios políticos de importancia. Tales fueron los sucesos á fines de julio y principios de agosto, debiendo añadir que Luciano Bonaparte acompañó á los reyes católicos en su viage á Badajoz.

Los combates de Algeciras y de Cádiz, que debian infundir confianza á nuestra marina; la corta campaña de Portugal que probaba el influjo que egercia el primer consul en la Peninsula, y el poder que tenia de tratar á Portugal como Nápoles, Toscana ú Holanda, compensaban hasta cierto punto los acontecimientos conocidos del Egipto. Nada se sabia aun en Francia de la batalla de Canope ni de la capitulacion ya firmada del Cairo, ni de la capitulacion inevitable de Alejandria, pues entonces no se trasmitian las noticias por mar con tanta rapidez como en el dia, necesiándose un mes cuando menos, y aun algunas veces más, para que se supiese en Marsella cualquier suceso acaecido en las orillas del Nilo. Lo único que se sabia acerca de los asuntos de Egipto era, que los ingleses habian desembarcado trabándose en la playa algunos combates, pero reinaba una duda completa acerca del resultado definitivo de aquella lucha, de suerte, que en vez de disminuirse, se aumentaba por el contrario el influjo que Francia iba adquiriendo en Europa. ®

El tratado de Luneville, producía en efecto sus inevitables consecuencias. Desarmada el Austria, y no pudiendo hacer nada en contra nuestra, nos dejaba en completa libertad de llevar á cabo

nuestros proyectos. Es verdad que la Rusia desde la muerte de Pablo I y el advenimiento al trono de Alejandro, no se hallaba dispuesta á tener energía con respecto á Inglaterra, pero tampoco á oponerse á los intentos de Francia en Occidente, de suerte que el primer consul no se tomaba el trabajo de ocultar sus miras. Por un simple decreto acababa de convertir al Piamonte en departamento francés, sin cuidarse de las reclamaciones del plenipotenciario ruso; en cuanto á Nápoles, habia declarado que el tratado de Florencia seria una ley que tendria que obedecer aquella corte; Génova acababa de presentarle su constitucion á fin de que hiciera en ella ciertas variaciones que tenian por objeto robustecer el poder ejecutivo; la República Cisalpina que se componia de la Lombardia, del ducado de Módena y de las legaciones, constituida la primera vez por el tratado de Campo-Formio, y la segunda por el de Luneville, se organizaba de nuevo en estado aliado y dependiente de Francia; Holanda á ejemplo de Liguria, presentaba su constitucion al primer consul, para que en ella diese mas fuerza al gobierno, especie de reforma que se llevaba á cabo á la sazón en todas las repúblicas hijas de la república francesa; y por último, los enviados que poco antes impetraban el apoyo de Mr. Kalitcheff, orgulloso ministro de Pablo I, sentian haber buscado aquel protectorado, y pedian al primer consul por gran favor, que los mejorase en condicion. Los representantes de los principes de Alemania, sobre todo, mostraban el mayor empeño acerca de esto, pues como en el tratado de Luneville se consignaba el principio de la secularizacion de los estados eclesiásticos y de

la division de estos estados entre todos los principes hereditarios, esto habia abierto las puertas á las ambiciones, aspirando á conseguir la mejor parte, no solo las potencias de segundo y tercer orden, sino naciones grandes y poderosas. Aunque Austria y Prusia habian perdido muy poco en la izquierda del Rhin, querian participar de la indemnizacion prometida; Baviera, Wurtemberg, Baden y la casa de Orange, asediaban con sus instancias al nuevo gefe de la Francia, porque teniendo una parte principal en el tratado de Luneville, debia ejercer la mayor influencia sobre la ejecucion de este tratado. La Prusia misma representada en Paris por Mr. de Luchesini, solici-taba tambien, realizando de este modo el poder del primer consul. Así pues, en los seis meses transcurridos desde que se firmó el tratado de Luneville, aunque sufrimos algunos reveses en Egipto, reveses que por otra parte eran poco conocidos en Europa; se habia visto aumentar el ascendiente del gobierno francés, circunstancias que influyeron en las negociaciones de Londres, hasta el punto de emprenderlas ambos gobiernos con actividad de comun acuerdo, y con singular conformidad de pareceres. Al ver el primer cónsul los primeros actos de Menou, conoció que aquella campaña era perdida, y queria que antes del desenlace que preveia se firmase un tratado en Londres: los ministros ingleses, por su parte incapaces de preveer como él el resultado de los sucesos, temian no les diese un golpe vigoroso el ejército de Egipto tan famoso por su valor, y se hallaban dispuestos á aprovecharse de cualquiera apariencia de triunfo, para entrar en tratos; de modo que

no solo estuvieron de acuerdo para tomarse tiempo, sino que tambien lo estaban entonces para dar cima á aquella negociacion.

Empero antes de engolfarnos en el laberinto de aquel grande arreglo en que iban á ventilarse los intereses de mas cuantia del universo, necesario es que refiramos un suceso que en aquel momento llamaba la atencion en Paris, y que viene á ser el complemento del raro espectáculo que entonces presentaba la Francia consular.

Cuando la familia real de España dejó á Madrid para trasladarse á Badajoz, acababan de llegar á las fronteras de los Pirineos los infantes de Parma, destinados á reinar en Toscana, siendo grande el empeño que formó el primer cónsul en que pasasen por Paris antes de enviarlos á Florencia, para que tomasen posesion del nuevo trono de Etruria. Dotado el general Bonaparte de una imaginacion vivisima, era muy dado á los contrastes, de suerte que celebraba en su interior lo extraño que seria que un republicano erigiese á uno por rey, complaciéndose sobre todo en hacer ver que no temia la presencia de un Borbon, y que su gloria lo elevaba sin comparacion alguna sobre la antigua dinastia cuyo puesto él ocupaba. Tambien le gustaba que la Europa supiese que en el mismo Paris que acababa de ser teatro de una revolucion sangrienta, podia desplegarse una pompa y un fausto dignos de un monarca, lo cual era prueba del repentino cambio que habia introducido en Francia su gobierno reparador y justo.

El mismo que se mostraba tan atento y minucioso en una gran operacion militar, no tenia á

menos ostentar esas cualidades en los actos de lujo en que debian figurar su persona, ó estaban destinados á redundar en gloria suya. Asi es que arreglaba todos los detalles, hacia todo lo que le parecia conveniente y necesario, y ponía cada cosa en su sitio, porque eso y mucho más era indispensable en un orden social enteramente nuevo, creado sobre los restos de una sociedad destruida, y en donde todo era preciso rehacerlo de nuevo hasta la etiqueta de rigurosa necesidad aun en las repúblicas.

Los tres cónsules deliberaron largamente acerca del modo con que habian de ser recibidos en Francia los reyes de Etruria, y sobre el ceremonial que debia observarse, conviniendo para evitar no pocas dificultades, en que se les recibiria con el nombre de conde y condesa de Liorna, tratándoseles como á huéspedes ilustres que eran, segun se hizo en el último siglo con el jóven Czar que despues fué Pablo I., y con José II emperador de Austria. De este modo se oviaban por medio del *incógnito* los obstáculos que sin duda hubiera suscitado la cualidad oficial de rey y reina, siendo arregladas á este tenor las órdenes que se espidieron á las autoridades civiles y militares de los departamentos por donde debian pasar los principes.

Todo lo nuevo embarga la atencion de los pueblos en cualquier tiempo que sea, y ciertamente era una novedad extraordinaria el ver en Francia á un rey y una reina, al cabo de doce años de una revolucion que habia derribado ú amenazado á tantos tronos, siendo tanto mas agradable para el pueblo francés aquella novedad, cuanto que el

rey y la reina que pisaban su suelo, habian salido por decirlo así del seno de sus victorias. En todas partes fueron acogidos los infantes con muestras de la mayor alegría; en todas partes encontraron el respeto y las atenciones más delicadas, sin que nada les diese á conocer que se hallaban en un país trastornado no ha mucho profundamente. Los realistas á quienes no agradaba aquella obra monárquica de la revolución francesa, fueron los únicos que aprovecharon la ocasión de dar pruebas de malignidad, gritando en el teatro de Burdeos con afectación: ¡Viva el rey! á lo cual respondió el pueblo: ¡Abajo los reyes!

El primer consul moderó el celo algo escésivo de dos prefectos, disponiendo que no se diese una importancia desmedida á la aparición en Francia de aquellos principes, quienes llegaron á Paris en junio, para pasar un mes entero en el alojamiento que se les tenia preparado en la embajada española. Como el primer consul, á pesar de ser simplemente un magistrado amovible de una república, representaba á la Francia, debiendo desaparecer ante semejante prerogativa todos los privilegios de la sangre real, se habia dispuesto que los dos infantes visitarían primero al consul, y que este les pagaria la visita al siguiente dia. En cuanto á los otros dos consules que no representaban en el mismo grado á la Francia, invieron que visitar á los infantes antes que estos á ellos, con lo cual quedó restablecida la distancia que debia haber entre el nacimiento y el rango.

El mismo dia en que llegaron el conde y la condesa de Liorna, fueron conducidos á la Malmaison por el conde de Azara embajador de Es-

paña, y el primer consul los recibió al frente de su corte compuesta enteramente de militares. El conde algun tanto cortado, al ver su aspecto algo sério, se arrojó sencillamente en los brazos del primer consul, quien por su parte le estrechó en los suyos tratando con bondad paternal á los dos jóvenes infantes, pero sin embargo, se advertia la superioridad que le daban el poder, la gloria y la edad. Al dia siguiente fué á visitarlos el primer consul al palacio de la embajada mientras que los cónsules Cambacéres y Lebrun cumplieron por su parte con el ceremonial arreglado de antemano.

El primer consul debia presentar en la ópera al público de Paris á los dos infantes; pero como estuviese indispuerto el dia señalado para aquella presentacion, hizo sus veces el consul Cambacéres acompañándolos él al teatro. Cuando entró en el palco de los cónsules, cogió de la mano al conde de Liorna y lo presentó al público, quien contestó con una salva de aplausos sin intencion maliciosa ú ofensiva. Sin embargo, los ociosos acostumbrados á interpretarlo todo a su manera, atribuyeron el viage á Paris de los principes españoles á cien motivos diferentes: los que andaban á caza de dichos agudos é ingeniosos, se contentaban con manifestar que el consul Cambacéres acababa de presentar los Borbones á la Francia; los realistas que se obstinaban en esperar del general Bonaparte lo que no podia ni queria hacer, sostenian que su intencion era ir preparando los ánimos para la vuelta de la antigua dinastia; y los republicanos decian por el contrario, que queria por medio de aquellas

pompas reales, habitar á la Francia al restablecimiento de la monarquía, pero en provecho propio.

Los ministros recibieron orden de prodigar los festejos á los príncipes viageros, orden que no necesitaba Mr. de Talleyrand, pues modelo de buen gusto y elegancia bajo el régimen antiguo, lo era con justo título bajo el nuevo, y dió en el palacio de Neuilly una función magnífica á que concurrió la mejor sociedad de Francia, y en la que resonaron nombres que hacia mucho tiempo no se oían pronunciar en las tertulias de París. En medio de una iluminación brillante apareció de pronto la ciudad de Florencia, representada con una habilidad sorprendente, y el pueblo toscano, bailando y cantando en la célebre plaza del *Palazzo Vecchio*, presentó flores á los jóvenes soberanos y coronas triunfales al primer consul; magnificencia que costó sumas inmensas. Aquello recordaba la prodigalidad del Directorio, pero con la elegancia de otro tiempo y la decencia enteramente nueva de que un hombre severo en sus costumbres quería revestir las de la Francia revolucionaria. El ministro de la guerra se unió al de los negocios estrangeros y dió una función militar, consagrada á celebrar al aniversario de la batalla de Marengo, y el ministro de lo interior, así como los cónsules segundo y tercero, recibieron con magnificencia á los príncipes españoles, siendo la capital durante un mes un puro festejo y regocijo. Sin embargo, no queriendo el primer consul que los infantes asistiesen á las funciones republicanas del mes de julio, dispuso lo necesario para que dejasen á Pa-

ris antes del aniversario del 14 de dicho mes.

Varias veces procuró en medio de la general alegría dar algunos consejos á los régios esposos que iban á reinar en Toscana; pero á poco conoció que el príncipe era incapaz de admitirlos, porque cuando se hallaba en la Malmaison, se entregaba en los salones de los ayudantes de campo á juegos solamente dignos de un adolescente. La princesa fué la única que oyó con atención los consejos del primer consul, dando muestras de ser algo mas entendida; pero este auguró muy mal de aquellos soberanos que iban á mandar parte de la Italia, y comprendió que tendria que intervenir mas de una vez en los negocios del reino.—Ya veis, dijo á muchos miembros del gabinete; lo que son esos príncipes, por cuyas venas corre sangre antigua, y sobre todo los que se han educado en las cortes del Mediodía; cómo se les ha de confiar el gobierno de los pueblos!... Por lo demás, siempre es bueno que la Francia vea una muestra de lo que son los Borbones, pues con eso podra juzgar si las antiguas dinastías se hallan al mismo nivel de las dificultades que presenta un siglo como el nuestro.—Todos los que vieron al joven príncipe hicieron efectivamente la misma observacion que habia hecho el primer consul, quien dió por Mentor á los infantes al general Clarke, con el título de ministro de Francia en la corte de Etruria.

En medio de aquel cúmulo de negocios y de funciones que tambien lo eran, no se descuidó la gran obra de la paz marítima: las negociaciones entabladas en Lóndres entre lord Hawkesbury y Mr. Otto, de secretas pasaron á públicas, pues

como unos y otros tenían deseos de acabar pronto, no se descuidaban de disimular como en un principio. Ya hemos dicho que al deseo de ir con-temporizando siguió el anhelo de concluir cuanto antes, pues el primer consul pronosticaba mal de los sucesos que pasaban en las márgenes del Nilo, y el gobierno británico seguía temiendo una hazaña inesperada de parte del ejército de Egipto. El nuevo ministerio inglés, sobre todo quería la paz, porque de otro modo no podía existir, en atención á que si continuaba la guerra, Pitt valía mucho más que Addington al frente de los negocios. Todos los sucesos que habían tenido lugar ya en el Norte, ya en Oriente, mejoraron la situación relativa de Inglaterra; pero con todo los creían como otros tantos medios de hacer una paz más ventajosa para sus intereses, y no querían caer en la falta tantas veces echada en cara á Pitt, de no haber celebrado un tratado antes de las batallas de Marengo y Hohenlinden. El rey de Inglaterra, como ya hemos visto, había vuelto á entrar en el camino de ideas más pacíficas porque apreciaba al primer consul, y aun porque estaba algo enojado con Pitt; el pueblo, oprimido por la miseria, anhelaba un cambio, y esperaba que con la terminación de la guerra mejoraría de suerte; los hombres de juicio, sin escepcion, opinaban que ya era bastante con diez años de una lucha cruenta, y que no debían obstinarse en proporcionar á la Francia nueva ocasión de aumentar su poderío, y por otra parte no dejaban de producir cierta inquietud en Londres, los preparativos de desembarco que se hacían en las costas de la Mancha. Solo una clase

de hombres se inclinaba al sistema de Addington, los que entregados á grandes especulaciones marítimas, habían dado sus capitales para cubrir los enormes empréstitos de Pitt, y veían que la paz, abriendo los mares al pabellón de todas las naciones, y particularmente al de Francia, iba á arrebatárles el monopolio del comercio que estaban haciendo, y á cerrar la puerta á las grandes operaciones reentísticas. Adictos en un todo á la política de Pitt, estaban por la guerra, cuando hasta el mismo Pitt iba conociendo que era necesario hacer la paz; pero aquellos opulentos especuladores de la Cité, tenían que callar al oír los clamores del pueblo y de los terratenientes, y sobre todo al ver que reinaba la mayor unanimidad de opiniones entre todos los hombres sensatos de la nación.

Estaba, pues, decidido el gobierno inglés, no solo á negociar, sino á hacerlo con premura, á fin de poder presentar el resultado de sus negociaciones al parlamento en la primera reunion que celebrase, es decir, en el otoño. Por lo demás acababa de arreglar las diferencias que traía con Rusia acerca de una cuestion de derecho marítimo, haciendo algunas concesiones al nuevo emperador; pero en cambio exigió otras, que tuvo la debilidad de dejarse arrancar aquel príncipe, jóven, sin esperiencia, deseoso de dar gusto al partido que le había colocado en el trono, y más que nada, de entregarse tranquilamente á asuntos de reforma interior. De los cuatro principios esenciales del derecho marítimo, sostenidos por la liga del Norte y por Francia, la Rusia abandonó dos, estipulándose lo siguiente por un

convenio que firmaron el 17 de junio el vicecanciller Pania y el lord Saint-Helens:

1.º Los buques neutrales podían navegar libremente entre todos los puertos del globo, incluidos los de las naciones beligerantes, pudiendo conducir lo que tuviesen á bien, escepto el contrabando llamado de guerra, cosa que redundaba en beneficio de los intereses rusos. Así, pues, los cereales y los materiales propios para la construcción de buques en cuyo comercio no podían ocuparse antes, no se hallaban comprendidos en el contrabando de guerra, lo cual era muy importante para la Rusia, que produce cáñamo, brea, hierro, madera de arboladura y trigo. Acerca de este punto, uno de los mas importantes del derecho marítimo, había defendido la Rusia la libertad del comercio en general defendiendo los intereses de su comercio particular.

2.º El pabellon no cubría la mercancía, á menos que esta no corriese por cuenta del comerciante neutral, de suerte que el café procedente de las colonias francesas y los metales en barra esportados de las colonias españolas no podían ser secuestrados siempre que perteneciesen á un danés ó á un ruso. Es verdad que esta reserva salvaba en la práctica á parte del comercio neutral, pero la Rusia sacrificaba el primer principio del derecho marítimo, *el pabellon cubre la mercancía*, y abandonaba el noble papel que había querido representar en los reinados de Pablo y Catalina, cual era el de proteger en los mares al débil contra el fuerte.

3.º Aunque los buques neutrales podían navegar libremente, debían detenerse segun cos-

tumbre á la entrada de un puerto bloqueado, pero *bloqueado efectivamente con peligro inminente de forzar el bloqueo*. Bajo este aspecto en nada se alteraba el gran principio del bloqueo general y efectivo.

4.º Por último, en el tratado que analizamos se daba una inteligencia muy poco honrosa para el pabellon neutral al derecho de visita que había dado motivo á tantas disputas y formado la última liga del Norte. Nunca se había consentido hasta entonces en que pudieran ser visitados los buques de comercio á que fuese convoyando uno del estado, porque esto daba á conocer la nación á que pertenecía y sobre todo que no llevaba contrabando á bordo. Efectivamente que era muy poco digno del pabellon militar consentir que un capitán de navio, un almirante, quizá, pudiesen ser detenidos por un corsario provisto de una simple patente; pero el gabinete ruso apeló á una distincion creyendo que así dejaba á salvo la dignidad del pabellon. Decidióse que el derecho de visita con respecto á los buques de comercio convoyados no lo egercerían todos los buques indistintamente sino solo los de guerra, por manera, que un corsario provisto de una simple patente no tenia derecho á detener á un convoy que fuese escoltando un buque de guerra, ó lo que es lo mismo, que el derecho de visita solo podía egercersé de igual á igual. No hay duda que por este medio se evitaban parte de los inconvenientes, pero se sacrificaba el fondo del principio, siendo esto tanto mas deshonoroso para la corte de San Petersburgo, cuanto que era uno de los cuatro principios que se disputaban, y el cual ha-

bia producido tres meses antes el bombardeo de Copenhague y dado lugar á que Fablo I quisiese sublevar contra la Inglaterra á toda la Europa.

De este modo la Rusia sacrificó dos principios del derecho marítimo para conseguir que quedasen otros dos en su fuerza y vigor; pero tambien es preciso conocer que la Inglaterra hizo concesiones, y que llevada de su deseo de obtener la paz, desistió en parte de las orgullosas pretensiones de Mr. Pitt, conviniéndose entre las partes contratantes que invitarian á los daneses, los suecos y prusianos á que se adhiciesen al tratado.

Libre ya de la Rusia y animada con el triunfo que habia conseguido en Egipto, la Inglaterra queria aprovecharse del mejoramiento de su situacion para hacer la paz con Francia, á cuyo efecto llamó lord Hawkesbury á Mr. Otto, y le encargó presentase al primer consul la siguiente proposicion. Nuestras tropas, le dijo, han invadido el Egipto, y como aun deben recibir grandes auxilios, es casi segura su victoria. Sin embargo, como la lucha no ha terminado todavia, hagamos que cese el derramamiento de sangre, convengamos unos y otros en no tratar de permanecer en Egipto, y evacuémolos devolviéndolo á la Puerta.

Como complemento de esta proposicion, pretendia lord Hawkesbury que la Inglaterra conservase á Malta, pues decia que solo en caso de que Francia abandonase voluntariamente el Egipto, debia aquella evacuar la mencionada isla, pero como ese abandono de parte de Francia, no era ya una concesion voluntaria, sino consecuencia forzosa de los sucesos de la guerra, no era

justo que consiguiese en cambio la restitucion de Malta.

Por lo que hace á las Islas orientales, el ministro inglés queria quedarse con Ceylan, y si ofrecia devolver á la Holanda el Cabo de Buena-Esperanza, y ademas, la parte del continente de la América meridional de que se habia apoderado como por ejemplo, Surinam, Demerari, Berbice y Essequivo, tambien pedia en las Antillas una gran isla, la Martinica ó la Trinidad á eleccion de la Francia.

Es decir, que el resultado definitivo de aquellos diez años de guerra, hubiera sido para Inglaterra, ademas del Indostan, la isla de Ceylan, en el mar de las Indias; la de la Trinidad ó de la Martinica en el de las Antillas, y la de Malta en el Mediterráneo, magnifico regalo que el gabinete queria hacer al orgullo inglés en cada uno de los tres mares principales.

El primer consul respondió á las ofertas británicas que si Inglaterra apoyaba sus grandes pretensiones en los sucesos de Egipto, él se apoyaba para rechazarlas en los sucesos de Portugal. Lisboa y Oporto, respondió á lord Hawkesbury por órgano de Mr. Otto, serán nuestras el día que queramos. En la actualidad se hallan entabladas negociaciones en Badajoz para salvar las provincias del aliado mas fiel que tiene Inglaterra: el Portugal propone para rescatar á sus estados, escluir á los ingleses de todos sus puertos, pagando ademas una fuerte contribucion de guerra, y España se muestra muy dispuesta á admitir esta concesion; empero todo depende del primer consul. A este toca conceder ó negar su autorizacion pa-

ra que se celebre ese tratado, y en vez de acceder á los deseos del gabinete lusitano, va á mandar que las fuerzas combinadas ocupen las principales provincias de Portugal como la Inglaterra no consienta en que se haga la paz con condiciones justas y moderadas. El gabinete inglés quiere, añadió, que la Francia evacue á Egipto, en lo cual no hay dificultad siempre que la Inglaterra abandone á Malta por su parte, no exija ni la Martinica ni la Trinidad, y se contente con la isla de Ceylan, adquisicion que viene á ser el complemento del soberbio imperio de las Indias.

Respondiendo á estas proposiciones el plenipotenciario inglés se esplicó de un modo poco satisfactorio para Portugal, y que probaba lo que ya se sabia, que Inglaterra apenas se cuidaba de los aliados á quienes habia comprometido. Como el primer consul invada los estados de Portugal en Europa, respondió lord Hawkesbury, la Inglaterra invadirá los que la misma nacion tiene allende los mares, apoderándose de las Azores y el Brasil, prendas que en sus manos valdrán mucho mas que el continente portugués en manos de Francia. Esto significaba que en vez de defender á un aliado pensaba la Inglaterra en vengarse á costa de ese mismo aliado de las conquistas que pudiera hacer su rival.

Conoció el primer consul que era preciso tomar un tono enérgico, y demostrar lo que era en el fondo de su corazón, es decir, lo resuelto que estaba á luchar cuerpo á cuerpo con Inglaterra hasta que no consiguiese fuera esta mas moderada en sus pretensiones. Así es, que declaró que nunca concedería á Malta cualesquiera

que fuesen las condiciones que para ello mediasen; que la Trinidad pertenecía á un aliado, cuyos intereses defenderia como si fuesen suyos propios; que no dejaria esta última colonia á los ingleses quienes debian contentarse con Ceylan, complemento mas que suficiente de la conquista de las Indias, y que por lo demas ninguno de los puntos mencionados exceptuando la isla de Malta, valia tanto como uno solo de los dolores que iban á causar al mundo, como una gota de la sangre que iba á verterse.

A estas esplicaciones diplomáticas hay que añadir lo que públicamente dijo en el *Monitor* y la relacion detallada de los armamentos que se hacian en la costa de Boloña.

Varias divisiones de lanchas cañoneras, salian efectivamente de los puertos de Calvados, del Sena inferior, de la Somme y del Escalda para trasladarse á Boloña por la costa, lo cual habian conseguido muchas veces á pesar de los cruceros ingleses, pues aunque no habia adoptado el primer consul, como mas tarde lo adoptó, (1) un plan fijo de desembarco en Inglaterra queria intimidar á esta potencia con el rumor de sus preparativos, estando resuelto á completar sus disposiciones, y pasar de las amenazas á las vias de hecho en caso de un rompimiento definitivo. Así lo dijo á los cónsules sus compañeros en quienes tenia suma confianza, manifestándoles que con los armamentos que á la sazón existian en Boloña, no habia términos hábiles de

(1) No hay que confundir este ensayo, que se verificó en 1801 con la gran organizacion naval y militar conocida con el célebre nombre de Campo de Boloña, de 1804.

verificar un desembarco, operacion de guerra muy difícil de ejecutar; que la única intencion que entonces tenia, era de que la Inglaterra tuviese entendido que trataba de atacarla directamente, para conseguir lo cual no vacilaria en arriesgar su vida, gloria y fortuna, y que sino recababa del gabinete británico sacrificios razonables tomara su partido, completaria la escuadrilla de Boloña hasta cien mil hombres, y él mismo se pondria al frente de ella, para correr los azares de una operacion terrible pero decisiva.

Apelando á la opinion de Inglaterra y aun de Europa, ademas de las notas que pasó á los ministros ingleses por conducto de su plenipotenciario, insertó en el *Monitor* artículos dirigidos á todo el público europeo. En aquellos artículos, modelo de polémica franca y apremiante, que él mismo escribía y se leían en todas las naciones, lisonjaba á los ministros ingleses, diciendo que eran hombres dotados de prudencia, juicio y de buena intencion; pero que los intimidaban con sus violencias los ministros caidos, tales como Mr. Pitt, y sobre todo, Windham, á quien trataba sin piedad, considerándole como el jefe del partido de la guerra. Por lo demas, procuraba tranquilizar á la Europa acerca de la ambicion de la Francia, formando empeño por demostrar que sus conquistas apenas eran un equivalente de las que habian hecho Prusia, Austria y Rusia cuando la division de la Polonia; que sin embargo, habia devuelto mucho mas territorio del que habia retenido; que la Inglaterra en cambio debia restituir gran parte de sus conquistas; que conservando el continente de la In-

dia se enseñoreaba de un imperio soberbio, comparadas con el cual nada venian á ser las islas, cuya posesion se ventilaba, que no valian la pena de que por ellas se vertiese mas sangre humana; que si Francia tenia tanto empeño en esto, era por un principio de honor, por defender á sus aliados, y cuando mas, por tener en aquellos remotos mares un punto donde hacer escala; que por lo demas, en caso de que continuase la guerra podria conquistar Inglaterra algunas otras colonias, pero que ya tenia mas de las que necesitaba para su comercio; que Francia podia sin ir muy lejos apoderarse de territorios que valian mucho mas, y que no nombraba porque era fácil saber cuales eran, puesto que sus tropas ocupaban á Holanda, Suiza, el Piamonte, Nápoles y Portugal, y por último, que podia simplificarse la lucha y hacerla menos onerosa para las demás naciones, reduciéndola á un combate singular entre Francia é Inglaterra. Guardábase muy bien el general en sus escritos de ofender el orgullo británico; pero daba á entender que en último caso apelaria á un desembarco, y que si los ministros ingleses querian que la guerra acabase con la destruccion de una de las dos naciones, no habia un francés que no estuviese dispuesto á hacer un esfuerzo de vigor para poner término á tan larga reyerta en gloria y provecho de Francia. ¿Pero á qué colocar la cuestion en estos términos? decia; ¿por qué no hemos de trabajar porque cesen los males que afligen á la humanidad? ¿qué se consigue con arriesgar de este modo la suerte de dos grandes pueblos?—Y terminaba una de sus alocuciones

con las siguientes bellísimas palabras que algún día debían tener una aplicación demasiado triste para sí mismo; «¡dichosas, esclamaba, dichosas las naciones que llegan á tal grado de prosperidad y tienen á su frente gobiernos tan sabios que no van á esponer tantas ventajas al capricho y las vicisitudes de la fortuna!»

Estos artículos, notables por su vigorosa lógica y su estilo apasionado, llamaban la atención general, causando en Francia y fuera de ella, profunda sensación, por que ningún gobierno hasta entonces, había hablado con tanta franqueza.

El lenguaje del primer consul, y los armamentos que se hacían en las costas de Francia, produjeron gran efecto allende la Mancha, y como aquel había declarado formalmente que nunca concedería á Malta, el gobierno británico respondió, que renunciaría á ella siempre que fuese restituida á la órden de San Juan de Jerusalén, y le dejase el Cabo de Buena Esperanza. Por lo demás, que tampoco insistiría en que le diesen la posesión de la Trinidad ni de la Martinica, con tal que obtuyese parte del continente holandés de América, es decir Demerari, Berbice ó Essequibo.

El abandono de Malta era un paso á favor de la negociación, pero el primer consul insistió en no ceder ni á Malta, ni el Cabo, ni las posesiones continentales que los holandeses tenían en América, alegando para ello, que Malta debía considerarse como una compensación del Egipto cedido á los franceses; pero como esto no se verificaba, los ingleses no debían pensar ni en Malta ni en ninguna otra posesión que equivaliera á esta.

Entonces, el gabinete inglés dejó de insistir en reclamar la posesión de Malta y del Cabo, como compensación de aquella isla, ciñéndose á pedir una de las grandes Antillas, pero no atreviéndose á hablar de la isla francesa la Martinica, solicitó la isla española Trinidad.

El primer consul no quería cederla, porque era una colonia española que facilitaba á los ingleses el paso para el vasto continente de la América del Sur, y llevó su lealtad para con la aliada de la Francia, hasta el punto de ofrecer en rescate de la Trinidad la isleta francesa de Tabago, que aunque de no mucha importancia, debía interesar á la Inglaterra, porque todos los dueños de plantíos allí, eran ingleses. Con noble orgullo, que solo es dado abrigar al que ha colmado su país de gloria y de grandeza, añadió el primer consul: «es una colonia francesa, y esta adquisición deberá halagar el orgullo británico, pues al fin obtiene uno de nuestros despojos coloniales, gracias al deseo que tiene la Francia de que se celebre la paz (1)».

(1) El ministro de negocios extranjeros á Mr. Otto, comisario de la república francesa en Londres:

20 thermidor año 9 (8 de agosto 1801).

Por lo que hace á América; medita las siguientes observaciones como complemento á las perentorias que contiene la nota.

El gobierno británico pide se le permita quedarse con una de las islas que ha adquirido hace poco en las Antillas, so pretexto de que es necesario para que pueda conservar sus antiguas posesiones. Bajo ningún aspecto puede estar comprendida en semejante conveniencia la isla de la Trinidad, y así no discutais acerca de esto, porque la Trinidad sería por la posición que ocupa, no un medio de defensa para las colonias inglesas, sino un medio de ataque contra el continente español, y su adquisición sería para el gobierno británico, de una importancia que no es posible calcular. La disensión solo debe girar sobre Curazao, Tabago, Santa Lucía, ó al-

Esto sucedía á fines de julio y principios de agosto de '801, y mientras tanto una y otra nación hacían grandes preparativos en sus costas, reinando la mayor actividad en Inglaterra. Sus milicias se hallaban en continuo ejercicio; construíanse carros para transportar las tropas en posta al punto amenazado, y los periódicos ingleses del partido de la guerra, usaban un lenguaje violento llegando algunos cuya redacción, según parece, recibía inspiraciones de Mr. Wladham, á invitar al pueblo inglés contra Mr. Otto y los prisioneros franceses. Al momento pidió sus pasaportes el comisario de la república, y el primer consul mandó insertar sin detención en el *Monitor* reflexiones que eran otras tantas amenazas.

Lord Hawkesbury acudió á casa de Otto, hizo esfuerzos para detenerle, y aunque con mucho trabajo, lo consiguió, dándole esperanzas de que pronto habría un acomodamiento. Sin embargo, despierta al parecer la animosidad nacional, temíase un rompimiento, y aunque todos los hombres de juicio de Inglaterra, procuraban evitarlo, nadie confiaba en el buen éxito de sus esfuerzos, porque el primer consul se obstinaba en no ceder á ningún precio las posesiones de sus aliados, y los ingleses insistían en sus pretensiones.

una otra isla de la misma especie, pues aunque estas dos últimas son francesas, tal vez abandonarían á una de ellas el gobierno, siendo de creer que halagaría el orgullo nacional en Inglaterra, conservar uno de nuestros despojos coloniales. Creo innecesario decirlo, ciudadano, que ensalzeis el valor de las islas cuya cesión quizá otorgáramos, y particularmente de Tabago, la cual pertenecía no ha mucho á los ingleses, siendo habitada únicamente por colonos hijos de la misma nación, de suerte que es enteramente inglesa. Además su suelo es nuevo aún y su comercio puede adquirir un gran desarrollo.

Pero mientras defendía con tanta generosidad las colonias españolas, el príncipe de la Paz, con la inconsecuencia propia de un favorito frívolo y presuntuoso, inducía á su soberano á que con su malhadada conducta rompíese los vínculos de amistad que unía al primer consul con España.

No habrán olvidado nuestros lectores que el señor Pinto, enviado de Portugal, llegó al cuartel español, dispuesto á someterse á lo que España y Francia tuviesen á bien. El príncipe de la Paz tenía mucho deseo de terminar una campaña cuyo principio había sido tan brillante y fácil; pero cuya continuación podía presentar dificultades que solo podría salvar auxiliado por los franceses, porque si por ejemplo, era preciso ocupará Lisboa ó á Oporto, nuestros soldados tenían por necesidad que tomar parte en semejante ocupación, pudiendo convertirse un hecho de armas de mera ostentación, en un negocio formal que exigiese la concurrencia de otro cuerpo de tropas francesas. Previendo el primer consul esa misma necesidad, mandó que se pusiesen en marcha para la península diez mil hombres mas, con lo cual iban á ser veinte y cinco mil los franceses que entonces se hallasen en España, y el príncipe de la Paz, que había llamado á nuestros soldados sin reflexionar lo que hacía, se asustaba de su presencia inconsideradamente. Sin embargo, habían observado la mas rigurosa disciplina, y tratado al clero, las iglesias y ceremonias del culto con un respeto que no acostumbraban tener y que solo podía infundirles el general Bonaparte. Empero la corte española al verlos cerca de sí, manifestaba un temor que rayaba en pueril y ridículo, sin

tener en cuenta que, ó no debió llamarlos, ó ya que lo hizo, debia valerse de ellos para conseguir lo que se habian propuesto, que nunca pudo ser dispersar algunas cuadrillas portuguesas, hacer que pagase Portugal algunos millones, ó cerrar á los buques ingleses sus puertos. Lo convenido entre los gobiernos de París y de Madrid, el objeto que ambas naciones se habian propuesto era apoderarse de prendas de valor que pudieran servir para arrancar á los ingleses las restituciones que no querian hacer, y para ello era preciso ocupar ciertas provincias de Portugal, especialmente aquella de que era capital Oporto, por que el medio mas seguro de obrar sobre el gabinete británico era herir en sus intereses á los grandes comerciantes de la Cité que egercian un comercio muy activo con Oporto. Sin embargo, á pesar de todo lo estipulado, al principe de la Paz se le antojó aceptar las condiciones de Portugal, y contentarse con la plaza de Olivenza para España, con quince ó veinte millones para Francia, y para las dos potencias aliadas con que quedasen cerrados los puertos de Portugal para los buques ingleses tanto de guerra como mercantes. Con tales condiciones la campaña que acababa de hacerse, venia á ser un pasatiempo inventado para distraer á un favorito harto de favores régios, y que buscaba la gloria militar por caminos ridiculos, como convenia á su caracter insustancial y veleidoso.

El principe de la Paz invocó para conseguir la admision de las condiciones de Portugal los sentimientos generosos de sus soberanos, quienes, preciso es decirlo, ó se conmovian demasiado

tarde ó demasiado pronto; y además manifestó lo temible que era la presencia de los franceses, temor, preciso es decirlo tambien, tardío y quimérico, porque á nadie podia ocurrirsele que quince mil franceses quisiesen conquistar á España, ó prolongar su estancia en ella con miras alarmantes. Todo esto suponía proyectos que ni aun en germen existían en la cabeza del primer consul, y que solo formó este de resultados de sucesos extraordinarios, que ni él ni nadie preveía entonces: á la sazón solo queria aquel una cosa; arrancar á la Inglaterra una isla mas, y esa isla era española.

Al aceptar las condiciones propuestas por la corte de Lisboa, que consistían únicamente en conceder á los españoles la plaza de Olivenza, veinte millones á los franceses, y la esclusión del pabellón inglés de los puertos de Portugal, sacaron dos copias del tratado para que España firmase una y otra Francia. El principe de la Paz firmó la destinada á su corte en Badajoz, porque todo lo que vamos contando sucedia en aquella ciudad, y el rey ratificó el tratado mientras Luciano envió á Francia ya firmada por él la otra copia para que su hermano lo ratificase por su parte.

El primer consul recibió aquellas comunicaciones precisamente cuando reinaba el mayor calor en las negociaciones de Londres, siendo fácil adivinar la irritación que de él se apoderaría. Aunque queria mucho á todos los individuos de su familia, en términos que su cariño rayaba muchas veces en debilidad, usaba con los estraños de mas tolerancia y condescendencia que con sus

mismos parientes, por manera que se dejó llevar de su furia contra Luciano, lo cual debe perdonarsele mediando como mediaba tan justo motivo.

Creyendo, sin embargo, que el tratado no se llevaría á efecto, espidió á Badajoz correos extraordinarios, con pliegos en que se anunciaba que la Francia no quería ratificarlo. Pero cuando los correos llegaron á la península, ya Carlos IV habia ratificado el tratado, y era irrevocable el compromiso. Luciano se consternó mucho al ver el papel embarazoso y hasta humillante que le estaba reservado en España, en vez del honroso y brillante que habia esperado representar en esta nación, y llevado de su mal humor, cosa muy frecuente en él, respondió á la cólera de su hermano, enviando su dimision al ministro de negocios extranjeros. El príncipe de la Paz por su parte tomó un tono arrogante, y usó un lenguaje ridiculo y poco meditado, tratándose de un hombre como el que entonces gobernaba la Francia.

El imprudente favorito anunció desde luego que iban á cesar las hostilidades contra Portugal, pidió despues que los franceses saliesen de España, y hasta añadió á esta declaracion, que si pasaban la frontera de los Pirineos nuevas tropas esto se consideraria como violacion de territorio, reclamando ademas la restitution de la escuadra encerrada en Brest y la pronta conclusion de la paz general, para que se disolviese cuanto antes una alianza que iba haciéndose gravosa para la corte de Madrid (1). Esta conducta era tan fuera de propósito como contraria á los verdaderos in-

(1) Ncta de 26 de julio.

tereses de España, pero es preciso decir sin embargo, que la desgracia de haber perdido dos navios traia consternada á la nacion, contribuyendo no poco á esa muestra de enfado tan intempestiva y perjudicial á la politica de los dos gabinetes.

Irritado mas y mas el primer consul respondió sin detencion que los franceses permanecerian en la península hasta que Francia celebrase con Portugal un tratado especial de paz; que si el ejército del príncipe de la Paz daba un solo paso para acercarse á los quince mil franceses que se hallaban en Salamanca, consideraria esto como una declaracion de guerra; y que si á un lenguaje tan poco oportuno iba á añadirse algun acto hostil, llegaria para la monarquia española su última hora (1). Al mismo tiempo previno á Luciano re-

(1) El primer consul escribia notas breves y fuertes que tenian por objeto facilitar el pensamiento de las instrucciones que sus ministros debian transmitir á los embajadores, y hé aqui la que se envió al gabinete de negocios extranjeros para que con arreglo á ella se redactase el pliego que debia expedirse á Madrid, Mr. Caillard habia reemplazado á Mr. de Talleyrand que habia marchado á los baños.

AL MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS.

21 de mesidor, año IX (10 de julio de 1801.)

Ciudadano ministro: Decid al embajador de la república en Madrid que debe trasladarse á la corte y desplegar en ella el carácter que se necesita en estas circunstancias, manifestando al gabinete español:

Que he leído el billete del general príncipe de la Paz, y que es tan ridiculo que ni siquiera merece una contestacion seria, pero que si el mencionado príncipe, que está vendido á la Ingla-

gresase á Madrid, y esperase allí órdenes valiéndose de su carácter de embajador, lo cual bastaba para intimidar y contener al indigno cortesano que comprometía con tanta ligereza los intereses de mayor importancia que se ventilaban en el universo. Efectivamente, escribió á poco cartas de sumision y respeto á fin de congraciarse de

terra hace que el rey y la reina tomen medidas que puedan redundar en descrédito de la república, y en menguado de sus intereses, habrá llegado su última hora á la monarquía española;

Que mi intencion es que las tropas francesas permanezcan en España hasta el momento en que la república haga la paz con Portugal.

Que el menor movimiento de tropas españolas que tenga por objeto acercarse á los soldados franceses, será considerado como una declaración de guerra;

Que sin embargo, deseo hacer todo lo posible para conciliar los intereses de la república con la conducta é inclinaciones de S. M. Católica;

Que suceda lo que quiera, nunca consentiré en los artículos 5.^o y 6.^o

Que no me opongo á que vuelva á darse principio á las negociaciones entre el embajador de la república y el señor Paine, y que se lleve un formulario dia por dia de todas las negociaciones;

Que el embajador debe inculcar la idea al principe de la Paz y aun al rey y la reina que las palabras y hasta las notas injuriosas entre naciones tan amigas como lo son Francia y España, pueden ser consideradas como reyertas de familia, pero que la menor accion ó el mas leve escándalo atraería la guerra sin remedio;

Que en cuanto al rey de Etruria si se le ha ofrecido darle un ministro, es porque no tiene á su lado una persona que pueda serlo, y por que para gobernar á los hombres es preciso entender alguna cosa de achaques de gobierno: sin embargo, desde el momento en que me dijo que tenia esperanzas de encontrar en Parma hombres capaces de ayudarle, no he insistido;

nuevo con el hombre á quien temia por el influjo y autoridad que su persona ejercia en la corte de España. Sin embargo, como era preciso tomar un partido acerca de la estraña é inconcebible conducta del gabinete de Madrid, y Mr. Talleyrand se hallaba ausente entonces en los baños, el primer consul le envió todos los documentos, recibiendo en contestacion una carta muy sensata en

Que con respecto á las tropas francesas que se hallan en Toscana, era preciso dejarlas allí por dos ó tres meses hasta que el rey de Etruria hubiese organizado su ejército;

Que los negocios de estado pueden ventilarse sin pasion, y que por lo demas me pagaria la corte española muy mal el deseo que tengo de complacerla si el rey permitiese que el oro corruptor de la Inglaterra pudiese lograr, precisamente cuando vamos á tomar puerto, despues de tantas angustias y fatigas, introducir en nuestras dos grandes naciones una desunion cuyas consecuencias serian tan terribles como funestas;

Que si no se hubierá dado tanta prisa en hacer la paz con Portugal, esto mismo hubiera acelerado la celebracion de la paz con Inglaterra etc. etc.

Vos que conceis á ese gabinete, podéis decir todo lo que pueda servir para ganar tiempo, impedir que se tomen medidas precipitadas, hacer que empiecen de nuevo las negociaciones, y al mismo tiempo imponer respeto poniendo á la vista de esa corte lo graves que son las circunstancias y las consecuencias que puede producir un paso inconsiderado.

Insinuad al embajador de la república, que si Portugal consintiera en dejar á España la provincia de Alentejo hasta la paz, esto podria ser un *mezzo término*, puesto que por este medio cumpliria la España á la letra el tratado preliminar.

Mejor quiero no recibir nada, que 15 millones en quince meses.

Despachad el correo que os envio directamente á Madrid.

CONAPARTE.

que daba su dictámen acerca de un asunto de tanta gravedad.

Segun Mr. de Talleyrand á nada conduciría el sistema de notas por muy buen éxito que la Francia pudiera prometerse, fundándose en los empeños contraidos, y en las ofertas que habian mediado de una y otra parte: en cuanto á la guerra con España, ademas de que alejaba el objeto que no era otro sino la pacificación general de Europa, y de que contrariaba la verdadera política de la Francia, era una cosa risible en el estado lastimoso en que se encontraba la nación española con nuestras tropas en medio de sus provincias y sus escuadras en Brest. Habia un medio mucho mas natural de castigarla cual era ceder á los ingleses la isla española de la Trinidad, única y última dificultad que se oponia á la celebracion de la paz en todo el mundo.

Efectivamente, ya estábamos libres de compromiso con respecto á España, por lo cual lo que habia que hacer, segun Talleyrand, era perder tiempo en Madrid y ganarlo en Lóndres, acelerando la negociacion con Inglaterra por medio de la cesion de la Trinidad (1).

(1) Damos lugar en estas páginas á la carta de Mr. Talleyrand por lo curiosa que es:

20 de mesidor año IX (9 de julio de 1801).

GENERAL;

Acabo de leer muy detenidamente las cartas concernientes á España, y creo que en caso de controversia siempre estará la razon de nuestra parte aunque no sea mas que recurriendo á la le-

Este parecer era muy razonable, y así lo reconoció el primer consul; pero sin embargo, llevando su pundonor hasta el extremo de defender á un aliado que iba siéndole infiel, comunicó á Mr. Otto su nuevo modo de pensar acerca de la Trinidad, diciéndole que estaba pronto á sacrificarla, pero solo cuando no pudiese pasar por otra cosa, á menos de producir un rompimiento, y al mismo tiempo le mandó que insistiese en que la Ingla-

tra de los tres ó cuatro tratados que con dicha potencia hemos hecho este año; pero esto no seria mas que un alegato, y lo que conviene saber, es si ha llegado el momento de adoptar un plan definitivo de conducta con ese triste aliado.

Para ello voy á partir de los datos siguientes: España, valiéndome de una espresion suya, ha hecho con hipocresia la guerra contra Portugal, y ahora quiere hacer la paz definitivamente.—El príncipe de la Paz, segun nos dice, y creo sin dificultad alguna, anda en ajustes con Inglaterra, y el Directorio creia era un hombre vendido á esta potencia.—El rey y la reina dependen del príncipe, no era mas que favorito, y vedle ya convertido para ellos en hombre de estado y gran guerrero.—Luciano se encuentra en una situacion embarazosa de que sin remedio es preciso sacarle.—El príncipe emplea con bastante habilidad en sus notas esta frase: *el rey se ha decidido á hacer la guerra á sus hijos*, palabra que influirá algo en la opinion. Un rompimiento con España, es una amenaza que nada vale teniendo como tenemos sus buques en Brest, y hallándose como se hallan nuestras tropas en el centro del reino.—Creo que esta es nuestra situacion con respecto á España: ¿qué es, pues, lo que debemos hacer?

Empero, ahora, advierto que hace dos años que no estoy acostumbrado á pensar solo: cuando no os veo anda mi imaginacion á ciegas, y así probablemente escribiré cosas muy pobres; pero yo no tengo la culpa, pues saltándome vos me falta hasta la facultad de discurrir.

Me parece que España que siempre que se ha tratado de

terra aceptase en cambio de la Trinidad, la isla francesa de Tabago.

Por desgracia, la estraña conducta del principe de la Paz, habia entiviado mucho á nuestro negociador debilitándole mas y mas la noticia que llegó á Londres de haber capitalado en el Cairo el general Belliard. No obstante, la permanencia del general Menou en Alejandria favorecia, aunque poco, nuestras pretensiones, pero nuestra es-

hacer la paz, ha embarazado la marcha del gabinete de Versalles con sus desmedidas pretensiones. Nos ha facilitado el camino en la actualidad, trazandonos la conducta que debemos observar: de consiguiente podemos hacer con Inglaterra lo que ella hace con Portugal, pues sacrificar los intereses de su aliado es poner á nuestra disposición la isla de la Trinidad en las estipulaciones con Inglaterra. Si adoptais esta opinion será preciso apresurar algun tanto las estipulaciones con Inglaterra y entretendrá la diplomacia, ó por mejor decir, los sofismas de la corte de Madrid sin salir de los limites de una discusion pacifica, dando amistosas esplicaciones, tranquilizando al gobierno español acerca de la suerte del rey de Toscana, hablando únicamente de lo que interesa sostener la alianza etc. etc. En una palabra, perder tiempo en Madrid y precipitar las cosas en Londres.

Madrid de embajador en estas circunstancias seria dar un escandalo, y es preciso evitarlo si es que adoptais el sistema de contemporizacion que propongo. ¿Por qué no permitis á Luciano que vaya á Cadiz á ver los arsenales y que recorra los puertos? Durante su viage proseguirian su curso los asuntos pendientes con Inglaterra, no dejarais que esta nacion estipulase en favor de Portugal, y volveria á Madrid para tratar definitivamente de nuestra paz con la corte de Lisboa.

Mucho temo, mi general, no os huela mi opinion al agua mineral en que me estoy bañando, pero dentro de diez y siete dias valdré mas, renovandoos entre tanto la seguridad de mi cariño y respeto.

CARLOS MAURICIO TALLEYRAND.

cuadrilla de Boloña estaba destinada á conseguir la gloria de poner término á todas las dificultades de aquella larga negociacion.

Continuaban alarmados los ánimos en Inglaterra con los preparativos que se hacian en las costas de la Mancha, y queriendo tranquilizarlos, llamó el almirantazgo inglés á Nelson, que se hallaba en el Báltico, y le dió el mando de las fuerzas navales que se hallaban en aquellas aguas. Componianse dichas fuerzas de fragatas, bergantines, corbetas, y buques ligeros de todos tamaños, y como el célebre marino inglés era hombre dotado de un carácter emprendedor, todos abrigan la esperanza de que destruiria la escuadrilla francesa, dando para ello un golpe atrevido de mano. El 4 de agosto (16 de thermidor) se presentó efectivamente al rayar el dia delante de la playa de Boloña con treinta embarcaciones menores, y enarbolando su pabellon en la fragata *Medusa*, tomó posicion á mil novecientas toesas de nuestra linea, es decir, fuera del alcance de nuestra artilleria, á escepcion de los grandes morteros. Era su intencion bombardear á nuestra flotilla, mandada por un bizarro marino llamado Latouche-Treville, dotado de un genio á propósito para la guerra, y habria alcanzado un porvenir muy brillante, si hubiese vivido. El valiente comandante obligaba las lanchas cañoneras á que todos los dias hiciesen ejercicio; acostumbra á nuestros soldados y marineros á que subiesen con rapidez á bordo de los buques y desembarcasen del mismo modo, y por último, á que maniobrasen con celeridad y soltura.

El 4 se hallaba formada nuestra flotilla en

tres divisiones en una linea paralela á la orilla, á quinientas toesas de la costa y anclada, componiéndola grandes barcos provistos de cañones y sostenidos de trecho en trecho por bergantines. Todas aquellas embarcaciones llevaban á su bordo, ademas de los valientes marinos que las tripulaban, tres batallones de infanteria.

Nelson, colocó delante de su escuadrilla una division de bombardas, y dió principio al fuego á las cinco de la mañana arrojando una cantidad infinita de bombas; pues creyó que así destruiria la flotilla, ó á lo menos la obligaria á volver al puerto. Pero aquellos proyectiles, arrojados por grandes morteros iban á dar mas allá de nuestra linea, cayendo en la playa, y nuestros soldados y marineros, inmóviles bajo aquel fuego continuado, mas aterrador que mortífero, se mostraban tranquilos y alegres. Desgraciadamente no podian contestar al enemigo como hubieran deseado, porque construidas de prisa nuestras bombardas, apenas podian resistir al sacudimiento de los morteros, y la pólvora sacada de los acopios almacenados de antiguo en nuestros arsenales, era floja y no enviaba los proyectiles á la distancia apetecida. Nuestros marineros y soldados querian avanzar hácia los contrarios, ya para ponerse á tiro de cañon, ya para arrojarse al abordage; pero gracias á lo pesado de nuestras lanchas cañoneras, construidas sin los requisitos que despues enseñó la esperiencia, no podian moverse con facilidad, y merced al Nordeste que sopla en aquel momento, el viento y la corriente los hubieran llevado hácia la linea inglesa, teniendo cuando quisiesen volver hácia la costa que darles el costado, ó lo que es lo

mismo, dejar descubiertos los barcos, pues los cañones estaban colocados en la proa. Fué preciso de consiguiente permanecer inmóviles bajo aquella lluvia de proyectiles que duró diez y seis horas, y que nuestros soldados, tanto de tierra como de mar, sufrieron con valor, mirando con semblante risueño las bombas que pasaban por cima de sus cabezas. El bizarro comandante Latouche-Treville se hallaba entre ellos con el coronel Savary, ayudante de campo del primer consul, teniendo nuestros soldados tal fortuna, que á pesar de que el número de las bombas arrojadas pasó de mil, ninguno salió herido de gravedad. Dos embarcaciones se fueron á pique sin que pereziese un hombre siquiera, y una lancha cañonera llamada la *Perversa* que mandaba el capitan Margoli, quedó atravesada de medio á medio; pero este valiente oficial trasladó la tripulacion á otros barcos, y permaneciendo á bordo con dos marineros, aunque la lancha hacia agua por todas partes, la condujo á la orilla, dejándola encallada en la arena antes que se fuese á pique.

Los ingleses, á pesar de lo mejor situados que se hallaban y la mala calidad de nuestra pólvora, salieron mas maltratados que nosotros, pues tuvieron tres ó cuatro hombres muertos ó heridos por los cascós de nuestras bombas.

Nelson se retiró sumamente mortificado, prometiendo que se vengaria dentro de unos dias, pues volveria con todos los materiales y pertrechos necesarios, y el almirante francés dispuso todo lo que era preciso para recibirle dignamente. Reforzó la linea, dándola mejores municiones, animó á marineros y soldados, quienes cada vez se

mostraban mas entusiasmados, orgullosos por haber desafiado á los ingleses en su elemento, y colocó á bordo de la flotilla tres batallones escogidos, sacados de las semi-brigradas 46.^a, 57.^a y 108.^a para que ayudasen á los marinos como en las jornadas del 4.

Al cabo de doce dias, el 16 de agosto (28 de thermidor, apareció Nelson con una division naval, mucho mas respetable que la primera, dando á entender que iba dispuesto á un ataque formal, y talvez al abordage, cosa que deseaban los franceses.

Tenia Nelson treinta y cinco velas, muchas lanchas y dos mil hombres escogidos, y á la caída de la tarde ordenó las lanchas en derredor de la *Medusa*, distribuyendo su gente y dando sus instrucciones. Formadas estas lanchas en cuatro divisiones y tripuladas por soldados de la marina inglesa, debian aproximarse á fuerza de remos, y protegidas por la oscuridad de la noche, apoderarse de nuestra linea al abordage, mientras otra division compuesta de bombardas iba á colocarse no ya al frente de nuestra flotilla, posicion que habia producido mezquinos resultados en el bombardeo de 4 de agosto, sino hácia el costado á fin de cogerlas en filas.

A eso de media noche, aquellas cuatro divisiones mandadas por cuatro intrépidos oficiales, los capitanes Sommerville, Parker, Cotgrave y Jones, avanzaron con rapidez hácia la costa de Boloña, envolviendo y abordando á una embarcacion francesa, á cuyo bordo solo habia ocho hombres, y que estaba allí de centinela avanzada; pero se defendió con valor antes de sucumbir, sirviendo el ruido de su mosqueteria para avisar la llegada del enemigo.

Aproximábanse las cuatro divisiones inglesas á fuerza de remos; pero apenas las vieron nuestros soldados hicieron sobre ellas un fuego nutrido de fusileria y metralla. La primera division mandada por el capitan Sommerville, llevada por la marca hácia el Este, fué á parar mucho mas allá de nuestra ala derecha, á la cual debia atacar; las dos divisiones del centro, conducidas por los capitanes Parker y Cotgrave, siguieron la direccion que llevaban hácia nuestra linea, llegando á ella á la una de la madrugada, y atacándola abiertamente, y la que se hallaba á las órdenes del capitan Jones, despues de sostener contra nuestras embarcaciones un fuego vivisimo de fusileria, se arrojó sobre uno de los bergantines, los cuales estaban colocados entre nuestras lanchas para que las protegiesen. El *Etna*, que así se llamaba el bergantin mandado por el capitan Pevrien, se vió rodeado por seis peniches que intentaron tomarlo al abordage; pero aunque los ingleses lo escalaron con osadia, llevando á la cabeza á sus oficiales, los recibieron doscientos hombres de infanteria que los arrojaron al mar á bayonetazos. El valiente Pevrien, tuvo que habérselas cuerpo á cuerpo, y uno tras otro con dos marineros ingleses; mas aunque herido de una puñalada y de un bote de pica, mató á los dos, mandando luego que arrolló á los que habian dado el asalto, hacer fuego contra los peniches, fuego que derribó á la mayor parte de la gente que llevaban á bordo. Nuestras lanchas tambien recibieron con valor á los que intentaron abordarlas, librándose de ellos á hachazos ó bayonetazos, y mas lejos, la division mandada por el capitan Cotgrave abordó con vigor la linea de los

barcos franceses; pero con mal éxito igualmente, pues una gran lancha cañonera llamada la *Sorpres*, y á la cual tenian cercada cuatro peniches, echó á pique á uno, apresó á otro, y puso en fuga á los dos que quedaban. Bien es verdad que los soldados rivalizaron con los marineros en aquel género de combate, tan propio de su carácter enérgico y osado.

Mientras que la segunda y tercera divisiones inglesas hallaban esta acogida, la primera que debió abordar nuestra á la derecha, arrastrada hácia el Este por la marea, como ya hemos dicho, no pudo llegar hasta muy tarde al lugar donde se habia trabado la accion. Haciendo un esfuerzo para volver del Este al Oeste, amenazaba al parecer por un extremo la línea de nuestras embarcaciones ancladas con intencion de colocarse entre la orilla y nuestros buques; maniobra muy comun entre los marineros ingleses. Entonces lo hacian mas que por cálculo por la posición en que se hallaban, pero los destacamentos de la semi-brigada número 408 que se hallaban apostados en la orilla, hicieron sobre ella un fuego mortífero. Sin desanimarse los marineros ingleses, se arrojaron sobre la lancha cañonera llamada *Volcan*, que guardaba el extremo derecho de nuestra línea; mas el subteniente que la mandaba, que era un oficial dotado de energía y que se llamaba Geroult, recibió el abordage á la cabeza de sus marineros y de algunos soldados de infantería, sosteniendo contra el enemigo un combate obstinado. Mientras que se defendia sobre el puente de su lancha, las embarcaciones inglesas que le tenian envuelto, procuraron cortar los cables para tirar de ella; pero por

fortuna era de hierro una de las amarras y pudo resistir á todos los esfuerzos que hicieron para romperla. Los disparos hechos desde los otros barcos franceses y desde la orilla, obligaron al fin á los ingleses á soltar su presa, siendo rechazados en aquel punto con tanta fortuna como en los otros dos.

La aurora empezaba á despuntar, y la cuarta division enemiga, destinada á dirigirse hácia nuestra izquierda, no pudo llegar á tiempo, porque para ello tenia que hacer un gran movimiento hácia el Oeste, siendo así que la marea la arrastraba hácia el Este. Por su parte las bombardas de Nelson, nos hicieron poco daño gracias á la noche, mientras que los ingleses se vieron rechazados en todas partes, dejando cubierto el mar de cadáveres, y siendo apresadas ó echadas á pique muchas de sus embarcaciones. La claridad del día les obligó á retirarse, verificándolo á las cuatro de la mañana, pudiendo decirse que el sol salió para alumbra su fuga. Esta vez no era ya una tentativa de su parte sino una verdadera derrota.

Grande fué el regocijo de nuestros marinos y soldados, pues habian perdido muy poca gente, y los ingleses por el contrario, tuvieron pérdidas de consideracion, á lo cual se unia el haber derrotado á Nelson, frustrando las amenazas que en público habia proferido contra nuestra flotilla.

Efecto muy diferente produjo al otro lado del estrecho, pues aunque aquel combate no probaba todavía lo que podria hacer en alta mar semejante flotilla cuando tuviera que llevar cien mil hombres, no obstante, disminuyó en mucha parte la confianza que los ingleses tenian en el genio em-

prendedor de Nelson, y no dejaba de almarlos el peligro, aunque no conocido, de que estaban amenazados.

Pero las vicisitudes de aquella negociacion llegaban á su término, pues decidido el primer consul, por la conducta del gabinete español, autorizó al fin á Mr. Otto á que concediese la Trinidad, concesion que unida á los combates de Boloña debia decidir al gabinete británico á hacer la paz. Consintió, pues, en las bases prepuestas, salvo algunas dificultades que acerca de los detalles quedaban por salvar, pues el gabinete inglés queria estipular que al devolver la isla de Malta á la órden de San Juan de Jerusalem, quedase esta isla bajo la proteccion de una potencia; pues aun cuando dicha órden lograra constituirse, no contaba con fuerzas para sostener el órden. Las partes contratantes no estaban de acuerdo acerca de qué nacion debia ejercer semejante protectorado, no habiéndose convenido en la córte de Roma, ni en la de Nápoles, ni en Rusia, y hasta la forma bajo que debia redactarse el tratado, presentaba ciertos obstáculos, pues como el convenio debia producir mucho efecto en ambos paises, uno y otro atendian tanto á las apariencias como á la realidad. Cierta que Inglaterra consentia en que se enumerasen en el tratado las muchas posesiones que restituia á Francia y sus aliados, pero tambien queria enumerar las que conservaba definitivamente; pretension justa, mas justa que la del primer consul, pues queria se hiciese mencion de los objetos que se restituian á Francia, Holanda y España, y que nada se dijera acerca de los otros, siendo este silencio el único modo que tu-

viese Inglaterra para adquirir su propiedad.

A estas dificultades, de poca entidad en el fondo, hay que añadir otras accesorias relativas á los prisioneros, á las deudas, á los secuestros, y sobre todo á los aliados de las dos partes contratantes, y al papel que debia destinárseles en el protocolo. Sin embargo, cada vez era mayor el deseo de poner término á la ansiedad del mundo, y mientras por una parte el gabinete inglés queria que el tratado estuviese concluido antes de la reunion del parlamento, por otra temia el primer consul llegase la noticia de haberse rendido Alejandria; pues la resistencia prolongada de aquella plaza, solo servia en su concepto para que se llevase á cabo la negociacion. Ambicionando como ambicionaba, por lo demas, grandes resultados, anhelaba llegase el dia en que pudiera decir á Francia, no que se habia hecho la paz con Austria, Prusia, ó Rusia, sino con el mundo entero.

En consecuencia convinieron en dejar para un arreglo ulterior las dificultades que pudieran ocurrir en la forma y los detalles, redactando una especie de preliminares de paz que debian firmar las dos partes contratantes, dejando á cargo de los plenipotenciarios el estender mas despacio un tratado definitivo en que se obiasse cualquier dificultad que no fuese fundamental, pero cuya solucion acarrease lentitud en la formacion del tratado principal. Para estar mas seguro de que este se celebraria cuanto antes, el primer consul fijó á los negociadores un plazo determinado, es decir que esto sucedia á mediados de setiembre de 1804 (á fines de fructidor año IX), y el plazo se extendia hasta 2 de octubre (10 de vendimiario año X).

Pasado este término se aprovecharia de las nieblas del otoño para ejecutar los proyectos que habia formado contra las costas de Irlanda é Inglaterra. Todo esto lo dijo con el miramiento debido á una nacion grande y orgullosa, pero con ese tono de perentoriedad que no deja lugar á dudas.

Mr. Otto y Lord Hawkesbury eran hombres honrados y querian la paz no solo por lo que esta valia por si misma, sino tambien por la ambicion muy natural y legitima de colocar sus nombres al pié de uno de los mas brillantes tratados de la historia del mundo; de esta suerte emplearon en la redaccion de los preliminares toda la facilidad que era compatible con sus instrucciones.

Convínose, pues, en que la Inglaterra restituiria á Francia y sus aliados, es decir á España y Holanda, todas las conquistas maritimas que habia hecho, *excepto las islas de Ceylan y la Trinidad, cuya adquisicion le pertenecia definitivamente.* Tal fué la forma que se adoptó para conciliar el justo amor propio de las dos naciones, por manera, que la Inglaterra conservaba el continente de la India que habia conquistado en sus luchas con los principes indios, la isla de Ceylan arrebatada á los holandeses y apéndice necesario de aquel vasto continente; y por último, la isla de la Trinidad en las Antillas de que habian despojado á los españoles, lo cual debia dejar satisfecha la ambicion nacional por muy grande que fuese. En cuanto á restituciones, devolvia á los holandeses el Cabo, Demerari, Berbice, Essequibo y Surinam; la Martinica y la Guadalupe á los franceses; Menorca á los españoles, y Malta á la orden de San Juan de Jerusalem, debiéndose designar en el tratado

definitivo la potencia que debia ejercer el derecho de protectorado sobre esta última isla. Además la Inglaterra debia evacuar á Porto-Ferraio, el cual volvia á poder de los franceses con la isla de Elva, debiendo evacuar estos en cambio el estado de Nápoles; es decir, el golfo de Tarento. Por último, las tropas de ambas naciones se retirarian de Egipto devolviéndolo á la Puerta Otomana, y se garantizaba la independencia de los estados de Portugal.

Considerando únicamente los grandes resultados que ni disminuian ni aumentaban esas restituciones tanto y tan encarnizadamente disputadas, hé aqui lo que resaltaba en primer término en el tratado. En la guerra sostenida por espacio de diez años, habia adquirido Inglaterra el dominio de las Indias, sin que pudiera decirse que era un contrapeso la adquisicion de Egipto por parte de Francia, pero esta en cambio habia mudado la faz del continente en provecho propio, conquistando la formidable linea de los Alpes y del Rhin, alejando para siempre al Austria de sus fronteras por medio de la adquisicion de los Países Bajos, y arrebatando á esta potencia lo que eternamente habia codiciado, es decir, la Italia que casi toda habia pasado á ser del dominio francés. Además con arreglo el principio ya sentado de las secularizaciones, habia disminuido en mucho el poder de la casa imperial de Alemania; en beneficio de la casa de Brandeburgo, habia hecho sufrir á Rusia descalabros de consideracion por haber querido mezclarse en los asuntos de Occidente, y dominaba á la Suiza, Holanda, España, é Italia. Ninguna potencia ejercia en el mundo un presti-

gió igual al suyo, y si la Inglaterra habia ensanchado su poder marítimo, Francia habia agregado á sus inmensas costas, las de Holanda, Flandes, España e Italia, país completamente sometido á su dominacion ó á su influencia. Todos estos eran medios para estender su poder marítimo.

Hé aqui todo lo que consagraba la Inglaterra, firmando los preliminares de Lóndres, por premio es cierto, del continente de la India. La Francia podia consentir en ello; pues nuestros aliados á quienes habia defendido con tanto valor, recobraban casi todo lo que habian perdido de resultas de la guerra. Es verdad que España quedaba privada de la Trinidad por culpa suya, pero tambien ganaba á Olivenza en Portugal y la Toscana en Italia, y en cuanto á la Holanda, aunque abandonaba á Ceylan recobraba sus colonias en la India, el Cabo y la Guyana, librándose al mismo tiempo del estatus.

Tales eran las consecuencias de aquella paz tan bella, la mas gloriosa que la Francia ha celebrado en ningun tiempo. Natural era que el negociador francés tuviese vivos deseos de acabar de una vez, pues el 30 de setiembre todavia habia algunas dificultades que vencer, pero al fin se salvaron todas, y el 1.º de octubre en la noche, vispera del dia en que concluia el término fatal fijado por el primer consul, tuvo Mr. Otto el placer de firmar los preliminares de paz, placer profundo y sin igual, pues nunca habia tenido la dicha plenipotenciario alguno de asegurar con su firma tantas grandezas á su patria.

Conviniéron en que esta noticia no se comunicaria en Lóndres hasta veinte y cuatro horas

despues, á fin de que el correo de la legacion francesa pudiese anunciarla con anticipacion al gobierno, y dicho correo salió el 1.º de octubre por la noche llegando á la Malmaison el dia 3 á las cuatro de la tarde, (11 de vendimiario). Hallábanse reunidos en consejo los tres cónsules, y luego que se enteraron del contenido de los pliegos, abandonaron el trabajo abrazándose mutuamente y con efusion. El primer consul que dejaba á un lado toda clase de reserva cuando hablaba con los hombres que le inspiraban confianza, manifestó abiertamente los sentimientos que llenaban su corazon, pues no hay duda que tantos resultados conseguidos en tan poco tiempo, el órden, la victoria y la paz que devolvía á Francia, gracias á su genio y á lo que para ello trabajó durante dos años, eran beneficios que debian llenarle de orgullo y satisfaccion. Llevado Mr. Cambaceres de la franqueza, hija de un regocijo comun, le dijo: ahora que hemos hecho un tratado de paz con Inglaterra conviene hacer otro de comercio, y con eso no habrá motivo de desavenencia entre ambos países.—No hay que andar tan de prisa, le respondió el primer consul con viveza; puesto que se ha celebrado la paz política alegrémonos por ello: en cuanto á la paz comercial la haremos cuando podamos, pero no quiero sacrificar á la industria francesa, porque me acuerdo de las desgracias de 1786.—Muy fuerte debia ser aquella singular é instintiva passion por los intereses de la industria francesa cuando se manifestaba en aquel momento y en tales términos, pero el consul Cambaceres con su acostumbrada sagacidad, tocó la dificultad que

mas tarde debia indisponer de nuevo á los dos pueblos.

Trasmitida al instante esta noticia á Paris para que fuese allí publicada, á la caída de la tarde empezó á resonar por las calles el estampido del cañon, y la gente corria de un punto á otro preguntando qué feliz acacimiento motivaba semejantes demostraciones de alegría. En los sitios públicos habia apostados comisionados del gobierno que tenian orden de anunciar al pueblo que habian sido firmados los preliminares, de suerte que en un momento se esparció la noticia por toda la capital, y hasta en los teatros se proclamó la celebracion de la paz en medio de una alegría de que hacia mucho tiempo que no habia ejemplo. Semejante alegría era muy natural, pues la paz con Inglaterra equivalia á la paz con todo el mundo; porque consolidaba el reposo del continente, suprimia la causa de las coaliciones europeas y abria los mercados del universo á nuestro comercio é industria.

Inmediatamente ratificó el primer consul el tratado de los preliminares, y comisionó á su ayudante de campo Lauriston para que llevase la ratificacion á Lóndres donde rayaba en delirio el contento tan vivo y general en Francia. Oculta en un principio la noticia por los negociadores se esparció al fin, de suerte que el gabinete tuvo que anunciarla al lord Maire de Lóndres por medio de un mensaje, que causó tanto mas efecto quanto que hacia algunas horas circulaba la voz de haberse roto las negociaciones. Al instante se entregó el pueblo á violentos trasportes propios del carácter apasionado de la nacion inglesa; los car-

ruages públicos que salian de Lóndres llevaban estas palabras escritas con greda y en letras muy gordas: PAZ CON FRANCIA; á otros los detenian, les cortaban los tiros y los llevaban en triunfo; todo el mundo se figuraba que iban á acabarse los males inherentes á la escasez y carestia, y soñaba beneficios desconocidos, inmensos, ó imposibles de alcanzar. Hay dias en que los pueblos, del mismo modo que los individuos, cansados de aborrecerse conocen la necesidad de reconciliarse aunque esta reconciliacion sea pasajera, y en ese instante, tan corto por desgracia, creia el pueblo inglés que casi amaba á Francia y adoraba al héroe que regia sus destinos gritando enagenado de gozo: ¡viva Bonaparte!

Asi es la alegría humana: para que sea viva ó profunda, es preciso que ignore el porvenir. ¡Demos gracias á Dios porque ha cerrado á los hombres el libro del destino! Cuál no hubiera sido el abatimiento de todos aquellos corazones, si roto de repente el velo que ocultaba el porvenir, hubiesen podido ver los ingleses y franceses delante de ellos quince años de un odio atroz; de una guerra encarnizada, el continente y los mares inundados de la sangre de los dos pueblos! ¡Y cuán grande no hubiera sido la consternacion de Francia si mientras que se creia grande, grande para siempre, hubiera entrevisto en una página de ese libro fatal del destino los tratados de 1815! ¡Y cuál no hubiera sido la sorpresa, ó por mejor decir, el espanto del héroe victorioso y sabio que la gobernaba, si en medio de sus magnificas obras hubiese podido descubrir las inmensas faltas que iba á cometer; si en medio de su prosperidad hu-

biese entrevisto su caída horrosa y su martirio! ¡Oh! ¡si, la providencia, en la profundidad de sus designios, ha hecho bien en no descubrir al hombre mas que lo presente, que es bastante para su corazón flaco y pequeño! En cuanto á nosotros que todo lo sabemos hoy, así todo lo que entonces sucedía como lo que ha ocurrido despues, procuremos trasladarnos por un momento á aquel tiempo para comprender la profunda emoción que aquellos hombres debían sentir, ignorantes como se hallaban de los males que iban á recaer sobre su respectiva patria.

Una duda, aunque leve, turbaba algun tanto la alegría de los ingleses, pues aun no habían llegado las ratificaciones del primer consul y temian no hubiese tomado alguna resolución repentina hija de su carácter pronto, orgulloso, y tan exigente cuando se trataba de sostener los derechos e intereses de su nación. De repente se esparce la noticia en Lóndres de que el coronel Lauriston, ayudante de campo del primer consul y compañero suyo de armas, ha llegado á casa de Mr. Otto, y que era portador del convenio ya ratificado. Desvanecida hasta la última duda que ponía freno á la alegría del pueblo inglés, esta llegó á su colmo, y los habitantes de Londres corrieron á casa de Mr. Otto, quien iba á subir á su carruage con el coronel Lauriston para ir en busca de lord Hawkesbury con el objeto de cangear las ratificaciones.

El pueblo desengancha los caballos y tira del carruage conduciendo á los dos franceses á casa del lord. Debían los dos negociadores trasladarse de la casa del lord Hawkesbury á la de el primer ministro Mr. Addington, y en seguida al almiran-

tazgo donde vivía el lord Saint-Vincent, pero la gente se obstinó en seguir tirando del carruage, y al fin se aumentó de tal modo la multitud y creció de tal modo la confusión, que lord Saint-Vincent se puso á la cabeza del acompañamiento temiendo no derribasen el carruage, y el resultado de aquella alegría convulsiva fuese una desgracia lamentable. Así trascurrieron muchos dias entregados á demostraciones de un contento extraordinario.

Pocas horas despues de haber sido firmado el tratado preliminar, llegó un correo de Egipto con la noticia de haberse rendido Alejandria, el 30 de agosto de 1801 (12 de fructidor).—Ese correo, dijo lord Hawkesbury á Mr. Otto, lo hemos recibido ocho horas despues de haber firmado el tratado, pero tanto mejor, pues si hubiese llegado antes hubiéramos tenido que ser mas exigentes á fin de contentar la opinión pública, y probablemente se habria roto la negociacion: la paz es preferible á una isla mas ó menos.—El honrado ministro tenia razón, pero esto prueba que la resistencia de Alejandria habia sido útil, y que aun tratándose de una causa desesperada debe oirse la voz del honor que aconseja resistir todo lo mas que se puede.

Convinose en que los plenipotenciarios que debían estender el tratado definitivo se reunirían en Amiens, punto intermedio entre Lóndres y Paris, eligiendo el gabinete británico á lord Cornwallis, militar respetable y anciano que se habia distinguido peleando por su patria, pero que creía habia llegado el momento de poner término á los males del mundo. Lord Cornwallis uno de los per-

sonages mas estimados de la Gran Bretaña, habia mandado los ejércitos ingleses en América y en la India, y habia sido gobernador general de Bengala y virey de Irlanda á fines del último siglo; consideraciones que se tuvieron presentes para encargarle que antes de trasladarse al punto en donde debian entablarse las negociaciones fuese á Paris á felicitar al primer consul.

Este eligió por su parte á su hermano José á quien queria mucho, y que gracias á lo mesurado que era y á la dulzura de su carácter, estaba destinado por lo regular á hacer el papel de pacificador. José habia firmado en Morfontaine la paz con América, y en Luneville el tratado que se celebró con Austria, debiendo á la sazón firmar en Amiens el de Inglaterra, porque el primer consul queria que su hermano cogiese el fruto que él habia cultivado por su propia mano. Mr. de Talleyrand al ver la honra que de aquellos tratados debia resultar á los que mediasen en ellos y quejoso de que el primer consul hubiese elegido á un personaje extraño á los trabajos de nuestra diplomacia, no pudo reprimir un impulso de despecho, impulso que aunque pasajero no se escapó á los diplomáticos que entonces residian en Paris, quienes no dejaron de hablar de él en sus comunicaciones con las cortes de sus soberanos. Empero el hábil ministro sabia que era preciso no enagenarse la voluntad de la familia del primer consul, y que por otra parte, si despues de abjudicar á éste la gloria que le correspondia, quedaba alguna porcion para el que interviniere en aquellas negociaciones, el público europeo la otorgaria al ministro de negocios estrangeros.

Inmediatamente quedaron terminadas las negociaciones entabladas con otros estados y no concluidas todavia, pues como el primer consul tenia mucha imaginacion, sabia producir gran efecto en la de los demas. Así, pues, obvió las dificultades con todas las cortes y quiso abrumar á la Francia de satisfacciones de todo género, aturdirla y embriagarla á fuerza de resultados extraordinarios.

Esceptuando algunas modificaciones poco importantes, aceptó lo que en un principio no quiso admitir, y dispuso que su hermano Luciano firmase en Madrid el tratado celebrado en Badajoz con Portugal. Como se habian fijado las bases de la paz con Inglaterra desde la entrega de la isla de Trinidad, no interesaba ni á Francia ni á España retener prenda alguna, de suerte que no insistieron en ocupar una provincia portuguesa, conviniendo únicamente en que la corte de Lisboa daria una cantidad como para indemnizar los gastos de la guerra, y que nuestra industria fuese admitida inmediatamente en los mercados portugueses, escluyendo de estos hasta la conclusion de la paz los buques ingleses así de guerra como de comercio.

La evacuacion de Egipto terminaba todas las dificultades con la Puerta Otomana, y así Mr. de Talleyrand celebró en Paris con un ministro del Sultan un tratado preliminar de paz, en que se estipuló que el Egipto volveria al dominio de la Puerta, que se restablecerian las antiguas relaciones entre ella y Francia, y que quedarian en vigor todos los tratados anteriores en comercio y navegacion.

Tambien con las regencias de Tunez y de Argel se celebraron iguales convenios.

Firmóse un tratado con Baviera en el cual se restablecian con respecto á la república las relaciones de alianza que en otro tiempo existieron entre aquella corte y la antigua monarquía francesa, cuando esta protegía á todas las potencias alemanas de segundo orden contra la ambicion de la casa de Austria. El tratado que entonces se celebró equivalia á los de Wesfalia y Teschen, pues Baviera abandonó á Francia todo cuanto en tiempos antiguos habia poseido en la orilla izquierda del Rhin, y Francia en cambio prometió que emplearia su influjo en las negociaciones que debian suscitar los asuntos germánicos para que Baviera consiguiese una indemnizacion justa y conveniente, sin perjuicio de garantizarle ademas como le garantizó Francia la integridad de sus estados.

Por último, para llevar á cabo la obra de la pacificacion general, aunque despues de largos altercados Mr. de Markoff y Mr. de Talleyrand, firmaron el tratado con la Rusia que restablecia de derecho una paz que ya existia de hecho. Ya hemos visto que el nuevo emperador mostró menos energía en su resistencia á las pretensiones marítimas de Inglaterra, pero tambien desplegó menos ostentacion y no fué tan exigente en la proteccion concedida á los pequeños estados alemanes é italianos que habian formado parte de la coalicion contra Francia. Nunca suscitó Alejandro dificultad alguna en cuanto á Egipto, pero en todo caso los últimos sucesos echaron por tierra esta y cualquiera otra dificultad, pues no

pretendiendo como ya no pretendia, la cualidad de gran maestre de los caballeros de Malta, era facil reconstituir esta orden bajo el mismo pié en que antiguamente se hallaba conforme á lo convenido con Inglaterra. Solo acerca de Nápoles y el Piamonte habia habido diferencias serias con Alejandro, pero con ganar tiempo se habia logrado salvar las principales dificultades relativas á estos dos estados, pues habiéndose prometido á los ingleses que seria evacuada la rada de Tarento, la Rusia se dió por satisfecha y cesó de hablar de la isla de Elva viendo que dicha evacuacion dejaba libre la integridad de los estados de Nápoles, condicion esencial para que no padeciese su honra. En cuanto al Piamonte, como nada se hablaba de él en las negociaciones de Londres, resolvió el primer consul no devolver al rey de Cerdeña aquella importante provincia, y cuando la Rusia recordaba las promesas de Francia respondia el primer consul que tambien le habian prometido defender el verdadero derecho marítimo en toda su estension, y que sin embargo, habia abandonado parte de él á Inglaterra. Redactóse, pues, un artículo en que se decia que se ocuparian amigablemente de los intereses de S. M. el rey de Cerdeña con quien se tendrian *los miramientos compatibles con el estado actual de las cosas*, lo cual dejaba al primer consul en libertad de indemnizarle algun dia con el ducado de Parma ó de Placencia, pues tal era entonces su proyecto. La conducta del rey de Cerdeña y lo adicto que se mostró á los ingleses durante la última campaña de Egipto, habian irritado en gran manera al gefe del gobierno francés, pero

como no obstante daba oídos mas que á la cólera á las razones, conoció quanto nos importaba tener al Piamonte bajo nuestro dominio, pues nos permitia tener en aquella provincia un ejército pronto á entrar en Italia en cualquier evento. El Piamonte, en una palabra, podia ser para Francia lo que el Milanesado fué por espacio de tanto tiempo para Austria.

Como acerca de los asuntos de Alemania, Francia y Rusia se hallaban de acuerdo, no hubo que transigir ninguna dificultad acerca de este último punto, redactándose en consecuencia el tratado con arreglo á estas bases de comun acuerdo con Mr. de Markoff que acababa de llegar de San Petersburgo. Lo primero que se firmó fué un tratado público en que se decia pura y sencillamente, que hallándose establecida entre los dos gobiernos la buena inteligencia no consentirian que los súbditos emigrados de uno y otro país conspirasen contra su antigua patria, artículo que se referia á los polacos por una parte y los Borbones por otra. Además de este tratado público, se celebró un convenio secreto en el cual se decia que habiendo producido muy buenos efectos en la época del tratado de Teschen la intervencion de ambos imperios en los asuntos de Alemania, iban á reunir de nuevo su influjo para arreglar el territorio alemán del modo mas favorable para mantener el equilibrio europeo; que la Francia especialmente haria porque se diese una indemnizacion ventajosa al elector de Baviera, al gran duque de Wurtemberg y al de Baden, de quicn Rusia se declaró tambien protectora á causa de la nueva emperatriz que era

una princesa oriunda de aquel país; que los estados de Nápoles serian evacuados cuando se celebrase la paz marítima, y disfrutarian del derecho de neutralidad en caso de guerra; y por último, que cuando el tiempo lo permitiera se arreglarian los intereses del rey de Cerdeña amistosamente *y del modo mas compatible con el estado actual de las cosas.*

Inmediatamente envió el primer consul á San Petersburgo á su ayudante de campo Caulaincourt con una carta redactada en términos astutos y lisongeros para el jóven emperador, en la que manifestaba la satisfaccion que le causaba el que se hubiese celebrado la paz, dándole cuenta con cierta complacencia de varios detalles como si quisiera hacerle ver que en lo sucesivo los dos iban á ser los árbitros de los grandes negocios que se ventilaban en el mundo. Mr. de Caulaincourt debia, hasta que no se nombrase un embajador, reemplazar á Duroc que se habia apresurado demasiado á dejar á San Petersburgo. El primer consul le envió cuando se celebró el advenimiento del nuevo emperador, una cantidad considerable, mandándole concurrirse á la coronacion de Alejandro con un lujo digno de la Francia, pero Duroc no recibió á tiempo aquella carta y se puso en marcha, tanto por esta causa como por no haberle transmitido Mr. de Panin la invitacion hecha por el emperador para que asistiese á su coronacion, descuido que le costó caro, pues de resultas de esplicaciones que mediaron mas tarde, cuando supo el emperador que no habian sido ejecutadas sus órdenes, mandó retirarse á Mr. de Panin, nombrando en su

lugar á Mr. de Kotschoubey, individuo de su consejo privado. Asi es como el joven emperador empezó á deshacerse de los hombres que habian contribuido á su advenimiento y que querian hacerle entrar en una política esclusivamente inglesa, pero era de creer que el paso dado por Alejandro y la delicadeza y finura del primer consul afirmarian la buena inteligencia que ya empezaba á reinar entre Francia y Rusia.

Estos diferentes tratados que eran el complemento de la paz del mundo, se firmaron casi al mismo tiempo que el preliminar de Londres, con lo cual subió de punto la satisfaccion pública decidiéndose que se verificase una gran fiesta para celebrar la paz general, habiéndose fijado para ella el 18 de brumario, dia sumamente á propósito, porque á la revolucion de 18 de brumario era preciso atribuir aquellos felices resultados, y lord Cornwallis que debia asistir á ella llegó á París el 7 de noviembre (16 de brumario), en compañía de muchos compatriotas suyos. Apenas se firmó el tratado preliminar, multitud de personas pidieron á Mr. Otto pasaportes para Francia y se le enviaron trescientos, pero como no fuesen bastantes, tuvieron que remitir un número ilimitado. Los buques destinados á ir en busca de géneros franceses y á llevar á estas mercancías inglesas, apresuráronse tambien á obtener salvoconductos, de suerte que se restablecieron las relaciones entre ambos países con una prontitud y entusiasmo increíbles, y el 18 de brumario estaba atestado París de ingleses, entre los cuales se hallaba el ilustre Fox, que acudian presurosos é impacientes por contemplar esa Francia cuya

faz habia variado de repente, y sobre todo de ver al hombre á quien en aquel momento admiraba la Inglaterra y el mundo todo.

El dia de aquella funcion, tan bella por el regocijo tranquilo y profundo á que se entregaban todos los ciudadanos sin escepcion de clases, se prohibió anduviesen carruages por las calles, esceptuando á lord Cornwallis. La multitud apenas veia su coche dejaba pasar con muestras de atencion y respeto á aquel ilustre representante de los ejércitos ingleses, que venia á firmar la paz de su nacion con la nuestra, y no fué poca su sorpresa al encontrar á Francia en un estado tan diferente de el que le atribuian los emigrados en Londres; todos sus compatriotas participaban de esta misma sorpresa y la manifestaban sin el menor rebozo.

Mientras que en París se celebraba aquella funcion, dábase en Londres en la Cité un soberbio banquete, en el cual resonaron en medio de las mas alegres aclamaciones los siguientes brindis:

¡Por el rey de la gran Bretaña!

¡Por el principe de Gales!

¡Por la libertad y la prosperidad de los reinos unidos de la Gran Bretaña é Irlanda!

¡POR EL PRIMER CONSUL BONAPARTE! por la libertad, y por felicidad de la REPUBLICA FRANCESA!

Unánimes y estrepitosas aclamaciones acompañaron á este último brindis.

Celebrada la paz con todas las potencias de la tierra quedaba otra por firmar acaso mas difícil que todas las precedentes, pues exigia otro genio que el de las batallas; paz importante y

que todos anhelaban porque debía restablecer la tranquilidad de las conciencias y la union de las familias. Esta paz no era otra que la de la Republica con la iglesia, creemos llegado ya el tiempo de referir las negociaciones laboriosas que para alcanzarla mediaron entre Francia y el representante de la Santa Sede.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRO DOCE.



Concordato.

Estado de la iglesia católica durante la revolución francesa.— Constitución civil del clero decretada por la Asamblea constituyente.— Esta constitución había querido igualar la administración de los cultos á la del reino, establecer una diócesis en cada departamento, hacer que los fieles eligiesen los obispos y dispensarlos de la institución canónica.— Juramento á aquella constitución que se exigió al clero.— Negativa á prestarlo y cisma.— Diversas categorías de sacerdotes, sus atribuciones e influjo.— Inconvenientes de este estado de cosas.— Medios que suministró á los enemigos de la revolución para turbar el estado y las familias.— Diversos sistemas propuestos para remediar el mal.— Sistema de inacción.— Sistema de una iglesia francesa cuyo jefe seria el primer consul.— Sistema de prestar gran ayuda al protestantismo.— Opinión del primer consul acerca de estos sistemas.— Forma el proyecto de restablecer la religion católica acomodando su disciplina á las nuevas instituciones de Francia.— Quiere que los antiguos obispos titulares sean depuestos, que las ciento cincuenta y ocho sedes queden reducidos á sesenta, que se cree un nuevo clero compuesto de sacerdotes respetables de todas las sectas, que el estado conociese del arreglo del culto, que se asignase á los sacerdotes un sueldo en vez de una cotacion territorial, y por último, que la iglesia consagrara la venta de los bienes nacionales.— Relaciones amistosas del papa Pio VII con el primer consul — Monseñor Spina encargado de negociar en Paris, retarda la negocia-

que todos anhelaban porque debía restablecer la tranquilidad de las conciencias y la union de las familias. Esta paz no era otra que la de la Republica con la iglesia, creemos llegado ya el tiempo de referir las negociaciones laboriosas que para alcanzarla mediaron entre Francia y el representante de la Santa Sede.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRO DOCE.



Concordato.

Estado de la iglesia católica durante la revolución francesa.— Constitución civil del clero decretada por la Asamblea constituyente.— Esta constitución había querido igualar la administración de los cultos á la del reino, establecer una diócesis en cada departamento, hacer que los fieles eligiesen los obispos y dispensarlos de la institución canónica.— Juramento á aquella constitución que se exigió al clero.— Negativa á prestarlo y cisma.— Diversas categorías de sacerdotes, sus atribuciones e influjo.— Inconvenientes de este estado de cosas.— Medios que suministró á los enemigos de la revolución para turbar el estado y las familias.— Diversos sistemas propuestos para remediar el mal.— Sistema de inacción.— Sistema de una iglesia francesa cuyo jefe seria el primer consul.— Sistema de prestar gran ayuda al protestantismo.— Opinión del primer consul acerca de estos sistemas.— Forma el proyecto de restablecer la religion católica acomodando su disciplina á las nuevas instituciones de Francia.— Quiere que los antiguos obispos titulares sean depuestos, que las ciento cincuenta y ocho sedes queden reducidos á sesenta, que se cree un nuevo clero compuesto de sacerdotes respetables de todas las sectas, que el estado conociese del arreglo del culto, que se asignase á los sacerdotes un sueldo en vez de una cotacion territorial, y por último, que la iglesia consagrara la venta de los bienes nacionales.— Relaciones amistosas del papa Pio VII con el primer consul.— Monseñor Spina encargado de negociar en Paris, retarda la negocia-

cion por intereses particulares de la Santa Sede.—Deseo secreto de recobrar las Legaciones.—Monseñor Spina conoce al fin que era necesario darse prisa.—Tiene una entrevista con Bernier encargado de hacer la negociacion por Francia.—Dificultades del plan propuesto á la corte romana.—El primer consul envia su proyecto á Roma y pide al papa que se explique.—Consulta de tres cardenales.—El papa con arreglo á esta consulta quiere que la religion católica sea declarada religion del estado, que se le dispense de deponer á los antiguos titulares y de consagrar la venta de los bienes de la iglesia de otro modo que con su silencio etc.—Disputas con Mr. de Cacault ministro de Francia en Roma.—Cansado el primer consul de semejante lentitud manda á Mr. de Cacault que deje á Roma dentro de quince dias si en este plazo no se acepta el concordato.—Terror del papa y del cardenal Consalvi.—Salida de éste pa a Francia y su miedo.—Llegada á Paris.—Acoje e perfectamente el primer consul.—Conferencias con Bernier.—Logran entenderse acerca del principio de la religion del estado.—Se declara que la religion católica es la de la mayoría de los franceses.—Salvo algunas variaciones de redaccion son aceptadas todas las demas condiciones del primer consul relativas á la deposicion de los antiguos titulares, á la reduccion y la venta de bienes de la iglesia.—Conformidad de pareceres acerca de todos los puntos.—Esfuerzos que hasta el último momento hacen los adversarios del restablecimiento de los cultos para impedir que el primer consul firme el concordato.—Sin embargo de esto insiste.—Lo firma el 15 de julio de 1801.—Regreso del cardenal Consalvi á Roma.—Satisfaccion del papa.—Solemnidad de las ratificaciones.—El cardenal Caprara es elegido legado *ad altere*.—El primer consul hubiera querido celebrar el 18 de brumario la paz con la iglesia al mismo tiempo que la efectuada con todas las potencias de Europa.—Tardanza que origina la necesidad de dirigirse á los antiguos titulares para que hicieran dimision.—El papa se dirige á todos los antiguos obispos constitucionales ó no constitucionales con igual objeto.—Sométense los constitucionales.—Resignanse los individuos del antiguo clero.—Contestaciones dignas de admiracion.—Solo se resisten los obispos retirados en Londres.—Cuando todo estaba dispuesto para restablecer el culto en Francia, produce nuevas dilaciones la oposicion suscitada en el seno del Tribunalado.—Necesidad que habia de vencer esta oposicion antes de pasar adelante.

Habiera querido el primer consul que en el mismo dia del aniversario del 18 de brumario consagrado á celebrar la reconciliacion de Francia con Europa, hubiese tambien de celebrarse la

reconciliacion de Francia con la iglesia. Hizo, pues, los mayores esfuerzos para que las negociaciones con la Santa Sede quedasen terminadas en tiempo oportuno y las ceremonias religiosas se mezclaran con los festejos populares; pero esmas difícil tratar con una potencia espiritual que con las temporales, porque para esto no bastan las batallas; y es un honor para el pensamiento humano no poder ser vencido sino cuando la persuasion acompaña á la fuerza.

Para reconciliar á la república francesa con la iglesia romana, se valió de uno y otro medio, el de la persuasion y la fuerza, el vencedor de Rivoli y Marengo, pues ya hemos dicho muchas veces que la revolucion fué mucho mas allá en ciertas cosas de lo que se habia propuesto. Hacer que retrocediera solamente respecto de estas cosas y sin que traspasase los límites debidos en sentido contrario, era una reaccion provechosa y legitima que el primer consul trabajaba por realizar con una prudencia y habilidad dignas de completa admiracion.

La religion era evidentemente una de las cosas con respecto á las cuales habia traspasado la revolucion todos los límites justos y equitativos, habiendo mucho que reparar para volverla á un estado conveniente. Existia en la antigua monarquía un clero poderoso, dueño de gran parte del territorio que estaba esento de cargas públicas, que lo único que hacia era dar voluntariamente al tesoro real algunas cantidades, que se hallaba constituido en poder político y formaba uno de los tres órdenes que en los Estados generales expresaban la voluntad nacional. La revolucion arras-

tró en su torbellino al clero con sus bienes, sus privilegios, y su influjo, y lo había arrebatado con la nobleza, los parlamentos y el mismo trono. Era imposible que sucediera de otro modo, porque un clero propietario y constituido en poder político podía convenir en la sociedad de la edad media, siendo útil entonces á la civilización, pero era inadmisibile en el siglo XVIII. Hizo, pues, bien la Asamblea constituyente en abolirlo y poner en su lugar un clero dedicado únicamente á desempeñar las obligaciones del culto, extraño á las deliberaciones del estado y con sueldo en vez de ser propietario; pero era exigir mucho de la Santa Sede pedirle que aprobase semejantes cambios. Para lograrlo era preciso no salir de esto, pues de lo contrario tendria un pretexto legitimo para decir que se atacaba la religion en su carácter sagrado é inmutable. Llevada la Asamblea constituyente de esa afición á regularizarlo todo, tan natural en los reformadores, equiparó sin titubear al gobierno de la iglesia con el del estado, y como hubiese diócesis demasiado estensas y otras demasiado reducidas; creó una para cada departamento queriendo que la reducción eclesiástica fuese igual á la administrativa. Como ya habia hecho electivos todos los cargos civiles y judiciales quiso que tambien lo fuesen los eclesiásticos; disposición, que segun ella, se acomodaba á los tiempos de la primitiva iglesia en que los fieles elegian á los obispos. Suprimió la institucion canónica, es decir, la confirmacion de los obispos por el papa, y con todas estas disposiciones compuso lo que se llamó constitucion civil del clero. Los hombres que obraban de esta

suerte, estaban animados de intenciones piadosas; pues eran verdaderos creyentes, fervorosos jansenistas, aunque su intervencion en los asuntos humanos era muy peligrosa por la obstinacion con que sostenian sus disputas teológicas. Para complemento de error exigieron al clero francés que prestara juramento á la constitucion civil, que era lo mismo que crear un caso de conciencia para los sacerdotes sinceros y un pretexto de resistencia para los mal intencionados; preparar en fin, un cisma. Roma, agraviada ya con las desgracias del trono, se irritó con las que recaian sobre el altar, y en consecuencia prohibió semejante juramento: parte del clero obediente á su voz se negó á prestarle, pero otra parte consintió en él formando con el titulo de clero *juramentado* ó constitucional, el clero reconocido por el estado, y únicamente admitido al desempeño de las obligaciones del culto. No proscribieron entonces á los sacerdotes, contentándose con prohibir á unos el ejercicio del sacerdocio y concederlo á otros; pero los fieles prefirieron por lo general á los sacerdotes excluidos, porque la conciencia religiosa se alarma con facilidad y siempre está pronta á desconfiar del poder. Como daba la preferencia á los eclesiásticos que pasaban por ortodoxos, y miraba con desvío á los que contaban con el apoyo del gobierno, y cuya ortodoxia no estaba bien probada, hubo entonces dos cultos, uno público, y otro clandestino, siendo este el que siguió la mayoría. Las pasiones enemigas de la revolucion concertáronse con la religion ofendida precipitándola en las faltas que siempre cometen los

hombres animados por espíritu de bandería: del cisma pasóse á poco en las campañas de la Vendée á una guerra civil espantosa; la revolucion no se quedó atrás, y si al principio se contentó puramente con privar á los eclesiásticos de sus empleos, persiguiólos despues proscribiendo á los sacerdotes y desterrandoos. Luego vino la abolicion de todos los cultos y la proclamacion del Ser Supremo, cabiendo una misma suerte á los sacerdotes que obedecieron las leyes y á los que no las obedecieron, á los *juramentados* ó *no juramentados*; es decir, que todos fueron enviados al cadalso en que iban á morir juntos, realistas, constituyentes, girondinos y montañeses.

En tiempo del Directorio cesó aquella cruenta proscripcion, pero gracias á un régimen variable, que tan pronto se inclinaba á la indiferencia como al rigor, siguió la iglesia proscripta en su estado de ansiedad. El primer consul valiéndose de su poder, y dando muestras de sus intentos de reparacion, tranquilizó á todos los que habian sufrido bajo cualquier título que fuese, logrando que salieran de sus retiros ocultos, ó que volviesen del destierro los ministros del culto; pero en último resultado no hizo mas que aumentar el cisma. Para suprimir la dificultad del juramento cesó de exigirlo, sustituyéndolo con una simple promesa de sumision á las leyes; promesa que si aquitaba la conciencia de los sacerdotes añadió en cierto modo nuevos motivos de disidencia á los que ya existian creando una categoría mas en el seno del clero.

Tan dividido se hallaba este, que habia sacerdotes constitucionales ó *juramentados* que de-

sempeñaban los empleos sacerdotales autorizados por la ley, y se hallaban en el goce del uso de los edificios religiosos que les habian sido devueltos en virtud de un decreto de los consules: habia tambien sacerdotes *no juramentados* que nunca habian querido prestar juramento alguno, y que despues de permanecer en el destierro y en las carceles, acababan de presentarse en masa, desde los primeros dias del consulado; pero que oficiaban en casas particulares, no sin declarar que el culto público que se practicaba en las iglesias era malo; y por último, estos sacerdotes *no juramentados*, se dividian en sacerdotes que no habian hecho la *promesa* y en sacerdotes que se resignaron á hacerla, esponiéndose á que no se les tuviera abiertamente por ortodoxos. Acudieron á Roma sin éxito alguno, pues aunque la Santa Sede trató con miramiento al primer consul habia rehusado dar esplicaciones; pero el cardenal Maury que se habia retirado á los estados pontificios llegando á ser obispo de Montefiascone pero representante del partido realista cerca del papa, y no queriendo á lo menos por entonces favorecer la sumision de los sacerdotes al nuevo gobierno, interpretó el silencio de Roma á medida de sus deseos, y envió á Francia con motivo de la *promesa*, cartas de desaprobacion que turbaban mas y mas las conciencias. Todos estos sacerdotes así divididos, tenian sus respectivas gerarquías, pues los constitucionales obedecian á los obispos elegidos bajo el régimen de la constitucion civil, pero de estos obispos unos habian muerto de muerte natural, y otros de muerte violenta. Los que habian fallecido

fuéron reemplazados por obispos que, no habiendo sido elegidos por los medios ordinarios, usurparon su poder aprovechándose de la proseripcion que pesaba igualmente sobre todos los cultos, ó consiguieron que los nombrasen cabildos clandestinos, especies de juntas religiosas que no tenían ninguna autoridad, ni moral ni legal. Asi, pues, el poder hasta de los mismos obispos constitucionales, mirado bajo el punto de vista de la constitucion civil, habia caido en descrédito con respecto á algunos de ellos, y si bien habia en ese clero hombres dignos de respeto, la generalidad habia perdido la confianza de los fieles, no solo por hallarse en desacuerdo con Roma sino porque con mezclarse en las disputas políticas y religiosas del siglo, se habian despojado de la dignidad del sacerdocio. Muchos efectivamente pertenecian á los clubs mas furibundos ó eran hombres desmoralizados: y en cuanto á los verdaderos sacerdotes si cayeron en el cisma fué llevados por el furor del jansenismo.

El clero que se decia ortodoxo tenia tambien sus obispos, los cuales egercian una autoridad menos publica, pero mas efectiva y peligrosa que la de los constitucionales. Casi todos los no juramentados emigraron á Italia, España, Alemania, y sobre todo á Inglaterra, donde contaban con los subsidios del gobierno británico. Sosteniendo una correspondencia seguida con sus diócesis por medio de sus provisosores que ellos habian escogido y Roma aprobado, gobernaban su iglesia desde su destierro bajo el influjo de las pasiones que este produce muchas veces en beneficio de los enemigos de Francia.

Los que habian fallecido, y el número de estos era ya considerable en los diez años, fueron reemplazados secretamente por administradores autorizados por la corte de Roma, de suerte que se habia abandonado completamente una de las precauciones mas prudentes y antiguas de la iglesia galicana, esto es, que administrasen los cabildos y no los agentes del papa, las sedes que estuvieran vacantes. La iglesia francesa habia perdido asi su independencia, pues cuando dejaban de regirla los obispos cómplices de la emigracion, Roma entraba á gobernarla directamente, y cuando muriesen, todos ó casi todos los obispos émigrados, lo cual no debia tardar mucho, la iglesia entera de Francia no tendria otra autoridad que la ultramontana.

Hay hombres que hacen muy poco caso de una sociedad desgarrada por mil sectas, y que quieren que el gobierno mire con desden las disidencias religiosas ó las respete como sagradas; pero ningun gobierno debe permanecer indiferente cuando la turbacion de la sociedad llega á ser tan profunda que puede convertirse á cada paso en desorden material.

Las fracciones sacerdotales de que hemos hablado, procuraban atraerse las conciencias, pero el clero constitucional tenia poco poder, viniendo á ser únicamente un motivo de reerimination para los jacobinos, quienes estaban acostumbrados á decir que la revolucion lo pagaba todo, sacrificándosela en la persona de los sacerdotes que precisamente se habian dedicado á defenderla, sin que el gobierno pudiese mejorar el estado de las conciencias, pues no estaba en

su mano hacer que los fieles pensasen en favor de uno ú otro clero. El que se tenia por ortodoxo obraba sobre los espíritus en sentido enteramente contrario al orden establecido, pues procuraba mantener alejado del gobierno á todos los que cansados de disensiones civiles, se inclinaban á abedecer la autoridad del primer consul. Si hubiera podido el clero de que vamos hablando, despertar las pasiones de la Vendée lo hubiera hecho; pero ya que no podia hacer esto, se contentaba con mantener sordamente la desconfianza y el descontento, turbando al mediodía, no tan sumiso como la Vendée, y haciendo que en las montañas del centro de Francia se reuniese la población en tumulto en derredor de los curas ortodoxos. En todas partes alarmaba las conciencias é inquietaba á las familias, persuadiendo á todos cuantos habian bautizado ó casado los *juramentados*, que no pertenecian á la verdadera comunión católica, y que si querian volver á ser verdaderos cristianos, ó salir del estado de concubinato en que se hallaban, debian bautizarse ó casarse de nuevo. De este modo ponian en duda la legitimidad del estado de las familias, no bajo el punto de vista legal sino del religioso, pues habia mas de diez mil sacerdotes casados, que arrastrados por el vértigo de la época ó impulsados por el terror, habian buscado en el matrimonio, unos la satisfacción de pasiones que no habian sabido contener, y otros una abjuración que les libraba de ir al cadalso, siendo de temer que, mientras que no les perdonase la iglesia, serian mirados con prevención y despego por los que no querian ver en ellos á unos esposos ó

padres de familia, sino á unos hombres que habian insultado las preocupaciones públicas.

Los compradores de bienes nacionales, en cuya proteccion se hallaba sumamente interesado el gobierno, vivian tambien en un estado de inquietud y opresion, pues rodeados al tiempo de morir de pérdidas sugestionés, los amenazaban con una condenacion eterna sino consentian en arreglos que eran otros tantos despojos. Es decir, que la confesion era una arma poderosa de que se valian los emigrados para atacar la propiedad, el crédito público, y en una palabra, uno de los principios mas esenciales de la revolucion, la inviolabilidad de la venta de bienes nacionales, sin que ni la policia del estado, ni las leyes, pudiesen evitar males de aquella especie.

Todos estos desórdenes no debian ser mirados con indiferencia por el gobierno, pues cuando las sectas religiosas no tienen otra consecuencia, sino germinar y crecer en un suelo tan vasto como el de América, sucediéndose las unas á las otras, hasta lo infinito, sin dejar en pos de sí otra cosa que el recuerdo pasajero de invenciones ridiculas ó prácticas indecentes, se concibe hasta cierto punto que el estado lo mire con indiferencia, pero no era estolo que sucedia en 1801 en la antigua sociedad francesa, la cual presentaba un aspecto moral muy triste, al mismo tiempo que el orden público se veia seriamente amenazado. Sin esponerse á un peligro inmenso, no podia permitir el gobierno francés que gobernasen las almas á su arbitrio, facciones enemigas de la república; no podia dejar en su mano la antorcha de la guerra civil con facultad de llevarla cuando lo tuviesen

a bien, á la Vendée, la Bretaña, ó las Cevenas, no podia en fin permitirles que turbasen el reposo de las familias, que asediasen el lecho de los moribundos para arrancarles estipulaciones inicuas, que pusiesen en duda el crédito del estado, que alterasen en fin la propiedad, inclusa la que la revolución habia prometido hacer siempre inviolable.

Era harto justo y profundo el modo de pensar del primer consul acerca de la constitucion de las sociedades para que pudiera ver con indiferencia los desórdenes religiosos que en aquella época ocurrían en Francia, ademas de que, para poner remedio á esos mismos desórdenes, tenia el motivo mucho mas sagrados que los que acabamos de indicar, si es que puede haber algo mas sagrado que el orden público y el reposo de las familias.

○ Toda asociacion humana necesita una creencia religiosa y un culto, pues al verse el hombre en medio del universo sin saber su origen ni á donde vá, por qué sufre y aun por qué existe, cuál será la recompensa ó la pena que reciban las largas agitaciones de su vida; asediado por las contradicciones de sus semejantes, pues unos le dicen que hay un Dios autor de todo lo criado, y otros, que no le hay; estos que hay un bien y un mal que deben servir de regla á su conducta, y aquellos, que estas son invenciones forjadas por los que han querido gobernar al género humano: en medio de estas contradicciones, decimos: siente el hombre la necesidad imperiosa é irresistible de fijarse en una creencia acerca de todos estos objetos. Verdadera ó falsa, sublime ó ridícula, lo

cierto es que forma esa creencia, y en todas partes, en todos tiempos, y en cualquier pais que sea tanto en la antigüedad como en los siglos modernos, lo mismo en las naciones civilizadas que en las regiones salvages, se le encuentra al pie de los altares, sean estos dignos de veneracion, sean viles ó sanguinarios. Cuando en un pais no reina una creencia determinada, traen agitado ó degradan el espíritu humano, mil sectas que se encarnizan en disputar como en América, ó se entregan á supersticiones á cual mas vergonzosas, como en la China, ó bien si como sucedió en Francia en el año 93 una cónmocion aunque pasajera, arrebatada en su torbellino la antigua religion del pais, el hombre que hace voto de no creer en nada, se contradice á poco, y el culto insensato de la diosa Razon, inaugurado junto al cadalso, viene á probar que ese voto era tan vano como impio.

Juzgando, pues, con arreglo á su conducta fija y terminante, el hombre necesita una creencia religiosa, ¿y qué cosa mejor puede descarse en una sociedad civilizada, que una religion nacional fundada sobre los verdaderos sentimientos del corazón humano, conforme con las reglas de una moral pura, consagrada por el tiempo, y que sin intolerancia ni persecuciones reuna, si no á todos los ciudadanos, cuando menos á la gran mayoría de ellos, al pie de un altar antiguo y respetado?

Seria imposible inventar semejante creencia si no existiese sancionada por los siglos: los filósofos, incluso los mas sublimes entre ellos, podrán crear una filosofia conmoviendo con su ciencia al siglo que honran: hacen pensar, pero no hacen creer. Un guerrero halagado por la fortuna y

cubierto de gloria, puede fundar un imperio, pero no una religion. Es verdad que en los tiempos antiguos ha habido sabios y héroes que suponiendo tenían relaciones con el cielo, han podido someter el espíritu de los pueblos imponiéndoles una creencia, pero lo que es en los tiempos modernos tendrian por un impostor al que aspirase a crear una religion; y ora estuviere rodeado de terror como Robespierre, ora estuviere cubierto de gloria como el jóven Bonaparte, lo único que lograría seria ponerse en ridiculo.

En 1800 no habia necesidad de inventar, pues existia esa creencia pura, moral y antigua; la religion de Cristo, obra de Dios segun unos, y de los hombres segun otros, pero segun todos obra profunda de un reformador sublime, reformador á quien han comentado por espacio de 18 siglos los concilios, asambleas en que se reunian los varones mas eminentes de cada época y que se ocupaban en discutir con el titulo de heregias sobre todos los sistemas filosóficos, adoptando sucesivamente, acerca de cada uno de los grandes problemas del destino del hombre, las opiniones mas sublimes y sociales, adoptándolas por decirlo así, en nombre de la mayoría del género humano, y llegado por último á producir ese cuerpo de doctrina invariable, pero tantas veces atacado, aunque siempre ha salido triunfante, que se llama *unidad católica*, reconocida tarde ó temprano por los genios mas eminentes! Existia esa religion que ha reunido bajo su imperio á todos los pueblos civilizados, que ha reformado sus costumbres, y que les ha inspirado sus cantos, y prestado asunto para sus poesias, sus cuadros y

sus estatuas dejando impresas sus huellas en todos los recuerdos nacionales, y marcando con su insignia las banderas vencidas unas veces y victoriosas otras! Es verdad que desapareció por un momento en una gran tempestad del espíritu humano, pero así que pasó la tempestad y volvió á sentirse la necesidad de creer, se encontró en el fondo de las almas como creencia natural é indispensable de Francia y Europa.

¿Qué cosa mas indicada y necesaria en 1800 que levantar el altar de San Luis, Carlo Magno y Clodoveo, derribado por un instante? El general Bonaparte que hubiera caido en ridiculo, si hubiese querido convertirse en profeta ú hombre inspirado, era digno del papel para que le tenia destinado la providencia, el de alzar con su mano victoriosa ese altar venerable, haciendo con su ejemplo que le rindiesen culto las poblaciones por algun tiempo estraviadas. Y para dar cima á tamanía empresa se necesitaba nada menos que su gloria, pues hombres de elevado ingenio, no solo entre los filósofos sino entre los reyes, como Voltaire y Federico, habian procurado desacreditar la religion católica valiéndose contra ella de todas las armas del sarcasmo y del ridiculo, de que fué blanco durante 50 años. El general Bonaparte que tenia tanto talento como Voltaire y mas gloria que Federico, podía solo con el ejemplo de su conducta y el respeto que inspiraba su nombre echar por tierra las burlas del último siglo.

Acerca de este punto no abrigaba la menor duda, pues deseoso de restablecer el orden en el estado y las familias, satisfaciendo al mismo

tiempo la necesidad moral de las almas, estaba firmemente resuelto a reponer la religion católica á su antiguo estado, salvo las atribuciones políticas que creia incompatibles con la situacion de la sociedad francesa.

Teniendo tales motivos para obrar de aquel modo, ¿qué necesidad hay de indagar si obraba movido de una inspiracion de la fé religiosa, ó le inducian á ello las exigencias de la política y la ambicion? Obraba, por prudencia, es decir, porque conocia profundamente la naturaleza humana y esto basta: lo demas es un misterio que la curiosidad, muy natural cuando se trata de un hombre grande, puede querer penetrar, pero que importa poco á los ojos de la religion y la filosofia. Diremos sin embargo, que el general Bonaparte se inclinaba á las ideas religiosas, pues á medida que es mas superior una inteligencia, comprende mas y mas las bellezas de la creacion, siendo mas capaz el hombre de gran talento que el de escaso y limitado de ver á Dios en sus obras. Bonaparte tenia gusto en disputar acerca de filosofia y religion con Monge, Lagrange y Laplace, á quienes estimaba por su saber, y á pesar de lo incrédulos que eran los dejaba confundidos muchas veces con la claridad y vigor que empleaba en sus argumentos. A esto hay que añadir, que educado en un pais inculto y religioso á vista de una madre devota, los altares católicos despertaban en él los recuerdos de la infancia que tanto poder ejercen en una imaginacion sensible y grande. En cuanto á la ambicion que ciertos detractores han querido presentar como único movíl de la conducta que observó en aquellas circunstancias,

solo tenia entonces la de hacer bien en todo y por todo; y aun cuando tuviese esperanzas de que con la realizacion de ese bien, acreceria su poderío, seria preciso perdonárselo, pues es una ambicion noble y legitima la que se funda en satisfacer las verdaderas necesidades de los pueblos.

La tarea que se habia propuesto, facil en la apariencia, puesto que se trataba de satisfacer una necesidad pública muy efectiva y real, era sin embargo espinosísima. Los hombres que le rodeaban, casi sin escepcion, estaban poco dispuestos al restablecimiento del antiguo culto, y esos hombres, magistrados, guerreros, literatos ó sabios, eran los autores de la revolucion francesa, los verdaderos y únicos defensores de esa revolucion entonces desacreditada, y tenia que terminarla con su auxilio, reparando sus faltas y consagrando definitivamente sus resultados justos y legitimos. No podia pues, prescindir el primer consul de ponerse en abierta contradiccion con los que no solo le habian apoyado, sino que fueron sus colaboradores y amigos, y aun cuando le era facil conseguir que desaprobasen los excesos de la revolucion, por lo mismo que esos hombres como salidos de las filas de los revolucionarios moderados, no habian derramado sangre humana como Robespierre y Saint-Just, no lo era tanto hacer que confesasen que habian desconocido durante mucho tiempo las verdades mas importantes del orden social, porque habian participado de los errores de la Asamblea constituyente, y repellido sonriéndose las chanzonetas de Voltaire. Sabios como Laplace, Lagrange y sobre todo Monge, decian al primer consul que iba á rebajar á

los ojos de Roma, la dignidad del gobierno y de su siglo; Mr. Rœderer, el monárquico mas fogoso de aquellos tiempos, el que deseaba se restableciese la monarquía lo mas pronto y completamente posible, veía sin embargo con pena el proyecto que existía de restablecer el antiguo culto; hasta el mismo Mr. de Talleyrand, panegirista incansable de todo lo que podía enlazar lo presente con lo pasado, y unir á Francia con Europa, Mr. de Talleyrand, que trabajaba con utilidad y zelo por que se realizase la paz general, veía sin embargo con bastante frialdad lo que se llamaba la paz religiosa, pues aun cuando queria no fuesen perseguidos los sacerdotes, incómodo con sus recuerdos personales, no deseaba el restablecimiento de la antigua iglesia católica, con sus reglas y su disciplina. Los compañeros de armas del general Bonaparte, los generales que habian peleado á sus órdenes, que en su mayor parte carecian de instruccion, y estaban acostumbrados á las chanzonetas de los campamentos, ó imbuidos en las máximas de los clubs, miraban con repugnancia la restauracion del culto, temiendo ponerse en ridículo si concurrían á los actos religiosos. Los hermanos del general Bonaparte, por último, que frecuentaban el trato de los hombres de letras, se hallaban todavia imbuidos en los escritos del siglo que acababa de trascurrir, temian que perdiese su hermano crédito y poderío entre aquellos cuya resistencia parecia inminente, y no sabian, en fin, ver mas alla de esa resistencia interesada ó poco ilustrada de los hombres que rodeaban al gobierno, la necesidad real y efectiva de satisfacer el deseo de las masas populares, le disuadían abier-

tamente de lo que miraban como una reaccion indiscreta ó prematura.

Así es, que eran muchos y de muy distinta especie los consejos que daban del primer consul, á quien unos decían que no se mezclase en asuntos religiosos, limitándose á no perseguir á los sacerdotes, y dejando que los *juramentados* y *no juramentados* se entendiesen entre sí como pudieran: otros, conociendo el peligro que podría resultar de permanecer entregados á la indiferencia é inaccion, le inducían á que aprovechándose de la ocasion favorable que se le presentaba, se hiciese gefe de una iglesia francesa, arrebatando de manos de una autoridad estraña el inmenso poder de la religion; y otros, en fin, le proponian que adoptase el protestantismo, diciéndole que si daba el ejemplo haciéndose protestante, Francia se apresuraria á seguir ese ejemplo.

El primer consul se resistía con todas las fuerzas de su razon y su elocuencia, á tan vulgares consejos, y para afirmarse mas y mas en su resolucion, formó una biblioteca religiosa espresamente para sí, compuesta de pocos pero selectos libros, relativos en su mayor parte á la historia de la iglesia, y sobre todo, á las relaciones de esta con el estado. Además, hizo que le tradujeran los escritos latinos de Bossuet que versaban sobre este punto, y devorando todo esto en los cortos momentos que le dejaba libres la direccion de los negocios públicos, supliendo con su ingenio lo que ignoraba como en la composicion del código civil, admiraba á todo el mundo con lo mucho que sabia en materia de cultos. Segun lo tenia de costumbre cuando le

ocupaba un gran pensamiento, todos los días hablaba acerca de él con sus colegas y sus ministros, y los miembros del Consejo de estado ó del Cuerpo legislativo, y en fin, con todos los hombres cuya opinion creía útil consultar, refutando uno por uno los sistemas erróneos que le iban proponiendo, con argumentos claros, decisivos y que no tenían réplica.

Al sistema que consistía en no mezclarse en asuntos religiosos, respondía que la indiferencia tan encomiada por ciertos hombres que todo lo miran con desden, venía mal en un pueblo donde acababa de verse, por ejemplo, que porque no querían enterrar á una actriz estimada del público habia invadido una iglesia, amenazando con saquearla. ¿Cómo, era pues, posible que el gobierno se mantuviese indiferente en un país que á pesar de que tenia la pretension de serlo, daba pruebas de lo contrario? Por otra parte, ¿de qué medios era preciso valerse para no intervenir en los negocios de religion, cuando los sacerdotes juramentados ó no juramentados, disputaban entre sí la posesion de los edificios destinados al culto, y á cada momento estaban invocando la intervencion de la autoridad publica para apoderarse de unos y soltar otros? ¿Qué debia hacerse, cuando el clero constitucional, cuya voz no escuchaba el pueblo creyente, se viese abandonado del todo, y el clero que no habia querido prestar el juramento, y á quien obedecian y acataban, ejerciera exclusivamente el culto, como ya sucedia, y lo practicara en reuniones clandestinas? ¿No seria preciso al fin restituir la potestad temporal del culto á

los que ya hubiesen conquistado el poder espiritual? Y luego era necesario mantener á esos sacerdotes, despojados por la revolucion de sus bienes, y para ello habia que señalárseles sueldo en el presupuesto del estado, ó permitir que organizasen con el nombre de contribuciones voluntarias, un vasto sistema de impuestos, cuyo producto ascenderia á 30 ó 40 millones, cuya distribucion correria á cargo de ellos solos, ó tal vez de una autoridad estraña, sirviendo quizá algun dia sin saberlo el gobierno, para sustentar en la Vendée á los soldados que tomaron parte en la guerra civil. El gobierno tendria, pues, que salir mal á pesar suyo del estado de inaccion; ora para mantener el orden, ora para disponer los edificios del culto, ora en fin, para pagar á los sacerdotes, ó cuidar de que se les pagase; lo cual seria tener á su cargo las molestias que trae consigo el mando, sin ninguna de sus ventajas, sin poder, apoderándose del gobierno de la religion mediante un prudente convenio con la Santa Sede, sin poder, decimos, atraerse al clero, asociarle á sus intentos de reparacion, restablecer el reposo en el seno de las familias, y tranquilizar á los moribundos, á los compradores de bienes nacionales, á los sacerdotes que se hubiesen casado, y por último, á todos los hombres que se habian comprometido por la causa de la revolucion. La inaccion era, pues, segun el modo de ver las cosas del primer consul, un puro sueño, y además un error de que participaban los que no tenían ideas prácticas de gobierno.

En cuanto á crear una iglesia francesa, ia-

dependiente como la inglesa, de toda supremacía estraña, y tener en vez de un gefe espiritual que residiese fuera de Francia, uno temporal que fijara su asiento en París, y no fuese otro que el gobierno, es decir, el primer consul, le parecía una cosa tan fútil como digna de desprecio. ¡El, soldado antes que nada, que blandía espada y calzaba espuelas y daba batallas, iría á hacerse cabeza de una iglesia, especie de papa que tuviera que arreglar la disciplina y el dogma! Sin duda querían que se diese á aborrecer como Robespierre inventor del culto del Ser Supremo, ó que cayera en ridículo como Lareveillere-Lepeaux inventor de la Teofilantropía. Además ¿quién le seguiría? ¿qué fieles compondrían su rebaño? Seguramente no serian los cristianos ortodoxos que formaban el mayor número de católicos cuando ni aun querían oír la voz de buenos sacerdotes que no habian cometido otra falta sino la de haber prestado el juramento prevenido por las leyes. Los únicos que le obedecerian como á gefe de la iglesia serian algunos malos eclesiásticos, algunos monges que habiendo abandonado sus conventos hubiesen frecuentado los clubs y vivido en medio del escándalo, y que abrigasen la esperanza de que se les permitiese casarse. Ni aun tendria en su favor al abate Gregorio, que al mismo tiempo que pedía se restableciese la primitiva iglesia, formaba empeño sin embargo, en que no se cortase la comunión con el sucesor de San Pedro, ni tampoco á Lareveillere-Lepeaux, que quería que el culto quedase reducido á algunos cánticos religiosos, á unas cuantas flores colocadas sobre un

altar. ¡Y esta era la iglesia de que trataban de hacerle gefe! ¡Este era el papel á que querían reducir al vencedor de Marengo y de Rivoli, al restaurador del orden social! ¡Y los amigos asustadizos de la libertad eran quienes le proponían semejante proyecto! Pero aun suponiendo que se realizase, lo que por otra parte era imposible, y que á su poder temporal ya inmenso, reuniese el primer consul el poder espiritual, se convertiría en el mas temible de los tiranos, pues sería dueño de las personas y las conciencias, como el sultan de Constantinopla que es á un mismo tiempo gefe del estado, el ejército y la religion. Por lo demas, todo esto era una hipótesis tan vana como inútil, pues lo único que conseguiría sería producir el cisma mas necio de todos; ¿y como habia de engendrar un nuevo cisma, algo mas absurdo y no menos peligroso que los anteriores, el mismo que aspiraba á ser el pacificador de Francia y del universo y á poner término á todas las disensiones políticas y religiosas?—Si, decía el primer consul, necesito un papa, pero un papa que consiga la union en vez de dividir, que reconcilie los ánimos, los agrupe y los atraiga al gobierno hijo de la revolucion, en premio del apoyo que en esta hubiese encontrado. Para esto necesito que secunde mis deseos el verdadero papa católico, apostólico, romano, el que se sienta en el Vaticano, y de este modo hallándome al frente de los ejércitos franceses y tratándole con miramiento tendré siempre influencia en la corte de Roma. Así que levante los altares, proteja á los sacerdotes, les mantenga, y les trate como merecen ser tratados en cualquier

país los ministros de la religión, hará lo que yo le pida en interés del reposo general, y calmando los ánimos los reunirá para entregarme á mi su dirección. Todo lo que no sea esto, no hará sino agravar el cisma que nos devora poniéndome en ridículo para siempre.

En cuanto á la idea de empujar la Francia hácia el protestantismo, parecia al primer consul no tan solo ridícula, sino odiosa. En primer lugar, creía que tampoco lo conseguiría, pues según él, se equivocaban los que creyesen que en Francia podía hacerse todo lo que se tuviera á bien. Este era un error que honraba muy poco á los que lo cometían, pues suponían que Francia no tenía conciencia ni opinión, cuando solo era dado aspirar á hacer solamente lo que exigía las verdaderas necesidades de la nación. Entregada á turbaciones y alborotos, habia introducido en ella la calma mas completa; presa como la encontró de la anarquía cuando los hombres que dirigian sus destinos no sabian defenderla contra el extranjero, habia dispersado á los anarquistas, restablecido el orden, arrojado á los austriacos y rusos de las fronteras, y proporcionado la paz que todos deseaban con tanta ansia; habia hecho en una palabra que cesasen los escándalos de un gobierno débil y relajado; ¿y era de admirar que se hubiesen permitido que llevase á cabo todo esto? Además de que no hacia mucho que en el Tribunado se habian opuesto á que se le suministrasen los medios de purgar los caminos de los ladrones que los tenían infestados. ¿Y habia quien sostuviese á pesar de esto que podría hacer cuanto se le antojara? Esto era un error, pues podía

hacer lo que se acomodase á las necesidades y opiniones que entonces reinaban en Francia, pero nada mas; podía hacerlo mejor que otro cualquiera, mas no habia que pensar en contener el impulso de los ánimos encaminado al restablecimiento de todo lo esencial en una sociedad y especialmente la religión. Mucho puedo en el dia, exclamaba el primer consul, pero si tratara de cambiar la antigua religión de Francia, se volveria contra mí y me venceria. ¿Sabeis cuándo fué hostil el país á la religión católica? Cuando el gobierno de acuerdo con ella quemaba ciertos libros, y enviaba al suplicio á Calas y La-Barre; pero estad seguros de que si me pusiera en contra de la religión todo el país estaria á su lado y lo que conseguiria seria convertir á los indiferentes en verdaderos creyentes, es decir, en católicos sinceros. Tal vez no se burlarian tanto de mí si me inclinase al protestantismo como si quisiera proclamarme patriarca de una iglesia galicana, mas á poco seria objeto del odio público, pues ¿es acaso el protestantismo la religión de nuestros mayores? ¿Es esa por ventura la religión, que al cabo de largas guerras civiles, y despues de mil combates, quedó asegurada como mas conforme que ninguna otra con las costumbres y el genio de nuestra nación? ¿No es sobrado violento querer constituirse en abogado de un pueblo solo para crearle gustos, hábitos y recuerdos que no tiene, cuando precisamente consiste en estos últimos el principal encanto de una religión? Nunca, decia un dia el primer consul, oigo en la Malmaison la campana de la aldea inmediata sin conmoverme; ¿y quién podría conmoverse en

Francia en esas nuevas iglesias á las cuales nadie ha ido en su infancia, y cuyo aspecto frio y severo se adopta tan poco á las costumbres de nuestra nacion? Hay quien crea que es una ventaja no depender de un gefe extranjero, y se equivoca, pues para todo se necesita un gefe; y no hay una institucion mas admirable que la que mantiene la unidad de la fé y evita hasta donde sea posible las disputas religiosas, ni hay cosa mas aborrecible que una multitud de sectas divididas entre si injuriándose mutuamente y luchando á mano armada, ó si viven en paz mirándose con ojos de envidia y formando en el estado juntas que se dan apoyo, protegen á los sayos, miran con desvío á sus iguales, y molestan al gobierno con mil dificultades y obstáculos. Las disputas de sectas son las mas insufribles que se conocen, pues la controversia es propia de la ciencia, y la anima conduciéndola á los descubrimientos; ¿mas á qué conducen las disputas sobre religion, sino á la incertidumbre y ruina de todas las creencias? Por otra parte, cuando los espiritus se dirigen en su actividad hácia las controversias teológicas, alejan el pensamiento humano de toda indagacion útil, pues lo absorven todo, siendo muy raro hallar un hombre dado á la teología que se ocupe en los grandes trabajos del entendimiento humano. Las contiendas religiosas son, ó crueles ó sanguinarias, ó estériles y amargas, cuando precisamente lo verdadero y útil en materias de religion es creer sin examinar. La institucion que mantiene la unidad de la fé, es decir, el papa, custodio de la unidad católica, es una institucion admirable, y los que ven un mal en que ese gefe

sea un soberano extranjero no tienen en cuenta que precisamente debemos dar gracias á Dios por esta misma circunstancia. ¿Pues qué, puede haber una autoridad como esa en el mismo país al lado del gobierno del estado? Esa autoridad si la ejerciera el gobierno equivaldria al despotismo de los sultanes, pero aislado, hostil tal vez á ese mismo gobierno produciria una rivalidad espantosa é insufrible. El papa reside fuera de París, y esto es un bien; y como no tiene su sede en Madrid ni en Viena, toleramos su autoridad espiritual, siendo indudable que lo mismo dirian en Viena y en Madrid, pues, ¿por ventura hay nadie que crea que si el papa residiera en París consentirian en acatar sus resoluciones los vieneses ó los españoles? Es una fortuna que resida fuera del reino sin residir por eso en alguno rival nuestro, sino en Roma lejos de los emperadores de Alemania y de los monarcas de Francia ó España, manteniendo el equilibrio entre los soberanos católicos, inclinándose siempre algun tanto hácia el mas fuerte y alzándose bien pronto si este se convierte en opresor. Esto es obra de los siglos y no puede darse cosa mejor, pues es la institucion mas benéfica que puede imaginarse con respecto al gobierno de las almas; y téngase bien entendido, añadia el primer consul, que no desfiendo estas cosas por obstinada devocion, sino porque así me lo dicta el raciocinio. — Mi religion es muy sencilla, decia otro dia á Monge á quien queria mucho, y del cual nunca se separaba, mi religion es muy sencilla: me pongo á mirar este universo tan vasto, complicado, y magnífico, y me digo á mí mismo que no puede ser obra de la casualidad, sino de

no ser desconocido y omnipotente, superior al hombre tanto como el Universo con respecto á nuestras máquinas mas bellas. Buscad á vuestros amigos, impetrad sus luces y vereis como á pesar de que son buenos matemáticos y filósofos, no presentarán una razon ni mas fuerte ni mas decisiva que la mia, y que por mas que hagais para destruirla no la debilitareis. Empero esta verdad es demasiado sucinta para el hombre, y como quiere saber acerca de si mismo y del porvenir que le está destinado, una multitud de secretos que no le revela el Universo, es preciso permitir que la religion le diga todo cuanto necesita saber y respetar lo que ya sabe. Es verdad que lo que sostiene una religion lo niega otras, pero acerca de este punto pienso de distinto modo que Mr. de Volney, pues porque hay religiones que difieren entre si y que naturalmente se contradicen, saca la deducción de que todas son malas mientras que yo las tengo por buenas al ver que en el fondo son iguales. Solo van descaminadas cuando quieren proibirse unas á otras, y esto es lo que debemos impedir por medio de buenas leyes. La religion católica es la religion de nuestros padres, aquella en que hemos nacido, y puesto que cuenta con un gobierno cuya tarea no puede ser mas noble, que impide las disputas hasta donde es posible impedir las, gobierno que está fuera de Paris, debemos felicitarnos, porque repito, que si es admirable es porque no reside en Viena ni en Madrid sino en Roma. Si hay alguna cosa tan perfecta como la institucion del papado son sin duda alguna las relaciones que pueden establecerse entre la Santa Sede y la iglesia galicana sometida á

ella al mismo tiempo que independiente; sometida en materias de fé, é independiente en cuanto al arreglo de los cultos. La unidad católica y los artículos de Bossuet, hé aqui el régimen religioso que es preciso restablecer; y por lo que hace al protestantismo es cierto que tiene derecho á que el gobierno le proteja con mano vigorosa, así como los que lo profesan; lo tienen á participar de las ventajas sociales, pero no es la religion de los franceses. Los siglos lo han decidido así, de suerte que el que proponga al gobierno que le haga prevalecer, propone una cosa violenta é imposible, además de que ¿qué cosa mas horrible que un cisma? ¿No es altamente perjudicial para una nacion? De todas las guerras civiles que afligen á una nacion ¿cuál es la que lastima mas profundamente los corazones? la que mas turba el reposo de las familias? La guerra religiosa, y por lo mismo debemos hacer que concluya de una vez. Celebrada la paz con Europa, procuremos que no se altere, pero la paz religiosa es mas urgente que ninguna otra, pues cuando la hayamos realizado nada tendremos que temer. Tal vez no nos dejará la Europa tranquilos por mucho tiempo ni llevará en paciencia que seamos tan poderosos como hoy lo somos, pero así que Francia esté completamente unida, como un solo hombre, así que los hijos de la Vendée y de Bretaña formen en nuestros ejércitos al lado de los borguñones, los loreneses y los habitantes del Franco-Condado no tendremos porqué temer á la Europa aunque toda ella se coligue contra nosotros.

Esto era lo que sin cesar estaba diciendo el primer consul á sus consejeros intimos MM.

Cambaceres y Lebrun, que eran de su mismo parecer, á MM. de Talleyrand, Fouché, Rœderer que opinaban de otro modo, y á muchos miembros del Consejo de estado ó del Cuerpo legislativo, quienes por lo general abrigaban distintas ideas. Y en todos sus discursos revelaba el mayor calor, y una constancia sin igual, pues como creía que era sumamente útil y urgente poner término á las disensiones religiosas se dedicaba á ello con el mismo ardor que mostraba en las cosas que eran capitales para él.

Formó, pues, su plan sencillo, ajustado á las reglas de la prudencia, y que fué bastante á cortar la division religiosa que reinaba en Francia, pues las malhadadas disputas que siendo emperador el primer consul, y con la corte de Roma pasaron entre él, el papa y los obispos, sin que alterasen nunca la paz restablecida en la nacion; de suerte que ni aun cuando el papa estuvo prisionero en Fontainebleau, se vió renacer como en otro tiempo dos cultos, dos cleros, y dos clases de fieles.

El proyecto del primer consul, se reducía á reconciliar á la república francesa con la iglesia romana, tomando por base en sus tratos con la Santa Sede, los mismos principios sentados por la revolucion. No habria un clero constituido en poder politico ó que fuese propietario, pues esto era imposible en 1800, sino un clero consagrado unicamente á las funciones del culto, que disfrutase sueldo del gobierno, y le nombrase este confirmandole el papa: las diócesis quedarían reducidas á sesenta en vez de las ciento cincuenta y ocho que en otro tiempo existieron en el territorio de

la Francia antigua y moderna; y en lugar de los parlamentos abolidos, quedaria á cargo de la autoridad civil, correria el arreglo y buena direccion del culto, pasando al Consejo de estado los negocios eclesiásticos; tal era el plan del primer consul. Esto era resucitar la constitucion civil decretada en 1790, con las modificaciones indispensables para que la aceptase Roma, es decir, con obispos nombrados por el gobierno ó instituidos por el papa, en vez de otros elegidos por los fieles, y con una promesa general de sumision á las leyes en vez de un juramento de obediencia á tal ó cual institucion religiosa; juramento que sirvió de pretexto á los sacerdotes malévolos ó timoratos para suscitar casos de conciencia. En una palabra, esto era verdadera reforma del culto, la reforma á que debió limitarse la revolucion para que el papa pasase por ella, condicion que era preciso no despreciar, pues era imposible plantear ninguna institucion religiosa á no mediar un convenio sincero con Roma.

Hay quien ha dicho (1) que á esto le faltaba una cosa capital, que era exigir que los obispos nombrados por la potestad civil, fuesen aceptados de grado ó por fuerza por el papa; pero en tal caso se hubiera debilitado gravemente el gobierno espiritual de Roma, cosa que no convenia. Al nombrar el poder civil un obispo, designa á la persona en quien reconoce, al mismo tiempo que las cualidades morales de un pastor, las cualidades politicas de un buen ciudadano, que respeta y hará respetar las leyes del pais, y al papa toca decir si en esa persona reconoce al sacerdote or-

(1) El abate de Pradt en los Cuatro Concordatos.

todo lo que debe enseñar las verdaderas doctrinas de la iglesia católica. Querer fijar un plazo de algunos meses, pasado el cual se consideraría como concedida la autorización del papa, hubiera sido arrebatarse su autoridad espiritual y renovar nada menos que la memorable y terrible disputa de las investiduras. En materias de religión hay dos autoridades: la autoridad civil del país en que se ejerce el culto, que cuida de la observancia de las leyes y del sosten de los poderes establecidos, y la autoridad espiritual de la Santa Sede, encargada de conservar la unidad de creencia, siendo necesario que las dos intervengan en la formación del clero. Es verdad que algunas veces no quiere la Santa Sede instituir los obispos elegidos para obligar al gobierno temporal á que acceda á sus miras; pero este es un abuso aunque inevitable pasajero, y también puede cometer errores la autoridad civil, como se vió en tiempo del mismo Napoleón, restaurador tan ilustrado como decidido de la antigua iglesia católica.

Nada pues, dejaba por desear el plan del primer consul por lo tocante al establecimiento definitivo del culto; pero era preciso ocuparse en la transición, es decir, en el paso del estado presente al inmediato que querían crear; ¿y qué debía hacerse con respecto á las sedes existentes? cómo atraerse á todos aquellos eclesiásticos, obispos ó simples sacerdotes, *juramentados* unos y adictos á la revolución, practicando públicamente el culto en las iglesias, y otros *no juramentados*, emigrados ó que habían regresado á Francia, desempeñando clandestinamente las funciones propias

de su ministerio, y hostiles en su mayor parte? El general Bonaparte recurrió á un sistema, cuya adopción era sumamente difícil por parte de Roma, porque en el transcurso de diez y ocho siglos, nunca había hecho lo que iba á proponerse. El indicado sistema se reducía á abolir todas las diócesis existentes, para lo cual se dirigiría el papa á los titulares antiguos que aun vivían, pidiéndoles que hiciesen dimisión: si rehusaban, los depondría, y entonces se señalarían en el mapa de Francia sesenta diócesis nuevas, cuarenta y cinco de las cuales serían para obispados y quince para arzobispados. El primer consul debía nombrar sesenta prelados, sacados indistintamente de entre los *juramentados* ó *no juramentados*, aunque más de estos últimos, porque eran en mayor número y los fieles los querían mejor que á los otros. Escogidos unos y otros entre los eclesiásticos dignos de obtener la confianza del gobierno, respetables por sus costumbres y reconciliados con la revolución francesa, los prelados que nombrase el primer consul, debían ser instituidos por el papa y entrarían sin detención á desempeñar sus tareas bajo la vigilancia de la autoridad civil y del Consejo de estado.

En el presupuesto del estado se les señalaría un sueldo proporcionado á sus necesidades, en cambio de lo cual debía reconocer el papa como válida la enagenación de los bienes de la iglesia, prohibir á los sacerdotes que molestasen á los moribundos con malignas sugerencias, reconciliar con Roma á los eclesiásticos casados, en una palabra, ayudar al gobierno á que pusiese fin á todas las calamidades de la época.

Este plan era completo, y solo le faltaban algunos detalles para que fuera excelente tanto en la actualidad como para el porvenir, puesto que reorganizaba la iglesia hasta donde era posible, tomando por modelo el estado, y aspiraba á llevar á cabo la fusión de los individuos, tomando en todos los partidos á los hombres prudentes y moderados, que preferían el bien público á su obstinación revolucionaria ó religiosa; pero pronto se verá cuán difícil es hacer bien aun cuando sea necesario, aun cuando sea una necesidad real y urgente, pues por desgracia, no porque sea una necesidad ha de ser también una noción clara, evidente, y no sujeta á disputas.

Por parte de Francia había que salvar un obstáculo, cual era el de convencer ó hacer callar á los que de todo se burlaban, á los sectarios que aun vivían de la filosofía del siglo XVIII, á los antiguos jansenistas convertidos en sacerdotes constitucionales, y por último, á generales imbuidos en vulgares preocupaciones. Por parte de la Santa Sede se presentaba otro obstáculo, pues había que luchar en Roma con los que querían ser fieles á los precedentes, con los que temían tocar al dogma si tocaban á la disciplina, con los que abrigaban escrúpulos religiosos verdaderos ó fingidos, y sobre todo, con los que estaban resentidos de nuestra revolución, y particularmente era preciso destruir la especie de complacencia con que era tratado el partido realista francés compuesto de emigrados, sacerdotes ó nobles, que ó residían en la ciudad pontificia ó mantenían correspondencia con ella espresando sus apasionadas quejas contra Francia, y el nuevo orden

de cosas que empezaba á establecerse en ella.

El primer consul insistió en su plan con una firmeza y una paciencia que nada pudo desarmar durante aquella larga y trabajosa negociación, tan larga y trabajosa que no se había conocido otra igual en la historia de la iglesia, pues nunca se habían hallado en circunstancias mas graves el poder temporal y el espiritual, ni estado á su frente personas mas dignas.

Por singular designio de la Providencia, aquel jóven tan sensato y profundo en sus miras; pero tan arrebatado cuando se proponía llevar á cabo una cosa, se encontraba colocado en la escena del mundo en presencia de un pontífice de una virtud extraordinaria, de una fisonomía y un carácter angelicales, pero de una tenacidad capaz de arrostrar hasta el martirio, cuando creía comprometidos los intereses de la fé ó de la corte romana. Su rostro animado y dulce á un mismo tiempo, espresaba la sensibilidad, algun tanto exaltada de su alma, y de edad de sesenta años, escaso de salud, con la cabeza inclinada sobre el pecho, dotado de una mirada fina y penetrante, y de un lenguaje gracioso, era muy digno representante, no de esa religion imperiosa que en tiempo de Gregorio VII mandaba y merecía mandar á la Europa barbara; sino de esa religion perseguida que no teniendo ya en sus manos los rayos de la iglesia, solo podia aspirar á ejercer el influjo que da la persuasión.

Un impulso secreto le movía á apreciar al general Bonaparte, pues como hemos dicho en otro lugar, ya se habían visto y hablado durante las guerras de Italia, y como hallase en él Pio VII

obispo á la sazón de Imola, en vez de uno de esos feroces guerreros vomitados por la revolución francesa, á quienes se tenía en Europa por profanadores del altar, y asesinos de sacerdotes emigrados, á un jóven de genio que hablaba como él la lengua italiana, que demostraba tener sentimientos muy moderados, que cuidaba del mantenimiento del órden y respetaba los templos, y lejos de perseguir á los sacerdotes franceses, se valia de su poder para obligar á las iglesias italianas á que los recibiesen y mantuvieran; admirado y lleno de alborozo el obispo de Imola, contuvo el espíritu de insubordinación de los italianos de su diócesis, y pagó al general Bonaparte los favores que este había hecho á su iglesia. La impresión que causaron al obispo aquellas primeras relaciones, nunca se borró del corazón del pontífice, é influyó en la conducta que observó para con el general cuando fué consul y emperador, lo cual prueba terminantemente que nunca es perdido el bien que se hace, sea cual fuere la importancia de ese mismo bien. Mas tarde, en efecto, cuando se reunió el cónclave en Venecia para nombrar el que debía suceder en la silla pontificia á Pio VI que murió hallándose en Valencia en clase de prisionero, influyó de un modo providencial, por decirlo así, en la elección del nuevo papa, el recuerdo de los primeros actos del general que mandaba el ejército de Italia.

No se habrá olvidado que próximamente en los mismos momentos en que el cónclave elegía á Pio VII esperando hallar en él un conciliador que uniese á Roma con Francia, y terminase

quizá los males que la afligían á la iglesia, ganaba el primer consul la batalla de Marengo, con lo cual al mismo tiempo que se hacia dueño de Italia, acrecentaba el dominio moral que egercia en Europa. Además, envió un emisario, el sobrino del obispo de Verceli para que anunciase sus intenciones al pontífice recientemente elegido, diciéndole que mientras se hacia un arreglo ulterior, existiria de hecho la paz entre Francia y Roma bajo el pie del tratado de Tolentino firmado en 1797, que no volveria á hablarse de la república romana inventada por el Directorio, y que restablecida la Santa Sede, seria reconocida por los franceses como antes de la revolución. En cuanto á la cuestión de saber si serian devueltas á la iglesia las tres grandes provincias de Bolonia, Ferrara y la Romanía, no dijo el primer consul ni una palabra; pero como recobrando el papa su trono podia decirse que ya estaba hecha la paz, abandonó lo demás á lo que dispusiese la Providencia. El primer consul mandó tambien á los napolitanos que evacuasen los estados pontificios, y efectivamente los evacuaron, escepto los enclavados de Benavente y Puente Corvo, y previno á sus generales que siempre que tuvieran que hacer algun movimiento por los alrededores de Napoles y Otranto, respetasen los estados romanos, enviando además á Murat que mandaba el ejército francés de la Italia Baja, á que fuese á arrodillarse al pie del trono pontificio. Monseñor Consalvi no se equivocó en sus predicciones, y fué premiado ámpliamente, pues así que llegó á Roma, el papa le nombró cardenal secretario de estado, ó lo que es lo mismo,

primer ministro de la Santa Sede, destino que conservó durante gran parte del pontificado de Pío VII.

De resultas de estos sucesos, milagrosos en cierto modo, á petición del primer consul, envió el papa á París á monseñor Spina, sacerdote genovés, astuto, devoto y codicioso, para que tratase de todos los negocios políticos y religiosos, sin darle al principio carácter oficial, pues el santo padre á pesar de la inclinación que tenía al general Bonaparte, y de lo mucho que deseaba se verificase un acomodamiento, temía confesar las relaciones que iba á entablar con la república francesa. Mas á poco tiempo, cuando vio llegar á París en pos de los ministros de Prusia y España á los de Austria, Rusia, Baviera, Nápoles y otras cortes, el santo padre no vaciló ya y permitió á monseñor Spina que se revistiese de un carácter oficial y confesase el objeto que le llevaba á la capital de Francia. El partido emigrado francés puso el grito en el cielo, haciendo esfuerzos, aunque inútiles, para impedir la reconciliación de la iglesia con Francia, pues sabía que si le faltaba el recurso de la religión para turbar los ánimos, perdería su mejor arma; pero Pío VII aunque pesaroso, y aun intimidado algunas veces con aquellas quejas, se mostró resuelto á anteponer el interés de la religión y de la Santa Sede á cualquiera consideración de partido, sin embargo de que le hacía desmayar algún tanto en medio de su excelente resolución la vaga é insensata esperanza de recobrar las Legaciones que perdió cuando se firmó el tratado de Tolentino (1).

(1) No hay negociación ni más curiosa ni más digna de ser

Monseñor Spina tenía orden de ganar tiempo, para ver si dueño como ya lo era el primer consul de Italia, y pudiendo disponer de ella á su antojo, le ocurría el feliz pensamiento de restituir á la Santa Sede las Legaciones, pues lo mismo que el primer consul solía decir, alimentaba en Roma esperanzas que no era su ánimo dar.—Que el santo padre confie en mí, repetía con frecuencia, que se eche en mis brazos, seré para la iglesia un nuevo Carlo Magno.—Sies un nuevo Carlo Magno, respondían algunos sacerdotes que sabían muy poco de los negocios del siglo, que lo pruebe devolviéndonos el patrimonio de San Pedro.

Desgraciadamente se equivocaban en sus cálculos, pues el primer consul creía que había hecho mucho con restablecer al papa en Roma, devolviéndole trono y estado, y ofreciendo entrar en tratos con él para el restablecimiento del culto católico; y efectivamente había hecho mucho, si se toma en cuenta el estado de los ánimos tanto en Francia como en Italia. Si los patriotas france-

meditada que la del concordato, ni existe una acerca de la cual haya mas documentos en los archivos franceses, pues además de la correspondencia diplomática de nuestros agentes, y sobre todo la del abate Bernier, poseemos la de monseñor Spina y el cardenal Caprara con el papa y el cardenal Consalvi. La última vino á parar á nuestro poder en virtud de un artículo del concordato, en que se decía que en caso de un rompimiento se quedarían en Francia los archivos de la legación romana. Las cartas de monseñor Spina y del cardenal Caprara, escritas en italiano, son uno de los monumentos más curiosos de aquel tiempo, y ponen de manifiesto el secreto de las negociaciones religiosas de aquella época, secreto que aun en el día no es bien conocido, á pesar de las diferentes obras que se han publicado sobre esta materia.

ses, imbuidos como se hallaban en las ideas del siglo diez y ocho, veian con poca satisfaccion el próximo restablecimiento de la iglesia católica, los patriotas italianos veian con desesperacion que los sacerdotes iban á recobrar entre ellos su imperio, no pudiendo por lo mismo llevar su complacencia el primer consul hasta el extremo de devolver á la Santa Sede las Legaciones, que no podian sufrir al gobierno clerical, y que eran por otra parte una porcion prometida de la República Cisalpina. Empero la corte de Roma, que habia pasado no pocos apuros desde que se vió privada de las rentas que sacaba de Bolonia, Ferrara y la Romania, discurría de otro modo. Por lo demas el papa, que en medio de las pompas del Vaticano vivia como un anacoreta, pensaba en los intereses terrenales menos que el cardenal Consalvi, y este menos que monseñor Spina, quien caminaba á paso de lobo en la negociacion, escuchando cuanto le decian con respecto á las cuestiones religiosas, dando á entender que para él este era el asunto primordial si no esclusivo; pero no obstante, procurando que la conversacion recayese sobre lo de las Legaciones, para lo cual hablaba de cuando en cuando de lo pobre que estaba la Santa Sede; pero no lograba que le entendiesen, y seguía alargando el asunto, hasta obtener alguna cosa que satisficiese en parte las esperanzas que con harta imprudencia habia inspirado á su corte.

Ya hemos dicho que el primer consul eligió para que se entendiese con monseñor Spina al famoso abate Bernier; pacificador de la Vendée: este sacerdote que era un simple cura en la pro-

vincia de Anjou, desprovisto del brillo exterior que da una educacion esmerada, pero dotado de un profundo conocimiento de los hombres y de una prudencia superior, de que habia dado suficientes pruebas en medio de las dificultades de la guerra civil, y muy entendido en materias canónicas, era el principal autor del restablecimiento de la paz en las provincias del Oeste, y naturalmente debia desear todo cuanto pudiera afirmarla. Mirando, pues, como miraba la reconciliacion de Francia con Roma, como medio seguro de llevar á su complemento esa paz que era obra suya, no cesaba de instar al primer consul para que apresurase las negociaciones con la iglesia, y con arreglo á las instrucciones que tenia dió á conocer al arzobispo de Corinto las proposiciones del gobierno francés ya enunciadas: que se obligaria á todos los obispos á que hiciesen dimision; que las ciento cincuenta y ocho sedes quedasen reducidas á setenta; que se formaria un nuevo clero compuesto de eclesiásticos sacados de todos los partidos; que este clero seria nombrado por el primer consul é instituido por el papa; que ofreceria formalmente someterse al gobierno establecido; que se le señalaria sueldo en el presupuesto del estado; que renunciando enteramente los bienes de la iglesia, se tendria por válida la venta de los bienes nacionales; que la autoridad civil representada por el Consejo de estado entenderia en el arreglo del culto; y por último, que la iglesia perdonaria á los sacerdotes que se hubiesen casado, agregándolos á la comunión de los fieles.

Cuando monseñor Spina oyó estas condicio-

nes se manifestó sumamente asombrado, calificándolas no solo de exorbitantes, sino de contrarias á la fé, y sostuvo que nunca consentiría en admitirlas el santo padre.

En primer lugar exigió que en el preámbulo del concordato se dijese que la religion católica era la *religion del estado* en Francia; que los cónsules hicieran públicamente profesion de fé, y que quedasen abolidas todas las leyes y actos contrarios á la mencionada declaracion.

En cuanto á la reduccion de diócesis, admitió el número de sedes; pero manifestó que el papa no tenía derecho para deponer á un obispo, que ninguno de sus predecesores se habia atrevido á hacerlo desde que existía la iglesia romana, y que si el santo padre autorizase semejante innovacion, crearia un segundo cisma, dirigido aquella vez contra el mismo santo padre; que lo único que podia hacer sobre aquel particular era entenderse amigablemente con el primer consul; que los antiguos titulares que mostraban buenos sentimientos para con el gobierno francés, serian llamados á su diócesis pura y simplemente, ó á lo menos ocuparían la diócesis correspondiente á la que hubiesen ocupado antes; que, por el contrario, los que con su anterior conducta ó la que entonces observasen no merecieran la confianza del gobierno, serian postergados, y que hasta su fallecimiento, que no debía tardar mucho en vista de lo ancianos que eran todos, gobernarían su sede interinamente administradores escogidos por el papa y el primer consul.

Monsieur Spina no aceptó pues, la idea de la composicion de un nuevo clero, sacado de entre

todos los sacerdotes y de todos los partidos, mas que para las sedes vacantes, y aun para estas no quería á los constitucionales, á menos que no hicieran una de esas retractaciones solemnes, que son para Roma un triunfo, y como una indemnizacion del perdón que concede.

Por lo que hace al nombramiento de obispos por parte del presidente de la República, y á su institucion por el papa, habia poca dificultad, pues como se partía naturalmente del principio de que el nuevo gobierno gozaria en Roma de todas las prerogativas que tuvo el antiguo, y el primer consul representaria en todo y por todo á los reyes de Francia, era claro que él debía nombrar los obispos. Sin embargo, el cargo de primer consul, á lo menos por entonces, era electivo, y aunque el general Bonaparte, que entonces lo desempeñaba, era católico, sus sucesores podrian no serlo, y como no se admitia en Roma que un príncipe protestante pudiese nombrar obispos, pidió monseñor Spina que se tuviera en cuenta esta escepcion.

Acerea de los curas, no presentó obstáculo alguno el negociador romano á que los eligiesen los obispos con aprobacion de la autoridad civil.

La promesa de sumision á las leyes quedó admitida, salvo los términos en que debía redactarse.

La consagracion por el papa de la venta de los bienes de la iglesia, costaba mucho al negociador romano, pues aunque conocia que era absolutamente imposible anular dichas ventas, pedía se ahorrase á la Santa Sede una declaracion que llevaba implícita la aprobacion moral de lo

que habia sucedido acerca de este punto. Renunciando como renunciaba á cualquier medida ulterior, no queria reconocer formalmente el derecho de enagenacion, pues decia que ni la iglesia misma tiene derecho para enagenar esos bienes, llamados *vota fidelium, patrimonium pauperum sacrificia peccatorum*. Sin embargo, añadia, puede renunciar al derecho de proseguir sus reclamaciones de devolucion, pero en cambio de esta renuncia pedia la réstitucion de los no enagenados todavia, y que se concediese á los moribundos facultad para testar en favor de los establecimientos religiosos, lo cual equivalia á autorizar otra vez el estancamiento de la propiedad, y volver al antiguo orden de cosas, es decir, á crear un clero propietario.

Por último, lo del perdon concedido á los sacerdotes casados, y su reconciliacion con la iglesia, era un asunto puramente de indulgencia, fácil por parte de la corte de Roma, la cual siempre está dispuesta á perdonar, cuando es reconocida la culpa por el que la ha cometido. Sin embargo, esceptuaba del perdon á dos clases de sacerdotes, á los religiosos que habian hecho ciertos votos y á los prelados, con lo cual se enagenaba la voluntad de Mr. de Talleyrand, ministro de negocios extranjeros.

Aunque estas pretensiones de la corte de Roma no imposibilitaban realmente la buena inteligencia entre el gobierno francés y el pontificio, revelaban no obstante grave discordancia de pareceres. Así es que el primer consul estaba impaciente, y se avistó muchas veces con monseñor Spina, á quien manifestó que nunca se separaria

del principio fundamental de su proyecto, que consistia en formar nuevas diócesis y un nuevo clero, deponer á los antiguos titulares y escoger en todas las clases de sacerdotes á los que debian sustituirles. Le dijo tambien que su principio de gobierno estaba reducido á reunir á los hombres honrados y de saber de todos los partidos, principio que aplicaria á la iglesia y al estado, pues este era el único medio de poner fin á la alarma que reinaba en Francia, por lo cual insistiria en su resolucion invariablemente.

El abate Bernier, que al mismo tiempo que ambicionaba la gloria de ser el principal instrumento de la instalacion de la religion católica, era amante verdadero del bien, instó vivamente á monseñor Spina para que obviase las dificultades que la corte de Roma oponia al proyecto del primer consul. Declarar, decia, que la religion católica es la *religion del estado*, era una cosa tan imposible como contraria á las ideas que reinaban en Francia, y nunca accederian á que se manifestase en una ley ni el Tribunado ni el Cuerpo legislativo. Segun él no era preciso hacer semejante declaracion, bastando solo consignar el hecho de que la religion católica era la religion de la mayoría de los franceses, lo cual produciria el mismo efecto que la ansiada declaracion, sin necesidad de comprometer los verdaderos intereses de la iglesia insistiendo en una cosa que no era posible realizar. El primer consul podria concurrir en persona á las ceremonias solemnes del culto, lo cual significaba mucho en un hombre como él, pero no habia que pedirle se entregase á ciertas prácticas, como por ejemplo el confesar ó co-

mulgar, que no traspasasen los límites en que convenia encerrarse por consideraciones al público francés, pues lo contrario seria lo mismo que querer chocar ó ponerse en ridiculo, en vez de atraerse los ánimos. El recabar de los antiguos titulares que hiciesen dimision era cosa muy sencilla, pues no pasaba de ser una consecuencia del paso que dieron para con Pio VI en 1790, en cuya época, los prelados franceses, á fin de demostrar que resistian, por el interés de la fé y no por el suyo propio, declararon que aceptaban al papa por arbitro para que dispusiese de sus sedes, y que si creia que debian abandonarlas en favor de la constitucion civil, se someterian ciegamente. Lo único, pues, que habia que hacer era cogerles la palabra, exigiendo cumplieran lo que solemnemente habian ofrecido, y si algunos de ellos impedian por motivos personales el bien que iba á resultar de restablecer el culto en Francia, debia considerarseles, no como titulares, sino como dimisionarios de 1790, en apoyo de lo cual añadia el abate Bernier que habia un egemplo de este género en la iglesia, á saber la renuncia en masa de trescientos obispos de Africa, renuncia admitida para poner fin al cisma de los donatistas, si bien es verdad que no habian sido depuestos. En cuanto á las elecciones que habia que hacer, era preciso conceder al primer consul al principio de la fusion, que estaba dispuesto á aplicar en beneficio de los sacerdotes *no juramentados*, escogiendo dos ó tres constitucionales, únicamente para egemplo, pero en masa no llamaria mas que á los ortodoxos. En esta parte dijo el negociador francés mas de lo que debia, obrando por cuenta pro-

pia, pues aunque era cierto que el primer consul estimaba muy poco á los obispos constitucionales, quienes en su mayor parte eran jansenistas de escaso entendimiento ó declamadores de clubs; aunque tambien lo era que solo estimaba á los simples sacerdotes que prestaron juramento acatando las leyes, llevados del deseo de continuar desempeñando su sagrado ministerio, y no se aprovecharon de las revueltas de aquellos tiempos para ascender en la gerarquía sacerdotal, no obstante, cualquiera que fuese el aprecio que profesara á los obispos constitucionales, tenia empeño en realizar la fusion que habia concebido, y no se hallaba tan dispuesto á abandonar los derechos del clero *juramentado*, como daba á entender el abate Bernier para conseguir que se verificase la reconciliacion. En cuanto al nombramiento de los obispos por parte del primer consul, era necesario, segun el abate Bernier prescindir de una dificultad muy remota y poco probable, la de que el primer consul que gobernase á Francia fuese algun dia protestante, cosa inverosimil y en la que no debia pensarse siquiera. Con respecto á los bienes del clero, convenia ponerse cuanto antes de acuerdo acerca de los términos de su redaccion, supuesto que no habia divergencia de opiniones, en cuanto al principio, y por lo que hace á la restitution de los bienes no vendidos, así como á las donaciones testamentarias en bienes raices, eran inconciliables con los principios políticos que entonces se hallaban en rigor en Francia, principios enteramente contrarios á la amortizacion de los bienes, de suerte que tenia que contentarse la Santa Sede con una concesion, con la de que las do-

naciones constituirian una renta sobre el estado.

Ya era tiempo, decia por último el abate Bernier, de celebrar un tratado amistoso, pues el primer consul empezaba á impacientarse, creyendo que el papa no se atrevia á romper con el partido emigrado, para entregarse enteramente á la Francia, y acabaria por renunciar al bien que se habia propuesto realizar, dejando á los sacerdotes abandonados á sí mismos, y que la iglesia llegara á ser en Francia lo que pudiera, sin contar que en Italia observaria una conducta hostil á la corte de Roma. Según el abate Bernier, era haber perdido el discernimiento no aprovecharse de la buena disposición en que se hallaba un hombre tan grande, y á quien solo era dado salvar la religion; además de que tambien él tenia que luchar con graves dificultades, que venian de parte del bando revolucionario, y lejos de contrariarle en sus intentos, debian ayudarle á que venciese estas dificultades, concediéndole lo que necesitaba para atraerse los ánimos, poco dispuestos en Francia en favor del culto católico.

Monseñor Spina comenzaba á verse en una situacion embarazosa, pues era creyente y mas que erevente, codicioso, y al mismo tiempo que no cesaba de pedir dinero á su corte, su mas vivo deseo era hacerla tan rica y pródigo como en tiempos antiguos; pero se desanimaba al ver el poco éxito que tenian sus insinuaciones relativas á las provincias perdidas. Conocia que el primer consul, tan astuto como los sacerdotes italianos, no queria esplicarse con hombres que tampoco se esplicaban, y veia además á todas las cortes, por decirlo así, á sus pies; veia al negociador ruso,

Mr. de Kalitscheff, obligado á retirarse despues de haber querido proteger con tanta insolencia á los principes de Italia, á toda la Alemania dependiente de la Francia, á causa de la division hecha para la indemnizacion territorial, al Portugal sometido y hasta á la misma Inglaterra impelida á hacer la paz, por el cansancio de la lucha. En vista de semejante estado de cosas, estaba convencido de que no habia mas recurso que someterse, y esperar lo que deseaban únicamente de la voluntad del primer consul; pero, aunque dispuesto á ceder monseñor Spina, no se atrevia á adherirse á condiciones tan absolutas como las que el gabinete francés habia puesto, decidido á lo que parecia, á no separarse de ellas por ser conformes á lo que imperiosamente exigia la situacion de las cosas.

El primer consul, con el vigor que estaba acostumbrado á desplegar, sacó de apuros al negociador romano, pues precisamente en aquel momento caminaban á un tiempo todas las negociaciones de que mas arriba hemos hablado, y especialmente la entablada con Inglaterra, y pensando con cierto regocijo en el mágico efecto que produciria una paz general que comprendiese hasta á la misma iglesia, quiso acabar de una vez dando un paso pronto y decisivo. Mandó, pues, redactar un proyecto de concordato para presentar definitivamente á monseñor Spina, á dos eclesiásticos secularizados, Mr. de Talleyrand y Mr. de Hauterive, quienes se ocupaban en arreglar la negociacion; si bien era una fortuna que el que mas directamente se entendia con monseñor Spina fuese el hábil y ortodoxo Bernier. El

proyecto, escrito por Mr. Hanterive, y revisado por el abate Bernier, era tan sencillo y claro como terminante, y contenia, redactado en forma de ley, todo cuanto habia propuesto la legacion francesa, de suerte que cuando fué presentado á monseñor Spina, se inmutó, y aunque prometió enviarlo á su corte, declaró que no podia firmarlo. ¿Por qué, le dijeron, no quereis que lleve vuestra firma? ¿no teneis poder para ello? pero en tal caso ¿qué haceis en París despues de seis meses? ¿por qué afectais el papel de negociador, cuando no podeis continuar desempeñándolo el tiempo necesario, es decir, hasta la terminacion del negocio? ¿creeis que el proyecto no es admisible? En este caso manifestadlo francamente, y el gabinete francés, que no puede conceder otras condiciones, dejará de tratar con vos; rompa ó no con la Santa Sede, no se entenderá con monseñor Spina.

El astuto prelado no supo que responder; pero afirmó que estaba autorizado para tratar con el gabinete francés, y aunque no se atrevió á confesar que tenia por inadmisibles las proposiciones del primer consul, alegó que en materia de religion unicamente podia aceptar un tratado el papa, de acuerdo con los cardenales, por lo cual repitió la oferta que ya habia hecho de enviar á su santidad el proyecto del primer consul. Corriente, le dijeron, mas á lo menos manifestad al tiempo de enviarlo que lo aprobais. Monseñor Spina no accedió á lo que se le pedia, limitándose á contestar, que instaria al santo padre para que adoptase un tratado que tenia por objeto restablecer en Francia la fé católica.

Despachose un correo para Roma con el proyecto de concordato, y una orden en que se prevenia á Mr. de Cacault, embajador de Francia cerca de la Santa Sede, que lo sometiese á la aceptacion inmediata y definitiva del papa. El mismo correo llevaba un regalo que debia causar gran regocijo en Italia, la famosa virgen de madera de Nuestra Señora de Loreto que en tiempo del Directorio fué arrebatada de Loreto mismo, y colocada despues en la biblioteca nacional de París como objeto de curiosidad. El primer consul sabia que para muchos creyentes sinceros é irritables era motivo de escándalo el estar depositada en la biblioteca semejante reliquia, y por eso la devolvió á Roma al mismo tiempo que enviaba el proyecto de concordato.

Aquel regalo fué recibido en la Romania con un alborozo difícil de comprender en Francia, y el papa acogió el concordato mejor de lo que se esperaba, pues el digno pontífice, que mas se ocupaba en los intereses de la fé que en sus intereses temporales, nada vió en el proyecto que no fuera admisible, y creyó que haciendo algunas correcciones de redaccion contendria al primer consul, cosa importantísima para él, pues el restablecimiento de la religion en Francia era á sus ojos el asunto mas grave y esencial de la iglesia.

Nombró, pues, á los cardenales Cavaudini, Antonelli y Gerdil, hombres los dos primeros que pasaban por los personages mas instruidos de la iglesia, y francés, por decirlo así el tercero, pues era hijo de Saboya, para que examinasen el proyecto enviado de París, intimando á los tres que

se diesen prisa. Así que concluyeron su exámen, dieron cuenta de su proceder á una congregacion de doce cardenales, elegidos entre los que se hallaban en Roma, y mejor comprendian los intereses de la iglesia romana, no sin que antes se les exigiese juráran, poniendo la mano sobre los Evangelios, que guardarían secreto, pues temiendo el papa los manejos y gritos de los emigrados franceses, procuraba que la decision del sacro colegio estubiese al abrigo de cualquiera influencia de partido. Por su parte, pues, se hicieron los mayores esfuerzos para terminar pronto la transaccion, á lo cual contribuiría mucho sin duda el tener á su lado un ministro francés á quien apreciaba, pues Mr. de Cacault era un hombre de tanto valor como talento, que participaba de los recuerdos del siglo XVIII, y de los sentimientos que Roma inspira á cuantos viven en medio de su decaída grandeza y su pompa religiosa. Antes de dejar á París pidió instrucciones Mr. de Cacault al primer cónsul, y este le respondió con las siguientes sublimes palabras: — Tratad al papa como si tuviera doscientos mil soldados. — Mr. de Cacault queria bien á Pio VII, y al general Bonaparte, y todos sus conatos se dirigian á hacer que ambos se estimaran mutuamente, y para lograr su noble propósito decia frecuentemente al sumo pontífice: — Tened confianza en el primer cónsul, y ya vereis como arregla vuestros asuntos; mas para conseguirlo necesita que hagais lo que os pide. — Y al primer cónsul le decia: — Tened un poco de paciencia, que el papa es el mas amable y bendito de los hombres, y quiere daros gusto; pero necesita tomarse tiempo.

Es preciso que tanto él como los cardenales se vayan acostumbrando á las proposiciones absolutas que enviais aquí, pues Roma es mas creyente de lo que pensais; es preciso tratar á esta corte con dulzura, y si la cansamos con nuestra precipitacion y nuestros arrebatos, apelará al martirio, como el único recurso de su situacion. — Estos prudentes consejos calmaban la impetuosidad del primer cónsul, haciéndole llevar en paciencia el meticoloso examen de la corte de Roma.

En fin, terminado el trabajo, tuvieron el papa y el cardenal Consalvi varias conferencias con Mr. de Cacault, á quien comunicaron el proyecto romano, y como Mr. de Cacault viese que distaba mucho del proyecto francés, hizo reiterados esfuerzos para que lo modificasen. Entonces hubo que recurrir por segunda vez á la congregacion de los doce cardenales, en lo que se invirtió mucho tiempo, de modo que sin alcanzar notables resultados, Mr. de Cacault contribuyó á que se perdiera un mes, hasta que al fin se pusieron de acuerdo segun les fué dable, llegando á adoptar un proyecto que se diferenciaba del que habia formado el primer cónsul en lo siguiente:

Se declararia que la religion católica era la religion del estado en Francia; los cónsules la profesarian públicamente, y hecha la reduccion que queria el primer cónsul, serian sesenta las diócesis; el papa se dirigiria á los antiguos titulares exhortandolos á que renunciásen voluntariamente, para lo cual les recordaria la dimision que hicieron en 1790, y como era probable que muchos fuesen dóciles, habria suficientes sedes vacantes con las que resultasen y las que ya lo estaban por

muerte de algunos obispos, para que el gobierno nombrase á los que tuviera á bien: en cuanto á los que no quisieran hacer dimision, el papa tomara las medidas convenientes para que no siguieran administrando sus sedes.

El bondadoso pontifice decia al primer consul en una afectuosa carta que le dirigió: dispensadme el que no declare públicamente que destituiré á ancianos prelados que han sufrido crueles persecuciones por la causa de la iglesia, pues en primer lugar no está muy claro el derecho que para ello pueda asistirme, y en segundo me cuesta mucho tener que tratar así á unos ministros del altar que son desgraciados y gimen en el destierro. ¿Qué responderiais vos á los que os exigieran que sacrificaseis á los generales que están á vuestro lado, y con cuyo apoyo habeis alcanzado tantas victorias?.. El resultado que os habeis propuesto conseguir, será el mismo en el fondo, pues sea por muerte ó por dimision, la mayor parte de las sedes, vendrán á quedar vacantes, pudiendo proveerlas como gustéis, y en cuanto al corto número de las que sigan ocupadas, porque algunos no quieran hacer dimision, aunque no nombremos para ellas titulares, haremos sin embargo que las administren vicarios que merezcan vuestra confianza y la nuestra.

Acerca de los demas puntos, casi era igual el proyecto romano al francés, pues concedia al primer consul la facultad de nombrar, esceptuando el caso en que este fuera protestante, contenia la consagración de las ventas de los bienes nacionales, siempre insistiendo en pedir que pudiera recibir el clero donaciones en fincas, y otorgaba á

los sacerdotes casados, las indulgencias de la iglesia.

La dificultad mas grave, era sin disputa, el deponer á los antiguos obispos que no quisieran hacer dimision, sacrificio que costaba mucho al papa, pues equivalia á inmolar á los pies del primer consul, al antiguo clero francés. Sin embargo, era indispensable para que el primer consul pudiera suprimir á su vez el clero constitucional, y de todos ellos formar uno, compuesto de sacerdotes, sacados de todas las sectas y que se hubiesen dado á estimar. En todos los siglos ha habido ocasiones como la de que vamos tratando, en que para salvar á la iglesia, han tenido los papas que tomar grandes resoluciones; pero en el momento de decidirse á obrar, vacilaba el benévolo y timorato Pio VII.

Mientras que así invertian el tiempo en Roma, ya conferenciando unos con otros los cardenales, ya avistándose Mr. de Cacault con el secretario de estado, el primer consul perdió la paciencia temiendo que la corte de Roma estuviese intrigando con los emigrados ó con las cortes estrangeras, especialmente con el Austria. A su natural desconfianza, se unieron las sugestiones de los enemigos de la religion, quienes trataron de persuadirle que le estaban engañando, y que á pesar de toda su penetracion y habilidad, habia conseguido envolverle la astucia italiana. No se hallaba muy dispuesto á creer que hubiera quien fuese mas astuto que él; pero sin embargo, queriendo echar la sonda en un mar tan profundo, á lo que parecia, dió en Paris un paso amenazador, precisamente el mismo dia (13 de mayo) en que salia

de Roma un correo con los pliegos de la Santa Sede.

Mandó á llamar á la Malmaison al abate Bernier, monseñor Spina, y Mr. de Talleyrand, y les declaró que no le inspiraba confianza la corte de Roma, que se manifestaba eminentemente mas dispuesta á contemplar á los emigrados que á reconciliarse con la Francia, y á proteger mas el interés de partido que el de la religion, que no estaba conforme con que consultase á cortes enemigas, y acaso con los gefes de la emigracion, para saber si entraria ó no en tratos con la república francesa; que pudiendo como podia la iglesia recibir de el inmensos beneficios, debía aceptarlos ó rehusarlos sin dilacion, y no retardar el bien de los pueblos con dudas que á nada conducian, y consultas impertinentes: que supuesto que la Santa Sede no queria secundar sus miras, obraria por si; que no perseguiria á la iglesia, pero dejaria á los sacerdotes en el estado en que se hallaban, limitándose á castigar a los turbulentos, y dejando á los demás vivir como pudieran; y que se consideraria libre de todo compromiso, para con la corte romana, incluso los de que se hacia mencion en el tratado de Tolentino, puesto que este tratado desapareció de hecho el dia en que se declaró la guerra entre Pio VI, y el Directorio. Al pronunciar estas palabras, el tono del primer consul, era frio, positivo y aterrador, aunque dió á entender, como complemento á su declaracion, que seguia teniendo confianza en el santo padre, pero que imputaba la lentitud al cardenal Consalvi y á los que rodeaban al papa.

El primer consul logró su objeto, pues el

malaventurado Spina dejó el palacio de la Malmaison sumamente turbado, y se trasladó inmediatamente á Paris, escribiendo á su corte lo que habia, con palabras que revelaban el terror que le habia causado la declaracion del primer consul. Mr. de Talleyrand escribió por su parte á Mr. de Cacault un despacho conforme con la conferencia celebrada en el palacio de la Malmaison, mandandole que se avistase con el papa y el cardenal Consalvi, y les declarara que el primer consul tenia suma confianza en el carácter personal del santo padre, pero no así en su gobierno; que estaba dispuesto á interrumpir unas negociaciones en que no reinaba la mayor sinceridad, y que Mr. de Cacault, tenia orden de dejar á Roma en el término de cinco dias, sino se adoptaba inmediatamente el proyecto de concordato, ó se adoptaba solo con algunas modificaciones. En efecto, Mr. de Cacault tenia orden de retirarse en este plazo á Florencia y esperar allí la resolucion del primer consul.

Este pliego llegó á Roma á últimos de mayo, y causó mucho pesar á Mr. de Cacault, porque temia que las órdenes de que era portador, impeliesen á la corte romana á tomar una determinacion desesperada, y sentia sobre todo, tener que aligir á un pontífice á quien profesaba verdadero cariño. Sin embargo, como las órdenes del primer consul eran tan terminantes que no habia medio de eludir su cumplimiento, Mr. de Cacault fué á ver al papa y al cardenal Consalvi, y les enseñó las instrucciones de que iba provisto, las cuales causaron á ambos profundo dolor, especialmente al cardenal Consalvi, que se llenó

de terror al verse designado claramente en los despachos del primer consul como el autor de los interminables trámites de aquella negociacion. Sin embargo, no era tan culpable como parecia, pues las añejas formas de aquella cancelleria, la mas antigua del mundo, eran la única causa de la tardanza de que se quejaba el primer consul, á lo menos desde que el negocio habia pasado á Roma. Mr. de Cacault propuso al papa y al cardenal Consalvi una idea que al pronto los sorprendió no poco; pero despues les pareció que era el único camino de salvación que les quedaba.—Puesto que no quereis, les dijo, admitir el concordato remitido de Paris conforme está redactado, ¿por qué no marcha á Francia el cardenal mismo, autorizado por vos para negociar? Con eso se dará á conocer del primer consul, á quien inspirará confianza, y logrará se varien los términos en que está estendido el concordato, salvando con su presencia cualquiera dificultad que se suscite, y evitando se pierda un tiempo precioso, que es lo que mas exalta el carácter impaciente del jefe de nuestro gobierno. De este modo saldreis de un gran peligro, y se salvarán los intereses de la religion.—El papa sentia mucho separarse de un ministro sin el cual no acertaba á hacer nada, y que era el único que le daba fuerza para sufrir los trabajos inherentes á la soberanía. Sumergido en una horrible incertidumbre, consideraba no obstante, acertada y prudente la idea de Mr. Cacault, pero muy cruel la separacion que se le proponia.

La faccion compuesta, no solo de emigrados, sino de todos los europeos que aborrecian á la

revolucion francesa, esa faccion implacable cuyo deseo hubiera sido que estuyese eternamente en guerra nuestro país, que vió con sentimiento la terminacion de la guerra civil en la Vendée, y que veia con no menos sentimiento que el cisma tocaba ya á su fin, inundaba á Roma de cartas, y cubria las esquinas de las calles con pasquines, en uno de los cuales se decia, que por salvar la fé habia perdido Pio VI la Santa Sede, y que por salvar la Santa Sede iba á perder la fé Pio VII (1). Las invectivas que le dirigian, no hacian vacilar á aquel sensible pontífice, pero severo en el cumplimiento de sus deberes, en su resolucion de salvar á la iglesia, á pesar de todos los partidos, y del partido de la iglesia misma; pero el cardenal Consalvi era confidente y amigo suyo, y sentia amargamente tener que separarse de él. El cardenal por su parte temia ir á Paris, á ese golfo revolucionario que segun se decia habia devorado á tantas victimas, y temblaba al pensar que iba á verse en presencia del temible general, objeto á un mismo tiempo de admiracion y de temor, y que monseñor Spina le pintaba particularmente irritado contra el secretario de estado. Aquellos desventurados sacerdotes, tenian mil ideas equivocadas acerca de Francia y del gobierno que se hallaba á su frente, y aunque era fama que el país habia mejorado mucho, se estremecian solo al pensar que

(1)

Pio VI per conservar la fede,
perde la sede.

Pio VII per conservar la sede,
perde la fede.

podian verse un momento entre sus manos. El cardenal se decidió al fin, pero como se decide una persona á arrostrar la muerte.—Puesto que se necesita una victima, dijo, voy á sacrificarme, entregándome en manos de la Providencia.—Y aun fué tan imprudente que escribió á Nápoles cartas conformes con estas palabras, y que fuesen á parar á manos de nuestro ministro en dicha ciudad, quien las envió al primer consul; pero afortunadamente las juzgó mas bien como risibles que irritantes.

El viage á Paris del secretario de estado estaba lejos de obviar todas las dificultades, y evitar todos los riesgos, pues la marcha de Mr. Cacaull y su retirada á Florencia, donde residia el cuartel general del ejército francés, iban quizá á producir malos resultados á los gobiernos de Roma y Nápoles. Ambos se hallaban amenazados de continuo por las pasiones comprimidas y cada vez mas vehementes de los patriotas italianos: los hombres que no querian ser gobernados por sacerdotes, que eran en gran número en el estado romano, odiaban al gobierno del papa, y el de Nápoles era aborrecido y con razon por la sangre que habia derramado. Podian pues, creer los hombres poco sesudos de Italia, que la marcha de Mr. de Cacaull, era una especie de permiso para que hiciesen una tentativa arriesgada, y á fin de evitar cualquiera interpretacion torcida, convinieron de mútuo acuerdo en que Mr. de Cacaull y el cardenal Consalvi partirian juntos, yendo en compañía hasta Florencia, quedándose en Roma el secretario de la Legacion.

Pusieronse pues, en marcha el 6 de junio,

(17 de pradial), y se encaminaron hácia Florencia en un mismo carruage, siendo tal el deseo que tenia el cardenal de que se supiese que no habia habido rompimiento entre Francia y Roma, que en todas partes presentaba al pueblo á Mr. de Cacaull, diciendo: «hé aquí el ministro de Francia.» Aquel viage conmovió los ánimos en Italia; pero, sin embargo, no produjo por el momento consecuencias funestas, porque los revolucionarios esperaban para obrar que el gobierno francés manifestase mas á las claras su modo de pensar.

El cardenal Consalvi se separó de Mr. de Cacaull en Florencia, y se encaminó temblando hácia Paris (1).

(1)

FLORENCIA 19 DE PRADIAL, AÑO IX.

Francisco Cacaull, ministro plenipotenciario de la república francesa en Roma, al ciudadano ministro de relaciones exteriores.

CIUDADANO MINISTRO:

No llegado á Florencia con el cardenal secretario de estado, quien fué por mí á la casa donde estaba aposentado, habiendo viajado juntos en un mismo carruage, y los criados míos y del cardenal en otro, pagando nuestros gastos el correo respectivo de cada uno.

La gente nos miraba á nuestro paso como atontada, y temiendo el cardenal no se imaginasen que me retiraba de resultas de un rompimiento entre ambas cortes, decia á todo el mundo: *hé aquí el ministro de Francia.* Este pais, agobiado con los males de la anterior guerra, se estremce cuando oye hablar de movimientos de tropas, y el gobierno romano teme aun mas á sus propios súbditos descontentos, sobre todo á los

Entretanto el primer consul, que habia recibido el proyecto enmendado, conociendo que las diferencias consistian mas bien en la forma que en el fondo, se habia ido calmando. Asi es que cuando supo que se dirigia á Paris el cardenal Consalvi en persona, para acabar de poner de acuerdo á la Santa Sede con el gabinete francés, se manifestó sumamente contento, y viendo que su ida era muy á propósito para zanjar todas las dificultades, además de que redundaba en lustre de su gobierno, se preparó á recibir dignamente al primer ministro de la corte romana.

El cardenal Consalvi llegó á Paris el 20 de junio (1.º de mesidor) saliendo á recibirle el aba-

que se acostumbraron en tiempo de la especie de revolución por que han pasado á mandar y robar, de suerte que hemos evitado que se realicen esperanzas que rayan en temeridad, al mismo tiempo que disipado mortales terrores, y creo no se turbará la tranquilidad en Roma.

El día 18 trató el general Murat amistosa y públicamente al cardenal, haciendo que le diesen alojamiento, y enviándole una guardia de honor; conmigo quiso hacer lo mismo; pero nada he aceptado, y páro en la fonda.

Esta mañana salió el cardenal para Paris, á donde debe llegar poco despues que este pliego, pues viaja rápidamente: el infeliz conoce que si no logra complacer al primer consul, se pierde sin remedio, perdiendo á Roma, y desea saber la suerte que le está destinada, pues le he persuadido que el medio de salvarlo todo era darse prisa, porque el primer consul tiene motivos y muy graves para concluir de una vez y ejecutar pronto.

En Roma traté de que el papa firmase el concordato, y si me hubiera concedido este punto no habria salido de la ciudad santa; pero no conseguí realizar mi idea.

Ya se os alcanzará que el cardenal no va á Paris para firmar lo que el papa no ha querido firmar en Roma; pero siendo

te Bernier y monseñor Spina, quienes le tranquilizaron, manifestándole las buenas disposiciones que abrigaba el primer consul. Asi que convinieron en el traje con que se presentaria en la Malmaison, se trasladó á ella muy conmovido al pensar que iba á ver al general Bonaparte, quien para no aumentar la turbacion del cardenal, desplegó en su lenguaje todo el artificio de que la naturaleza le habia dotado, á fin de interesar su ánimo, mostrarle con franqueza las benévolas intenciones que tenia acerca de la iglesia, darle á conocer las graves dificultades que era preciso vencer para restablecer el culto en Francia, y lograr sobre todo persuadirle que interesaba mu-

como es primer ministro de su santidad y favorito suyo, va á ponerse en comunicacion directa con vos, nada menos que el alma del papa, por lo cual creo que habrá avenencia acerca de las modificaciones, sobre todo tratándose como se trata de frases y palabras, á las cuales puede darse tantos giros, que al fin se encuentre uno bueno.

El cardenal llevó para el primer consul una carta confidencial del papa, y va animado del vivísimo deseo de terminar el negocio; por lo demás, es hombre de ingenio muy despejado; nada hay en su persona que imponga respeto, conociéndose á primera vista que no es la grandeza para él; aunque es algo abundante de palabras, no seduce el blando, pero tiene un carácter dulce, y como le animen en tratándole con dulzura y confianza, se franqueará sin rebozo.

He escrito á Luciano Bonaparte, embajador en Madrid, manifestándole en que consiste el viage del cardenal Consalvi á Paris, y por qué he venido á Florencia; tambien he dicho á los ministros del emperador y del rey de España que no hay que temer nada de la guerra entre nuestro gobierno y la corte pontificia.

Os saluda respetuosamente

CACAULT.

Biblioteca popular

T. III. 884

cho mas tratar con miramiento á los franceses, que no contemplar á sacerdotes resentidos, á emigrados y á príncipes que no solo habian perdido sus rentas y dignidades, sino que la Europa los habia abandonado condenándolos al desprecio. Por último, declaró al cardenal Consalvi que estaba pronto á transigir sobre ciertos detalles de redacción que tenian ofuscada á la corte de Roma, siempre que en el fondo le concedieran lo que él miraba como indispensable; á saber, la creación de un establecimiento eclesiástico enteramente nuevo, que fuese obra suya, y reuniera en su seno á todos los sacerdotes prudentes y respetables de todos los partidos.

El cardenal salió completamente tranquilo de aquella entrevista con el primer consul, y mientras permaneció en París, se presentó muy poco en público; observó una conducta circunspecta, tan distante de una severidad desmedida, como de esa facilidad italiana que tanto se critica á los sacerdotes romanos, y solo aceptó los convites que le dieron los ministros y cónsules. Lo que hizo fué dedicarse con el abate Bernier á resolver las últimas dificultades de la negociacion, para cuyo complemento habia que salvar dos obstáculos; uno de ellos relativo al titulo de *religion de estado*, que se deseaba obtener para la religion católica, y el otro á la deposición de los antiguos titulares. El cardenal Consalvi queria que para justificar á los ojos de la cristiandad las grandes concesiones que la corte de Roma iba á hacer al primer consul, pudiera alegarse una declaracion solemne de la república francesa en favor de la iglesia católica; que á lo menos se declarase la

religion católica *religion dominante* en Francia, que se abolieran las leyes contrarias á la misma, y que el primer consul se comprometiese á profesarla públicamente, pues su ejemplo haria gran efecto en el ánimo de los pueblos.

El abate Bernier repitió, que proclamar una *religion de estado* ó una *religion dominante* era alarmar los demas cultos, despertar el temor de que volviese á reinar una religion opresiva, intolerante y que todo lo invadiese, y que era imposible otra cosa que no fuese declarar un hecho, á saber, que la mayoría de los franceses era católica. Añadió que para abolir las leyes anteriores era preciso hacerlo de acuerdo con el poder legislativo, lo cual causaria al gabinete francés dificultades inmensas; que el gobierno como tal gobierno no podia profesar una religion, y que aunque los cónsules podian profesarla particularmente, este hecho, individual y privado en cierto modo, no debia figurar en un tratado. En cuanto á la conducta personal del primer consul, dijo en voz baja el abate Bernier que concurriria á un *Te Deum* ó una misa; pero que no habia que esperar se entregase á las demas prácticas de la religion, pues habia cosas que no debia exigir el cardenal porque producirian un efecto mas sensible que provechoso.

Al fin convinieron en un preámbulo que enlazándose con el artículo 1.º puede decirse que satisfacia las miras de ambas legaciones.

Reconociendo el gobierno, decíase, que la religion católica es la religion de la gran mayoría de los franceses.....

Conociendo por su parte el papa que dicha reli-

gion habia reportado y esperaba reportar un gran beneficio del restablecimiento del culto católico en Francia, y de la profesion particular que de él harian los consules de la República, etc.....

Por este doble motivo, animadas las dos autoridades por el bien de la religion y el mantenimiento de la tranquilidad interior, determinaron en el artículo 1.º que se ejerceria en Francia la religion católica, siendo público su culto con sujecion á los reglamentos de policía que se creyese necesario formar para mantener la tranquilidad, y en el segundo que habria nuevas diócesis, etc.

Este preambulo estaba conforme con la intencion de todas las partes contratantes, puesto que proclamaba abiertamente el restablecimiento del culto, decia que se profesase en Francia con la misma publicidad que antes de la revolucion, daba el carácter de un hecho particular al culto profesado por los consules, y ponía esta alegacion en boca del papa, y no del gefe de la República. Vencidas afortunadamente las primeras dificultades, se presentaba en seguida la divergencia relativa á la deposicion de los antiguos titulares, pues aun cuando habia conformidad de pareceres en el fondo, pedía el cardenal Consalvi se evitase al papa el dolor de pronunciar en un documento público la deposicion de los antiguos obispos franceses, prometiéndole que los que se negaran á hacer division, no serian considerados como titulares, y que el papa consentiria en nombrar quien ocupase sus sedes, pero deseaba que esto no constase formalmente en el concordato. El primer consul se mostró inflexible acerca de este punto, y salvó los términos en que debía redac-

tarse; exigió se dijera de un modo positivo que el papa se dirigiria á los antiguos titulares, pidiéndoles hiciesen renuncia de sus sedes, esperando que así lo harian por amor á la religion, y que si se negaban, se proveerian con nuevos titulares los obispados que iban á quedar existentes conforme al nuevo arreglo. Estas eran las espresiones que contenia el tratado.

Acerca de las demas condiciones no habia disputa: el primer consul debia nombrar los obispos y el papa instituirlos; pero sin embargo, el cardenal Consalvi reclamó una escepcion que el primer consul concedió al instante, la de que en caso de que el primer consul fuese protestante, se celebrara otro convenio para arreglar el modo de hacer los nombramientos. Se estipuló que los obispos nombrasen los curas, eligiéndolos entre los sacerdotes que fuesen del agrado del gobierno, y la cuestion del juramento se resolvió, adoptando para y sencillamente, el que los obispos prestaban antiguamente á los reyes de Francia. La Santa Sede reclamó con razon, y se le concedió sin dificultad, la autorizacion para establecer seminarios destinados á reclutar sacerdotes; pero sin obligacion de dotarlos por parte del estado. Formalizado el compromiso de no turbar á los compradores de bienes nacionales en la posesion que habian adquirido, se reconoció espresamente la validez de las ventas, diciéndose que el gobierno tomara medidas oportunas para abonar al clero un sueldo decente, y devolverle los antiguos edificios del culto y todos los presbiterios aun no enagenados. Conviniéron tambien en que se concederia á los fieles permiso para hacer do-

naciones religiosas, pero que el estado arreglaría la forma en que debían hacerse, forma que ya habían adoptado de comun acuerdo y en secreto: consistía en rentas sobre el gran libro, en vista de que el primer consul no quería absolutamente restablecer los bienes de manos muertas; pero aquella disposición debía ser objeto de reglamentos ulteriores acerca del buen orden en la celebración de los cultos, reglamentos que solo podía formar el gobierno.

En cuanto á los sacerdotes casados, el cardenal dió palabra de que inmediatamente se publicaría un breve de indulgencia; pero pidió que semejante acto de caridad religiosa, que emanaba de la clemencia del santo padre, conservase su carácter libre y espontáneo, y no pasase por una condicion impuesta á la Santa Sede, á lo cual se accedió sin dificultad alguna.

Al fin llegaron á ponerse de acuerdo el gobierno francés y la curia romana acerca de todos los puntos, y con arreglo á bases equitativas que garantían al mismo tiempo que la independencia de la iglesia francesa, su completa union con la Santa Sede. Nunca se había celebrado con Roma un convenio ni mas liberal ni mas ortodoxo, pues es preciso reconocamos que aunque justificada por las circunstancias, era muy grave la resolución que arrancamos al papa de deponer á los antiguos titulares que no quisieran hacer dimision, por manera que era preciso darse por satisfecho y acabar de una vez.

Sin embargo, había en derredor del primer consul muchas personas que se afanaban por impedir consintiese definitivamente en la celebra-

ción del concordato: los hombres que le trataban con alguna intimidad, y tenían el privilegio de darle consejos, combatían su determinacion, y el partido del clero constitucional se movía en todos sentidos por temor de que no fuese á sacrificarle al clero *no juramentado*. Ya había conseguido le permitieran reunirse entre sí y formar en París una especie de concilio nacional, siendo el objeto que el primer consul se propuso al conceder la autorizacion, estimular el celo de la Santa Sede, y darle á conocer lo peligroso que era retardar la celebración del convenio. En aquella reunion se habló mucho y con poco comedimiento acerca de las costumbres de la iglesia primitiva que los autores de la santa constitucion civil habían querido introducir en la iglesia francesa, diciéndose que las tareas que consigo lleva el episcopado debían conferirse por eleccion, y que aun cuando esto no sucediera completamente, era preciso á lo menos que el primer consul eligiera los sugetos en una lista que le presentarian los fieles de cada diócesis; que los metropolitanos, es decir, los arzobispos, debían confirmar el nombramiento de obispos, y el papa únicamente el de aquellos; pero que no podía dejarse al arbitrio de la Santa Sede la institucion papal, sino obligarla á que la concediese dentro de un término dado, que era lo mismo que destruir completamente los derechos de la corte de Roma. Sin embargo, no todo lo que se dijo en aquella especie de concilio carecía de razon en cuanto á la práctica, pues manifestaron algunos ideas muy sanas acerca de la reduccion de diócesis, la circulacion de las bulas, y lo necesario que era no permitir se publicase ninguna

sin permiso especial de la autoridad civil, conviniendo por último, en que todas estas observaciones fuesen presentadas al primer consul en forma de votos para ilustrar la materia que estaba ventilando. Lo que mas y con mayor gusto se repitió en aquella asamblea, fué que mientras duró el terror prestó el clero constitucional servicios de importancia á la religion proscrita, que no huyó ni abandonó las iglesias, y no era justo fuesen á sacrificarlo por favorecer á los que durante la persecucion tomaron por pretesto la ortodoxia para librarse de los riesgos que corrió el sacerdocio. Todo esto era exacto, sobre todo con respecto á los simples sacerdotes, la mayor parte de los cuales demostró efectivamente las virtuosas cualidades que les atribuian los del concilio; pero lo que es los obispos constitucionales, sin embargo de que algunos eran dignos de respeto, eran hombres avezados á las disputas, verdaderos sectarios á quienes impulsó la ambicion ó el orgullo de entrar en controversias teológicas, y que no merecian compararse con sus subordinados, tan sencillos como modestos. El abate Gregorio, que era el mas revoltoso entre los constitucionales, era un gefe de secta, de costumbres puras; pero de escaso entendimiento y excesiva vanidad, teniendo en su conducta política una mancha difícil de borrar, pues sin haberse espuesto á las violencias ni á las medidas de terror que arrancaron de la Convencion un voto de muerte contra el desgraciado Luis XVI, hallándose como se hallaba ausente el abate Gregorio, y en libertad de callar, escribió á aquella asamblea una carta que respiraba sentimientos muy poco conformes con lo que

dictan la humanidad y la religion. Como no le convenia en manera alguna el cambio que se notaba en las ideas, luchaba aunque inútilmente contra las tendencias del gobierno consular, teniendo muy buen cuidado de entablar relaciones con la familia de Bonaparte, por cuyo conducto dirigia al gefe del gabinete multitud de objeciones contra la resolucion que iba á adoptarse. El primer consul dejaba á los constitucionales en libertad de que hiciesen y dijeran lo que tuviesen á bien, dispuesto siempre á contenerlos si querian dar un escándalo; pero no le pesaba que incomodasen con su presencia á la Santa Sede, sirviendo como de estímulo á su lentitud. Aunque le gustaban poco los individuos de aquel clero, al ver que por lo general eran teólogos quimeristas, queria defender sus derechos, y presentar al papa para obispos á los que se hubiesen dado á conocer por su pureza de costumbres y su espíritu de sumision, sin que se necesitase mas para el mayor número de ellos, pues lejos de causarles repugnancia su incorporacion con la Santa Sede, la deseaban como el medio mas seguro y honroso que tenian de salir de una vida agitada, y del estado de degradacion en que habian caído para con los fieles, como que la mayor parte se oponia al arreglo con Roma por temor de que lo sacrificasen en masa en provecho de los antiguos titulares.

Aun tenia que luchar el primer consul con una oposicion mas temible, que salia nada menos que del ministerio, pues ofendido Mr. de Talleyrand al ver que la corte de Roma se mostraba menos dócil é indulgente de lo que en un principio creyó, la trataba con frialdad, y aun contrarió visible-

mente la negociacion que empezó de muy buena gana, cuando solo vió en ella, una paz mas que habia que celebrar. Ya hemos dicho que se marchó á tomar baños dejando al primer consul un proyecto enteramente redactado, absoluto en la forma, ofensivo, y que la corte de Roma no quiso admitir bajo ningun concepto. Mr. de Hauterive se encargó de continuar su papel, y siendo como era poco amigo de complacer á la Santa Sede por que hallándose ya en la mitad de su carrera eclesiástica, habia abandonado las órdenes en la época de la revolución, opuso mil dificultades de redaccion al proyecto concertado entre el abate Bernier y el cardenal Consalvi. Segun él, debia indicarse de un modo mas espreso y terminante la destitucion de los antiguos titulares, decir que las mandas piadosas solo podrian consistir en rentas, y especificar en fin, un artículo formal la rehabilitacion católica de los sacerdotes casados etc., lo cual era reproducir las mismas dificultades contra las que habia estado á punto de estrellarse la negociacion, y aun en el mismo dia en que debia firmarse el convenio envió al primer consul una memoria apremiante sobre aquellos diferentes puntos.

Terminados todos los debates se reunieron todos los cónsules y ministros para discurrir y resolver definitivamente la cuestion. En aquella junta hubo quien repitió las objeciones de que ya hemos hablado, ponderando el inconveniente que iba á resultar de oponerse á los deseos del pueblo francés, aumentar el presupuesto con nuevas cargas y poner en peligro los bienes nacionales, despertando en el animo del antiguo clero restableci-

do ya en su empleo, mas esperanzas de las que se hallaba dispueslo el gabinete á satisfacer. Hablóse tambien de un proyecto de simple tolerancia reducido únicamente á devolver los edificios religiosos, lo mismo á los sacerdotes *no juramentados* que á los que prestaron juramento, y á presenciar impasibles sus reyertas sin perjuicio de intervenir si llegaba á turbarse el orden material.

El consul Cambaceres que era sumamente partidario del concordato, se espresó con calor acerca de este asunto, y contestó victoriosamente á todas las objeciones, sosteniendo que el peligro de oponerse á los deseos del pueblo francés solo podia venir de algunos mal contentos, pero que las masas acogerian con gusto el restablecimiento del culto, porque moralmente necesitaban ya entregarse á él; que tratándose de una materia de tanta importancia, debia despreciarse la consideracion de los gastos que iba á producir, y que los bienes nacionales adquirian por el contrario mas validez que nunca con la consagracion de las ventas obtenida de la Santa Sede. Al llegar á este punto Mr. Cambaceres fué interrumpido por el primer consul que siempre inflexible cuando se trataba de los bienes nacionales, declaró que hacia el concordato precisamente á causa y por el interés de los compradores de esos bienes, y que combatiría con todo su poder las pretensiones de los sacerdotes que por necesidad ó malevolencia tratasen de abusar de la importante medida que iba á tomarse. Anudando su discurso el consul Cambaceres, demostró que era tan ridiculo como difícil de realizar ese proyecto de indiferencia entre partidos religiosos que disputarian entre si la con-

fianza de los fieles, los edificios del culto, y los dones voluntarios de la religión pública; que proporcionarían al gobierno las molestias de una intervención activa sin ninguna de sus ventajas, y concluirían tal vez en reunir todas las sectas en una sola iglesia enemiga, independiente del estado y dependiente de una autoridad extraña.

El consul Lebrun habló en igual sentido, y por último, el primer consul expresó en pocas palabras y de un modo claro, terminante y perentorio su modo de pensar, diciendo que conocía las dificultades y peligros de su empresa, pero que sus miras eran muy altas para que fuese á pararse en algunas dificultades momentáneas, y que estaba decidido á llevar á cabo la celebracion del Concordato. Esto alejaba toda duda, de suerte que no habia mas remedio sino obedecer sin perjuicio de desaprobación y aun crítica su decision cuando no estuviese presente: sometiéronse, pues, y se mandó fuese firmado el concordato en los términos en que habia sido redactado definitivamente por el abate Bernier y el cardenal Consalvi.

Siguiendo el primer consul la costumbre que tenia de reservar para su hermano mayor la conclusion de todos los actos importantes, designó como plenipotenciario á José Bonaparte, el consejero de estado Eretet y el abate Bernier merecedor de tanta honra por el trabajo que se habia tomado, y la habilidad que desplegó en el curso de aquella larga y memorable negociacion. Los plenipotenciarios del papa, fueron el cardenal Consalvi, monseñor Spina y el padre Caselli sabio italiano que pertenecía á la legacion romana, donde servia de mucho, gracias á sus grandes co-

nocimientos teológicos. Reunidos *proforma* en casa de José Bonaparte, volvieron á leer las actas, hicieron las variaciones de estilo que habian ido dejando para el último momento, y el 15 de julio de 1801 (26 de messidor), firmaron el convenio mas importante que la corte de Roma ha celebrado con Francia y quizá con ninguna potencia cristiana, pues ponía término á una de las tormentas mas espantosas porque ha tenido que pasar la religion católica, y cortaba en Francia un cisma deplorable colocándolo á la iglesia y la nacion en un estado de union ó independencia convenientes para ambos paises.

Firmado el tratado, que despuetomó el título de concordato, quedaba aun mucho por hacer, pues era preciso que el santo padre lo ratificase, alcanzar las bulas que debian ser publicadas al mismo tiempo que él, como igualmente los breves dirigidos á todos los antiguos titulares para que hiciesen dimision voluntariamente; trazar en seguida las nuevas diócesis, y elegir los sesenta nuevos prelados, para todo lo cual era preciso caminar de acuerdo con Roma. En una palabra, esta era una negociacion no interrumpida hasta el día en que al fin pudiera cantarse un *Te Deum* en Nuestra Señora en celebracion del restablecimiento del culto. El primer consul hubiera querido que todo esto se hiciese á la mayor brevedad para celebrar á un mismo tiempo la paz con las potencias europeas y la que acababa de hacerse con la iglesia; pero no era fácil realizar su deseo: sin embargo, diéronse toda la prisa posible para arreglar todos estos detalles á fin de retardar cuanto menos se pudiera el gran acto de la restauracion religiosa.

El primer consul no publicó por entonces el tratado porque para ello necesitaba las ratificaciones, pero dió cuenta de él al Consejo de estado en la sesión de 6 de agosto (18 de termidor) contentándose con dar un análisis sustancial y enumerando los motivos que había tenido el gobierno para celebrarlo. Los que le oyeron aquel día se quedaron sorprendidos al ver el lenguaje terminante, vigoroso, y elevado de que se valió; lenguaje digno del magistrado que mandaba el imperio, mas sin embargo, de aquella elocuencia sencilla y robusta á que Ciceron llamaba hablando de César *vim Caesaris*, no consiguió el primer consul que acogiesen favorablemente su obra (1). Quedáronse mustios y cabizbajos como si pereciendo el cisma pareciese tambien una de las obras mas apreciabiles de la revolucion, y no teniendo que discutir acerca de la conveniencia ó no conveniencia del contrato ni que votarle, puesto que todavia no se hallaba sometido á las deliberaciones del Consejo de estado, nada turbó el silencio de aquella escena. Callaron todos sus individuos, y se separaron sin pronunciar una

(1) Carta de monseñor Spina al cardenal Consalvi, secretario de Estado.

PARIS 8 de agosto.

Giovedì escorso il Primo Console essendo al consiglio di stato, instruito che in Parigi si parla della convenzione da esso fatta con sua santità, e che ognuno ignorandone il preciso ne parla e fa dei commenti á seconda della propria immaginazione, prese da ciò ragione di comunicarne al Consiglio medesimo l'intero tenore. So che parlò un ora e mezza, dimostrandone la necessità et l'utilità, e mi rieu riferito che parlasse eccellente-

palabra, sin espresar siquiera con alguna esclamacion si aprobaban ó no lo hecho; pero el primer consul habia manifestado que tal era su voluntad y esto bastaba para contar con el apoyo de los que aunque guardaban silencio no querian disgustarle, y de los que respetando su genio y conociendo los bienes inmensos que derramaba sobre la Francia, estaban decididos á dispensarle hasta las faltas.

Pensando el primer consul que habia estimulado bastante á la corte de Roma, creyó que ya era tiempo de que cesase el concilio de los constitucionales, y en su consecuencia mandó que se separasen. Como ninguno de ellos se atrevia á ofender á la autoridad que iba á distribuir sesenta sedes, á las cuales daba nuevo realce la institucion pontificia, obedecieron el mandato del primer consul; pero al tiempo de separarse le presentaron un acta decorosa en la forma, que contenia sus miras tocante al nuevo establecimiento religioso y las proposiciones de que ya hemos hecho mencion.

El cardenal Consalvi salio de Paris con direc-

mente. Siccome non richiese qual fosse il parere del suo Consiglio, ognuno si tacque. Non ho ancora potecto sapere quale impressione facesse nell' animo dei consiglieri in generale. Y buoni ne godettero, ma il numero di questi è ben ristretto. Procurerò d' indagare qual sia l'impressione fatta in quelli che vono di diversa opinione. Pare che il Primo Console andar voglia preparando gli spiriti di quelli che sono nemize di questa operazione á non contrariarla, mà nulla otterrà fino á che non prenda qualche misura piu energica contro i costituzionali, è fino á che lascia il culto cattolico esposto alla sferza del ministro della pulizia.

ción á Roma, debiendo llevarse consigo á Mr. de Caccult, por cuyo regreso, así como por el de su ministro, hacia votos fervientes el papa, pues reinaba gran fermentacion en la Italia Baja. Los patriotas italianos de Nápoles y del Estado romano aguardaban impacientes se presentase una ocasion de promover un trastorno, y los bandidos del antiguo partido de Ruffo, los sicarios de la reina de Nápoles, esperaban tener un pretexto para arrojarse sobre los franceses, pues aunque se hallaban animados de muy diversa intencion aquellos hombres, estaban prontos á unir sus esfuerzos para introducir en todas partes la confusion y el desorden. La noticia del ajuste celebrado entre los gobiernos de Francia y Roma, y la certeza que tenian de que el general Murat, quien se hallaba en las inmediaciones á la cabeza de un ejército, intervendria á favor del papa, contuvieron los ánimos, evitando sus proyectos siniestros; pero sin embargo de esto, el sumo pontifice se alegró infinito de que regresasen á Roma el cardenal Consalvi y el ministro de Francia. Sin pérdida de momento convocó la congregacion de cardenales, á fin de que examinaran la nueva obra, y mandó preparar bulas, breves y cuanto era consecuencia necesaria del concordato. Aquel digno pontifice estaba sumamente contento, pero no tranquilo, pues aún cuando abrigaba la convicción de que había hecho bien, y que solo inmolaba en beneficio de la iglesia intereses de faccion, había estallado en Roma la amarga censura del partido del trono y el altar, y aunque el santo padre había separado de su lado á los hombres de mala intencion, llegaban á sus oídos sus

palabras, conmoviéndole en gran manera. Viendo el cardenal Maury con la superioridad propia de su talento, que la causa de la emigracion era perdida, y pensando quizá con secreta satisfaccion que iba á llegar el momento en que todos los hombres que gemian fuera de su pais, volveran á Francia, se mantuvo alejado de las intrigas en su obispado de Montefiascone, ocupándose únicamente en reunir una biblioteca que era el encanto de su retiro; bien es verdad que deseando el papa no dar al primer consul el menor asomo de queja, había manifestado á este cardenal lo conveniente que era en aquellos momentos para el gobierno pontificio su retiro en Montefiascone.

El papa, pues, estaba satisfecho, pero lleno de inquietud (1) y activaba, cuanto podía la con-

(1) Carta de Mr. de Caccult, ministro plenipotenciario de la república francesa en Roma, al ministro de relaciones exteriores.

ROMA 8 de agosto de 1801 (20 de thermidor, año IX.)

CIUDADANO MINISTRO:

Para daros cuenta del estado en que se halla el negocio de la ratificacion del papa, nada mejor que pasar á vuestras manos original la carta que acabo de recibir del cardenal Consalvi, quien se halla enfermo, habiendo tenido su santidad que trabajar hoy en casa de su ministro de estado.

El Sacro colegio en masa debe concurrir á la ratificacion, de suerte que todos los doctores principales están ocupados; en cuanto al santo padre, podemos compararle, al verle tan conmovido y desasosegado, á una novia que ni aun siquiera se atreve á alegrarse abiertamente de la boda que va á hacer. No hay ejemplo

Biblioteca popular.

T. III. 885

clusión de la obra tan felizmente empezada, y como la congregacion de cardenales acogia favorablemente el concordato en los términos que despues habia sido redactado, lo aprobó sin dificultad. Viendo el papa que en adelante tenia que echarse en brazos del primer consul, y llevar á cabo con ostentación una empresa que tenia por objeto restablecer el culto católico en Francia, quiso que la ceremonia de la ratificación se hiciese con toda solemnidad, y en su consecuencia

de que la corte pontificia haya manifestado nunca ni mas circunspeccion, ni mas formalidad, ni mas sigilo como los que ahora desplega acerca de una novedad que está á punto de descubrirse; y eso que la Francia, que es de quien se trata, y en cuyo favor se trabaja tanto, no intriga, no promete, no da, no brilla, en fin, como en otros tiempos, en la ciudad santa. El primer consul tendrá bien pronto el gusto de ver realizadas sus miras sobre caminar de acuerdo con la Santa Sede, resultado que habremos conseguido por un camino nuevo, sencillo y respetable.

Puede decirse que todo esto es obra de un héroe y un santo, pues el papa es un hombre religioso en toda la estension de la palabra.

Por cierto que varias veces me ha dicho: «podéis estar seguro de que si en vez de ser Francia como lo es una potencia que ejere gran influjo en toda Europa fuese una nación débil y abatida, me portaria con ella lo mismo que me estoy portando en el día».

Creo que no habria sucedido muchas veces alcanzar resultados de tanta magnitud, como que de ellos depende en mucha parte la tranquilidad de Francia y la dicha de Europa, sin haber tenido que recurrir á la violencia ni emplear medios de corrupción.

Tiene la honra de saludaros con el mismo respeto que siempre,

CACAULT.

ratificó el tratado en un gran consistorio, nombrando tres cardenales para dar mas brillo á aquella festividad pontificia, recibiendo á Mr. de Cacaault con gran pompa, y desplegando, á pesar de los apuros del tesoro, todo el lujo compatible con esta circunstancia. Teniendo ademas que elegir un legado para enviarlo á nuestro pais designó al diplomático mas eminente de la corte romana, al cardenal Caprara, personage distinguido por su nacimiento (pertenecia á la ilustre familia de los Montecuculli), por sus luces y su esperiencia y la moderacion de sus ideas. Embajador en otro tiempo cerca de José II presencié las tribulaciones de la iglesia en el siglo último, y evité mas de un disgusto á la Santa Sede con su habilidad y talento. El primer consul habia manifestado deseos de tener en su corte á aquel príncipe de la iglesia, y el papa se apresuro á satisfacer sus deseos, haciendo grandes esfuerzos para vencer la resistencia del cardenal, quien como anciano y enfermo que era, se mostró poco dispuesto á volver á empezar la laboriosa carrera á que se entregó en su juventud. Vencida su repugnancia, merced á lo mucho que le instó el santo padre, y en consideracion á que exijia su marcha el interés de la iglesia, el papa confirió al cardenal Caprara la dignidad diplomática mas elevada que habia en la corte romana, la de legado á latere, que daba al que la obtenia la facultad mas ilimitada, precediéndole por todas partes la cruz, y haciendo cuanto es dable hacer los ojos del papa. Pío VII renovó en esta ocasion las antiguas ceremonias, en las que se entregaba á los representantes del signo venerado de su mi-

sion: volvióse á convocar un gran consistorio, y en presencia de todos los cardenales y ministros extranjeros, recibió el cardenal Caprara la cruz de plata que debía ir delante de él en esa Francia republicana, estraña hacia tanto tiempo á las pompas del catolicismo.

Deseoso el primer consul de corresponder debidamente á la conducta cordial del papa, le dispuso mil demostraciones de atencion y respeto, mandando á Murat que no pasase con sus tropas por los estados romanos, dando orden para que los cisalpinos evacuasen el pequeño ducado de Urbino, que habian invadido bajo el pretexto de una disputa de territorio, anunciando que tambien seria evacuado Ancona á la mayor brevedad, enviando fondos para pagar á la guarnicion, á fin de aliviar de este gasto el tesoro pontificio, disponiendo por segunda vez que los napolitanos saliesen de Benavente y Puente Corvo que se obstinaban en tener ocupados, á pesar de que pertenecian á la Santa Sede, y mandando, por último, preparar y amueblar con lujo uno de los palacios mas lindos de París, á fin de aposentar en él á costa del tesoro francés al cardenal Caprara.

Cangeadas las ratificaciones y aprobadas las bulas, iban á enviarse los breves á toda la cristiandad para escitar á los antiguos titulares á que hiciesen dimision, cuando dejó á Roma el cardenal Caprara para dirigirse á París con toda premura á pesar de su avanzada edad. Las autoridades francesas tenian orden de recibirle como merecia, y así lo hicieron, secundando su celo las poblaciones con muestras del mayor respeto hácia el representante de la Santa Sede, respeto

que probaba lo arraigado que se hallaba el antiguo culto en la gente del campo. Por lo que hace á París, no quiso el gobierno esponerle á la mofa de un pueblo que de todo se burlaba, y dispuso lo conveniente para que el cardenal entrase de noche en la capital; pero fué recibido con los mayores extremos y alojado en el palacio que se le tenia dispuesto. El primer consul le envió dos carruages tirados por magnificos caballos, suyos propios, y mandó le dijese, como se lo dijeron de un modo sumamente delicado, que parte de los gastos que hiciese en el desempeño de su destino correrian á cargo del gobierno francés, costumbre que iba á ponerse en planta con respecto á la Santa Sede.

El cardenal Caprara fué recibido como embajador extranjero, y no como representante de la iglesia, pues esto último se dejó para cuando el culto quedase restablecido definitivamente, debiendo entonces instituirse á los obispos, cantarse un *Te Deum* y exigir al cardenal legado, el juramento que debía prestar al primer consul.

Las formalidades que era indispensable llenar antes de publicar el concordato, ocuparon mucho mas tiempo del que se creyó en un principio; de suerte que como acababa de firmarse en Lóndres el tratado preliminar de paz con Inglaterra, queria el primer consul que el 18 de brumario, dia fijado para celebrar la paz, se verificase tambien la gran solemnidad religiosa de la restauracion del culto. Para ello era preciso que hubiese llegado á Roma la dimision de los antiguos titulares antes de aprobar la reduccion diocesana y la eleccion de los nuevos obispos, dimi-

sion en que todos tenían fija la vista, pues en todas partes querían saber el resultado que tendría aquel paso. Si, era una cosa que llamaba la atención general ver al papa y al primer consul trabajando de consuno para que los antiguos ministros del culto, ora fuesen amigos ora enemigos de la revolución, y que andaban diseminados por Rusia, Alemania, Inglaterra y España, sacrificasen su posición personal, sus afecciones de partido, y hasta el orgullo hijo de las doctrinas que profesaban, para que triunfase la unidad de la iglesia y se restableciese en Francia la tranquilidad de las conciencias. ¿Cuántos habría que estimulados por estos dos poderosos motivos inmolasen á un mismo tiempo tantos sentimientos é intereses personales? El éxito demostró cuán ajustado era á la prudencia el paso que estaban dando en aquel momento el papa y el primer consul, y el imperio que el amor á hacer bien egerce sobre las almas cuando lo invocan para un objeto tan noble un pontífice santo y un héroe.

Los breves que se enviaron á los obispos ortodoxos y á los constitucionales no eran los mismos, pues el breve destinado á los obispos que no habían querido reconocer la constitución civil del clero, los consideraba como legítimos titulares de sus sedes, y en él se les decía con un lenguaje cariñoso, pero imperativo, que hiciesen dimisión por interés hacia la iglesia, en virtud de la oferta que en otro tiempo hicieron á Pío VI, pues de lo contrario se les tendría por depuestos. El breve dirigido á los constitucionales respiraba también indulgencia; pero no se hablaba en él de dimisión en vista de que la iglesia nunca había re-

conocido á los constitucionales como obispos legítimos: lo que se hacía era pedirles que abjurasen sus antiguos errores, que volviesen al seno de la iglesia, y pusiesen fin á un cisma que al mismo tiempo que era una calamidad traía escandalizado al mundo católico. De este modo se les provocaba á que hiciesen dimisión sin reclamar esta, pues reclamarla hubiera sido tanto como reconocer sus títulos, cosa que no podía hacer la Santa Sede.

Hagamos cumplida é igual justicia á todos cuantos contribuyeron con su sumisión á cortar el cisma. Los obispos constitucionales, algunos de los cuales querían hacer resistencia, pero cuya bien aconsejada mayoría deseaba abiertamente secundar los deseos del primer consul, hicieron dimisión en masa; mas como se les ofendía en el breve, á pesar de la cordialidad con que estaba escrito, puesto que solo se hablaba en él de errores y no de dimisión, una forma de adhesión á la voluntad del papa, que sin implicar retractación alguna de lo pasado implicaba sin embargo que se someterían y harían su dimisión. Para ello declararon que aceptaban el nuevo concordato, desprendiéndose de su dignidad episcopal, y de cincuenta que eran, todos obedecieron, menos uno, el obispo Saurine, hombre dotado de una imaginación muy viva, de un celo religioso mas ardiente que ilustrado, y que por otra parte era un sacerdote puro en sus costumbres, lo cual tuvo presente el primer consul para nombrarle obispo mas tarde con consentimiento del papa.

No era esta la parte mas difícil de la obra, ó por mejor decir, era la que podía relizarse mas

pronto, en atención á que casi todos los constitucionales se hallaban en París al alcance del primer consul, y entregados al influjo que sobre ellos egercian amigos suyos que se habian constituido en sus defensores y maestros.

Los obispos *no juramentados* andaban esparcidos por toda Europa: sin embargo, habia en Francia cierto número, y ni uno siquiera vaciló acerca de lo que debian responder al papa y al primer consul, dando un noble ejemplo de religiosidad y sumision evangélicas. De los quince que existian en Francia, siete en París y ocho en las provincias, todos contestaron en términos dignos de los mejores tiempos de la iglesia. El anciano obispo de Belloy, prelado venerable que reemplazó en Marsella á Mr. de Belzunce, y era un modelo del antiguo clero, se apresuró á dar á sus cólegas la señal de la abnegacion, diciendo: «lleno de veneracion y obediencia hácia los decretos de su santidad, y queriendo continuar siempre unido á él de corazon y entendimiento, no vacilo en poner en manos del santo padre mi dimision del obispado de Marsella, pues basta que la crea necesaria para la conservacion del culto en Francia, para que yo me resigne.

Uno de los obispos mas instruidos del clero francés, el historiador de Bossuet y de Fenelon, el obispo de Alais, escribia: «es para mí una fortuna poder concurrir haciendo dimision, hasta donde me es posible, á las miras de prudencia, paz y reconciliacion que su santidad se ha propuesto, y pido á Dios que bendiga sus religiosos intentos, evitándole las contradicciones que podian afligir su corazon de bondadoso padre.»

El obispo de Acqs escribió al pontífice: «ni un momento siquiera he vacilado en inmolarme desde que supe era necesario hacer este doloroso sacrificio en bien de la paz y por el triunfo de la religion... ¡Ojalá salga llena de gloria de entre sus ruinas, y que se eleve no solo sobre los restos de mis mas caros intereses, y todos mis beneficios temporales, sino hasta sobre mis cenizas si es que puedo servirla de victima espiatoria!... ¡Dios quiera que mis conciudadanos vuelvan á entrar en la senda de la concordia, la fé y las costumbres puras y santas! Nunca formaré otros votos mientras exista, bajando contento al sepulcro como vea que se realizan.»

Es preciso confesar que la religion que inspira tales sacrificios y pone en boca de sus sacerdotes semejante lenguaje, es una institucion muy bella. Los hombres mas influyentes del antiguo clero y de la Francia antigua, los Rohan, los Latourdu-Pin, los Castellane, los Polignac, los Clermont-Tonnerre y los Latour-d'Auvergne, figuraban en primera linea en la lista de los dimisionarios, notándose entre todos ellos un fervor que traia á la memoria los generosos sacrificios que hizo la nobleza en la noche del 4 de agosto, pues todos se afanaban por facilitar con su desprendimiento la ejecucion de ese concordato, obra de un héroe y un santo como le llamaba Mr. de Caumont.

Los obispos que se habian refugiado en Alemania, Italia y España, hicieron lo mismo con cortas escepciones, y solo quedaban los diez y ocho que vivian en Inglaterra y cuya resolucion se esperaba con ansia para ver si acertaban á

emanciparse de las influencias enemigas de que se hallaban rodeados. El gobierno británico, que en aquel momento se hallaba en buena armonía con Francia, no se mezcló en su resolución; pero los príncipes de la casa de Borbon se hallaban en Londres, con los gefes de la chuaneria, los instigadores de la guerra civil, los cómplices de la máquina infernal Georges y consortes, y tenían como sitiado á los diez y ocho prelados, decididos á impedir á toda costa que con su adhesión se realizase completamente la union del clero francés con el papa y el general Bonaparte. Merced á sus esfuerzos, reinó entre ellos gran divergencia, poniéndose al frente de los que no querían obedecer el arzobispo de Narbona, de quien se dijo obraba por intereses mundanos, pues con la silla iba á perder cuantiosas rentas, y el obispo de San Pol de Leon, que, segun tambien se dijo, desempeñaba un cargo bastante lucrativo, el de manejar y distribuir los socorros que el gabinete británico daba para los sacerdotes condenados á la deportacion. Esos dos prelados trataron de atraerse á los obispos, y efectivamente se llevaron tras sí á trece; pero encontraron noble resistencia en los otros cinco prelados, á cuya cabeza se hallaban dos de los miembros mas eminentes y respetables del antiguo clero, Mr. de Cicé, arzobispo de Burdeos, guardasellos que fué en tiempo de Luis XVI, y á quien se tenia por un personage de alta capacidad política, y Mr. de Boisgelin, obispo instruido y de nobilísimo nacimiento, que dando pruebas de ser un sacerdote digno de ejercer su sagrado ministerio, permaneció fiel á su religion, sin que por esto fuese enemigo de las luces de su siglo. Uno y otro

enviaron su dimision con sus tres compañeros MM. de Osmond, de Noé y Plesis de Argenrté.

Sometido, pues, casi todo el antiguo clero, realizada la obra del papa con menos amargura para su corazon de lo que temió en un principio, fuéronse insertando en el *Monitor* todas las dimisiones con los tratados celebrados con las cortes de Europa, con Rusia, Inglaterra, Baviera y Portugal, lo cual iba produciendo en la opinion un efecto inmenso, de que todavia se acuerdan profundamente los contemporáneos. Si en algo se dió á conocer el influjo que sobre todas las clases ejercia el nuevo gobierno, fué en aquella sumision respetuosa por parte de dos iglesias enemigas, adicta una á la revolucion, pero corrompida por el demonio de la disputa, y orgullosa la otra con su ortodoxia y los grandes hombres que encerraba en su seno, inficionada del espíritu de la emigracion, animada por un realismo sincero, y convencida de que con el tiempo saldria victoriosa. Así es que todos apreciaron debidamente la victoria conseguida por el primer consul.

Viendo este que se acercaba el 18 de brumario, consagrado á celebrar la paz general, dió entrada en su corazon á un sentimiento personal que entre los hombres suele andar mezclado con las resoluciones mas nobles. Quiso gozarse en su obra y celebrar el restablecimiento de la paz religiosa el mencionado dia de 18 de brumario; pero necesitábase para ello dos cosas: en primer lugar, que se hubiese enviado á Roma la bula relativa al señalamiento de diócesis, y en segundo que el cardenal Caprara recibiese autorizacion para instituir los nuevos obispos, pudiendo entonces

ser nombrados y consagrados los sesenta titulares, y cantarse estando ellos presentes un *Te Deum* solemne en la iglesia de Nuestra Señora. Desgraciadamente tuvieron que esperar en Roma la contestacion de cinco obispos franceses que se habian refugiado al norte de la Alemania, y en cuanto á la facultad para conferir la institucion canónica, no se habia dado al cardenal Caprara, porque nunca se habia conferido semejante poder, ni aun á un legado *á latere*. El 4 de noviembre (10 de brumario), cuando solo faltaban muy pocos dias, llamó el primer consul al cardenal Caprara, y le habló con acritud, quejándose con una ligereza poco digna de su parte, y que la Santa Sede no merecia, de que el gobierno pontificio no le ayudaba para que pudiese llevar á cabo sus proyectos, causando con sus amargas palabras viva emocion al respetable cardenal (1). Sin embargo, co-

(1) Carta del cardenal Caprara al cardenal Consalvi.

PARIS 2 novembre 1831.

Ritornato da Malmaison verso le ore 11 de la notte mi pongo á dettare il risultato dell' abboccamento á visto col Primo Console: in niun modo ha fatto il medesimo parola meco dei cinque articoli che in copia annetto alla mia del 1.º novembre, ma immediatamente con quella vivacità che é propia del suo carattere ed aggiungo anche, mostrando di essere indispettito, ha incominciato dal fare laguanze le piumare contro tutti i Romani, dicendo che lo menano in barchetta colla eterna lungaggine nello spedire la bolla di circoscrizione; al mi ritardo hanno contribuito col non mandare i brevi ai vescovi nel tempo che dovevano, e col non spedirli per mezzo di corrieri, come avrebbe fatto ogui governo mi premera un affare; che studiano di prenderlo alla trappola, per-

nocia bien pronto cuando cometia una falta, y procuraba repararla, de suerte que queriendo mitigar el efecto que pudiesen producir sus palabras hizo que el cardenal permaneciese todo el dia en la Malmaison, le encantó con su gracia y bondad naturales, y le consoló de los arrebatos que habia tenido aquella mañana.

Escribióse á Roma, enviando tambien á Alemania á un respetable sacerdote, al cura de San Sulpicio llamado Mr. de Pancemodt, y que despues fué obispo de Vannes, para que se avistase con los cinco prelados cuya contestacion se esperaba con tanta impaciencia, y les indujera á que hiciesen

che vorrebbero fargli fare la figura di bamboccio nell' indurre il papa á non ammettergli te nomine che egli farà di vescovi costituzionali, e proseguendo á parlare á guisa di torrente, ha ripetuto esattamente tutto ciò, che in presenza di monsignor Spina mi disse jeri sera il consigliere Portalis.

Dopo un discorso sì vehemente, e mescolato di espresioni assai agre, io ho preso á giustificare i Romani accusati; al che egli interrompendo mi, ha detto: non accetto giustificazioni, e solo dal numero eccettuo il papa, per cui ho rispetto e tenerezza.

Parandomi in quel punto meno trasportato che in principio, mi sono studiato di fargli sentire che avendo tenerezza per nostro signore doveva dargliene un contrassegno col toglierli il dispiacere di nominare vescovi costituzionali. A questa proposizione, ha ripreso l' antico tuono, ed ha detto: I costituzionali saranno da me nominati, ed in numero di quindici. Ho fatto quel che potevo, e non recederé neppure di una linea dalla determinazione che ho presa.

Quanto ai capi di setta, il consigliere Portalis, che era presente, ha voluto assicurar mi che potevo vivere quieto, e che su i soggetti sarei stato contento; ma quanto alla sommissione il Primo Console ha ripreso, è superbia il dimandarla, ed è viltà

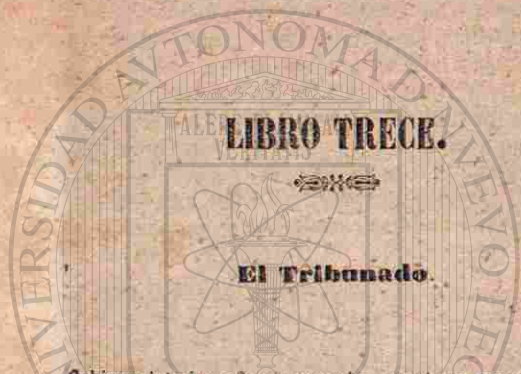
dimision; pero á pesar de todo esto, llegó el 18 de bromario sin que hubiesen contestado; bien es verdad que el regocijo de aquel día era demasiado grande para que pudiera acordarse con sentimiento el primer consul de lo que faltaba para que fuese mayor. Al fin el papa, inclinado siempre á hacer lo que deseaba su querido hijo, que así le llamaba, envió la bula de reduccion de diócesis, y confirió al legado de una manera enteramente inusitada poder para que instituyera los nuevos obispos, manifestando que lo único que apetecía en premio á la deferencia que había tenido, era que el cardenal Caprara se valiese de

il prestarli: ó qui senza a'ndere risp' sta, si è aperto mi campo rasto in ordine alla canonica istituzione, e non più come rifiutatore, ma a guisa di canonista ha tenuto un' lunghissimo discorso non dirò da persuadere, ma da tenere á bada, ed in fine ha detto: *Má i v' scavi non fanno la professione di fede, e priest no g' uramento?* Risposto li di sí dallo sc' so cons' gli er' Portalis, ha con binso, que lo tratto di ubbidienza il papa basta per mille sommissioni. E rivolgendosi á me, mi ha laconicamente ripetuto: *Procurate che se licitamente venga la bula della circoscrizione, che è ó che n' viene di seguito, e di ci vi ho parlato, n' n' abbia per parte di R ma la stessa sorte che hanno avuto i brevi spediti ai vescovi, quali secondo le mie notizie non erano stati con eguali ad aluno in Germania a tutto il 24 del passato.*

Così è finito l' abbo cimento, dove pe' ó soggiangerle, che finito il medesimo a' l' inc' rea un' ora dopo mezzogiorno, og' i partiti con Madama, stando fuori all' inc' rea un' a' tra ora; ma per me obbligò di venirmi e presso di lui a pranzo non o' t' nie che fossi impegnato d' il fratello Giuseppe, al quale egli stesso spedi. Certamente senza esagerazione cori del tempo del pranzo sino á dieci ore de' l' notte volle trattarsi: meo, passeggiar' lo alla sua maniera la più parte del tempo e parlando di tutti gli oggetti economiche e politici possibili in ordine á noi.

su habilidad para ahorrarle el sentimiento de tener que instituir á constitucionales.

Nada habia ya que se opusiese á la proclamacion del restablecimiento del culto, para cuya consecucion hubo que trabajar tanto; pero ya habia pasado el momento oportuno, pues reunidos el Tribunado, el Cuerpo legislativo y el Senado desde 1.º de frimario (22 de noviembre de 1801) época en que todos los años se abrian las sesiones, decíase que iban á pronunciarse fuertísimos discursos contra el concordato. No queriendo, pues, el primer consul que fuesen á turbar una ceremonia augusta escándalos como los que se anunciaban, resolvió esperar á que el Tribunado mudase de modo de pensar ó hubiese desaparecido de la escena política, es decir, que la lentitud iba á salir de él, y al papa le tocaba entonces dar prisa; pero con todo, las dificultades repentinas con que tenia que luchar, probaban, no solo el mérito que encerraba su resolución sino el valor que habia necesitado y necesitaba desplegar para llevarla á cabo. Y no se dirigia únicamente la oposicion, pronta á estallar, al concordato, sino hasta al código civil y aun á algunos de los tratados que acababan de asegurar la paz del mundo; pero envanecido con sus obras el primer consul, y apoyado en la opinion pública, estaba decidido á valerse de una medida extrema, destruyendo, segun decia, á los cuerpos consultivos ó deliberantes que hiciesen resistencia. Así es como iba á mezclarse el arrebató de las pasiones á los hechos mas importantes de la vida de un hombre tan grande como su época.



Gobierno interior.—Se componen las carreteras generales, quedando libres de ladrones.—Renace el comercio.—Esportaciones é importaciones que hubo en todo el año de 1801.—Resultados materiales de la revolucion francesa con respecto á la agricultura, la industria y la poblacion.—Influencia que tuvieron en el gobierno interior de los pueblos los prefectos y subprefectos.—Orden y celeridad en el despacho de los negocios.—Consejeros de estado recorriendo la Francia.—Discusion del código civil en el Consejo de estado.—Brillante invierno de 1801 á 1802.—Concurrencia extraordinaria de estrangeros en Paris.—Corte del primer consul.—Organizacion militar y civil de las personas que se hallaban á sus inmediatas ordenes.—Guardia consular.—Prefectos de palacio y damas de honor.—Hermanas del primer consul.—Ortensia de Beauharnais se casa con Luis Bonaparte.—MM. Fox y de Calonne en Paris.—Bienestar y lujo de todas las clases.—Aproximase la época en que debia abrirse la legislatura del año X.—Oposicion contra las mejores obras del primer consul.—Causas de esta oposicion, hecha no solo por los miembros de las asambleas deliberantes, sino por algunos gefes del ejército.—Conducta de los generales Lannes, Augereau y Moreau.—Abrese la legislatura.—Es nombrado presidente del Cuerpo legislativo Dupuis, autor de una obra sobre el origen de todos los cultos.—Escrutinios para las plazas vacantes en el Senado.—Nombramiento del abate Gregorio en

contra de las proposiciones del primer consul.—Estrépito en el Tribunalado por la palabra *súbditos* que se usaba en el tratado celebrado con Rusia.—Oposicion del código civil.—Enfado del primer consul.—Discusion en el Consejo de estado acerca de la conducta que debia observarse en aquellas circunstancias.—Adoptan el partido de esperar á que se discutiesen los primeros titulos del código civil.—Los desecha el Tribunalado.—Continúan los escrutinios para las plazas vacantes en el Senado.—El primer consul presenta por candidatos á antiguos generales que no eran hechura suya.—El Tribunalado y el Cuerpo legislativo no los admiten, y se ponen de acuerdo para proponer á Mr Daunou, que se habia dado á conocer por su oposicion al gobierno.—Alocucion del primer consul en una reunion de senadores.—Amenazas de un golpe de estado.—Intimidados los miembros de la oposicion se someten, valiéndose de un subterfugio para anular el efecto que habian producido sus primeros escrutinios.—El consul Cambaceres aconseja al primer consul que no tome ninguna medida ilegal, y le induce á que se desprenda de los de la oposicion por el medio del artículo 38 de la Constitucion, que fija el año 10 para la salida de la primera quinta parte del Cuerpo legislativo y del Tribunalado.—El primer consul adopta esta idea.—Suspension de todos los trabajos legislativos.—Se aprovecha el interregno para reunir en Leon con el nombre de Consulta una dieta italiana.—Antes de dejar á Paris, envia el primer consul con rumbo á Santo Domingo una flota cargada de tropas.—Proyecto de volver á conquistar esta colonia.—Negociaciones de Amiens.—Objeto de la Consulta convocada en Leon.—Diversos modos de constituir la Italia.—Proyectos del primer consul acerca de este punto.—Creacion de la república italiana.—El general Bonaparte es proclamado presidente de ella.—Entusiasmo de los italianos y de los franceses que se reunieron en Leon.—Gran revista del ejército de Egipto.—Regreso del primer consul á Paris.

Ya hemos visto que con sus hábiles y constantes esfuerzos, consiguió el primer consul, despues de vencer á la Europa por medio de sus victorias, que transigiese con Francia, para lo cual se valió de una política ventajosa y sana: tambien hemos visto lo que le costó reconciliar á la iglesia con la república francesa, y poner fin á las desgracias que estaba produciendo el cisma: pero nos queda por ver lo que hizo para que el viagero pudiese caminar por cualquier

punto de la nacion con seguridad, para habilitar los caminos, volver al comercio y la industria su acostumbrada actividad, aumentar las rentas públicas, restablecer el órden en el gobierno interior de los pueblos, redactar un código de leyes civiles adaptadas á nuestras costumbres, y organizar, por último, en todas sus partes la sociedad francesa.

Hablase formado una raza de ladrones, compuesta de desertores del ejército y de soldados licenciados de la guerra civil, que tenían acosados á los dueños de haciendas rústicas, perseguían por los caminos á los viageros, robaban las áreas públicas, y sembraban el terror por do quiera. Escogiendo como escogieron para diseminarse, el momento en que los ejércitos se hallaban casi en su totalidad fuera de Francia, se aumentaron en extremo, sin que hubiese fuerzas bastantes para reprimir su audacia; pero así que regresaron parte de las tropas de resultas de la paz de Luneville, varió el estado de las cosas. Numerosas columnas movilizadas, acompañadas en un principio de comisiones militares, y mas tarde de esos tribunales especiales, de cuyo establecimiento ya hemos hablado, recorrieron los caminos en todas direcciones, castigando con implacable energia á los que los tenían infestados. Centenares de ellos fueron fusilados durante seis meses, sin que nadie reclamase en favor de aquellos hombres perversos, resto aunque impuro de la guerra civil, y completamente desanimados los demás, entregaron las armas, sometiéndose á las autoridades. Restablecióse, pues, tranquilidad en las carreteras generales, y

mientras que en enero y febrero de 1801 apenas se podia viajar de Paris á Ruan, ó de Paris á Orleans, sin correr riesgo de ser degollado, á fines del mismo año se atravesaba toda la Francia sin verse espuesto á ningun contratiempo: allá en el fondo de la Bretaña ó en el interior de las Cevennas, era donde todavía quedaban algunos facinerosos; pero á poco fueron dispersados completamente.

Ya hemos visto anteriormente que los diez años de disensiones y tumultos á que habia estado entregada Francia, habian así introducido la imposibilidad de viajar en Francia, que á la antigua servidumbre corporal reemplazó el impuesto sobre barreras; que gracias á este impuesto incómodo é insuficiente, los caminos vinieron á parar en un estado de completa ruina, y por último, que el primer consul dedicó en nivoso del año último, un subsidio extraordinario para reparar veinte de las principales calzadas que atravesaban el suelo de la República. El mismo cuidó del destino que se daba á aquel subsidio, escitando en gran manera el celo de los ingenieros, y preguntando á sus ayudantes de campo ó á los altos empleados que viajaban por Francia, para saber si se cumplian sus mandatos; pero como los fondos se diesen algo tarde, como lloviese mucho y sin interrupcion á fines de año, y faltasen generalmente brazos á consecuencia de los infinitos jornaleros ocupados en inmensos desmontes, y sobre todo, de la larga guerra civil, retardáronse los trabajos, aunque siempre era una mejora notable lo que se hizo. El primer consul destinó otra cantidad tomada del pre-

supuesto del año X (1801 á 1802), para componer otros cuarenta y dos caminos, cantidad que debia agregarse á lo que produjese el impuesto, de suerte, que con dos millones que no se invirtieron en el año IX, 40 que dió el gobierno para el año X de los fondos del tesoro, y 16 á que podria ascender el impuesto, subia á 20 millones la suma total destinada á caminos; es decir, dos ó tres veces mas de lo que todos los años se daba en anteriores épocas. Gracias á esto, marchaban con rapidez las obras, y todo anunciaba que en 1802 quedarian en Francia completamente transitables los caminos.

Además, se dió orden de abrir nuevos medios de comunicación entre las diversas partes de la Francia antigua y moderna, avanzando cada vez mas el proyecto de hacer cuatro carreteras generales entre Italia y Francia; como que la del Simplon, de la cual hemos hablado varias veces, continuaba con rapidez, ya se habia dado principio á la que debia reunir el Piamonte y la Saboya por el monte Cenis, se mandó construir la que iba á enlazar el Piamonte con el mediodía de Francia por medio de Mont-Genève, para la cual reconocian el terreno á la sazón algunos ingenieros, y habia empezado en fin á componerse la que atravesaba los Alpes marítimos por la garganta de Tenda. De esta suerte desaparecia la barrera que la naturaleza habia formado entre Francia é Italia, pues por aquellas cuatro vias podia trasportarse todo lo que se quisiera, por grande y pesado que fuese su volumen; y cuando fuese preciso socorrer á Italia, no habria necesidad en adelante de apelar al mi-

lago del paso por el monte de San Bernardo.

El canal de San Quintin seguia abriéndose; el primer consul fué á ver el estado en que se hallaba el del Ourcq, y mandó prosiguiesen los trabajos; el de Aguas Muertas en Beaucaire, que corria á cargo de una compañía, se encontraba en buen estado, gracias á que el gobierno animó á la compañía, concediéndola gran porcion de terreno, y la sociedad de capitalistas que debia echar los nuevos puentes sobre el Sena estaba á punto de terminar su obra; de suerte, que todas estas empresas llamaban mucho la atencion pública espaciándose la imaginacion, siempre viva de los franceses al contemplar despues de las grandezas de las guerras los no menos grandes hechos de la paz.

Ya durante el año IX (1800 á 1801), tomó gran vuelo el comercio, y eso que la guerra marítima reinó en todo el curso del mismo año, así es, que las importaciones que en el año VIII ascendieron únicamente á 325 millones, subieron en el año IX á 417, ó lo que es lo mismo tuvieron un aumento de una cuarta parte en el espacio de un año, aumento que se debió á dos causas: el consumo de géneros coloniales que se aumentó rápidamente, y la introduccion en gran cantidad de las materias propias para las fábricas, tales como algodón en rama, lanas y aceites, lo cual era una señal evidente de que nuestras manufacturas iban adquiriendo vida. Las exportaciones sintieron mucho menos aquel impulso general de acrecentamiento, porque en el año IX (1800 á 1801) aun no se habia restablecido nuestro comercio exterior, y porque era pre-

ciso además que la fabricacion de productos fuese superior á la esportacion, Sin embargo, la suma de las esportaciones que en el año VIII solo ascendió á 274 millones, llegó en el año IX á 305, aumento producido mas que nada por la extraordinaria salida que tuvieron nuestros vinos y aguardientes, poniendo en gran actividad al comercio de Burdeos. Obsérvese tambien la diferencia que entre nuestras esportaciones ó importaciones produjeron aquellos diez años de guerra marítima, puesto que acabábamos de recibir en valores 417 millones y solo esportamos 305; pero la restauracion de nuestras fábricas debia poner colmo bien pronto á semejante diferencia.

Las sederias del mediodia comenzaban á florecer de nuevo, y Leon, ciudad favorita del primer consul, volvió á entregarse á su magnífica industria, por manera que aun cuando habian quedado reducidos á dos mil los quince mil telares que se contaban en ella antes de nuestras disensiones, volvieron á trabajar siete mil.

Lila, San Quintín y Ruan, participaron del mismo impulso, y en los puertos de mar se disponian grandes armamentos porque el primer consul, llevado del deseo de restablecer nuestras colonias, hacia preparativos cuyo objeto é intencion conoceremos pronto.

Cuando los intereses provinciales se hallaban á cargo de cuerpos colectivos, fué imposible reunir datos estadísticos, y por consiguiente averiguar el estado en que la revolucion dejaba á la Francia en lo relativo á su poblacion y agricultura; pero se consiguió uno y otro objeto con la creacion de prefecturas y subprefecturas,

mandándose formar un censo de poblacion que dió resultados muy singulares, sin que pudiera ponerse en duda su exactitud, pues eran confirmados por las noticias recogidas por los consejos generales de distritos, los cuales se reunieron por primera vez en el año IX. Concluido por lo que hace á sesenta y siete distritos, de los ciento dos de que se componia Francia en 1801, el censo relativo á la poblacion, esta que en 1789 era en esos sesenta y siete departamentos de veinte y un millones ciento setenta y seis mil doscientos cuarenta y tres habitantes, ascendia en 1800 á veinte y dos millones doscientos noventa y siete mil, cuatrocientos cuarenta y tres; es decir, que habia un aumento de un millon y cien mil almas, ó sea cerca de una décima nona parte. Este resultado poco creible, si como hemos dicho no lo confirmasen las aseveraciones de varios consejos generales, demuestran que á pesar de todo es mas aparente que efectivo, á lo menos bajo el aspecto material, el daño que producen las grandes revoluciones sociales, y que por otra parte no tarda en borrar el bien con mágica celeridad el mal causado. En todas partes progresaba la agricultura, habiendo producido gran utilidad en la mayor parte de las provincias la supresion de las administraciones de los sitios reales, pues si por una parte al mismo tiempo que destruia la caza acabó con uno de los placeres á que con mas gusto se entregan las clases ricas, libertó por otra la agricultura de vejaciones á cual mas ruinosas. Con la venta de inmensos terrenos incultos habia habido que hacer grandes desmontes, lo cual aumentó el valor de parte del suelo, improducti-

vo poco antes; los bienes de la iglesia que habían pasado de manos de un usufructuario indolente á las de un propietario inteligente y activo, iban aumentando de día en día la masa de productos agrícolas; la revolución que entre nosotros ha habido en la propiedad territorial, y que dividiéndola en mil porciones ha acrecentado de un modo prodigioso el número de propietarios, así como la estension de terrenos cultivados, producía ya resultados inmensos, y aunque los procedimientos del cultivo no se habían mejorado todavía mucho, el laboreo de la tierras se había estendido de un modo extraordinario.

Los bosques tanto del estado como del comun, se resentían del desorden gubernativo de los últimos tiempos, y era urgente poner remedio, pues no solo desmontaban las tierras plantadas de árboles sino que no respetaban ni las propiedades del estado ni las de los particulares. La hacienda, á la cual habían ido á parar de resultas de la confiscacion de bienes de emigrados gran cantidad de bosques, no sabia vigilarlos ni explotarlos ventajosamente y muchos propietarios que ó se hallaban ausentes ó tenían temor, no querían defender las fincas que poseían por cuenta propia ó ficticiamente por las de familias, condenadas á la proscripción. Todo esto era consecuencia de un estado de cosas que por fortuna iba á cesar, pues el primer consul puso particular atencion en conservar esta clase de riqueza, y empezó á restablecer el orden y el respeto á la propiedad, mandando formar un código rural cuya publicacion era esperada con ansia á fin de evitar los daños causados por los ganados.

La creacion de prefectos y subprefectos, decretada por la ley de pluvioso (año VIII) produjo resultados inmediatos, sucediendo al desorden é indolencias propios de las administraciones colectivas, la regularidad y prontitud de ejecucion, consecuencia prevista y necesaria de la unidad de poder. Aquella institucion redundó tambien en beneficio de los negocios del estado y del procomun, pues así que hubo quien mirase por ellos con constancia, en ninguna parte se notaba lentitud en la formacion de las listas y el cobro de contribuciones; cosa tan descuidada antes, y se empezó á poner orden en las rentas y gastos de los pueblos. Sin embargo, habia aun ramos que se hallaban en un estado lastimoso, como por ejemplo, los hospitales, reducidos á la última miseria de resultas de haber perdido parte de sus rentas, haber sido enagenados sus bienes, y carecer de muchos emolumentos que habían sido abolidos. En algunas poblaciones impusieron un arbitrio, y procuraron restablecer aunque en pequeño, el sistema de contribuciones indirectas, pero estos arbitrios eran insuficientes, y por lo general les daban muy mal destino. Las casas de niños espósitos se resentían tambien de la falta de cuidado, de suerte que muchos infelices gemían en el abandono, ya porque la caridad pública no las recogía, ó porque se hallaban confiados á infortunadas nodrizas que no percibían su salario; manifestándose en todas partes deseos de que sepudiesen al frente de estos y los demas establecimientos de beneficencia, las antiguas hermanas hospitalarias.

Los libros donde se llevaban los asientos del estado civil, y que arrebatados de manos de los

sacerdotes, habian ido á parar á los de los empleados municipales estaban embrollados, y para poner orden en esta parte de administracion, tan importante para las familias, era menester no solo el celo y la vigilancia de los empleados, sino el mejoramiento de la ley, insuficiente ó mal hecha, pero este objeto pertenecia al código civil que se discutia á la sazón en el Consejo de estado. Quejábanse tambien de que era muy grande el número de consejos, y pedian se redujesen reuniendo muchos entre sí, lo cual hizo ese gobierno cuya organizacion es tan completa hoy y aventaja á todos los de Europa por su regularidad, exactitud y vigor, pero que entonces necesitó para formarse la mano creadora y omnipotente del primer consul. Para saber cuanto pasaba en Francia é ir perfeccionando mas y mas esa vasta máquina, recurrió á un medio eficaz, que fué encargar á algunos consejeros de estado, de los mas capaces entre ellos, que recorriesen la Francia y observasen la marcha que llevaban los negocios interiores. Así que aquellos consejeros llegaban á los distritos principales llamaban á los prefectos de los departamentos inmediatos y á otros varios empleados, y se celebraban juntas en las cuales se ponian de manifiesto las dificultades que no habian sido previstas de antemano, los obstáculos inesperados que se desprendian de la índole de las cosas, y lo que debia enmendarse en las leyes ó reglamentos hechos hacia diez años. Al mismo tiempo examinaban si aquella gerarquía de prefectos, subprefectos, y alcaldes, desempeñaban sus destinos con orden y facilidad; si la eleccion habia recaido en indivi-

duos dignos, si se hallaban penetrados de las intenciones del gobierno, si eran tan firmes, laboriosos, imparciales, y ajenos á todo espíritu de partido como él. Estas visitas producian el mejor resultado, pues los consejeros estimulaban el celo de los funcionarios, y ponian al Consejo de estado al corriente de muchas cosas que servian para decidir ciertos negocios y formar ó perfeccionar reglamentos gubernativos, además de que animados al ver la energia del primer consul, no vacilaban en revelarles el nombre de los empleados débiles, ineptos ó de mala intencion.

La solicitud y afán del primer consul no se limitaban á hacer que los consejeros de estado pasasen revista al país, pues continuamente estaba enviando ayudantes de campo, ora á los ejércitos, ora á los puertos de mar, para que comunicasen verbalmente sus enérgicos mandatos, con orden de que todo lo observaran á su paso para dar cuenta á su general. Los coroneles Lacuée, Lauriston y Savary fueron á Amberes, Bolonia, Brest, Rochefort, Tolón, Génova y Otranto, debiendo de regreso de su comision detenerse en varios puntos, ver, oír y tomar notas acerca de los caminos, del impulso que recibiesen los asuntos comerciales, la conducta de los empleados, el deseo de los pueblos, y la opinion pública, sin que ninguno de esos enviados temiese decir la verdad á un gefe justo y poderoso. El primer consul que solo pensaba entonces en hacer bien, porque este bien infinito en su estension y en su diversidad bastaba para absorber el ardor de su alma, acogia con gusto la verdad que deseaba saber, y se aprovechaba de ella, ya castigando al empleado que

hubiese delinquido, ya reformando las nuevas instituciones, ya poniendo su atención por último en algún objeto en que hasta entonces no hubiesen fijado sus infatigables miradas. (1)

Un espectáculo notable llamaba en aquel momento la atención general, la discusión del código civil en el seno del Consejo de estado. La formación de aquel código era en extremo urgente en Francia, pues la antigua legislación civil, compuesta de derecho feudal, consuetudinario y romano, no podía convenir á una nación hondamen-

(1) Hé aquí algunos fragmentos de las instrucciones que daba á sus ayudantes de campo cuando los enviaba á desempeñar alguna comisión.

Al ciudadano Lauriston, ayudante de campo.

PARIS 7 de pluvioso, año IX (27 de enero de 1801).

Ya os he dicho, ciudadano, que os pongais en marcha para Rochefort visitando muy minuciosamente el puerto y el arsenal, para lo cual os dirigireis al prefecto marítimo. Hecho esto, redactareis memorias sobre los objetos siguientes:

1.º A cuanto ascienden los hombres que se hallan en las dos fragatas que van á hacerse á la vela, y el inventario de todas las prendas de artillería y demas que haya á bordo. Por supuesto que permaneceréis en Rochefort hasta que hayan salido.

2.º Cuantas fragatas quedan en la rada.

3.º Una relacion particular acerca de los navios el *Fulminante*, el *Duguay-Trouie* y el *Aguila*; y cuánto tiempo se necesitará para que estos buques estén prontos para darse á la vela.

4.º Otra relacion particular acerca de las fragatas la *Vir-*

te conmovida, y las leyes sobre el matrimonio, las que despues fueron improvisadas acerca del divorcio y modo de heredar, no eran oportunas, ni en el nuevo estado de cosas, ni en otro regularizado y moral. Una comisión, compuesta de MMr. Portalis, Tronchet, Bigot de Preamenen y Malleville, redactó un proyecto de código civil, y enviado á todos los tribunales para que lo examinasen y manifestaran su modo de pensar acerca de él; recibió bastantes modificaciones, hasta

tud, la Cibeles, la Voluntaria, la Thetis, la Emboscada y la Franquesa.

5.º El estado de todos los fusiles, pistolas, sables y balas de cañon que hayan llegado al mencionado puerto para las expediciones marítimas.

6.º Si existe en los almacenes de viveres de marina lo necesario para sustentar por seis meses á seis buques de guerra, sin contar los tres ya nombrados.

7.º Y por último, si se han tomado todas las medidas para reclutar marineros y conducir de Burdeos y Nantes viveres, cordage y cuanto se necesita para equipar una escuadra.

Si creéis que tenéis que permanecer en Rochefort mas de seis dias, enviadme por el correo la primera relacion, y decid al prefecto con el mayor sigilo, que ha tomado el ministro de marina todas las medidas convenientes para que á principios de ventoso puedan salir de Rochefort nueve buques.

Aprovechad cuantas circunstancias podáis para recoger en los sitios por donde paseis, noticias seguras acerca de la marcha que en ellos siguen los negocios, y del estado en que se encuentra el espíritu público.

Si se retarda la salida de las fragatas, os autorizo para que vayais á Burdeos y volvais por Nantes. Con eso me traereis una memoria acerca de las tres fragatas que se están armando.

Os saluda

BONAPARTE.

que al fin fué presentado al Consejo de estado, el cual invirtió en su discusion muchos meses. El primer consul asistió á todas las sesiones, que presidió, desplegando un método, una claridad y muchas veces tal profundidad de miras, que todos se quedaron sorprendidos: y no porque estrañasen que acostumbrado como se hallaba á mandar ejércitos, y las provincias que iba conquistando, fuese tambien hombre de gobierno, porque esta cualidad es propia de un gran

Al ciudadano Lacuée, ayudante de campo.

PARIS 9 de ventoso, año IX (28 de febrero de 1801).

Inmediatamente os pondreis en marcha para Tolon, entregando luego que lleguéis al contra-almirante Ganteaume la carta adjunta, para que os permita ver todos los buques de la escuadra así como el arsenal. Tened cuidado de aseguraros por vuestros mismos ojos de la fuerza y del número de buques ingleses que podrian bloquear el puerto de Tolon, y si es menor que el del contra-almirante Ganteaume inducidle á que no se deje bloquear, por fuerzas inferiores.

Si el general Ganteaume, se decide á continuar su comision arrastrado por las circunstancias, decidle que saque de Tolon el mayor número de tropas que pueda llevar, para lo cual vereis al comandante militar á fin de que salvados todos los obstáculos le entregasen las tropas. Manifestad al contra-almirante Ganteaume que generalmente ha sido criticada algun tanto su escursion hacia Mahon, porque lo que ha hecho ha sido llamar la atencion al almirante Warren, quien no tenia otro objeto que defender aquel puerto.

Si el contra-almirante Ganteaume se vuelve á finalizar su comision, permaneced en Tolon cuatro dias despues que se hayan marchado.

general, sino porque era sorprendente verle dar muestras de ser un buen legislador. Bajo este aspecto no pudo ser mas breve su educacion: como todo escitaba su interés por lo mismo que todo lo comprendia, pidió al consul Cambaceres algunos libros de jurisprudencia, y especialmente los materiales dispuestos en tiempo de la Convencion para redactar el nuevo código civil, y todo lo devoró como hizo con los libros religiosos que pudo haber á las manos cuando se ocupaba del concur-

Si por el contrario, las noticias que se recibian de la parte del mar hiciesen creer que no saldrá hasta dentro de mucho tiempo regresareis á Paris despues de residir quince dias en Tolon, seis en Marsella, cuatro en Aviñon y cinco ó seis en Leon.

Tened cuidado de traerme un estado de todo lo que haya á bordo de cada buque, de las embarcaciones y fragatas que han salido de Tolon desde 1.º de vendimiario del año IX, del arsenal, y notas acerca de los empleados de los pueblos por donde paseis, así como del espíritu que reine en ellos.

Aprovechad todos los correos que envíe el prefecto marítimo para darme noticias de la escuadra del mar, y de los ingleses.

Animad con vuestras palabras á todos los capitanes de buque haciéndoles conocer lo mucho que interesa á la paz general, la expedicion que van á emprender.

Os saluda

BO NAPARTE.

Al ciudadano Lauriston.

PARIS 50 de pluvioso, año X (19 de febrero de 1802).

He recibido, ciudadano, todas vuestras cartas, la última de las cuales es del 25 de pluvioso, y os ruego os informéis en secreto

dato. Clasificando á poco en su cabeza los principios generales del derecho civil, y agregando á estas nociones, recogidas á la ligera, el conocimiento profundo que tenia de los hombres, así como el natural despejo de su ingenio, adquirió capacidad necesaria para dirigir un trabajo de tanta importancia, y hasta vertió en la discusion ideas tan exactas como nuevas y profundas. Algunas veces sostuvo ideas muy estrañas á causa del poco conocimiento que tenia acerca de aquellas materias; pero los hombres que le rodeaban, le hacían entrar muy pronto en razon, y á todos los dominaba con su talento siempre que era preciso sacar de ideas encontradas la conclusion mas natural y lógica. El principal servicio que hizo el primer consul fué contribuir al remate de aquel

acercas de cómo se administran los viveres, pues parece que hay quejas sobre este servicio.

De regreso á esta traedme un estado detallado de las mercancías del Norte que ha suministrado en el corriente año la compañía de Lechie, porque sostiene que ha introducido en los almacenes por valor de un millón seiscientos mil francos.

¿Cuánta mala lera ha llegado del Havre desde que nos hallamos en paz? ¿si se trabaja en fin, para concluir los cinco buques que se están construyendo?

Cuando volvais á pasar por Lorient, ved cuántos buques se construyen á la sazón, y para qué tiempo podrán irse botando al agua. Visítad también todas las lanchas cañoneras y granaderas que sirven de guarda-costas á fin de que podais manifestarme qué clase de hombres son los que se hallan á su bordo, y el partido que podrá sacarse de ellos cuando definitivamente se haya afectado la paz.

Adquirid, por último en Nantes, una nota exacta de las mercancías del Norte que se han recibido en el presente año, y el cáñamo que queda todavía, averiguando si reina ó no la mayor acú-

bello monumento con la firmeza de su carácter, su buena imaginacion y su constancia en el trabajo, venciendo por este medio las dos grandes dificultades en que hasta entones se habian estrellado todos; y no eran otras que la diversidad infinita de opiniones, y lo imposible que era trabajar sin interrupcion en medio de los disturbios de la época. En cuanto á la discusion, fué como sucede siempre, larga, difusa y obstinada; pero el primer consul sabia reasumirla ó cortarla con una palabra; y ademas, obligaba á todo el mundo á trabajar, trabajando el mismo dias enteros. Entendiase para darla á luz, el acta de aquellas sesiones, notable bajo muchos aspectos; pero sin embargo, antes de publicarla en el *Monitor*, tenia cuidado de revisarla el consul Cambaceres, y de

visitar en la conduccion de maderas á Brest. *Deteneos dos dias en Vannes para hacer las observaciones que creais oportunas acerca del público.*

Procurad guiaros en todo esto por lo que os dicte vuestro raciocinio, y no por consejo de las autoridades.

Decidme qué reputacion ha dejado en Lorient un tal Charon, y permaneced allí tres ó cuatro dias á fin de observar como marchan las cosas en ese puerto.

En fin, que no se os olvide ninguna circunstancia que pueda poner os en estado de juzgar por vos mismo, y fo mar una opinion fija acerca de cómo se desempeñan los asuntos civiles, marítimos y militares.

Enteraros del estado que presenta la próxima cosecha, en cada departamento.

Creo que me traeréis apuntes acerca de si las tropas reciben su soldada y se hallan bien vestidas, y sobre si los hospitales se hallan ó no bien cuidados.

Os saluda

BONAPARTE.

Biblioteca popular.

T. III. 887

suprimir lo que no era conveniente publicar, sea porque el primer consul hubiese emitido opiniones bastante particulares algunas veces, ó porque emplease al hablar de las costumbres un lenguaje familiar que no debia salir del recinto de un consejo secreto. Es decir, que en las actas solo aparecia el pensamiento, rectificado de vez en cuando, descolorido frecuentemente, pero siempre notable, del primer consul; pero acostumbrado como se hallaba el público á mirarle como único autor de todo lo bueno y grande que se hacia en Francia, devoraba con ansia sus pensamientos, viendo con cierto regocijo que el que habia dado repetidas y brillantes pruebas de ser un gran general, un politico consumado, hombre de gobierno y superior á los demas en cuanto emprendia, fuese tambien legislador.

Concluido el primer libro del código civil, debia ser presentado al Cuerpo legislativo con otros muchos proyectos, de suerte, que caminaban á un mismo paso la pacificacion de Francia y su reorganizacion interior, y aunque no se habia reparado todo el daño que causó la revolucion, aunque no se habia realizado todo el bien, la comparacion de lo presente con lo pasado llenaba á las almas de satisfaccion y esperanza. Todo el bien que se hacia lo atribuian al primer consul, y con razon, pues según el testimonio de su asiduo colaborador el consul Cambaceres, todo lo dirigia, cuidando él mismo de los detalles, y haciendo mas en cada ramo que los mismos que especialmente lo desempeñaban.

El hombre que gobernó á Francia desde 1799 á 1815, tuvo sin duda alguna en su carrera dias

de deslumbrante gloria, pero seguramente, ni él ni Francia, á quien logró seducir pasaron dias semejantes; dias en que á la grandeza acompañó la prudencia, esa prudencia en cuya duracion se puede confiar. Despues de haber alcanzado la victoria, alcanzó la paz mas hermosa, y la que nunca consiguió despues, la paz marítima; introdujo el orden mas completo donde antes habia caos y confusion; dejó por entonces cierta libertad, no toda la que hubiera sido de desear, pero á lo menos la que era posible conceder al dia siguiente de una revolucion sangrienta; únicamente habia hecho bien á todos los partidos; escepto cuando deportó á los ciento y tantos revolucionarios sin forma de proceso á causa de la máquina infernal, habia respetado las leyes, y aun por lo que hace á aquella accion, culpable porque fué ilegal, nadie pensaba en ella al ver el bien que brotaba por todas partes. La Europa, en fin, que se habia reconciliado con la República, conociendo aunque no lo decia, que hizo muy mal en querer mezclarse en una revolucion que no la pertenecia, y que la grandeza inaudita de Francia era consecuencia precisa de una agresion injusta y rechazada con heroismo, iba á rendir homenaje al primer consul, dichosa porque podia decir por dignidad propia, que si ajustaba la paz era con un revolucionario lleno de genio, con el glorioso restaurador de los principios sociales.

De seguro que ateniéndose solo á las maravillas de los primeros tiempos, hubiese dicho la historia, al hablar de aquel reinado, que no se habia visto en el mundo una cosa ni mas grande ni mas completa. Así es que la admiracion se veia retra-

tada en el semblante de los extranjeros de todas clases y condiciones que se agolpaban en derredor del primer consul, pues infinitos extranjeros acudieron á Paris para ver la Francia y al general Bonaparte, y la mayor parte de ellos fueron presentados á él por los ministros de su respectivo gobierno. Su corte, pues, se habia formado una; era á un mismo tiempo militar y civil, severa y elegante, y ademas nombró una servidumbre militar para él y los cónsules, dando á su esposa una comitiva digna de una princesa.

La guardia consular se componia de cuatro batallones de infanteria, cada uno de los cuales contaba mil doscientas plazas, siendo unos granaderos, cazadores otros, y de dos regimientos de caballeria, el primero de granaderos á caballo y el segundo de cazadores tambien á caballo. Todos ellos pasaban por los soldados mas apuestos y valientes del ejército, y una artilleria numerosa y bien servida completaba aquella guardia, convirtiéndola en una verdadera division de guerra, provista de todas armas, y que ascendia á cerca de seis mil hombres. Mandaba aquella soberbia tropa un brillante estado mayor, habiendo un coronel para cada batallon, y un general de brigada para dos batallones reunidos: en cuanto á todo el cuerpo en masa, mandábanlo, alternando unos con otros, durante una década, cuatro generales de division, uno de infanteria, otro de caballeria, otro de artilleria, y otro de ingenieros. Por lo demas, era un cuerpo escogido á que iban á parar en premio de su buena conducta los mejores soldados, que rodeaba al gobierno de un brillo adecuado á su caracter guerrero, y que en caso de

guerra era una reserva invencible en cualquiera batalla, para lo cual basta recordar que el batallon de granaderos de la guardia consular casi salvó al ejército en Marengo. A este estado mayor especial de la guardia consular añadió el primer consul un gobernador militar para el palacio de las Tullerías, que tenia á sus inmediatas órdenes dos oficiales de estado mayor con título de ayudantes. Era el gobernador á la sazón el ayudante de campo Duroc, á quien siempre tocaba desempeñar las comisiones delicadas, y que era el oficial mas á propósito que podia buscarse para hacer que reinasen en palacio el orden y decoro que tanto apetecia el primer consul, y era tan propio de aquel tiempo. Como era preciso dar á semejante aparato militar cierto aspecto civil, fué nombrado el primer año Mr. Benezech, consejero de estado, para que presidiese las recepciones, y acogiese con las mayores muestras de atencion y cortesania tanto á los ministros extranjeros como á los grandes personajes que los cónsules admitiesen en palacio. Despues remplazaron en este cargo á Mr. Benezech, cuatro oficiales civiles, llamados prefectos de palacio, poniéndose á disposicion de madama Bonaparte cuatro damas de palacio para ayudarla á hacer los honores del salon del primer consul. Asi que se supo la nueva organizacion que se preparaba en palacio, muchas personas hasta de las familias que pertenecian á lo que se llamaba el antiguo régimen, solicitaron cargos: bien es verdad que no fué la alta nobleza que en otro tiempo ocupaba los salones de Versalles la que se presentó á pretender destinos, pues aun no habia llegado para ella el momento

en que debía someterse; sino familias distinguidas, que no habiendo tenido á gala el haber emigrado, se acercaban á un gobierno poderoso, que gracias á la gloria de que se hallaba circundado, honraba á cuantos le servían. El general Bonaparte escogió para perfectos de palacio á Mr. Benezech, que ya habia desempeñado el mismo cargo, MM. Didelot y de Lucay, empleados que fueron en hacienda, y Mr. de Remusat, magistrado. Las cuatro damas de palacio, que debían ayudar en sus tareas á madama Bonaparte, fueron las de Lucay, Lauriston, Talhonet y Remusat, elección contra la cual, nada tenían que decir los personajes mas aficionados á denigrar allá en la emigracion. Tampoco podían criticar aquella organizacion militar y civil los hombres de razon que opinan que las cortes se deben formar con lo que puramente exija el decoro, pues lo mismo en una república que en una monarquía, es preciso guardar el palacio de los gefes del estado, rodeándolo del aparato imponente de la fuerza pública; y es preciso tambien que en ese palacio haya hombres y señoras escogidas que reciban con la atencion debida á los estrangeros ilustres y ciudadanos distinguidos que sean admitidos á la presencia de los primeros magistrados de la república. Bajo este aspecto la corte del primer consul era tan digna como respetable, recibiendo cierto encanto de su esposa y de sus hermanas, notables por sus modales, ó su talento ó su hermosura. Puesto que ya hemos hablado en otra parte de los hermanos del primer consul daremos ahora á conocer á sus hermanas. Madama Elisa Bacciochi, que era la mayor, aunque poco notable por su figura, lo era mucho

por su talento, y atraía á su alrededor á los literatos de mas nombradia de aquel tiempo, como por ejemplo MM. Suard, Morellet, Fontanes. Carolina Murat, esposa del general de este nombre, era tan ambiciosa como bella, y trasportada de gozo con la fortuna de su hermano, procuraba que recayese en ella y su esposo la mejor parte de esa misma fortuna, siendo una de las señoras que daban á la nueva corte mas movimiento y elegancia; y Paulina Bonaparte, que se casó en primeras nupcias con el general Leclerc, y que despues contrajo matrimonio con un príncipe Borghese, era una de las jóvenes mas bellas de su tiempo; por lo demas, aun nó habia dado pábulo á las murmuraciones tanto como dió mas tarde; y aun cuando algunas veces alligia á su hermano con su conducta no muy cuerda, desarmaba su severidad con el cariño que le profesaba. La señora de Bonaparte sobresalía entre todas ellas por la posicion que ocupaba como esposa del primer consul, y encantaba con sus gracias á los franceses y estrangeros que llegaban á ser admitidos en palacio. El general Bonaparte, que al mismo tiempo que queria en estremo á sus parientes, trataba con militar dureza á los que turbaban la paz doméstica que deseaba reinase en torno suyo; contenía las rivalidades inevitables y visibles ya, que se suscitaban entre los miembros de su familia.

Un suceso de alguna importancia acababa de ocurrir en la familia del primer consul, el casamiento de Ortensia de Beauharnais con Luis Bonaparte. El primer consul, que queria entrañablemente á los dos hijos de su esposa, quiso que Ortensia de Beauharnais se casase con Duroc,

creyendo se tenían estos jóvenes mútua inclinación; pero no se realizó este casamiento, gracias á madama Bonaparte. Esta señora, á quien atormentaba el temor de un divorcio, desde que habia perdido las esperanzas de tener mas hijos, pensó en casar á su propia hija con un hermano de su esposo, llevada de la idea de que como los hijos que naciesen de aquel enlace serian parientes por uno y otro costado del nuevo gefe de Francia, podrian ser herederos suyos. Casado José Bonaparte; viviendo como vivia Luciano entregado al desarreglo, y portándose como enemigo de su cuñada; hallándose, por último, Gerónimo espiando á bordo de la escuadra algunos extravíos propios de la juventud, Luis era el único que convenia á las miras de la señora de Bonaparte, y puso en él las mientes. Tenia instruccion y prudencia el escogido, pero era de carácter melancólico, y nada á propósito para unir su suerte á la de la jóven que le destinaban, y el primer consul que así lo creia, resistió en un principio; pero cedió en seguida, dando su consentimiento para que se realizase un matrimonio que aunque no debia labrar la dicha de ambos esposos, estuvo á punto un instante de dar herederos al imperio del mundo.

El cardenal Caprara les dió la bendición nupcial en una casa particular, pues tal era el modo con que se celebraban entouces las ceremonias del culto, cuando los que oficiaban eran sacerdotes *no juramentados*; y aprovechando aquella ocasion también bendijo al general Murat y á su esposa Carolina, quienes no habian recibido la bendición, como otros muchos casados de aquel

tiempo, que solo habian contraido matrimonio ante el magistrado civil. El general Bonaparte y Josefina se hallaban en el mismo caso, y esta hizo mil instancias á su esposo para que consintiese en añadir el vínculo religioso al civil que ya los unia; pero ya por prevision, ya por temor de confesar en público que le ligaba á madama Bonaparte un contrato incompleto, lo cierto es que el primer consul no quiso acceder á los deseos de su esposa.

Tal era entouces la familia consular que despues fué imperial: aquellos personajes notables por muchos titulos, felices con la gloria y prosperidad del gefe que constituia su grandeza, contenidos por él y no mimados por la fortuna, presentaban un espectáculo interesante y que no alligia el alma como la corte directorial, a cuyo frente estuvo muchos años el director Barras. Si algunos franceses llevados de la envidia ó desdenos, que muchas veces le debian atenciones, perseguian á aquella noble familia con sus sarcasmos, los estrangeros, mas justos que ellos, le pagaban un tributo de curiosidad y elogios.

Ya hemos dicho en otra parte que el primer consul recibia de diez en diez dias á los embajadores y estrangeros que le presentaban los ministros de sus respectivas naciones, teniendo costumbre de recorrer las filas de la reunion, numerosa siempre, seguido de sus ayudantes de campo. Luego salia la señora de Bonaparte, acompañada de las damas de palacio, es decir, que se observaba el mismo ceremonial puesto en uso en las demas cortes, con menos acompañamiento de ayudantes de campo y damas de honor,

pero con el brillo incomparable que rodeaba al general Bonaparte. Cada cinco dias convidaba á comer á los personages eminentes de Francia y Europa, y una vez al mes daba en la galería de Diana un banquete, al cual asistian algunas veces hasta cien convidados. Esos dias tenia reunion por la noche en las Tullerías, admitiendo á los altos empleados, los embajadores, y las personas de la alta sociedad francesa, que en vez de evitar tener contacto con el gobierno buscaban á éste. Como hasta las cosas mas pequeñas las hacia por cálculo, mandaba á su familia se pusiese ciertos trages para que se generalizase su uso por espíritu de imitacion; como por ejemplo que se vistiesen de seda á fin de dar vida hasta donde pudiera á las sederías de Leon, y recomendaba á su esposa la tela llamada *linon* con el objeto de favorecer á las fabricas de San Quintín (1). En cuanto

(1) He aqui una carta que escribió desde San Quintín al consul Cambacéres.

SAN QUINTÍN, 21 de pluvioso año IX (10 de febrero de 1801).

Las fabricas tan importantes de San Quintín y sus cercanías que tenian ocupados á mas de setenta mil trabajadores, y hacían que entrasen en Francia mas de quince millones de numerario, han perecido casi en su totalidad; y sería de desear que nuestras damas, pudiesen en moda el linon, dejando de dar á las muselinas la absoluta preferencia que han llegado á alcanzar. Creo que la idea que aquí me han suscitado de reanimar uno de nuestros mas importantes artefactos y que poseemos esclusivamente, y de dar pon á tantas familias francesas, es muy oportuno para poner á la moda las telas de *linon*; que hace ya demasiado tiempo que se hallan en desgracia.

á él, sencillo como ninguno, llevaba una modesta casaca de cazador de la guardia consular, al paso que obligó á sus cólegas á que se pusiesen el uniforme bordado de consul, y á que tuviesen reunion en su casa, para repetir aunque con menos brillo, lo que se hacia en las Tullerías.

El invierno de 1801 á 1802 (año X) fué brillante en extremo, por la satisfaccion que reinaba en todas las clases, unas contentas porque volvian á Francia, otras porque al fin iban á disfrutar de completa seguridad, y otras porque veian en la paz marítima una perspectiva ilimitada de prosperidad comercial. Los estrangeros contribuyeron con su presencia á dar mas brillo á las funciones, hallándose entre los personages que en aquella época se presentaron en París, dos que llamaron la atencion general, un inglés ilustre y un emigrado cuyo nombre habia volado en alas de la fama.

El inglés era Mr. Fox el orador mas elocuente de Inglaterra, y el emigrado Mr. de Calonne, ministro que fué de hacienda, y que gracias á su talento fecundo en hallar recursos, supo ocultar por algunos instantes á los ojos de la corte de Versalles, el abismo hácia el cual caminaba á pasos agigantados. Mr. Fox tenia suma impaciencia por ver al hombre, á quien á pesar de su patriotismo británico, estimaba en gran manera, y así, luego que se firmó el tratado preliminar de paz, se trasladó á París, siendo presentado al primer consul por el ministro de Inglaterra. Su objeto era ver á Francia y al hombre que se hallaba al frente del gobierno, pero tambien le llevaba el eseo de consultar nuestros archivos diplomáti-

cos, pues el gran orador whig ocupaba sus ócios escribiendo la historia de los dos últimos Estuardos; y luego que lo supo el primer consul, mandó se le franqueasen todos los archivos, haciéndole una acogida no solo capaz de atraerse á un enemigo, sino de encantar como encantó al que ya era amigo suyo tan solo por su gloria. Dejando además á un lado la etiqueta, el primer consul trató con intimidad al generoso extranjero, teniendo con él largas y frecuentes conferencias, como si conquistándole á él quisiera conquistar al pueblo inglés. Sin embargo, muchas veces no convenían en ideas. Aunque Mr. Fox se hallaba dotado de una imaginación viva, con la cual lograba atraerse los ánimos en la cámara, no tenía un talento positivo ni práctico, de suerte que abrigaba nobles ilusiones, de que nunca había participado, ó á lo menos no participaba ya el primer consul, bien que fuese hombre de tanta imaginación como talento. El joven general Bonaparte estaba desengañado como puede uno estarlo después de una revolución que principió en nombre de la humanidad y murió anegada en sangre; y solo conservaba un encanto entre los muchos que fué sembrando la revolución, el de la grandeza, que le impelia á cometer excesos. En una palabra, era muy poco liberal para poder agradar al jefe de los whigs, y sobrado ambicioso para gastar á un inglés, de suerte que disputaron más de una vez sobre sus respectivas opiniones; y mientras el primer consul se sonreía al ver que un hombre que pasaba de cincuenta años, fuese tan sencillo y tuviera tan poca experiencia, Mr. Fox sentía alarmado su patriotismo británico

cuando le indicaba los grandes designios que tenía. Sin embargo, llegaron á quererse sinceramente, y el primer consul puso el mayor esmero en que Mr. Fox viese á todo París, acompañándole algunas veces á los establecimientos públicos. Había á la sazón una exposición de productos de la industria francesa, la segunda que se verificaba después de la revolución, y todo el mundo se quedó sorprendido de lo que habían progresado nuestros artefactos, los cuales, en medio del desorden general de que también participaron, recibieron notables mejoras. Los extranjeros, y especialmente los ingleses, que eran muy buenos jueces sobre aquella materia, no trataban de ocultar su admiración, y el primer consul condujo á Mr. Fox á las salas de la exposición situadas en el palacio del Louvre, gozándose algunas veces en la sorpresa que manifestaba su ilustre huésped. Mr. Fox, en medio de las atenciones que le dispensaban, manifestó un rasgo que honra los sentimientos de aquel noble personaje, y que prueba que sabía conciliar la justicia de que Francia era merecedora con el patriotismo más delicado. Había en una sala del Louvre un globo terráqueo, muy grande y hermoso, destinado para el primer consul y artísticamente construido, y uno de los personajes que iban en la comitiva del primer consul le dió vueltas, diciendo con bastante torpeza al poner la mano sobre Inglaterra que esta nación ocupaba muy poco espacio en el mapa del mundo. Efectivamente, contestó con viveza Mr. Fox, en esa isla tan pequeña es donde nacen los ingleses, y donde todos ellos quieren morir; pero añadió circundando con

los brazos los dos Océanos y ambas Indias: mientras viven llenan todo este globo, abarcándolo con su poder. El primer consul aplaudió esta contestacion, tan arrogante como oportuna.

El personaje que despues de Mr. Fox mas llamaba la atención pública era Mr. de Calonne, que como hemos dicho regresó á Paris por mediacion del príncipe de Gales. Apenas llegó empezó á usar un lenguaje que nadie esperaba, y causaba gran sensacion entre los realistas; pues decia que no queria servir al nuevo gobierno mediante las relaciones que tuvo con la familia de los Borbones; pero que se habia propuesto ser franco con sus amigos. Segun él nadie en Europa era capaz de hacer frente al primer consul, pues los generales, los ministros y hasta los reyes eran inferiores á él: los mismos ingleses habian pasado tocante á él del odio al entusiasmo, sentimiento que abrigaban todas las clases de la poblacion británica y que era estremado como lo son los ingleses en todas sus cosas. No habia pues que contar con la Europa para derribar al general Bonaparte, ni debia deshonrarse la causa realista con odiosos complots de que se horrorizaban los hombres de bien del mundo entero, sino someterse, esperar todo del tiempo, y de la doble dificultad de gobernar á Francia sin trono, y fundar un trono sin la familia de los Borbones. Unicamente, las infinitas vicisitudes de las revoluciones podian dar probabilidades de buen éxito, que no existian entonces, en favor de los príncipes desterrados; pero como quiera que fuese, era preciso confiar tan solo en la Francia, en la Francia ilustrada y animada de mejores sentimientos, mas no en el es-

trangero ni en las conspiraciones. Este lenguaje, singular á fuer de prudente, sobre todo en boca de Mr. de Calonne, causaba asombro, haciendo creer que no habria pasado mucho tiempo sin que Mr. de Calonne entrase en relaciones con el gobierno consular, pues habia visto al consul Lebrun que recibia á los realistas con consentimiento del primer consul, y habia conferenciado con él acerca de los negocios de Francia. Decíase tambien, que iba á ser para la hacienda lo que era Mr. de Talleyrand con respecto á la diplomacia, esto es, un noble que abjuraba de sus creencias para ayudar con su esperiencia y el influjo de su nombre al primer consul; pero todo esto carecia de fundamento, pues el gefe del gabinete francés necesitaba un talento no tan brillante, sino de mas aplicacion de la que habia mostrado Mr. de Calonne, y encontró esta cualidad en Mr. Gaudin, quien introdujo en la hacienda un orden admirable. No obstante, apenas se esparció esta voz, rodearon á Mr. de Calonne una infinidad de pretendientes que hacia poco habian vuelto á Francia, y se figuraban que no podian elegir para con el nuevo gobierno un apoyo mas eficaz y que mejor justificase con su ejemplo su adhesion al primer consul (1).

(1) Los príncipes desterrados tenian en Paris agentes, algunos de los cuales eran hombres de talento, y solian estar bien informados de lo que pasaba. Estos agentes daban cuenta casi todos los dias de los sucesos mas principales. Hé aquí un extracto de un informe relativo á Mr. Calonne.

Hace cerca de un mes que Mr. de Calonne se halla de regreso en Paris, habiendo tenido antes de dejar á Inglaterra una conferencia con los ministros, quienes le recibieron perfecta-

¿Quién creyera que á pesar de tantas mejoras hechas ó proyectadas, pudiese suscitarse una oposicion, y sobre todo, una oposicion encarnizada? Preparábase, sin embargo, una y muy violenta contra las mejores obras del primer consul, y no por parte de los radicalmente opuestos á su gobierno, ó sease los realistas y revolucionarios, sino del partido que tanto deseó y mas ayudó á la caída del Directorio por insuficiente,

mente, preguntándole si tenia intencion, ya que volvia á Francia, de servir al nuevo gobierno. A esto contestó, que la conducta que observó durante la revolucion y el cariño que tiene á la familia real, le imponia la obligacion de no admitir ningun destino; pero alicto á Francia por gusto é instinto, si le pedian consejos los daría, siempre que creyese podrian redundar en beneficio de su patria.

Su llegada á Paris ha causado gran sensacion, y como ha corrido la voz de que va á ser nombrado ministro, se ve acosido de visitas y rodeado de hechurizados, como en los tiempos en que mas brillaron su fortuna y su crédito: para librarse de la nube de pretendientes que le persiguen, ha tenido que irse al campo. Creo sin embargo, que la voz que se ha espandido carece de fundamento, y si alguna vez llega á realizarse lo que se dice, no será por ahora, reduciendo á todo lo que hay á que hace algunos dias debia ser presentado á Bonaparte, y tener con él una conferencia secreta.

Por lo demás, todos los dias ve á sus antiguos amigos, con quienes se franquea abiertamente, diciéndoles, que testigo como ha sido de los débiles y nulos que son las potencias extranjeras, no cree sean ellas las que contengan la invasion revolucionaria, y mucho menos las que protejan de un modo eficaz la causa del rey. Tambien repite lo que hace mucho tiempo sabiamos, estas, que los hombres que rigen los destinos de Europa, carecen de recursos, no tienen carácter, no conocen el tiempo en que viven, no saben ni juzgar lo presente, ni calcular para lo futuro, y que se hallan faltos del valor y de la firmeza que se nece-

y que se nombrase un nuevo gobierno que fuese tan firme como hábil. En cuanto á los revolucionarios subalternos, acostumbrados al desorden y la matanza, el gobierno habia logrado contenerlos, deportando á los que no se sometieron, y cada dia se iban hundiendo mas y mas en la oscuridad en que yacian para no volver á salir de ella; los hombres malvados del partido realista, necesitaban descansar despues de lo de la máquina infernal, y á la sazón tomaban aliento,

sita para acometer cualquiera empresa. Segun él, todos dependen de Bonaparte, y se hallan dispuestos á hacer con humildad cuanto tenga á bien, de suerte, que está persuadido que solo en Francia puede trabajarse en favor de la monarquía, y no colocándose en primera línea, no fomentando necios y ridiculos complots, mas propios para deshonorar una causa que para atraer sobre ella resultados positivos, sino ocupándose sin ruido ni escándalo, en restablecer la opinion, destruir preveniciones, debilitar los temores, reunir á todos los partidarios del rey, y hacer de modo que estén dispuestos á aprovechar en favor suyo todos los sucesos que debe traer el curso natural de las cosas.

Mr. de Calonne asegura que el entusiasmo que en Inglaterra tienen por Bonaparte, no solo es general, sino que raya en exceso: la corte y el cuerpo municipal, la capital y las provincias, toda clase de ciudadanos desde los ministros hasta los artesanos le elogian con afán, entonando á coro mil alabanzas por sus victorias y el brillo que ha revestido su poder. Por lo demás, este entusiasmo no es peculiar de Inglaterra, pues tiene infestado por decirlo así á toda la Europa, y de todas partes acude gente á Paris para ver al hombre grande, á lo menos una vez en su vida, habiendo tenido la policia que amenazar con el arresto á los daneses que ponian la rodilla en tierra siempre que le divisaban.

Esta es la causa principal de su fuerza y su inmenso poderio; ¿y cómo han de atreverse á luchar contra él los franceses cuando las potencias europeas se postran á sus plantas?

además de que acababan de ser pasados por las armas parte de los que tenían infestados los caminos; y por lo que hace á los realistas de alto coturno, aunque hablaban en las tertulias de París de un modo bastante imprudente, dejaban ver no obstante la inclinacion que los arrastró á representar mas tarde, los hombres el papel de gentiles hombres de camara, y las señoras el de damas de honor en el palacio de las Tullerías, á pesar de no habitarle los Borbones.

Empero, el partido revolucionario moderado, llamado á componer el nuevo gobierno, se habia dividido, como sucede á todo partido victorioso que aspira á fundar un gobierno, y no está conforme en los medios que deben emplearse para constituirlo. Ya en los primeros dias del Consulado, ese partido que concurrió de varias maneras al 18 de brumario, mostró al parecer divergencia de opiniones, pues mientras unos se inclinaban á convertir al gobierno de la revolucion en una república democrática y moderada, como la que Washington acababa de establecer en América, otros querian formar una monarquía mas ó menos parecida á la inglesa, y aun si era preciso á la antigua monarquía francesa, menos las preocupaciones propias de otra época y el régimen feudal. Principiaba entonces el tercer año del gobierno consular, y como de castumbre, iban tomando vigor las dos tendencias aun con la misma contradiccion que hallaban, convirtiéndose los partidarios de una opinion casi en violentos revolucionarios al ver lo que estaba sucediendo, es decir, que la autoridad del primer consul se aumentaba de dia en

dia, que las ideas monárquicas iban propagándose, que se habia formado en las Tullerías una corte, que el culto católico se hallaba restablecido ó faltaba poco para estarlo, y que los emigrados volvian á Francia en masa. Los otros partidarios, llevados del afán de rehacerlo todo, casi pensaban como los realistas de antaño, y aun se hallaban dispuestos á transigir con el despotismo ilustrado, sin esperar mejor éxito de la revolucion: por cierto que tratándose de despotismo ilustrado, revelaba tanto genio, proporcionaba tanta tranquilidad y reposo el que en aquellos momentos iba apoderándose del gobierno en Francia, que quizá no era fácil resistir á su encanto; pero era tan encontrado el modo de pensar de unos y otros, que al fin debia resultar una crisis.

Agitado el Tribunado en las anteriores sesiones, ya con las leyes de hacienda, ya con los tribunales especiales, lo estaba mucho mas aquel año al ver el aspecto que presentaban las cosas, y la prisa que se daba el gobierno para conseguir su objeto. Lo que le indignaba sobre todo, era el concordato, pues en su concepto era el acto mas contra-revolucionario que se podia imaginar; el código civil era tambien muy poco adecuado á la igualdad, y hasta le desagradaban, como veremos bien pronto, los tratados de paz en que iba envuelta la grandeza de Francia.

Mr. Sieyes, que como ya hemos visto quiso impedir cualquiera agitacion acudiendo al remedio de sus precauciones constitucionales, nada consiguió, pues así como las constituciones no engendran las pasiones humanas, tampoco pueden destruir las, viniendo á ser únicamente la escena en

que juegan esas mismas pasiones. Con emplear en el despacho de los negocios sometidos al Consejo de estado toda la formalidad y actividad posibles en vez del ruido, la palabrería, é inútil crítica que había en el Tribunalado; con reducir á este al papel de abogar en pro y en contra de los actos del gobierno ante un Cuerpo legislativo que no tenía que hacer otra cosa sino pronunciar un simple sí ó un no; con hacer superior á ellos á un Senado ocioso que con largos intervalos elegía á los hombres encargados de representar estos dos papeles bastante inútiles en las dos asambleas legislativas; con escoger el personal del gobierno en igual sentido, con llevar por último al Consejo de estado los hombres mas versados en los negocios, al Tribunalado los que podían tomar la palabra, así como los que estaban por el ruido, al Cuerpo legislativo los que ya cansados yacían en la obscuridad, y al Senado los que aunque cansados también pertenecían á un orden elevado, no impidió Mr. Sieyes que estallasen las pasiones de la época; y aun añadió, es necesario decirlo, cierta envidia entre esos cuerpos unos con otros. El Tribunalado conocía la vanidad declamatoria de su papel; el Cuerpo legislativo conocía que se ponía en ridiculo con su silencio, y por otra parte contenía en su seno muchos sacerdotes, que habiendo abandonado el estado eclesiástico pertenecían á una oposicion callada, pero que incomodaba, organizada por el abate Gregorio, y hasta el mismo Senado que Mr. Sieyes había comparado con un anciano opulento y tranquilo, no lo estaba tanto como supuso. Fastidiado algun tanto con su ociosa dignidad, pues los senadores no podían eger-

cer cargos públicos, y su poder electoral que rara vez ponían en uso, estaba muy lejos de despertar su actividad, el cuerpo de que vamos hablando ni mas ni menos que el anterior, miraba con ojos de envidia al Consejo de estado, que era el único que compartía con el primer consul la gloria de las grandes cosas que se realizaban todos los dias.

Así, pues, esa sociedad á la cual creyó Mr. Sieyes podría adormecer en una especie de régimen aristocrático, á egemplo de Venecia ó de Génova, se agitaba como un enfermo á quien queda un resto de calentura, y aunque podía ser sometida y contenida por un soberano fuerte y enérgico, no era fácil adormecerla tranquilamente como se figuró su autor.

Lo mas singular es que Mr. Sieyes inventor de todos esos arreglos constitucionales, en virtud de los cuales reinaba tanta actividad por una parte y tan poca por la otra, llegara á cansarse de su propia inacción. Moderado como era y aun monárquico en sus opiniones debió aprobar los actos del primer consul, pero empezaba á haber desavenencias entre ellos por causas inevitables y accidentales, y á aquel gran hombre especulador que todo lo veía y nada hacia, llegó á envidiar al genio activo y poderoso que iba apoderándose de Francia y del mundo. Mr. Sieyes vió desde luego en las magnificas obras del general Bonaparte el germen de sus faltas futuras, y si no lo decía en alta voz, lo indicaba algunas veces con su silencio ó con algun rasgo de su lenguaje tan profundo como su pensamiento. Quizá agasajándolo sin cesar hubiera podido calmarle el primer consul, pero este creyó demasiado pronto que

Mr. Sieyes estaba suficientemente recompensado con la donación que le hizo de la hacienda de Crosne, y absorto por otra parte en sus inmensos trabajos, no hizo caso del hombre superior que con tanta nobleza le cedió el primer puesto en 18 de brumario. Mr. Sieyes entregado á la ociosidad, celoso y ofendido como se hallaba, mostrábase taciturno ó aprobaba con frialdad, sino es ya que criticase abiertamente la misma inmensidad del bien que se estaba haciendo, y como el primer consul no era hombre que dejaba á sus adversarios toda la sinrazon, hablaba con mas que llaneza de la metafísica de Mr. Sieyes y de su impotente ambicion diciendo sobre esto mil cosas que nunca debió decir, y que inmediatamente iban á repetirle hombres mal intencionados. Contaba á su lado Mr. Sieyes algunos amigos, tales como Mr. de Tracy, que aunque tenía un talento distinguido carecía de principios religiosos y era un filósofo original dotado de un caracter respetable; Mr. Gorat filósofo secundo en hablar, pero con mas pretensiones que profundidad; Mr. Cabanis, que se habia consagrado al estudio del hombre material y que nada veia mas allá de los límites de la materia; y Mr. Lanjuinais, devoto sincero, hombre de bien aunque vehemente que habia defendido con valor á los girondinos, y que ya se acaloraba al oír mencionar la idea de hacer resistencia al César moderno. Todos ellos rodeaban á Mr. Sieyes y formaban en el Senado una oposicion notable, no siendo ellos solos, sino otros muchos los que veian en el concordato una prueba de que se preparaba una contra-revolucion.

Viendo el primer consul que Francia y Europa contemplaban con admiracion sus obras, no comprendia que los únicos que las desaprobaban estuviesen precisamente cerca de él, y lleno de despecho al ver semejante oposicion, llamaba á los que la hacian en el Senado, ideólogos, imbuidos por un descontentadizo que sentia no poder mandar á pesar de que era incapaz de ello; camorristas á los individuos del Tribunado, con los cuales, era preciso chocar de frente para demostrarles que no era hombre que se asustaba del ruido, y á los descontentos mas ó menos numerosos del Cuerpo legislativo, frailes secularizados y jansenistas, á quienes trataba de organizar el ábate Gregorio, de acuerdo con Sieyes, para que hiciesen oposicion al gobierno; pero decia que él acabaria con todas aquellas resistencias, y que no le detendrian fácilmente en la senda del bien que quería realizar. Como no estaba acostumbrado á la vida de las asambleas, ignoraba el arte de contemplar á los hombres, arte que César mismo, á pesar de todo su poder, no despreciaba, y que aprendió en el senado de Roma. El primer consul espresaba su disgusto osada y públicamente, con el convencimiento de su fuerza y de su gloria, y no daba oídos al prudente Cambaceres, quien teniendo como tenia mucha esperiencia del modo como se manejan las asambleas, le aconsejaba inútilmente la templanza y los miramientos. Es preciso, contestaba el primer consul, probar á esos hombres que no les tememos, y cuanto menos miedo les tengamos, tanto mas nos lo tendrán ellos á nosotros. Esto, como se vé, era entrar en las costumbres é ideas de la monarquía pura, á medida

que iba acercándose el momento en que se iba á restablecer la monarquía.

Y no solo se hacia oposicion al gobierno en los cuerpos del estado, sino en el ejército, pues aun cuando éste en masa, ni mas ni menos que la nacion, apreciaba debidamente los grandes resultados conseguidos de dos años á aquella parte, y era enteramente adicto al primer consul, habia no obstante, entre los gefes algunos descontentos, unos por sinceridad de sentimientos, y otros solamente por envidia. A los primeros pertenecian los revolucionarios de buena fé, que veian con pesar el regreso de los emigrados, y que pronto tendrian que ir á lucir sus uniformes á las iglesias; y á los segundos, á los que no podian llevar en paciencia que un igual suyo quisiera convertirse ea soberano, despues de aventajarles en gloria. Por lo demas, aquellos eran en su mayor parte del ejército de Italia, el cual habia sido siempre francamente revolucionario, y estos del ejército del Rhin, tranquilo y moderado, pero algo envidioso.

Como los gefes del ejército de Italia, adictos en lo general al primer consul, pero exaltados en sus opiniones, no querian mucho á los sacerdotes y á los emigrados, se quejaban de que quisieran convertirlos en eclesiásticos, y esto lo decian en el lenguaje original y algo picante de los soldados, siendo Augereau y Lannes, tan malos políticos, como heroicos guerreros, especialmente el segundo, los que mas se propasaban. Lannes, que llegó á mandar en gefe la guardia consular, manejaba los fondos de este cuerpo con una prodigalidad, no solo conocida del primer cónsul

sino autorizada por él, y en el magnífico palacio donde estaba alojado el estado mayor de dicha guardia, Lannes tenia mesa franca para todos sus camaradas, permitiéndose en aquellos festines soldadescos mil invectivas contra la marcha del gobierno francés. No era de temer recibiese alteracion el afecto que los soldados tenian al primer consul, pues estaba seguro de que en cualquiera ocasion podria contar con todos ellos, incluso el mismo Lannes; pero como era arriesgado dejar que se acalorasen mas y mas aquellas cabezas y se desatáran sus lenguas, llamó á Lannes para hablarle con firmeza. Acostumbrado esté á tratar con suma familiaridad á su general en gefe, se propasó algun tanto; pero el primer consul le reprimió con su calma y su aire de superioridad, de suerte que Lannes salió pesaroso de lo que habia hecho, cometiendo una falta, y esponentándose á tener que arrostrar el descontento del árbitro de los destinos de Francia. Por un impulso de honrosa susceptibilidad, quiso pagar lo que habia tomado de la guardia con consentimiento del primer consul; pero á pesar de que habia estado tanto tiempo en la guerra de Italia, casi nada poseia. Augereau, tan falto de reflexion como él, pero dotado de un corazon escélenste, le prestó una cantidad que constituia todo su haber, y le dijo: «Toma este dinero, vé en busca de ese ingrato por quien hemos derramado nuestra sangre, devuélvele lo que falta en la caja, y con eso nada le deberemos.»—El primer consul no permitió á sus antiguos compañeros de armas, niños por decirlo así, á pesar de ser unos héroes, que se emancipasen de su cariño, y los separó, en-

viando á Lannes á la embajada de Portugal, arreglo que corrió á cargo del consul Cambaceres; y mandando á Augereau que se volviese á su ejército y tuviese mas circunspeccion en lo sucesivo.

Sin embargo, estas escenas, exageradas por la malevolencia que las propagaba desfigurándolas, causaban malísimo efecto en la opinion pública, especialmente en las provincias, y aun cuando lejos de desaprobá la conducta del primer consul todos decian que él tenia la razon, sembraban la alarma por do quiera despertando el temor de que se suscitáran graves dificultades contra el poder, por cuyo establecimiento se abogaba (1).

Las escenas habidas con los oficiales del ejército de Italia, eran como las reyertas entre amigos, que riñen hoy para darse un abrazo al día siguiente. Mas serias y rencorosas fueron las ocurridas con los generales del Rhin, pues desgraciadamente empezaba á estallar una division

(1) He aquí el pasage de una carta de Mr. de Talleyrand, quien algun tiempo despues se trasladó á Leon para organizar la consulta italiana.

LEON 7 de nivoso año X; (28 de diciembre de 1801.)

MI GENERAL:

Tengo la honra de noticiaros mi llegada á Leon hoy á la una y media de la madrugada, y deciros entre otras cosas que el camino de Borgoña, exceptuando seis ú ocho leguas no es muy malo, y que los prefectos situados en esta línea de comunicacion, se han aprovechado del impulso de entusiasmo que esparce la esperanza de que paseis pronto por aquí para hacer que se sigan

funesta entre el general en gefe del ejército de Italia y el del Rhin, así como entre el general Bonaparte y el general Moreau.

Este general, desde la campaña de Austria, cuyo buen éxito debia, á lo menos en parte, al primer consul que le dió el mando del ejército mas brillante de Francia, pasaba por el segundo general de la República. En el fondo todos sabian hasta donde llegaba su valia, es decir, que era un hombre de mediano talento, incapaz de entrar en grandes combinaciones, y enteramente falto de genio político; pero fundábanse en sus cualidades de general entendido, prudente y vigoroso, para convertirle en un capitán eminente y capaz de hacer frente al vencedor de Italia y de Egipto. Como los partidos tienen un maravilloso instinto para descubrir las debilidades de los hombres eminentes, los adulan ó les ofenden alternativamente, segun lo creen oportuno, hasta que encuentran el flaco por donde pueden penetrar hasta su corazon para introducir en él su vene-

con actividad los trabajos que tienen por objeto reparar los caminos. En todas partes donde he encontrado pueblos ó algunas viviendas he oido gritar *viva Bonaparte!* y durante las últimas diez leguas que he andado de noche, salian á recibirme con luces repitiendo las mismas palabras, pues esta es una espression de cariño que estáis destinado á oír constantemente.

La historia del general Lannes se ha divulgado por todas partes: el subprefecto de Autun y un ciudadano de Avallon, me han hablado de ella, aunque con circunstancias diferentes, que las cartas de Paris les habian referido como anécdotas. Esto me ha vuelto á proporcionar la ocasion de observar hasta qué punto ocupa la atencion pública en Francia todo cuanto se refiere á vuestra persona.

no, no tardaron en encontrar la parte flaca de Moreau, esto es, la vanidad. Entonces á fuerza de lisongear su amor propio, le inspiraron contra el primer consul una envidia fatal que debia perderle algun dia, y como para colmo de desgracia acababa Moreau de contraer un matrimonio que contribuyó á arrojarle en aquel camino funesto, pues las mugeres de las dos familias de Bonaparte y Moreau se hallaban indispuetas por esas frivolidades que indisponen á las mugeres unas con otras, la familia de Moreau hacia esfuerzos para persuadirle que debia ser el primero y no el segundo; que el general Bonaparte no le miraba con buenos ojos, y que procuraba rebajarle obligándole á hacer un papel secundario. Moreau, que no era hombre de caracter dió oídos á aquellas peligrosas sugeriones. El primer consul de nada tenia que acusarse respecto de él; por el contrario le habia colmado de distinciones de todo género, hablando de él en términos mas satisfactorios que merecia el concepto que de él habia formado, sobre todo á proposito de la batalla de Hohenlinden, que proclamaba públicamente como una obra maestra del arte militar, mientras que en secreto la miraba mas bien como hija de una buena fortuna que como una combinacion sabiamente calculada, y tratándole en fin con miramientos estudiados, porque conocia sus flaquezas y sabia todo el partido que podrian sacar del menor descuido para con él. Empero así que Moreau cometió los primeros agravios no quiso quedarse atrás, y con la prontitud natural de su caracter los igualó bien pronto: así es que un dia que el primer consul trató de que le acompañase á una

revista, Moreau se negó á ello por no ir confundido en el estado mayor del primer consul y dió por disculpa que no tenia caballo. Ofendido con esta negativa el primer consul, no tardó en tomar la rebancha con motivo de uno de esos banquetes que ya hemos dicho acostumbraba á dar, y á los cuales concurrían todos los empleados de elevada categoria. Moreau se hallaba en el campo, pero volvió la vispera para cierto asunto y fué á ver al consul Cambaceres á fin de conferenciar con él acerca del objeto que le llevaba á Paris: este que siempre estaba ocupado en conciliar los ánimos, recibió á Moreau lo mejor que pudo y corrió á anunciar su llegada al primer consul instándole vivamente á que convidase al general en jefe del ejército del Rhin al banquete dispuesto para el dia siguiente, pero el primer consul respondió: Me ha desairado públicamente y no me espondré á que me vuelva á desairar. Nada bastó á convencerle, y mientras que al otro dia se hallaban en las Tullerías sentados á la mesa del primer consul todos los generales y altos empleados de la República, Moreau se vengó de que no hubiesen hecho caso de él, yendo á comer públicamente, y vestido de paisano á una de las fondas mas acreditadas de la capital en compañía de varios oficiales descontentos; hecho que fué muy notado y produjo un efecto lamentable en la opinion.

Desde aquel dia, es decir, desde el otoño de 1801, los generales Bonaparte y Moreau se trataron mutuamente con la mayor frialdad; frialdad de que se aprovecharon los partidos hostiles para exaltar al general Moreau á costa del general Bonaparte, procurando envenenar con la ponzoña del

odio aquellos dos corazones. Estos detalles parecerán quizá no muy adecuados á la dignidad de la historia, pero todo cuanto sirve á dar á conocer á los hombres, y aun las deplorables pequeñeces de los más eminentes, es digno de la historia; porque todo lo que puede instruir le pertenece. Además, siempre es bueno advertir á los personajes de importancia que no deben indisponerse por motivos que nada valen, sobre todo cuando sus disensiones llegan á ser las de la patria.

La apertura de la sesion del año 40 se verificó el 4.º de frimario (22 de de noviembre de 1801) conforme á lo prevenido en la constitucion, y seguramente que si hay un gobierno que pueda jactarse de haberse presentado de un modo digno en una asamblea legislativa ese gobierno es el consular. Celebrada la paz con Rusia, Inglaterra, las potencias italianas y alemanas, Portugal, y la Puerta, habia que someter á la aprobacion de la asamblea todos esos tratados favorables para nuestro pais; y además, habia un proyecto de conciliacion con la iglesia que ponía término á los desórdenes religiosos, y que á pesar de que reformaba la iglesia francesa con arreglo á los principios de la revolucion, era del agrado de los ortodoxos, quienes venian á aprobar las consecuencias de esa misma revolucion; un código civil, monumento que despues causó la admiracion del mundo entero, leyes sumamente útiles sobre instruccion pública, la legion de honor; y otra infinidad de materias á cual mas importantes, y proyectos rentísticos que equilibraban completamente los gastos con los ingresos del estado: ¿qué conjunto mas completo ni extraordinario podia

ofrecerse á una nacion? Sin embargo todas estas cosas fueron como vamos á ver, muy mal recibidas.

Abrióse la sesion del Cuerpo legislativo con cierta solemnidad, siendo el ministro de lo interior el encargado de presidir la apertura, y de una y otra parte mediaron algunos discursos de puro aparato, con arreglo á las formas puestas en uso en Inglaterra cuando se abre por comision el parlamento. Aquel moderno ceremonial tomado de una monarquía constitucional, no dejó de escitar la crítica entre los miembros de la oposicion, y cuando quedaron constituidos el Tribunalado y el Cuerpo legislativo dióse principio á la eleccion de personas, eleccion en que las asambleas revelan sus sentimientos secretos. El Cuerpo legislativo nombró para presidente á Mr. Dupuis, autor de la obra famosa *Sobre el origen de todos los cultos*. Mr. Dupuis no era tan encarnizado en su oposicion como su obra hubiera podido hacer creer, pues confesó al primer consul en una conferencia que tuvo con él, que la reconciliacion con Roma era necesaria; pero su nombre significaba mucho siendo como era el concordato uno de los principales motivos de queja que se alegaba contra la politica consular; y como era facil comprender la intencion que abrigaban, no se escapó al público, sobre todo al primer consul, que llegó hasta exagerarse su importancia.

Constituidas las dos asambleas que egercian el poder de hacer las leyes, es decir, el Tribunalado y el Cuerpo legislativo, tres consejeros de estado presentaron un informe acerca de la situacion en que se hallaba la República. Este informe que

dictó el primer consul, era sencillo y noble en su lenguaje y magnifico en sus ideas: por lo cual causó gran efecto en la opinion pública. Al dia siguiente una comision de varios consejeros presentó á la asamblea una série de proyectos de ley que muy rara vez presenta ningun gobierno á un mismo tiempo á las cámaras; como que eran, como ya hemos dicho los tratados con Rusia, Baviera, Nápoles, Portugal, América y la Puerta Otomana. El tratado celebrado con Inglaterra, con el nombre de tratado preliminar de paz, iba á adquirir en el congreso de Amiens la forma de tratado definitivo, y no podia ser presentado aun al Cuerpo legislativo; y por lo que hace al concordato no queria el gobierno esponerlo tan pronto á la mala voluntad de los individuos de la oposicion. En seguida leyó el consejero de estado Portalis un discurso que se ha hecho célebre sobre la totalidad del código civil, y otros tres consejeros presentaron los tres primeros titulos de ese código en que se hablaba del modo con que debian ser publicadas las leyes, del goce y privacion de los derechos civiles y de los actos del estado civil.

Parecia que semejante programa de trabajos legislativos, debia echar por tierra cualquiera oposicion; sin embargo, no fué así, pues cuando siguiendo la costumbre, se dió cuenta al Tribunal de aquellos proyectos, la comunicacion en que se hablaba del tratado con Rusia, suscitó la escena mas violenta que puede darse. El artículo 3.º de este tratado contenia una estipulacion importante á que ambos gobiernos apelaron para preservarse de los manejos secretos que pudieran poner en juego uno contra otro, caso de que abri-

gáran mala voluntad. Decia el mencionado artículo: que no permitirian que ninguno de sus súbditos mantuviese correspondencia, sea directa ó indirectamente, con los enemigos interiores del gobierno actual de ambos estados, que propagasen en ellos principios contrarios á sus respectivas constituciones, ó que fomentasen el desorden. Para estipular esto, tuvo presente el gobierno francés la conducta de los emigrados, y el ruso la de los polacos; y era muy natural semejante precaucion, sobre todo para nuestro gobierno, que tenia que temer y vigilar á los Borbones. Al calificar á los individuos que pudieran atentar al reposo comun de ambos paises, se usó en el tratado la palabra que naturalmente se presentaba como la que se usaba con mas frecuencia en el lenguaje diplomático, esto es, *súbditos*; y lo hicieron sin intencion alguna, porque es la palabra que comunmente se emplea en los tratados, porque lo mismo se dice *súbditos* de una república que *súbditos* de una monarquía. Sin embargo, apenas se acabó de leer el tratado, pidió la palabra el tribuno Thibaut, miembro de la oposicion, y dijo:—En el testo de ese tratado se ha deslizado una espresion que no podemos admitir en nuestro idioma, ni debemos dejar que corra libremente: hablo de la palabra *súbditos*, aplicada como se aplica á los ciudadanos de uno de los dos estados, pues en una república no hay súbditos sino ciudadanos. Sin duda nacerá de alguna equivocacion cometida al tiempo de estender el tratado; pero es indispensable que se deshaga. Estas palabras produjeron vivisima agitación, como sucede siempre en una asamblea conmovida de antemano, que espera algun

suceso de gravedad, y que se estremece por cualquier circunstancia, por muy leve que sea, como tenga relacion con lo que trae inquietos los ánimos; pero por fortuna cortó el presidente la discusion que iba á promoverse, diciendo que no habiéndose abierto la discusion, debian guardarse las observaciones para el dia en que presentado el dictamen de la comision, pudiera ser discutido. Gracias á esta invocacion del reglamento se logró que por entonces no estallase el tumulto, procediéndose, en seguida al nombramiento de comision.

Las palabras del tribuno aumentaron la agitación que ya reinaba en los grandes cuerpos del estado é irritaron mas y mas al primer consul. Entretanto continuó manifestándose la oposicion por medio de las elecciones de personas. Habia en el Senado varias plazas vacantes, una por muerte de Crassous, y otras dos que debian ser provistas en virtud de la constitucion, con arreglo á la cual, solo se proveyeron en un principio, como ya recordaremos, sesenta plazas de senadores, de las ochenta que componian el número total de que constaba el Senado. Para completar este número, por espacio de diez años debian nombrarse dos en cada uno de ellos, y de consiguiente habia en aquel momento tres plazas que dar, contando, segun hemos dicho ya, la que vacó por muerte de Crassous, debiendo presentar un candidato el primer consul, otro el Cuerpo legislativo y otro el Tribunado, para que el Senado eligiese entre los tres al que tuviera por conveniente, todo con arreglo á la misma constitucion.

Dióse principio á los escrutinios, tanto en el

Cuerpo legislativo como en el Tribunado, donde la oposicion (la de este último cuerpo) proponia á Mr. Dannou, que se habia malquistado públicamente con el primer consul con motivo de los tribunales especiales, tan discutidos en la última legislatura. Desde entonces no quiso volver á presentarse en el Tribunado, diciendo que *mientras durase la tirania*, no tomaria parte en los trabajos legislativos; y efectivamente cumplió su palabra, por lo cual le escogieron los miembros de la oposicion, para dar en rostro con semejante nombramiento al primer consul. Los partidarios que el gobierno tenia en dicho cuerpo pusieron las mientes en Mr. Bigot de Preameneu, uno de los autores del código civil; pero ni uno ni otro triunfó, pues obtuvo mayoría de votos un candidato sin significacion, el tribuno Desmeuniers, personage moderado y que tenia algunas relaciones con el primer consul. Mas resuelto y franco se mostró el Cuerpo legislativo, pues mientras Mr. Bigot de Preameneu, soloreunió la quinta parte de votos, él nombró al abate Gregorio por su candidato en el Senado, nombramiento que despues de la presidencia conferida á Mr. Dupuis era un amago y no pequeño contra el concordato.

Por su parte el primer consul queria hacer una proposicion significativa, para lo cual pudo esperar que los dos cuerpos encargados de presentar candidatos en union con el poder ejecutivo, eligiesen esos candidatos para las plazas vacantes aun. Era probable que como el Cuerpo legislativo y el Tribunado no querian quebrar definitivamente con un gobierno tan popular como el del primer con-

aul, y se hallaban por otra parte entregados á ese movimiento oscilatorio que hace que las asambleas retrocedan al día siguiente cuando avanzan demasiado la vispera, harian una eleccion que no disonase tanto y aun admitirian por candidatos, para los dos restantes nombramientos, persona que pudiera admitir el gobierno. De este modo el primer consul podria admitir, por ejemplo, á Mr. Desmeuniers porque habia ofrecido darle la plaza de Senador en premio á sus servicios, y siendo como era probable que saliese de alguno de los escrutinios del Cuerpo legislativo ó del Tribunal el nombre de Mr. Bigot de Preameneu, el primer consul podria presentar por su cuenta á los candidatos que mas le conviniesen entre los en que hubiesen pensado aquellas dos asambleas, siendo casi seguro que en este caso aceptaría la mayoría del Senado un nombre presentado por dos de las tres autoridades en que se dividia el gobierno de Francia. Esta era la conducta que segun el consul Cambaceres debia seguirse, pero ademas de que estos manejos eran muy conocidos, pues se acudia á ellos con frecuencia en el gobierno representativo, causaban gran repugnancia al primer consul, pues el general magistrado, extraño como era á aquella forma de gobierno, no queria colocarse en segunda linea esperando que el Cuerpo legislativo ó el Tribunal manifestasen las personas que eran de su agrado para manifestar él aquellas á quienes preferia. En consecuencia presentó inmediatamente, no un candidato, sino tres á un mismo tiempo eligiendo á tres generales. A pesar de las esperanzas que dió anteriormente á Mr. Desmeuniers le dejó á un lado, porque no habia

espresado su modo de pensar con franqueza en las discusiones ya entabladas acerca del código civil, y presentó á los generales Jourdan, Lamartilliere y Berruyer, perfectamente adecuados á las circunstancias. El general Jourdan fué contrario, segun parecia al 48 de brumario, pero todos le miraban con respeto, y como se condujo despues con prudencia recibió el gobierno del Piamonte, de suerte que presentándole el primer consul al Senado daba pruebas de la verdadera imparcialidad que tanto conviene al que se halla al frente de los negocios en un pais. En cuanto al general Lamartilliere era el oficial mas antiguo de artilleria, y se habia hallado en todas las campañas de la revolucion, y el general Berruyer era un oficial de infanteria muy anciano, que despues de tomar parte en la guerra de siete años, acababa de ser herido en los ejércitos de la República. No eran pues, hechuras suyas las que el general Bonaparte proponia, sino hombres que habian encañecido sirviendo á Francia en todos los sistemas de gobierno porque habia pasado, y si se adoptaba aquella conducta noble y contemporizadora no podia hacerse una eleccion mas digna. Lo mas singular es que esto, ó cosa parecida, se dijo en el preámbulo cuyo sentido significaba mucho; como que el gobierno se espresaba así dirigiéndose al Senado: «La paz que disfrutamos la debemos á la sangre que los generales han vertido en cien batallas; probadles pues, llamándolos á vuestro seno, que la patria no es ingrata para con ellos.»

Reunido el Senado, pusieron en juego mil intrigas, siendo uno de los que se asoció á ellas Mr. Sieyes, que por lo regular vivia en el campo,

y lo dejó por aquel motivo. Gracias á esas intrigas lograron atraer á muchos hombres cándidos y bondadosos, como por ejemplo, el anciano Kellermann, diciéndoles para conseguir su objeto, que si daban la preferencia á su candidato, el Cuerpo legislativo propondría para la segunda plaza vacante al general Lamartilliere, uno de los tres candidatos del primer consul, y que con eso se daría gusto á un mismo tiempo al Cuerpo legislativo y al gobierno. Estos manejos produjeron el resultado que esperaban, y el abate Gregorio fué elegido senador por gran mayoría de votos.

Mientras que las elecciones traían agitados los ánimos y causaban gran regocijo á los miembros de la oposicion, iban tomando un carácter sensible, las discusiones que tenían lugar en el Cuerpo legislativo. La comisión del Tribunado que se nombró para que examinase el tratado celebrado con Rusia, andaba dividida acerca de la palabra *súbditos*, y Mr. Costaz, secretario de dicha comisión, pidió esplicaciones al gobierno. Recibióle el primer consul explicándole el sentido del artículo tan atacado, dándole á conocer el motivo de haberse insertado en el tratado, probándole en cuanto á la palabra *súbditos*, con el Diccionario de la Academia en la mano, que esta palabra empleada en estilo diplomático lo mismo se aplicaba á los ciudadanos de una república que á los de una monarquía, y aun contándole para acabar de convencerle diversos detalles acerca de las relaciones que mediaban entre Francia y Rusia tocante á los emigrados. Mr. Costaz rendido á la evidencia de aquellas esplicaciones presentó un informe favorable al artículo

en cuestion, pero intimidado por la violencia del cuerpo á que pertenecía censuró el uso que se había hecho de la palabra *súbditos*, y contó las cosas con tal torpeza que cualquiera hubiese dicho que al frente de Rusia se hallaba un gobierno debil que entregaba los emigrados al primer consul, y en Francia un gobierno cruel que perseguía á estos allá en el albergue que se había refugiado por muy lejano que fuese. Es decir, que como siempre sucede á los hombres circunspectos que quieren contemplar á todos los partidos á un mismo tiempo, lo que hizo Mr. Costaz fué disgustar á los miembros de la oposicion y al primer consul á quien comprometía con Rusia.

Cuando llegó el día de la discusion, esto es, el 7 de diciembre de 1801 (16 de frimario), pidió el tribuno Jard-Panvilliers que se discutiese el asunto en sesion secreta, proposicion muy prudente que fué adoptada, y así que los tribunos se vieron libres de la presencia del público el cual no les era nada favorable, se entregaron á arrebatos increíbles. Querian nada menos que desechár el tratado y proponer al Cuerpo legislativo que hiciese lo mismo, y si alguna vez ha habido una locura que merezca castigo, seguramente era esta pues rechazar un tratado semejante que había costado tanto tiempo y que aseguraba la paz con la primera potencia del continente, rechazarlo decimos, por una palabra además de exacta completamente inocente, era portarse como unos locos y furiosos. MM. Chenier y Benjamin Constant prorrumpieron en violentas declamaciones, llegando el primero hasta á manifestar que tenia que decir cosas muy importantes acerca de aque-

la cuestion, pero que solo las diria en sesion pública para que las supiese la Francia entera. Hubo quien le respondiese que mas valia empezar por comunicarlá á sus mismos cólegas, pero persistió en su silencio, y un tribuno desconocido, sencillo en su modo de esplicarse y que demostró tener muy buen discernimiento, pronunció una corta allocucion que devolvió la calma á los ánimos sobradamente conmovidos.—No entiendo una palabra, dijo, de diplomácia ni conozco el idioma, pero veo que el documento que analizamos es un tratado de paz, y como tal, esto es, como una cosa preciosa, es preciso que lo aprobemos cualesquiera que sean las palabras que contenga. Podéis creer que Francia no os perdonaria lo desechais, y que seria terrible la responsabilidad que pesaria sobre vosotros, por lo qual pido que se acabe esta discusion, que la sesion vuelva á ser pública y votemos inmediatamente el tratado.—Despues de estas cortas palabras pronunciadas con tranquilidad y llaneza, iba á procederse á la votacion cuando uno de los que se oponian al tratado, pidió se suspendiese la discusion, merced á lo avanzado de la hora, y así se acordó. Al dia siguiente fué el tumulto tan grande como la vispera, pues Benjamin Constant pronunció un discurso que llevaba escrito, muy extenso é ingenioso, y Mr. Chenier volvió á entregarse á sus declamaciones de costumbre diciendo que por no ser *súbditos* habian muerto cinco millones de franceses, y que esta palabra debia permanecer sepultada en las ruinas de la Bastilla. Cansada de estas violencias la mayoría, iba á poner término á ellas cuando llegó una carta del consejero

de estado, Fleurieu para Mr. Costaz secretario de la comision, y que dió el carácter de oficiales á las esplicaciones que contenia su informe, indicando que venian del primer consul. Muchos miembros le dijeron que probase terminantemente que era cierto lo que daba á entender, y entonces se dirigió á Mr. Fleurieu que era el consejero de estado, encargado de defender el proyecto, y éste, autorizado por el primer consul envió una declaracion escrita, rectificando al mismo tiempo las inexactitudes que Mr. Costaz cometió en su informe, todo lo cual reanimó el debate, hasta que al fin lo terminó Mr. Ginguené con una proposicion epigramática y poco parlamentaria. Conociendo que era difícil desechar un tratado de paz por solo una palabra, pidió se emitiese un voto motivado en estos términos: «Por amor á la paz aprueba el Tribunado el tratado celebrado entre Francia y la corte de Rusia.»

Mr. de Girardin que era uno de los miembros mas comedidos y de mas talento del Tribunado, hizo que éste desechase todas aquellas proposiciones, y decidió á la asamblea á que pasase inmediatamente á la votacion. Así como así la mayoría del Tribunado queria, eligiendo personas que desaprobasen la conducta del primer consul dar á entender á este que no estaba muy contenta, pero no deseaba entrar en lucha abierta con él, sobre todo á propósito de un tratado que podia atraer sobre ella la animaversion pública si lo desechaba, por manera que fué aprobado por setenta y siete votos contra catorce, siéndolo despues sin alboroto en el Cuerpo legislativo, gracias á la forma en que este cuerpo estaba constituido

Aquella escena causó en Paris un efecto lastimoso, pues todos creian que el primer consul no debía ser como un ministro, que se viese espuesto á cada instante á perder la mayoría, y por cuya existencia política hubiera que temerse. Considerábasele como cien veces mas necesario que un rey en una monarquía, pero veian con pena el menor asomo de nuevos desordenes, y los amigos de una libertad prudente y racional, se preguntaban mutuamente en qué vendría á parar semejante lucha si se prolongaba, con una constitucion que no conferia el poder de disolucion.

Efectivamente, si hubiese podido disolver la asamblea, muy pronto estaba cortada la dificultad, pues convocada Francia á nuevas elecciones no elegiria ni a uno solo de los adversarios del gobierno; pero obligados como lo estaban los poderes públicos á vivir juntos hasta no haberse renovado por quintas partes, se hallaban espuestos como en tiempo del Directorio á apelar á medios violentos, y si tal cosa sucedia, no quedaria la victoria seguramente ni por el Tribunalado ni por el Cuerpo legislativo, pues bastaba que el primer consul manifestase su voluntad con decision para destruir la constitucion y á cuantos hacian de ella tan mal uso, por lo cual temblaban todos los hombres de bien al ver semejante estado de cosas.

La discusion del código civil fué á aumentar estos temores, siendo difícil comprender, hoy que el tiempo ha hecho que se aprecie lo que vale ese código, cómo en aquella época se desencadenó contra él la critica. Los miembros de la oposicion manifestaron desde luego gran asombro al ver un

código tan sencillo y que tan poca novedad encerraba, soliendo decir: ¡con que no es mas que esto! en ese proyecto no hay ni una idea nueva, ni un solo pensamiento legislativo de importancia, peculiar á la sociedad francesa, y que pueda darle un carácter propio y estable; como que únicamente es una traduccion del derecho romano ó consuetudinario. Han cogido el Domato, el Pothier y las Institutas de Justiniano, han puesto en francés todo cuanto contienen, lo han dividido en artículos, han enlazado estos artículos por medio de números, en vez de hacerlo por medio de una deduccion lógica, y en seguida presentan esta compilacion como un monumento que Francia debe admirar y respetar! MM. Benjamin Constant, Chenier, Giuguené y Andrieux, dignos todos de emplear mejor su talento, se burlaban de los consejeros de estado, diciendo que eran unos procuradores gobernados por un soldado, y que se entretenian en hacer una compilacion vulgar, llamada código civil de Francia con tanto descaro como fatuidad.

Mr. Portalis, y los hombres de discernimiento que le habian ayudado en su obra, contestaban que en materia de legislacion, no era preciso ser originales, sino claros, esactos y terminantes; que no iba á constituirse una nueva sociedad, como sucedió á Licurgo ó á Moisés, sino á reformarse en algunos puntos y á reconstituirse en otros la sociedad antigua; que hacia diez siglos que existia el derecho francés; que era hijo á un mismo tiempo de la ciencia romana, el feudalismo, la monarquía y las ideas modernas, los cuales hacia muchos y muchos años que estaban obrando sobre las costumbres

francesas; que como el derecho civil de Francia era el resultado de esas causas diferentes entre sí, debia acomodarse á una sociedad que habia dejado de ser aristocrática para convertirse en democrática; que era preciso, por ejemplo, revisar las leyes sobre el matrimonio, el poder paterno y el modo de heredar, para despojarlas de todo cuanto no estaba conforme con las ideas del dia; que era necesario castigar las leyes sobre propiedad de cualquiera servidumbre feudal, estendiendo estas prescripciones en un lenguaje claro y lacónico, que no diese lugar á dudas é interminables disputas; que á esto se reducía únicamente el monumento que habia que levantar, y que si, contra lo que se habian propuesto sus autores, sorprendiera el proyecto de código civil por la forma en que estaba estendido, si gustara á algunos hombres ilustrados por lo nuevo y original de sus tendencias, en vez de merecer el aprecio aunque mudo y frio de los jurisconsultos, faltaria á su verdadero objeto, por mas que agradase á algunas personas, mas raras en su modo de ver las cosas que sensatas.

Todo esto se ajustaba perfectamente á la razon y la verdad, siendo bajo este aspecto una obra acabada de legislacion el código de que vamos tratando: unos jurisconsultos, llenos de saber y experiencia, impregnados en el derecho y dirigidos por un gefe, soldado es verdad, pero de una superioridad de talento extraordinario, hábil en resolver sus dudas y en hacer que trabajasen, habian compuesto aquel compendio del derecho frances, purgándolo del derecho feudal, y era imposible proceder de otro modo ni hacer cosa mejor.

Es verdad que podia substituirse en aquel vasto código una palabra por otra, ó trasladar un artículo de un sitio á otro; y podia hacerse sin mucho riesgo, pero tambien sin mucha utilidad; ¿mas cómo evitarlosi justamente tal es la conducta que siguen aun las asambleas favorables al gobierno solo para poder decir que han enmendado la obra que son llamadas á aprobar? Efectivamente, algunas veces cuando se presenta á las cámaras un proyecto de ley de importancia, suele verse que los hombres de mediano talento y los ignorantes, se agrupan en torno de una obra de legislacion, fruto de largo tiempo de experiencia y no poco trabajo, para mudar esto ó lo otro, haciendo de un conjunto bien enlazado otro informe é incoherente, y que no tiene relacion con las leyes existentes y los hechos efectivos. Muchas veces obran asi no por espíritu de oposicion sino por gusto de retocar la obra ajena; ¿y qué no harian, pues, aquellos tribunos apasionados y de escasa instruccion, tratándose de un código que tenia unos mil artículos?

El título preliminar sufrió la primera avenida de críticas del Tribunado: habiendo pasado á una comision de que era secretario el tribuno Andrieux, esta presentó su dictamen reducido, salvo alguna diferencia poco importante en cuanto al estilo, á aprobar las disposiciones que prevalecieron definitivamente, y que hoy vienen á ser el prefacio de ese bello monumento de legislacion. Trataba el artículo 1.º de la promulgacion de las leyes, habiendo habido que abandonar el antiguo sistema, en virtud del cual, ninguno estaba obligado á cumplir la ley hasta que

los parlamentos y tribunales no hubiesen formado un registro, sistema que dió por resultado en otro tiempo que los parlamentos y el trono luchasen entre sí; lo cual sirvió de provechoso correctivo contra la monarquía absoluta, pero hubiera sido un contra sentido en una época en que había asambleas representativas á las cuales tocaba conceder ó negar los impuestos. Sustituyóse á este sistema la idea sencillísima de que el poder ejecutivo promulgase la ley obligando á su cumplimiento veinte y cuatro horas despues de haber sido promulgado en el punto donde residiese el gobierno, y en los departamentos pasado un plazo proporcionado á las distancias. El artículo 2.º disponia, que las leyes no tubiesen efecto retroactivo, disposicion tan útil como necesaria en vista de los grandes yerros que acerca de esto cometió la Convencion; y por lo mismo quedó sentado como principio que la ley nunca podria referirse á cosas pasadas, rigiendo únicamente para en adelante. Limitada la accion de las leyes en cuanto al tiempo, era preciso limitarla tambien por lo que hace á los sitios; esto es, decir qué leyes tendrian que obedecer los franceses fuera del territorio de Francia, obligándoles á que cumpliesen con ellas en cualquier lugar, como sucedia por egemplo, con las que tenian por objeto arreglar los matrimonios y el modo de heredar, y cuáles serian las que solo debian obedecer estando en territorio francés asi como los extranjeros que viviesen en Francia. A esta última categoría pertenecian las leyes relativas al buen orden ó á la propiedad, y tal era el objeto del artículo 3.º El 4.º obligaba á los jueces á que dictasen sen-

tencia, aun cuando les pareciese insuficiente la ley, caso que se habia visto mas de una vez en la transicion de una legislacion á otra, pues por falta de leyes no sabian muchas veces los tribunales á qué parte dar la razon habiéndose evadido fraudulentamente no pocas de la obligacion de administrar cumplida justicia. El tribunal de casacion y el Cuerpo legislativo se hallaban atestados de recursos en que se pedia se aclarase esta ó la otra ley, abuso que era preciso impedir obligando al juez á que resolviese de un modo uniforme en todos los casos, é impidiendo al mismo tiempo que se constituyese en legislador; tal era el objeto del artículo 5.º en el cual se prohibia á los tribunales que decidiesen otra cosa especial que tuviesen que sentenciar, mandándoles que para dictar sentencia acudiesen á la disposicion general de la ley. Por último el artículo 6.º y último restringia la facultad natural que todos los ciudadanos tienen de renunciar por convenios particulares al beneficio que pudieron reportar de ciertas leyes, y disponia las cosas de tal modo que era imposible eludir las leyes relativas al orden público, la constitucion de las familias y las buenas costumbres, declarando que nadie podia sustraerse á ellas cualquiera que fuese el convenio particular que para ello mediase.

Estas disposiciones preliminares eran indispensables, pues era preciso se dijese en nuestra legislacion cómo debian promulgarse las leyes, desde qué momento se convertian en obligatorias, y hasta dónde se estendian sus efectos no solo en cuanto al tiempo sino en cuanto á los lugares; que se prescribiese á los jueces el modo general con-

que debían ser aplicadas las leyes obligándolos á dictar sentencia, aunque prohibiéndoles que se constituyesen legisladores; y por último, hacer inmutables las leyes que constituyen el orden social y moral, sustrayéndolas á las variaciones de convenios particulares. Siendo como son indispensables estas cosas, ¿dónde podían estar mejor que al frente del código civil, el primero, mas general y mas importante de todos los códigos? ¿Estarian mejor, por ejemplo, en un código de comercio ó de procedimientos civiles? No hay duda en que estas máximas generales eran muy necesarias, estaban en su lugar y se hallaban bien escritas.

Difícil sería comprender hoy la crítica que Mr. Andrieux hizo contra el título preliminar del código civil en nombre de la comisión del Tribunado, pues en primer lugar sostuvo que aquellas disposiciones podían figurar en cualquier parte, en atención á que lo mismo pertenecían al código civil que á otro cualquiera, pudiendo por ejemplo, hallarse al frente de la constitución ni mas ni menos que al frente del código civil. Esto era cierto, mas ya que no habían pensado en ponerlas en el preámbulo de la constitución, lo cual era natural, supuesto que no tenían carácter alguno político, ¿dónde podrían estar mejor que en un código que podía llamarse social?

En segundo lugar creía Mr. Andrieux que el orden que aquellos seis artículos guardaban entre sí era arbitrario, pudiendo ponerse el primero en lugar del último y el último en lugar del primero; lo cual era enteramente inesacto, y aun mirándolo bien, era fácil descubrir una verdadera deducción lógica en el modo con que estaban dis-

puestos. Pero en todo caso ¿qué importaba el orden de colocacion de aquellos artículos siendo tan buenos como eran unos como otros? ¿No era el mejor orden aquel á que habían dado preferencia eminentes jurisperitos despues de un trabajo hecho con conciencia? ¿No había bastantes dificultades naturales en aquella grande obra sin necesidad de añadir otras de poca monta?

Por último, segun Mr. Andrieux todo aquello no pasaba de ser máximas generales y teóricas, que mas bien pertenecían á la ciencia del derecho que al derecho positivo que dispone y manda. Esto era falso, pues la forma con que debían ser promulgadas las leyes, el límite que debían tener sus efectos, y la obligación que se imponía á los jueces de sentenciar en vez de formar reglamentos particulares, prohibiendo la validez de ciertos convenios contrarios á las leyes, todo esto, decimos, se prevenía en tono imperativo.

Semejante crítica era, pues, tan vana como ridícula, pero sin embargo, el Tribunado la creyó digna de fijar la atención, y ademas hubo tribuno, Mr. Thiessé, que vió peligros y contra-revoluciones en la disposición que prohibía á las leyes todo efecto retroactivo, diciendo que aquello era querer atraer hasta cierto punto las consecuencias de la noche del 4 de agosto, pues los individuos que habían nacido bajo el régimen del derecho de primogenitura y de sustitucion, podrían decir que la nueva ley relativa á la igualdad que debía reinar en la particion y division de bienes heredados, era retroactiva en cuanto á ellos, y como tal, nula en su resultado.

A pesar de que todo esto era un poco absurdo,

el título preliminar fué desechado por veinte y tres votos contra quince, y llenos de gozo con semejante principio los miembros de la oposicion, quisieron proseguir su tarea decididos á triunfar en todo y por todo. Conforme á lo dispuesto en la constitucion nombraba el Tribunado tres oradores para que sostuviesen contra tres consejeros de estado la discusion de las leyes en el Cuerpo legislativo, y comisionados para ello MM. Phiesse, Andrieux y Favard, lograron que el título preliminar fuese desechado por ciento cuarenta y dos votos contra ciento treinta y nueve.

Esto unido á las elecciones anteriormente hechas, y á la escena que tuvo lugar con motivo de la palabra *súbditos*, era muy grave, y se anunciaba como casi seguro que tambien serian desechados los otros dos títulos ya presentados sobre el goce de los derechos civiles, y la forma con que debian ser extendidas las actas del estado civil. Efectivamente, proponia Mr. Simeon en su informe acerca del goce y privacion de los derechos civiles sosteniendo entre otras cosas á pesar de su talento y prudencia, que la ley presentada á la asamblea debia decir: que los hijos de franceses que naciesen en las colonias eran franceses por derecho propio; critica singular que citamos porque causó al primer consul cierto asombro mezclado de cólera. Lo primero que éste hizo fué reunir al consejo de estado para tratar de los medios que debian adoptarse de resultas de aquellas ocurrencias. ¿Era preciso insistir ó no en la marcha adoptada? ¿Debía variarse el modo con que las leyes eran presentadas al Cuerpo legislativo, ó convenia aplazar para otra época aquella gran

obra, esperada con tanta impaciencia? El primer consul estaba desesperado, y exclamó en tono ágrío:—¿Qué quereis que suceda con hombres que antes de darse principio á la discusion decian que los consejeros de estado y los consules eran unos asnos y que era preciso tirarles su obra á la cabeza? ¿Qué quereis que suceda, cuando un hombre de tanto talento como Simeon, sostiene que una ley es incompleta porque no declara que los hijos de franceses nacidos en las colonias francesas lo son tambien? En verdad que se confunde uno al ver tales aberraciones; y si á pesar de la buena fé con que el Consejo de estado ha discutido este punto, nos ha costado sumo trabajo ponernos de acuerdo? cómo lo conseguiremos en una asamblea cinco á seis veces mas numerosa que ella, y que discute con mala fé? ¿Cómo redactar un código entero con semejante cláusula? He leído el discurso que Portalis ha pronunciado en el Cuerpo legislativo contestando á los oradores del Tribunado, y los ha batido en brecha, pulverizando todos sus argumentos, pero por mas elocuente que uno sea aunque hable veinte y cuatro horas seguidas nada se consigue con una asamblea llena de prevenciones, y que está resuelta á no oír nada de cuanto la digan.

Despues de esponer estas quejas con amargura y viveza, el primer consul preguntó al Consejo de estado qué medio adoptaria para que el Tribunado y el Cuerpo legislativo aprobase el código civil. Este asunto no era nuevo para el consejo, pues ya habia previsto la dificultad, y propuesto diferentes medios para ver de zanjarla, opinando unos que solo se presentasen los

principios generales al Cuerpo legislativo, sin perjuicio de estender despues la materia por la via reglamentaria; pero esto era muy poco admisible, pues no se comprende eso de estender por separado los principios generales de una ley y su aplicacion. Otros proponian un plan mas sencillo, que era el de presentar de una vez todo el código, fundándose en que no era lo mismo discutir un libro que tres, y era de creer que los tribunos se encarnizarian contra los primeros títulos, cansándose despues y abandonando el resto, con lo cual se acortaria la discusion por su inmensidad misma. Esta conducta era plausible y prudente; pero para que tuviese buen éxito faltaba por desgracia muchas condiciones, pues entonces no existia la facultad de poder enmendar las proposiciones del gobierno, lo cual da lugar á esos sacrificios con que si bien de poca monta, se satisface la vanidad de unos y se desarma los escrúpulos de otros, mejorando las leyes. Faltaba tambien á los miembros de la oposicion alguna parte de esa buena fé, sin la cual es imposible que una discusion sea grave; y, por último, el primer consul carecia de esa paciencia constitucional, que inspira á los hombres avezados al gobierno representativo la contradiccion, siendo para él una cosa con que no podia transigir, que por dar gusto á charlatanes se aplazase ó destruyese el bien que con tanta sinceridad habia querido hacer y que tanto trabajo le habia costado preparar.

Algunos que estaban acostumbrados á cortar todo por lo sano, propusieron se presentase el código civil como se presentan los tratados, acom-

pañado de una ley en que se mandase poner en vigor, haciendo que lo votasen en globo, por medio de un si ó un no; pero este modo de obrar era sobrado dictatorial, y no se pensó en él formalmente.

Por dictámen de algunos miembros ilustrados, especialmente Trouchet, convinieron en que debia esperarse qué suerte cabria á los otros dos títulos presentados al Tribunado, sobre lo cual dijo el primer consul:—Si, aventuremos otras dos batallas, y si las ganamos, proseguiremos la marcha que hemos emprendido; pero si las perdemos, nos acogeremos á nuestros cuarteles de invierno, donde pensaremos en el partido que debamos tomar.

Adoptado este plan de conducta, esperó el gobierno el resultado que tendria la discusion, y como viesen los autores de la intriga, que la opinion iba declarándose en contra del Tribunado, para templar el efecto que podria causar la no aprobacion de los demás títulos, resolvieron adoptar uno de ellos. El que hablaba de las *actas del estado civil*, les gustaba mucho, porque consagraba con mas rigor aun los principios de la revolucion tocante al clero, prohibiéndole absolutamente que interviniesen en la estension de las fes de bautismo, de muerto y de casamiento, pues esto corria á cargo de los concejos. Este título, que fué presentado por el consejero de estado Thibaudeau, era excelente; pero de nada le hubiera servido esta cualidad á no contener disposiciones contrarias al clero. Decidieronse pues, á admitirlo; mas como siguiéndose el orden con que fué presentado, era el tercero que debia dis-

cutirse, dejaron el segundo para lo último, y le votaron sin dificultad, para desechar de un modo mas seguro el relativo al *goce y privacion de los derechos civiles*. Asi es que cuando a este le llegó su vez, lo desechó el Tribunado por una mayoría inmensa, haciendo lo mismo el Cuerpo legislativo; es decir, que volvió á aparecer toda la serie de dificultades previstas hasta entonces; dificultades que debían ser de mucha mayor gravedad cuando se tratase de las leyes sobre matrimonio, divorcio y potestad paterna. En cuanto al concurrido y el proyecto relativo á instruccion pública, no había probabilidad alguna de que fuesen admitidos.

Peró lo que acabó de llevar las cosas al estremo, fué un nuevo escrutinio sobre personas, que tomó un carácter de hostilidad directa contra el primer consul. Queriendo desaprobar la política religiosa que seguía el gobierno, hicieron que prevaleciese la eleccion del abate Gregorio contra los deseos expresados por el mismo gobierno; y como quedaban vacantes, segun ya hemos visto, dos plazas, no solo querian que las ocupasen sujetos que no fuesen los tres generales que proponia el primer consul, sino elegir á personas que en manera alguna fueran de su agrado. Pusieron, pues, los ojos en Mr. Daunou, y para que el Senado no tuviese otro remedio que nombrarlo, hicieron los mayores esfuerzos para conseguir que Mr. Daunou fuese propuesto por las dos autoridades legislativas, es decir, por el Tribunado y el Cuerpo legislativo.

Para ello, dieron los pasos que tubieron á bien solicitando votoseon una osadia que asombra, tra-

tándose como se trataba de una autoridad tan temida como la que egercia el primer consul.

Disputado el triunfo entre Mr. Daunou y el general Lamartilliere, candidato del gobierno, hubo varios escrutinios, hasta que al fin reunió Mr. Daunou ciento treinta y cinco votos, y ciento veinte y dos el general; siendo en consecuencia proclamado candidato del Cuerpo legislativo para una de las plazas que habia vacantes en el Senado. Tambien en el Tribunado tuvo Mr. Daunou por competidor al general Lamartilliere; pero obtuvo en su favor cuarenta y ocho votos, mientras que el general solo llegó á reunir treinta y nueve; de suerte que le proponian para candidato dos cuerpos nada menos, resultado tanto mas notable, cuanto que el escrutinio se verificó el 1.º de enero de 1802, (11 de nivoso), el mismo día en que fué desechado el título del código civil, que trataba del *goce y privacion de los derechos civiles*.

Con arreglo á las formas regulares del gobierno representativo, podria haberse dicho que la mayoría se habia suicidado; pero en este caso el que debia retirarse era el primer consul, en atencion á que si causaba en alto grado odio á sus enemigos, tambien le admiraba la Francia entera, y tendria en su favor las simpatias generales. Sin embargo, nadie llevaba su pretension hasta escluirle, porque ninguno tenia medios para hacerlo, siendo por lo tanto aquella una accion hastarda, indigna de hombres de formalidad, y que á pesar de que era hija tambien de un despecho pueril, podia producir graves conflictos, puesto que irritaba á un hombre de carácter violento

que conocía hasta donde llegaba su fuerza, y era capaz de intentarlo todo para llevar á cabo sus fines. Hasta el consul Cambaceres, tan moderado por lo regular, viendo en todo aquello un verdadero desorden, dijo que no podía llevarse en paciencia una hostilidad tan directa, y que lo que es él no respondía de conseguir que el primer consul tuviese calma. Efectivamente, había llegado á su colmo la medida del furor, y anunció abiertamente el gefe del gobierno, se hallaba resuelto á destruir los obstáculos que querian oponer á todo lo bueno que se había propuesto hacer en Francia.

Al día siguiente, 2 de enero (12 de nivoso) daba audiencia á los senadores, y acudieron á ella muchos miembros, tanto amigos como enemigos, unos por curiosidad, otros por debilidad, ó para demostrar con su presencia que desaprobaban lo que estaba sucediendo, hallándose entre ellos Mr. Sieyes. El primer consul vestía de uniforme, como lo tenía de costumbre, y en la animación de su rostro daba á entender que no eran muy pacíficos los sentimientos que le traían agitado: así es que, todos se agruparon en torno suyo, deseosos de presenciar de cerca la escena que se preparaba.

—No quereis nombrar generales, les dijo, y eso que á ellos se debe la paz, siendo en esta ocasion el momento oportuno de manifestarles vuestra gratitud.—Dichas estas primeras palabras, hizo algunas preguntas en tono brusco á los señores Kellermann, Francisco de Neufchateau y otros, quienes trataron de defenderse poromal. Luego se generalizó la conversacion, y el primer consul volvió á tomar la palabra, diciendo en alta voz,

no sin dirigir la vista hácia donde se hallaba Mr. Sieyes:—Hay hombres que quieren darnos un gran elector, y que piensan en un príncipe de la casa de Orleans, sistema que tiene partidarios aun en el Senado.—Esto aludia á un proyecto verdadero ó falso, que se atribuía á Mr. Sieyes, y de que sus enemigos habían hablado al primer consul. Al oír Mr. Sieyes aquellas ofensivas palabras, se retiró abochornado, y dirigiéndose el primer consul á los senadores reunidos, añadió:—Declaro que si nombráis senador á Mr. Daunou, lo tomaré como una injuria personal que quereis hacerme, y ya sabeis que nunca he sufrido la menor injuria.

Aquella escena asustó á la mayor parte de los senadores presentes, y alligó á los que henchidos de prudencia, veían consentimiento, tratasen de irritar hasta tal punto á un hombre tan grande y necesario, pero que no sabía reprimirse cuando le ofendian. Los mal intencionados salieron diciendo que nunca se había tratado á los gefes de los cuerpos del estado de un modo mas indecente é insufrible; pero el golpe ya estaba dado, es decir, que penetró el miedo en aquellas almas tímidas si rencorosas, y aquella ruidosa oposicion iba á humillarse tristemente ante el hombre contra cuyo poderio quiso luchar.

Los cónsules discutieron allá entre ellos el partido que debían tomar, manifestándose el general Bonaparte dispuesto á dar un escándalo, acudiendo á medios violentos. Si hubiese tenido facultades para disolver el Tribunado y el Cuerpo legislativo, habría sido fácil salir del paso por caminos regulares, pues verificada una

eleccion general, los pueblos hubiesen enviado á las asambleas una mayoría que secundase las ideas del primer consul. Es verdad que en tal caso hubieran quedado escluidos en masa los hombres de la revolucion, saliendo á la escena politica otros enteramente nuevos, animados mas ó menos de sentimientos realistas, como los que dieron lugar á los del 18 de fructidor, lo cual hubiese sido una desgracia de otro género. Tan cierto es que era imposible, ademas de peligroso, que andubiese libremente la máquina constitucional al dia siguiente de una revolucion sangrienta que irritó profundamente los ánimos unos contra otros. Por escapar de entre las manos de aturdidos revolucionarios, hubieran caido en la de realistas mal intencionados; pero sea como sea, las leyes no hablaban de disolucion, y era preciso por lo tanto valerse de otro medio.

Quería el primer consul retirar el código civil, dejar en la holganza al Cuerpo legislativo y al Tribunalado, no presentando mas leyes que las de hacienda; y luego, así que la Francia conociese perfectamente que á dichos cuerpos se debía el haberse interrumpido los beneficiosos trabajos del gobierno, aprovechar una ocasion favorable de deshacerse de los incómodos instrumentos que le imponia la constitucion; pero el consul Cambaceres, que á todo encontraba fácil y útil salida, halló medios mas templados, algo mas legales, y sobre todo mas asequibles en aquellos momentos. Disuadió, pues, al general, compañero suyo de consulado, de que tomase medidas ilegales y violentas, diciéndole:—Podeis hacer cuanto tengais á bien, sin miedo de que el pais se oponga, pues

ya sabeis que el Directorio hizo cuanto se le antojó, á pesar de que no contaba con la gloria que os rodea, ni con el ascendiente moral que teneis, ni con vuestros triunfos militares y politicos. Empero acordáos de que el golpe de estado que dió el 18 de fructidor, por muy necesario que fuese, perdió al Directorio, reduciendo la constitucion dictatorial á tal desprecio, que nadie la ha tomado como cosa seria. La nuestra es mucho mejor, y el que tenga habilidad para valerse de ella, puede hacer beneficios á su pais sin necesidad de infringirla: no la entreguemos, pues, al desprecio público, quebrantándola al primer obstáculo que se nos presenta.—Convino despues Cambaceres en que era preciso retirar el código civil, suspender la legislatura, condenar á la inaccion á los cuerpos deliberantes, y hacer que recayese sobre ellos todo el peso de la ociosidad á que el gobierno tenia que permanecer entregado; pero como semejante inaccion era solo una callejuela de que habia que salir por precision, Cambaceres recurrió al artículo 38 de la constitucion que decia así: *la primera renovacion del Cuerpo legislativo y el Tribunalado, no se efectuará hasta el año X.*

Este año habia llegado (1801 á 1802), y podia muy bien elegirse la época que se creyese oportuna para hacer la renovacion, verificandolo, por ejemplo, en el invierno, en el mes de pluvioso ó de ventoso. Despedida entonces la quinta parte del Tribunalado y del Cuerpo legislativo, ó lo que es lo mismo, veinte miembros de aquel, y sesenta de este; escluidos de este modo los mas hostiles, y reemplazados por hombres prudentes y pacificos, se abriria en la primavera una legislatura

extraordinaria para que aprobase las leyes que no habian podido pasar, gracias á la oposicion. No hay duda que este medio era mejor que ningun otro, pues escluyendo á veinte individuos del Tribunal y sesenta del Cuerpo legislativo, alejaba el gobierno á los hombres díscolos que arrastraban tras sí á la masa inerte, é intimidaba á los que tubiesen aun intenciones de hacer resistencia; mas para lograrlo era preciso recabar del Senado dos cosas; que interpretase el artículo 38 en el sentido del plan propuesto, y que eliminase á los miembros de la oposicion, reemplazándolos con hombres adictos al gobierno. A esto respondia Cambaceres, porque conocia muy bien á aquel cuerpo, y sabia que la generalidad de sus individuos eran hombres meticulosos, que cuando viese el Senado que querían traspasarse los límites de la prudencia y la razon, se prestaría á todo cuanto el gobierno exigiese de él. El artículo 38, que trataban de interpretar, no decia cómo debía designarse la quinta parte sujeta á renovacion; pero el Senado, que era el que debía escoger, podia suplir el silencio del artículo, prefiriendo, si lo tenia á bien, el escrutinio, y si alguno decia, contra semejante interpretacion, que cuando es preciso renovar particularmente una asamblea, se acostumbra recurrir á la suerte para designar la porcion que primero debe quedar escluida, podia contestársele, que cuando un cuerpo apela á la suerte es porque no le es dado hacer otra cosa. Efectivamente, no se puede pedir á un centenar de colegios electorales que designen la quinta parte que ha de quedar fuera, porque si el gobierno se dirige á parte de dichos colegios, designa quiénes han de

ser los incluidos, y si á todos, es lo mismo que si recurriese á una eleccion general, en la cual, como es sabido, no es posible fijar de antemano el número de los que deben salir de la asamblea, pues tambien esto seria indicar la quinta parte que se trata de eliminar. La suerte, pues, es el único recurso de que hay que valerse, en un sistema regular de elecciones por colegios electorales; pero habiendo como habia un Senado, al cual tocaba elegir, y siendo facil inducirle á que designase el por medio de escrutinio la quinta parte sujeta á exclusion, era mas natural recurrir á la autoridad perspicaz de sus votos que á la ciega autoridad de la suerte. Esto era hacer al Senado árbitro de la cuestion, mas tambien estaba conforme con el espíritu del código fundamental del estado, pues al conferir al Senado todas las prerrogativas de que disfrutaba el cuerpo electoral, le hizo juez de los conflictos que pudieran suscitarse entre las mayorías legislativas y el gobierno. En una palabra, lo que iban á hacer era restablecer por medio de un subterfugio el poder de disolucion, indispensable en todo gobierno bien constituido.

La razon de mas valia es que podia salir el gobierno del paso sin quebrantar, á lo menos abiertamente, la Constitucion; y por lo mismo manifestó el primer consul que admitiria aquel plan ó cualquiera otro, con tal que le libertasen de los hombres que le impedían hacer beneficios á Francia. Cambaceres se encargó de estender una memoria, y el general Bonaparte escribió en noble y severo estilo el mensaje motivado en que debía anunciarse al Cuerpo legislati-

vo que el código civil quedaba de hecho retirado.

Ya había quien temía no diese pruebas de lo enfadado que estaba, y aun se decía que pronto manifestaría públicamente su desagrado, cuando al día siguiente del recibimiento que hizo á los senadores, el 3 de enero (13 de nivoso) recibió un mensaje el presidente del Cuerpo legislativo, concebido en los siguientes términos, y que fué leído en medio de un silencio profundo, que revelaba algun tanto de terror:

LEGISLADORES:

«El gobierno ha resuelto retirar los proyectos de ley del código civil, viéndose obligado, no sin sentimiento, á aplazar para mejor época las leyes que con tanta impaciencia aguarda la nación; pero está convencido de que aun no ha llegado el tiempo de que se discutan estas importantes materias con la calma y uniformidad de intención que exigen.»

No todos los gobiernos pueden ni deben hablar en semejantes términos; pero sin embargo, es preciso que les sea lícito emplear un lenguaje severo cuando tienen razon, y han hecho á su país inmensos beneficios, cubriéndolo de gloria, en premio de lo cual solo hayan recogido una oposicion descabellada.

Atemorizado el Cuerpo legislativo, cayó á las plantas del gobierno de un modo que le honra muy poco; como que sin levantarse la sesion hubo quien pidió se hiciese el escrutinio á fin de proponer candidato para la tercera y última plaza que habia vacante en el Senado. ¿Habrá quien

crea que los mismos que se prestaron con dañada intención á dar sus votos á MMr. Gregorio y Daunou, votaron en aquel mismo instante en favor del general Lamartilliere? Pues así fué en efecto, reuniendo doscientos treinta y tres votos, de los doscientos cincuenta y dos que tomaron parte en la votacion, siendo declarado en consecuencia candidato del Cuerpo legislativo, merced al deseo que tenian de complacer al primer consul.

Para contentar á éste sin humillarse demasiado, recurrió el Senado á un mediotan inútil como mal pensado. Desde la escena que presenciaron en palacio, nadie pensaba en Mr. Daunou; pero como le proponian dos cuerpos á un mismo tiempo, el Legislativo y el Tribunado, si preferian el candidato del gobierno á uno que tenia en su favor el doble apoyo de dos asambleas legislativas, era lo mismo que decir se doblegaban enteramente ante la autoridad del primer consul. Valiéronse para evitarlo de un subterfugio muy pobre que ni salvó la dignidad del Senado, ni encubrió su apuro, pues lo que hizo fué ponerlo mas y mas de manifiesto. Se reunió al día siguiente, 4 de enero (14 de nivoso) y siendo así que el Cuerpo legislativo, propuso á Mr. Daunou en 30 de diciembre, y al general Lamartilliere en 3 de enero, quisieron hacer creer que la primera resolucion no habia sido comunicada, y si la segunda, por lo cual era el general Lamartilliere el único candidato propuesto por el Cuerpo legislativo. A este subterfugio se unió una astucia mas mezquina aun, pues como la propuesta era para la segunda plaza vacante, y en la lista del primer

consul figuraba el general Lamartilliere en primer lugar, y en segundo, el general Jourdan, consideraron á este último como candidato del gobierno para la plaza que aun se hallaba vacante, motivando su resolución en los siguientes términos:

«En vista del mensaje del primer consul, fecha 25 de frimario, en que propone al general Jourdan; del que el Tribunado ha remitido en 11 de nivoso, proponiendo al ciudadano Daunou, y por último, del que el Cuerpo legislativo ha pasado en 13 del mismo nivoso, presentando por candidato al general Lamartilliere, el Senado admite á este último, y lo proclama miembro del Senado conservador.» Es decir, que por este medio aceptaba al parecer el Senado, no el candidato del primer consul, sino el del Cuerpo legislativo, que era añadir á la afrenta de la sumisión la afrenta de una mentira con que á nadie engañaba. Seguramente hicieron bien en retroceder al ver el continente de un hombre indispensable, sin el cual hubiese sido Francia un caos, y ninguno de los que se oponían hubiera estado seguro de no ir al cadalso; pero era preciso no ofenderle entonces, cuando sabían que no podrían llevar la ofensa hasta el último extremo.

Los individuos de la oposición en el Tribunado pusieron el grito en el cielo al ver la debilidad del Senado, debilidad que también ellos debían imitar, y aun sobrepujar.

Puesto inmediatamente en ejecución el plan adoptado por el gobierno, suspendiéronse los trabajos legislativos, y se anunció públicamente que el primer consul iba á dejar á París para trasladarse á Leon, donde debía permanecer cerca de

seis meses. Aquel viage tenía por objeto un hecho tan grandioso como todos los en que intervenía el general Bonaparte, pues se trataba de constituir la república cisalpina, y quinientos diputados, de diferentes edades y pertenecientes á todas las clases de la sociedad, pasaban á la sazón los Alpes, á pesar de los rigores del invierno, para formar en Leon una gran dieta con el nombre de *Consulta*, y recibir de manos del general Bonapartes, leyes, magistrados y gobierno. Habiéndose convenido en que cada uno de ellos andaría la mitad del camino y que Leon sería el punto en que se reunirían, hacíanse grandes preparativos en aquella ciudad para un acto político tan respetable, y cuyo brillo debía aumentar el aparato militar, pues iban en marcha para Leon, á fin de que les pasase revista su antiguo general, los restos del ejército de Egipto que acababa de desembarcar la marina inglesa en Marsella y Tolón, y que ascendían á unos veinte y dos mil hombres.

El gobierno no volvió á pensar ni en el Cuerpo legislativo ni en el Tribunado, y los dejó en completa ociosidad, sin explicarles en manera alguna los proyectos que pudiera haber concebido, limitándose á no darles trabajo en vez de mandar á sus casas á los miembros de uno y otro cuerpo. Además de las leyes del código civil, quedó retirada una relativa al restablecimiento de la marca para el crimen de falsedad, crimen que de resultas de las circunstancias creadas por la revolución se había multiplicado de un modo espantoso. Como, merced á las nuevas reglas de contabilidad, se necesitaban muchos más documentos que

antes; como que era preciso sacar certificados de civismo, absolutamente indispensables para no ser tenido por sospechoso; como que los emigrados necesitaban tambien un certificado de presencia para purgarlos del delito de emigracion, y como, por último, era increíble el número de pleitos que todos los dias se entablaban, todo esto habia engendrado una clase de criminales digna de ser odiada: hablamos de los falsarios, los cuales infestaban la region de los negocios, como los ladrones habian infestado hasta entoncees los caminos. El primer consul quiso que se les impusiera una pena especial, así como quiso establecer una jurisdiccion especial contra los bandidos, y propuso la marca, diciendo que el crimen de falsedad enriquece, y que el falsario que vuelve á entrar en la sociedad cumplida su condena, hace que se olvide su crimen rodeándose de lujo, por lo cual se necesitaba que el verdugo les imprimiese una marca indeleble para que los amigos aduladores y obsequiosos que arrastra siempre en pos de sí la riqueza, no se sienten á la mesa del falsario enriquecido. Esta proposicion halló las mismas dificultades que el código civil; y retirada como éste, nada quedó en las asambleas sujeto á discusion, pues las leyes relativas á instruccion pública y al restablecimiento de los cultos, no habian sido presentadas. En cuanto á las leyes sobre hacienda, se proponia el gobierno presentarlas en una legislatura estraordinaria que pensaba convocar para la primavera. Dejose, pues, aquella especie de parlamento, no disuelto, no prorogado sino ocioso, inútil, embarazado con su inaccion, y sobre el cual pesaba á los ojos de

Francia la responsabilidad de la interrupcion completa que se notaba en los benéficos trabajos del gobierno.

Los cónsules convinieron entre sí que mientras estuviese ausente el primer consul, Cambaceres, que tenia particular habilidad para manejar el Senado, cuidaria de que se diese la interpretacion que se queria al artículo 38 de la Constitucion, y que vigilaria él mismo por la exclusion de los veinte y los sesenta individuos que se trataba hacer salir del Tribunado y del Cuerpo legislativo.

Antes de ponerse en marcha, se ocupó el primer consul de dos asuntos de importancia; la expedicion á Santo Domingo y el congreso de Amiens, no habiendo podido, gracias á la segunda, marchar en el dia que habia determinado.

Desde antiguo ambicionaba Francia poseer tierras lejanas; ambicion que se despertó en el reinado de Luis XVI, tan favorable á la marina, y que no habia decaído á pesar de los reveses marítimos que sufrimos en varias ocasiones. Las colonias eran entonces objeto de la ardiente codicia de todas las naciones comerciales; y la expedicion de Egipto, proyectada para disputar á los ingleses el imperio de la India, era consecuencia de esa inclinacion general, y su mal resultado habia avivado el deseo del desquite. Dos expediciones preparaba á la sazón el primer consul, una á Santo Domingo y otra á la Luisiana, por cuya posesion (la de esta última) habia dado á la corte de España la Toscana, bello y precioso país que formaba parte de Italia; y en aquellos momentos exigia se cumpliese el empeño contraído

por la espresada corte. Al mismo tiempo estaba decidido á recobrar la isla de Santo Domingo, isla, que siendo como era antes de la revolucion la principal y mas importante de las Antillas, así como la mas envidiada de las colonias que producen azúcar y café, suministraba á nuestros puertos y á nuestra marina muchos objetos de comercio. Las imprudencias de la Asamblea constituyente, habian inducido á los esclavos á rebelarse, y producido los horrores tan tristemente célebres con que la libertad de los negros habia señalado su aparicion en el mundo. Un negro dotado de verdadero génio, Toussaint-Louverture, hizo en Santo Domingo algo de lo que el primer consul estaba haciendo en Francia, puesto que habia dominado aquella poblacion rebelde, y restablecido en ella una especie de orden; de suerte que gracias á él habia cesado la degollacion en Santo Domingo, y todos se dedicaban nuevamente al trabajo. No contento con esto formó una constitucion que sometió á la aprobacion del primer consul, y mientras demostraba cierta adhesion nacional á la metrópoli, miraba á Inglaterra con profundo desvío, y pedia ser libre y francés. Al principio admitió el primer consul aquel estado de cosas; pero llegó á sospechar de la fidelidad de Toussaint-Louverture, y aunque no se proponia volver á reducir á esclavitud á los negros, resolvió aprovecharse del armisticio marítimo que produjo el tratado preliminar de Londres, para enviar á Santo Domingo una escuadra y un ejército. Tenia el primer consul, con respecto á los negros, el proyecto de mantener las cosas en el mismo estado en que se hallaban,

manteniendo tambien la esclavitud en todas las colonias donde no habia penetrado la insurreccion, sin perjuicio de suavizar algun tanto su rigor, y permitiendo que Santo Domingo siguiese en el goce de una libertad, difícil ya de arrancar; pero aspiraba á asegurar el dominio de la metrópoli en esta última isla, para lo cual necesitaba un ejército. Ora llegasen á ser súbditos infieles los negros que habian recobrado su libertad, ora emprendieran de nuevo la guerra los ingleses, pensaba, sin dejar de respetar la libertad de los negros, devolver sus haciendas á los antiguos colonos, quienes se habian refugiado en Paris donde lamentaban su miseria y desahogaban su cólera en imprecaciones contra el gobierno de Toussaint-Louverture. Muchos nobles franceses á quienes la revolucion habia arrebatado sus bienes en Francia, eran al mismo tiempo colonos de Santo Domingo, y habian perdido las magnificas fincas que en mejor época poseyeron en aquella isla; y si bien no queria el gobierno devolverles sus bienes en Francia y que ya pertenecian á la masa de bienes nacionales, estaba decidido á entregarles los ingenios y cafetales de que se habian apoderado los negros, indemnizacion que al parecer debia satisfacerles. Tales fueron los diferentes motivos que impulsaron al primer consul á tomar aquella determinacion: en cuanto á sus combinaciones, sensibles, como veremos bien pronto, pero inspiradas, si así puede decirse, por una disposicion de los ánimos que en aquella época eran generales en Francia, se reducian á recobrar la mayor de nuestras colonias y obtenerlas, no de la dudosa fidelidad de un negro convertido en dic-

tador, sino por la fuerza de las armas, poseerla á pesar de los esfuerzos de los negros y de los ingleses, devolver á los antiguos colonos sus haciendas, las cuales serian cultivadas por manos libres; y agregar por último á esta reina de las Antillas las bocas del Missisipi con la adquisicion de la Luisiana.

Era muy conveniente apresurar las cosas, pues aunque podia decirse que era segura la paz definitiva que se estaba ajustando en aquellos momentos en el congreso de Amiens, era preciso, por lo que pudiera suceder, esto es, por si los ingleses presentaban nuevas é inadmisibles exigencias, aprovecharse de los pocos meses en que la mar iba á estar espedita, para enviar una escuadra. Así pues, de orden del primer consul se preparó en Flessingue, Brest, Nantes, Rochefort y Cádiz un armamento inmenso, compuesto de veinte y seis navios de línea y veinte fragatas, capaces de llevar á su bordo veinte mil hombres, y dió el mando de la escuadra al almirante Villaret-Joyeuse, así como el de las tropas al general Leclerc, uno de los buenos oficiales del ejército del Rhin y que se habia casado con su hermana Paulina. A pesar de que la queria en extremo, exigió que acompañase á su marido, pues enviando á aquellas lejanas regiones á la hermana á quien amaba con tanta ternura, demostraba que no queria, como despues dijeron los partidos, deportar á un pais mortal por la fiebre que reinaba en él, á los soldados y generales del ejército del Rhin que le hacian sombra. Hay otra circunstancia que prueba la intencion que tuvo al formar el cuerpo que iba á ser enviado á Santo

Domingo: como al parecer la paz iba á ser general y en este caso no podia menos de consolidarse, los militares temian ver cortada su carrera, é infinitos fueron los que solicitaron les permitiesen formar parte de la espedicion, habiendo sido preciso distribuir aquella gracia con cierta justicia é igualdad. El valiente Richepanse, aquel héroe del ejército de Alemania fue puesto á la cabeza de la espedicion.

En todos aquellos preparativos empleó el primer consul su acostumbrada celeridad; y mientras pudo, apresuró la marcha de las divisiones navales, esparcidas desde Holanda, hasta el extremo meridional de la península; pero antes, sin embargo, de que se hiciesen á la vela, tuvo que dar esplicaciones á los ministros ingleses, quienes miraban con ojos recelosos aquel vasto armamento. Costó, pues, algun trabajo tranquilizarles, aunque en realidad deseaban se llevase á cabo la espedicion, pues no eran entonces tan ardientes partidarios de la emancipacion de los negros como despues lo han sido al parecer, y el uso que hacian de la libertad los negros de Santo Domingo les causaba no poco susto por las consecuencias que pudiera atraer á sus colonias, sobre todo á la Jamaica. Deseaban pues, lo repetimos, que nuestra empresa tubiese buen éxito; pero les tenia inquietos la magnitud de los medios que se ponian en planta, y hubieran querido que las tropas fuesen embarcadas en buques de comercio. Al fin se avinieron á la razon; resignáronse á dejar pasar aquel inmenso armamento, si bien enviando una escuadra de observacion, y aun prometieron poner á disposicion del ejército francés, mediante,

se entiende, el pago de lo que les suministrasen, todos los viveres y municiones que pudieran necesitar, los cuales podría tomar la expedicion en Jamaica. Zanjadas todas las dificultades, se hizo á la vela el 14 de diciembre la principal division naval formada en Brest, y las demas, poco despues, de suerte, que á fines de diciembre se hallaba navegando toda la expedicion, y cualquiera que fuese el resultado que tubiesen las negociaciones de Amiens, debia llegar á Santo Domingo.

Dichas negociaciones, que como ya sabemos, corrian á cargo de lord Cornwallis y José Bonaparte, caminaban lentamente, sin que por esto hubiera temores de un rompimiento. La causa principal de la tardanza consistió en la formacion del congreso, el cual debia constar no solo de los plenipotenciarios francés é inglés, sino tambien de los plenipotenciarios holandés y español, pues con arreglo al tratado preliminar, debia celebrarse el de paz entre las dos grandes naciones beligerantes y sus aliados. España, que de una intimidación estremada habia pasado casi á ser enemiga nuestra, contrariaba las miras del primer consul no enviando al congreso su plenipotenciario, quizá porque sabia que la paz estaba asegurada, y solo iba ella á figurar en el protocolo para confirmar el abandono de la Trinidad. Los ingleses, por su parte, querian ver en el congreso de Amiens un plenipotenciario español, para conseguir una cesion en forma de la isla de la Trinidad, y aun anunciaban que si no concurría á las negociaciones el plenipotenciario español, seria necesario suspenderlas. Viendo esto el primer consul, tomó un tono para con la corte de España que

la hiciese salir de su apatía y mandó al general Saint-Cyr, que habia substituido en la embajada á Luciano, manifestase á los reyes católicos la extravagante conducta del príncipe de la Paz, diciéndoles: que *si continuaba en su sistema, al fin estallarí el rayo* (1).

El ministro español que debia asistir al congreso de Amiens era Campo Alange, pero cayó enfermo en Italia, y al fin se decidió España á mandar á Azara, su embajador en Paris se trasladase al congreso. Obviada esta dificultad para con los españoles, habia que zanjar otra con respecto á los holandeses pues Schimmelpenninck plenipotenciario de aquella nacion, no queria admitir la base del tratado preliminar; es decir, la cesion de Ceylan, antes de saber como quedaria Holanda acerca de la restitucion de las escuadras que habia enviado á Inglaterra, la indemnizacion

(1) He aquí la carta, de suma importancia para apreciar las relaciones que en aquella época reinaban entre Francia y España.

AL CIUDADANO SAINT-CYR, ENBAJADOR EN MADRID.

10 de frimario año X (1.º de diciembre de 1801.)

Por mas que hago, ciudadano embajador, no puedo comprender la conducta del gabinete de Madrid, y así os encargo especialmente que deis todos los pasos oportunos y adopte una marcha regular y conveniente, lo cual es tan importante que he creído debia escribirós yo mismo.

Cuando S. M. tuvo á bien ratificar el tratado de Badajoz, reinaba la union mas íntima entre Francia y España; pero el príncipe de la Paz pasó á nuestro embajador una nota cuya

que queria se le concediese por el stathouder de-
puesto de su autoridad, y por último de ciertas
disputas sobre el limite territorial que traia con
Francia. José Bonaparte notificó á Mr. Schimmel-
peninck de orden del gabinete francés que no
formaria parte del congreso sino reconocia antes
como base de la negociacion el tratado preliminar
de Londres, y habiéndose contentado con esta
formula, lord Cornwallis, quedó constituido el
congreso.

copia he dispuesto se os envíe, en la que habia injurias tan
groseras que ni quise ni debia hacer caso de ellas. Pocos dias
despues entregó á nuestro embajador en Madrid otra nota de
que igualmente se os enviará copia, y en la cual declaraba
que S. M. C. iba á celebrar un tratado particular de paz con
Inglaterra, siendo entonces cuando conocí lo poco que podia con-
tar con los esfuerzos de una potencia cuyo ministro se espresa-
ba con tan poco miramiento y mostraba una conducta tan poco
cuerda.

Como conocia plenamente la voluntad del rey, me hubiera
dirigido á él para manifestarle lo mal que se está portando su
ministro á no haberse interpuesto la enfermedad de S. M.

Varias veces he prevenido á la corte de España que con-
negarse á cumplir el convenio celebrado en Madrid, es decir, á
ocupar la cuarta parte del territorio portugués, iba á perder la
isla de la Trinidad, pero no ha hecho de estas observa-
ciones.

En las negociaciones entabladas en Londres, Francia defen-
dió los intereses de España como pudiera haberlo hecho ella
misma; pero S. M. B. no quiso desistir del intento que abriga-
ba de poseer la Trinidad, y no pude oponerme á ello, con tanto
mayor motivo quanto que España amenazaba á Francia por medio
de una nota oficial, con que trataria particularmente con In-
glaterra, lo cual probaba que no podiamos contar con su coope-
racion y auxilios para proseguir la guerra.

Quisieron, sin embargo, los ingleses dar entra-
da en él á Portugal, so pretesto de que esta nacion
era aliada de la Inglaterra, pero con la oculta in-
tencion de que la corte de Lisboa fuese esceptua-
da del pago de la contribucion de veinte millones
que le fué impuesta en el tratado de Madrid. El
primer consul no accedió á ello, declarando que la
paz de Francia con Portugal era ya una cosa he-
cha, y descartada aquella pretension el congreso
empezó los trabajos, poniéndose luego de acuer-
do acerca de las bases.

A fin de evitar incalculables dificultades con-

El congreso de Amiens está ya reunido y pronto se firmará
la paz definitiva, sin que á todo esto haya publicado S. M. C. el
tratado preliminar, ni dado á conocer los términos en que se
proponia negociar con la Gran Bretaña.

Sin embargo, por su propio decoro, mirando por los intereses
de su corona, es una cosa esencial para ella que tome al instan-
te un partido, porque sino se firmará la paz definitiva, sin contar
con ella para nada.

Segun me han dicho quiere el gabinete de Madrid no realizar
la cesion de la Luisiana, pero debe tener entendido que Francia
no ha faltado á ningun tratado celebrado con España, y que
no permitirá que ninguna potencia le falte hasta tal punto. El
rey de Toscana se halla en posesion de sus estados, y S. M. C.
conoce demasiado lo que vale un empeño contraido para que se
niegue por mas tiempo á ponernos en posesion de la Luisiana.

Deseo manifesteis á SS. MM. que estoy sumamente descon-
tento de la conducta injusta é inconsecuente que está observando
el príncipe de la Paz. ®

Durante el mes que acaba de trascurrir ha hecho ese mini-
stro quanto le era dado hacer contra Francia, pasando notas
insultantes y dando pasos aventurados, por lo cual podeis decir
con osadia á la reina y al príncipe de la Paz, que si sigue en su
sistema, al fin vendrá á estallar el rayo.

vinieron en rechazar cualquiera peticion que no fuese acomodada al espíritu y letra del tratado preliminar, adoptando reciprocamente la máxima de: *ni mas ni menos que lo dispuesto en los artículos de Londres*. Esto se hizo porque los ingleses volvieron á entablar la discusion sobre que Francia abandonase la isla de Tabago, y el primer consul por su parte pidió se le concediese el derecho de estender su territorio en la region de Terranova con el objeto de mejorar las pesquerias francesas. Desechadas ambas pretensiones, para poner término á ellas de una vez, convinieron como hemos dicho, en no reclamar cosa que no contuviese el tratado preliminar, pues lo contrario hubiera sido volver á poner la paz en tela de juicio resucitando las dificultades resueltas ya afortunadamente.

Adoptado este principio quedaban por resolver dos puntos importantes: el pago de los costos hechos por los prisioneros y el régimen que debía imponerse á la isla de Malta.

La Inglaterra habia tenido que alimentar á muchos mas prisioneros franceses que prisioneros ingleses mantuvo Francia, y reclamaba el reembolso de la diferencia, á lo cual contestaba Francia que era un principio generalmente admitido que cada nacion mantuviese á los prisioneros que hiciera; que si se admitia el principio contrario Francia tenia que pedir un reembolso por los rusos, los bávaros y otros soldados que hallándose al servicio de Inglaterra habia hecho prisioneros manteniéndolos á su costa; que las tropas que la Inglaterra tuvo á sueldo debian ser consideradas como los demas prisioneros, estando

obligada á mantenerlas ni mas ni menos que á ella; y por último, añadió el plenipotenciario francés, todo ello era puramente una cuestion de dinero que debia ventilarse por medio de personas encargadas en formar una liquidacion.

En cuanto á Malta, ya este era un asunto mas sério, pues tanto los ingleses como los franceses abrigaban mútua desconfianza entre si, y como si adivinaran el porvenir temian no llegase un dia en que la isla volviese á poder de una ú otra potencia. Por un instinto singular proponia el primer consul fuesen arrasados completamente los establecimientos militares de Malta, que solo quedase en pie la poblacion desmantelada, que se formase un gran lazareto neutral que sirviera para todas las naciones, y se convirtiese la órden en hospitalaria sin fuerza alguna militar.

Esto no dejaba completamente tranquilos á los ingleses, pues decian que la roca era tan fuerte que aun sin las fortificaciones que los caballeros habian ido acumulando allí, seria un punto muy temible, alegando la resistencia que la poblacion maltesa haria cuando viese iba á perder sus magnificas fortalezas, y proponiendo se constituyese la órden sobre nuevas y mas sólidas bases. Querian ademas se dejase en la isla una lengua francesa con tal que se instituyesen otras dos, una inglesa y otra maltesa, concediendo esta última á la poblacion de la isla para darle parte en su gobierno, y que aquel nuevo establecimiento fuese colocado bajo la garantia de una gran potencia, como por ejemplo, Rusia; porque tenian esperanzas los ingleses de que con las lenguas inglesa y maltesa tendrian un punto de apoyo en la isla,

impidiendo que los franceses penetrasen en ella.

El primer consul insistió en que fuesen destruidas las fortificaciones, diciendo que era muy difícil volver á constituir la órden; que Baviera se habia apoderado de los bienes que tenia en Alemania, que España, desde que Rusia se erigió en protectora de Malta pensaba hacer lo mismo, ocupando las propiedades que tenia en dicha nacion; que el papa, contrario en un todo á lo que se estaba haciendo con respecto á la órden, no consentiria en el nuevo arreglo; y por último, que Francia no podia suministrar una lengua en atencion á que sus leyes no admitian de ningun modo el restablecimiento de una institucion nobiliaria. Por lo demás, si Inglaterra formaba empeño, estaba conforme en que se restableciese la órden de Malta bajo sus antiguas bases, debiendo conservarse las fortificaciones existentes, pero no accedia á lo de la lengua inglesa ni francesa, y rechazaba la garantía de la Rusia, proponiendo en cambio la corte de Nápoles, que era la mas inmediata.

Nada se habló de arreglos en el continente, pues el primer consul lo prohibió espresamente á la legacion francesa; pero como el rey de Inglaterra miraba con sumo interés á la casa de Orange, que habia perdido el stathouderado, se proponia darle una indemnizacion territorial en Alemania, mandó se llegase á tratar de la gran cuestion sobre indemnizacion germanica, en cambio de la cual pedia fuese restituida en efectos ó en dinero la escuadra bátava de que se habian apoderado los ingleses.

Nada habia en todo esto que no fuese en e

fondo natural y conciliable; pues la cuestion de los prisioneros era un asunto pecuniario, que podria ser arreglado entre dos comisionados encargados en liquidar. Mas difícil era la cuestion de Malta, pues era un asunto en que de una y otra parte habia desconfianza, y era preciso, y posible, encontrar un sistema que tranquilizase á todo el mundo, contra la eventualidad de una ocupacion repentina, por una de las dos grandes naciones marítimas. En cuanto al stathouder, era una cosa muy fácil, hallándose como se hallaban de acuerdo.

El primer consul deseaba acabar cuanto antes, y como queria que el tratado estuviere corriente para cuando regresara de Leon, en atencion á que se proponia presentarlo al Cuerpo legislativo como complemento de la paz general, con el concordato y las leyes de hacienda, mandó á su hermano José que pasase por las dificultades acerca de detalles que quedaban por resolver, haciendo todo lo posible para que se firmase el tratado sin mas dilaciones.

El dia 8 de enero (18 de nivoso) se puso en marcha para Leon el primer consul con parte de su servidumbre militar, y Mr. de Talleyrand lo hizo antes, á fin de disponerlo todo de manera que no tuviese que hacer otra cosa el general Bonaparte sino sancionar con su presencia lo ya efectuado. A todo esto, el invierno era sumamente riguroso; pero sin embargo, hallábanse reunidos todos los diputados italianos, y ya iban impacientándose al ver que no llegaba el gefe del gabinete francés, objeto principal de su viage.

Llegado el momento oportuno de arreglar los

asuntos de Italia, tratábase de constituir por segunda vez la república cisalpina, á lo cual era contrario Mr. de Talleyrand, quien alegaba lo difícil que es hacer que los negocios marchen bien en una república, citando en apoyo de su opinion las repúblicas Bática, Helvética, Liguriana, Romana y Partenopeana, y los embrollos que habia habido y habia aun con todas ellas. Decia además, que bastante tenia Francia con todas aquellas hijas de la República francesa, sin necesidad de otra alguna mas, y proponia se erigiese en principado ó en monarquía, comb el de Etruria, por ejemplo, poniendo al frente á cualquier príncipe, con tal que fuese amigo de Francia; añadiendo que no tendria dificultad en conceder aquel estado á un príncipe de la casa de Austria, al gran duque de Toscana, que debía ser indemnizado en Alemania si no lo era en Italia. Esta combinacion, sumamente grata á los ojos del Austria, la aficionaria á la paz, contentaria á las potencias alemanas, en atencion á que habia uno menos que entrase á compartir con ellas la indemnizacion que debía darse en tierras pertenecientes príncipes eclesiásticos, gustaria sobre todo al papa, el cual tenia esperanzas de que recobraría las Legaciones cuando cesasen los compromisos contraídos con la Cisalpina, y sería, en una palabra, del agrado de toda Europa, en atencion á que suprimia una república, dejaba un territorio mas que repartir, y colocaba un estado menos bajo el dominio directo de la República francesa.

Seguramente era una razon de gran peso la de hacer mas llevadera á Europa nuestra gran-

deza, procurando durase la paz todo el tiempo posible, pues teniendo como tenia Francia por límites de sus estados el Rhin y los Alpes, ejerciendo poderoso influjo en Suiza, Holanda, España é Italia, poseyendo directamente el Piamonte, por consentimiento general aunque tácito de todas las potencias, y habiendo llegado á tal altura, una política justa y moderada era la que convenia seguir al gabinete francés si queria dar muestras de sensatez y cordura. Bajo este aspecto tenia razon Mr. de Talleyrand; pero no obstante, despues de lo que ya se habia hecho, era un compromiso muy fuerte, el de constituir á Italia, y puesto que se la habian arrebatado al Austria, era preciso pensar en arrebatarla irrevocablemente, resultado que no podia conseguirse sino constituyéndola de un modo independiente y sólido. Haciendo esto solo salia perjudicada el Austria, cuando con una de las cien batallas que despues se dieron para crear reinos franceses en todo el continente, hubiera habido bastante para hacer que Europa llevase en paciencia el estado de cosas que hubiesen querido crear en Italia.

Siguiendo este sistema, era preciso renunciar á poseer el Piamonte, pues si los italianos prefieren los franceses á los alemanes, lo que es en el fondo ni á unos ni á otros quieren, aunque no sea mas que porque son extranjeros, sentimiento natural y legitimo que debemos respetar. Protegiendo los franceses á Italia sin poseerla, se atraian su cariño para siempre sin necesidad de esos repentinos cambios de que tantas veces dió ejemplo, cuando pasó de los franceses á los alemanes, no haciendo otra cosa que mudar de amos;

pero con arreglo á este plan era preciso no dar la Etruria á un príncipe español, sino reunir la Lombardia, el Piamonte, los ducados de Parma y de Módena, el Mantuano, las Legaciones y Toscana, con lo cual se formaría un estado soberbio que se extendiese desde los Alpes marítimos hasta el Adige, y desde Suiza hasta el Estado romano. Para indemnizar al papa, cuya abnegación no podía ser duradera si tarde ó temprano no se le sacaba de la miseria en que se hallaba, era fácil tomar de Toscana ó de la Romanía una porción de territorio, y reunidas aquellas diferentes provincias en un gobierno federativo, cuya principal fuerza residiese en el poder ejecutivo, no tardarían en recobrar las fuerzas, dando tiempo á nuestros ejércitos para que acudiesen á socorrerlas. Y era claro que semejante alianza entre ese estado y Francia, debía ser muy íntima, en atención á que no podría vivir sin esta, y Francia por su parte, reportaría de su existencia inmenso interés.

Un estado italiano de diez ó doce millones de habitantes, que poseía hermosísimas fronteras, que se hallaba bañado por dos mares, que tenía algo mas que probabilidad de ensanchar sus límites en la primera guerra afortunada, con los estados venecianos estendiéndose hasta las fronteras naturales de Italia, es decir, los Alpes Julianos; que mas tarde podía comprender por medio de un simple lazo federativo que dejase á cada principado su independencia propia, la república genovesa recientemente constituida, al papa con las condiciones necesarias para su existencia política y religiosa, y á Nápoles libre de una cor-

te inepta y seminaria; un estado, decimos, constituido de este modo y con las ampliaciones que podría tener andando el tiempo, era el fundamento de la regeneración italiana, y daba á Europa una tercera federación, que agregada á las dos que ya existían, esto es, la alemana y la suiza debía ser de inmensa utilidad para el equilibrio general.

En cuanto á la dificultad de gobernar la Italia, podía zanjarse por medio del protectorado de Francia, protectorado que si duraba todo un reinado, la llevaría como por la mano hácia su absoluta independencia y libertad.

El plan que en aquellos momentos regia, no excluía por lo demás un porvenir tan bello, pues podría restituirse algún día al nuevo estado italiano, el Piamonte, el ducado de Parma cuando muriese el duque actual, lo cual no debía tardar mucho según todas las probabilidades, y aun si era preciso, también podía devolversele la Etruria. Era pues, fácil proseguir aquel plan ulteriormente, y constituyendo la Cisalpina en república independiente, sentábanse las primeras bases de ese mismo plan, además de que quizá valdria mas en aquellos momentos no confesar del todo el proyecto que existía de una regeneración italiana para no asustar á Europa. Empero dividir como proponía Mr. de Talleyrand las hermosas provincias que poseía Francia en la actualidad para formar una pequeña monarquía mas en provecho de un príncipe austriaco, era lo mismo que dar al Austria la Italia, pues siempre sería austriaco, hiciese lo que se hiciese, el indicado príncipe, y los pueblos cuyas esperanzas hubiese defraudado

de un modo indigno mirarian á Francia con ódio, bien merecido por cierto, poniendo los ojos en los alemanes llevados de su resentimiento y desesperacion.

El general Bonaparte que adquirió su primera y quizá mejor gloria, libertando á Italia del poder de Austria no podia cometer semejante falta, y así adoptó un sistema medio que no escluia para mas tarde un vasto sistema de independencia italiana, y que podia decirse que era como el principio de él.

Dió pues á la república cisalpina toda la Lombardia hasta el Adige, las Legaciones, el ducado de Módena, y todo cuanto tenia cuando se celebró la paz de Campo-Formio, quedando suspenso lo del ducado de Parma, y en poder de Francia, por entonces, el Piamonte. Constituida así la Cisalpina, contaba cerca de cinco millones de habitantes, y podia fácilmente dar una renta de 70 á 80 millones manteniendo un ejército de cuarenta mil hombres, en lo cual se invertiría la mitad de la renta, quedando aun bastantes recursos para los demás gastos del estado. Cubierta por delante por los Alpes y el Adige, teniendo á la izquierda el Piamonte, que pertenecia al dominio francés, el Adriático á la derecha, y detrás á la Toscana que se hallaba bajo la dependencia de Francia, podia contar con nuestra proteccion por todas partes; además como el general Bonaparte tenia un ojo tan certero, y conocia mejor que nadie el país, mandó fortificar ciertos puntos á fin de que nunca pudieran traspasar su territorio los austriacos, y siempre pudiera socorrer la Francia con tiempo. El Adige fué fortificado desde Rivoli hasta Léna-

go, á fin de que no pudieran forzar su paso; las cercanias del lago de Garda, y especialmente la posicion de la roca de Anfo quedaron bien cerradas á fin de que no pudieran dar vuelta á la linea del Adige; el Mincio era una segunda linea por la parte de detrás, y Pesquiera y Mántua que se habian ensanchado mucho aumentaban la importancia de aquel segundo baluarte, pero Mántua sobre todo que habia mejorado no solo bajo el aspecto defensivo sino del sanitario, debia subsistir por sí misma, aun cuando fuese forzado el paso del Adige. Otras obras se hicieron que tenian por objeto asegurar en cualquier tiempo la llegada de ejércitos franceses, los cuales podian desembocar, en primer lugar, por el valle en el Milanésado tomando el camino del Simplon, y en segundo, por Saboya ó la Provenza en el Piamonte, siguiendo los caminos de Mont-Cenis, el monte de Ginebra, y la garganta de Tenda. Ya hemos visto que se trabajaba á fin de poner aquellos cuatro caminos en estado de que pudieran pasar por ellos toda clase de trasportes, pero era preciso crear sólidos puntos de apoyo, y grandes establecimientos militares, destinados á recoger á un ejército francés que se viese obligado á retirarse, aunque involuntariamente, ó servir de punto de salida á ese mismo ejército, si se viese en estado de tomar la defensiva. Para esto se escogieron dos plazas, invirtiéndose grandes sumas en perfructuarlas perfectamente, una en el desembocadero del camino del Simplon, y otra en el sitio donde iban á parar los tres grandes caminos de Mont-Cenis, el monte de Ginebra y la garganta de Tenda. La primera y la menor de las dos, debía

estar situada al fin del Lago Mayor, y si se llevaba á cabo con arreglo al proyecto concebido, podia contener los enfermos, los heridos y el material de las tropas que se hubiesen pronunciado en retirada, asi como la flotilla del lago, y defenderse durante tres ó cuatro semanas, hasta que fuese á socorrerla un ejército por el camino del Simplon. La segunda y mayor, formada para contener el Piemonte, recibir recursos de los ejércitos franceses, servirles de punto de apoyo y poder bajar á Italia en cualquiera tiempo, la segunda decimos, tan fuerte y vasta como Maguncia, Metz, ó Lila, podia sostener un sitio mas largo, debia construirse en Alejandria, punto que como inmediato al campo en que se dió la batalla de Marengo era mas favorable que ningun otro para las grandes combinaciones militares que pudiesen tener lugar en Italia. Turin sufría el influjo de una poblacion numerosa, y en ciertos casos enemiga, y Pavia se hallaba situada allende el Pó, de suerte que, como Alejandria estaba asentada entre el Pó y el Tanaro, esto es, en un punto á donde iban á parar todos los caminos, reunia las mayores ventajas, siendo este el motivo de que la prefiriese el gobierno francés. Mandóse pues, que se hiciesen grandes obras á costa del tesoro francés por ser cosa del Piemonte, pero las demás debian correr á cargo de la Cisalpina, porque la concernian mas particularmente.

Gracias á estas disposiciones que ponian á Francia en estado de socorrer á la Cisalpina, tenia bajo su dominio á la Italia alta y á la media, dominando tambien con su influencia á la Italia meridional, y aunque en Roma y en Nápoles no

podia mandar tan abiertamente, lo mismo le obedecerian alli que en Turin y en Milan.

Como era preciso dar un gobierno á aquella república, se confirió este en un principio, á autoridades provisionales, que consistian en una junta compuesta de tres individuos, MM. de Somma Riva, Vizconti y Buga, y en una *Consulta*, especie de asamblea poco numerosa escogida entre los hombres prudentes y desinteresados; pero semejante estado de cosas no podia durar mucho tiempo.

Tenia á su lado el primer consul á Mr. Marescalchi, ministro de la Cisalpina en Paris, y además á MM. Aldini, Serbelloni y Melzi que habian sido enviados á Francia para tratar de los asuntos de Italia y eran los personajes mas importantes del pais. Consultóles, pues, acerca de cómo debia organizar la nueva república, y de acuerdo con ellos redactó una constitucion tomada de la francesa y de las antiguas constituciones italianas.

En lugar de la lista de notables de Mr. Sieyès que empezaba á caer en descrédito en Francia, pensaron el primer consul y sus colaboradores en tres colegios electorales, permanentes y de por vida, que debian proveer las vacantes que resultasen por muerte de alguno de sus miembros. Debia componerse, el primero de grandes propietarios, hasta en número de trescientos; de doscientos comerciantes notables el segundo, y el tercero de literatos, sabios, y eclesiásticos distinguidos, hasta en número de doscientos, debiendo elegir estos tres colegios entre ellos mismos una comision de veinte y un individuos, llamada de *Censura*, á la cual tocaba elegir todos los cuerpos del esta-

do, y hacer el mismo papel electoral que hacia en Francia el Senado.

Esta autoridad creadora debía nombrar en seguida, con el título de *Consulta de Estado*, un Senado compuesto de ocho individuos, y que como el francés, mirase por el mantenimiento y observancia de la constitucion; deliberase acerca de lo que fuese necesario hacer en circunstancias extraordinarias; decretase el arresto de todo individuo peligroso; suspendiese las garantías constitucionales en el departamento que lo mereciera; entendiase en la aprobacion de los tratados, y nombrase el presidente de la república, siendo ministro de negocios extranjeros uno de aquellos ocho miembros.

Debía haber tambien un consejo de estado llamado Consejo legislativo, que constase de diez miembros, á cuyo cargo corriese la formacion de las leyes y reglamentos, que debía defender en el Cuerpo legislativo; y por último, una congregacion así llamada (Cuerpo legislativo) de setenta y cinco individuos, que debian escoger entre ellos mismos quince oradores para que discutiesen en su seno las leyes que estaba llamada á votar.

Debía haber en fin, al frente de la república, un presidente y un vice-presidente, cuyo cargo durase diez años, y á quienes nombraría, como acabamos de ver, la *Consulta de Estado* ó Senado; pero en cuanto á las demas autoridades, solo tocaba elegir las á la *Comision de Censura*.

Por supuesto que todos estos empleados de muy diferente rango, disfrutaban sueldo y no pequeño.

Véase, pues, como era la constitucion francesa

con algunas correcciones, que venian á ser una crítica de la obra de Mr. Sieyes, y consistian en que en lugar de las listas de notables, habia tres colegios electorales de por vida, en que el Senado ó *Consulta de Estado* no hacia las elecciones; en que únicamente nombraba al gefe del poder ejecutivo, pero deliberaba acerca de los tratados, los cuales no eran sometidos, gracias á este medio, al exámen tumultuoso de las asambles; en que el Tribunado se hallaba embebido en el Cuerpo legislativo, y en que en vez de tres consules habia un presidente.

Puesto de acuerdo el primer consul acerca de este proyecto con MM. Marechalchi, Aldini, Melzi y Serbelloni, fué preciso ocuparse de las personas que debian componer el gobierno, asunto de tanta mayor importancia cuanto que los cuerpos principales debian subsistir por mas tiempo, durando mas por lo mismo el bien ó el mal que resultase de su composicion. Hallabase dividida Italia, como Francia, en partidos dificiles de conciliar, hallándose en un extremo los partidarios de lo pasado, que era adictos al gobierno austriaco, y en el extremo contrarios los patriotas exaltados, dispuestos como en todas partes á cometer los mayores excesos, pero que nunca habian derramado sangre, gracias al ejército francés, cuya presencia les contenia. Entre ambos partidos se hallaban los liberales moderados, sobre quienes pesaba la carga del gobierno y de la impopularidad en que siempre, y principalmente en tiempo de guerra, cae cuando impone al país excesivas contribuciones. Con aquellos diferentes partidos, no podian producir las elecciones resultados sa-

tisfactorios, y conociéndolo así el primer consul concibió una idea que no engendró en él la ambición sino su buen discernimiento, y que consistía en componer el mismo el personal de aquel gobierno, como ya había compuesto su estructura, y hacer por aquella vez los nombramientos por su propia autoridad. Solo le animaba en esto el deseo de hacer bien; además de que en todo caso tenía derecho para obrar así, supuesto que la formación de aquel nuevo estado emanaba puramente de su propia voluntad, y ya que le creaba espontáneamente, tenía derecho para hacerlo con arreglo á su modo de pensar, que en aquella ocasión no podía ser ni mas puro ni mas elevado.

Pero entre todos los nombramientos que había que hacer, ninguno tan difícil como el de presidente; pues como Italia había sido hasta entonces gobernada ó por sacerdotes ó por extranjeros, produjo pocos ó ningun hombre de estado, no habiendo un nombre que bastase á eclipsar á los demás, y cuya autoridad consintiesen en acatar las demás autoridades. También obvió este inconveniente el primer consul, haciendo de modo que le diesen el título de presidente, y nombrando un vice-presidente escogido entre los principales personajes italianos, y que se hiciese cargo del despacho de todos los negocios, reservando para sí la dirección como superior. Este era el único sistema de gobierno que convenia establecer en una república que empezaba, pues entregada á su propia elección y á un presidente italiano, no hubiera tardado en verse abandonada á todos vientos, como buque sin brújula, al paso que gobernada por italianos, y dirigida,

aunque de lejos, por el hombre á quien debía su creación, y que estaba destinado á ser protector suyo por mucho tiempo todavía, había grandes probabilidades, siguiendo este sistema, de que tuviese un buen gobierno y fuese independiente.

A todo esto hay que agregar un acto tan brillante como solemne, que tenía por objeto promulgar la constitucion y proclamar todas las autoridades. Como era preciso hablar á un mismo tiempo á Italia y Europa, concibió el primer consul el proyecto de que hubiese una gran reunión de italianos en Leon, pues Paris estaba demasiado lejos para ellos así como Milan lo estaba para él. Situada Leon al lado de los Alpes, y siendo el punto donde en otro tiempo se había reunido en concilio Italia, estaba naturalmente indicada, además de que el primer consul desplegabá sumo interés en confundir á los franceses con los italianos, en lo cual creía hacer un servicio al restablecimiento del comercio entre ambos países; porque Leon fué algun día el punto donde se hacia el cambio de los productos de la Lombardia por otros de las provincias francesas del Este.

Parte de este proyecto fué comunicado por Mr. de Talleyrand á los italianos que se hallaban en Paris, es decir, á MM. Marescalchi, Aldini, Serbelloni y Melzi, y lo único de que no les habló fué de la idea de conferir la presidencia al primer consul, pues querian tanto éste como el gabinete francés, fuese hija de un acto de entusiasmo de los mismos miembros de la Consulta. Por lo demás, como se acomodaban demasiado las miras del primer consul á los verdaderos intereses de la patria italiana, fueron perfectamente acogidas,

y aquellos personajes se pusieron en marcha decididos á unirse con Mr. Petiet, hombre tan entendido como influyente y a la sazón ministro de Francia en Milan, para trabajar por la realizacion del plan que acababa de concertarse en Paris.

Ninguna objecion pusieron al proyecto de constitucion, y lejos de ello fué recibido con gran satisfaccion, pues todos deseaban salir cuanto antes del estado precario en que vivian, y adquirir una existencia segura, de suerte que el comité ejecutivo y la *Consulta*, que gobernaban el país provisionalmente, aceptaron el proyecto con premura, salvo algunas modificaciones en cuanto á los detalles, que aceptó el gabinete francés. Lo difícil era el poner en vigor la nueva constitucion y elegir las personas que debieran ponerse al frente del gobierno; pero Mr. Petiet comunicó en secreto á algunos personajes influyentes, la idea de encargar al primer consul nombrase todo el personal del gobierno, desde el presidente hasta los tres colegios electorales, y apenas soltó el ministro francés esta idea de un árbitro supremo, libre de las pasiones que traian dividida la Italia y que solo podia apeteecer su dicha, cuando el gobierno provisional confirió al primer consul la facultad de que eligiese todas las autoridades, enviándole un mensaje en que ponía en su noticia quedaba aceptada la constitucion, y espresaba el deseo que animaba al pueblo cisalpino de que el primer magistrado de la república francesa, eligiese los de la italiana.

Con esto no se pensó por entonces, ni se dijo una palabra acerca de presidencia; mas como era preciso que los italianos fuesen á Leon, el go-

bierno provisional recibió otra comunicacion en que se le hacia ver lo difícil que era constituir la república cisalpina sin salir de Paris, puesto que habia que elegir á setecientas, ú ochocientas personas, lo cual no podia ser acertado estando tan lejos de los hombres y las cosas, y al mismo tiempo la imposibilidad en que se hallaba el primer consul de trasladarse de Paris á Milan, cuando seria por el contrario, sumamente ventajoso partir la distancia, esto es, que los italianos se reuniesen en Leon, invitando al primer consul á que fuese tambien, y formar allí una especie de gran dieta italiana, donde quedase constituida la nueva república, con un aparato y un brillo que harian mas solemne el compromiso que el primer consul iba á contraer de mantenerla y defenderla, puesto que era su creador. Esta idea envolvía cierto viso de grandeza que debia agradar á los italianos, y así tuvo tan buen resultado como todas las anteriormente enunciadas, es decir que fué adoptada al instante, convirtiendo en decreto el gobierno provisional un proyecto preparado de antemano. Sacáronse los diputados del clero, la nobleza, los grandes propietarios de terrenos, el comercio, las universidades, los tribunales y la guardia nacional, eligiéndose hasta cuatrocientas cincuenta y dos personas, entre las cuales habia prelados venerables agoviados por los años, y moribundos algunos de ellos de resultas de las fatigas de un viage emprendido en el mes de diciembre, y que les obligaba á atravesar los Alpes en uno de los inviernos cuyo rigor hacia tiempo no se habia sentido en aquel país. Como todos querian asistir á la proclamacion de la in-

dependencia de su patria, y ver al héroe á quien debía su libertad, estaban llenos de gente los caminos del Milanesado, la Suiza y el Jura, habiendo mandado el primer consul, porque en todo pensaba, que nada faltase, así en el curso del viage como en Leon, á aquellos representantes de la nacionalidad italiana que iban á recordarle con su presencia sus primeros y mas bellos triunfos. El prefecto del Ródano hizo inmensos preparativos para recibirlos de un modo digno, y dispuso grandes y hermosas salas para la solemnidad que se iba á celebrar, cuyo brillo debia ser tanto mayor, cuanto que el primer consul envió á Leon parte de la guardia consular, y el recién llegado ejército de Egipto que en otro tiempo lo fué de Italia, y el cual se dieron prisa á equipar magníficamente, y de un modo adecuado al clima de Francia, extraño ya á aquellos soldados tostados por el sol de Egipto, y que parecian unos verdaderos africanos. Además, se habia reunido la juventud de Leon y formado un cuerpo de caballeria, que llevaba las armas y ostentaba los colores de la antigua poblacion leonesa. Mr. de Talleyrand y Mr. de Chaptal, ministro de lo interior, fueron antes que el primer consul, á fin de ir recibiendo á los individuos de la consulta, y mientras que el general Murat y Mr. Petiet acudian de Milan, Mr. Marescalchi salia de París para ir á la cita comun, y entraban en Leon los prefectos y demas autoridades de veinte departamentos. El primer consul retardó su viage por causa del congreso de Amiens, cuyas negociaciones le obligaron á permanecer en París algunos dias mas, y como los diputados italianos empezasen á mostrar impaciencia, á fin de que

se ocupasen en algo, dividióseles en cinco secciones, sometiendo á su aprobacion el proyecto de constitucion, acerca del cual hicieron útiles y oportunas observaciones, que Mr. de Talleyrand, tenía orden de escuchar, pesar, y admitir, con tal que no invalidasen lo principios fundamentales del proyecto; pero escepto algunas disposiciones de poca monta que fueron modificadas, la nueva constitucion obtuvo el asentimiento general. Para calmar tambien la impaciencia de los diputados cisalpinos, les propuso el gobierno provisional fuesen formando listas de candidatos, que sirviesen de norte al primer consul en los nombramientos que tenia que hacer, en cuya ocupacion invirtieron el tiempo.

Los habitantes de las campiñas agolpabanse á los caminos, y reunidos en derredor de grandes hogueras pasaban los dias y las noches aguardando al primer consul, y apenas veian un carruage corrian á su encuentro, gritando: *viva Bonaparte!* Al fin apareció el primer consul el 11 de enero de 1802 (24 de nivoso), dirigiéndose á Leon en medio de ruidosas aclamaciones y de continuos arrebatos de entusiasmo, y entró en la ciudad de noche en compañía de su esposa, sus hijos adoptivos y sus ayudantes de campo, saliendo á recibirle los ministros, las autoridades civiles y militares, una diputacion italiana, el estado mayor del ejército de Egipto y la juventud leonesa á caballo. La ciudad, iluminada enteramente, ofrecia un aspecto brillantísimo, y el primer consul despues de pasar por debajo de un arco triunfal que contenia un noble emblema de la Francia consular, esto es, un leon medio dormido, fué á apearse en la casa de

ayuntamiento, preparada lujosamente para que pudiera hospedarse en ella con comodidad y magnificencia.

Al día siguiente empleó la mañana en recibir á todas las diputaciones de departamento, y en seguida á la *Consulta* italiana, que contaba cuatrocientos cincuenta individuos presentes, de los cuatrocientos cincuenta y dos que debían ser; ejemplo de exactitud muy raro si se tiene en cuenta el número de las personas, las distancias y la estación; además de que uno de los dos ausentes era el respetable arzobispo de Milan, que acababa de fallecer de un ataque de apoplejía en la casa donde se hospedaba Mr. de Talleyrand. Los italianos, á quienes el primer consul hablaba en su misma lengua, estaban sumamente contentos porque volvían á verle, y sobre todo hallando como hallaban en él á un mismo tiempo un francés y un italiano. A los pocos días dió principio á sus tareas la *Consulta*, cuando ya había admitido el primer consul las modificaciones que aquella propuso se hiciesen á la constitucion, y se habían formado las listas de candidatos. Para proceder con acierto en los nombramientos, se formó una comision compuesta de treinta individuos, sacados de la *Consulta*, y que debía entenderse con el primer consul en la larga serie de elecciones que había que hacer; mas como se invirtiesen en ello muchos días, el primer consul, luego que vió y habló á todos los italianos, se dedicó á los negocios de Francia, recibiendo á los prefectos y á las demas diputaciones de departamento, oyendo las necesidades y deseos que le esponian, y aprendiendo á conocer por sus propios ojos el estado verdadero de la re-

pública. El entusiasmo iba aumentándose de día en día, y en medio de ese arrebató, que tanto los italianos como los franceses se comunicaban mutuamente, empezó á sembrarse la idea de nombrar al primer consul presidente de la república cisalpina. Todos los días veían á los individuos de la comision de los treinta, y conferenciaban con ellos acerca de la eleccion de presidente MM. Marescalchi, Petiet, Murat y Talleyrand, y cuando conocieron que ya era tiempo, es decir, así que aquellos dieron á entender que no sabían á quien elegir, á causa de lo divididas que andaban las opiniones, indicaron, aunque de un modo indirecto, que el único medio de salir de apuros, era conferir al personage italiano que obtuviese la preferencia la simple cualidad de vice-presidente, nombrando presidente al primer consul para que con su gloria y autoridad le diese la fuerza moral, que había menester. Esta idea tan sencilla, mucho mas útil para la Cisalpina, para su existencia y el buen régimen de sus negocios, que para la grandeza del primer consul, les pareció excelente, pero con la condicion sin embargo, de que habría un vice-presidente italiano. Luego que hicieron se decidiese el ciudadano Melzi á aceptar la vice-presidencia, un miembro de los treinta hizo la proposicion á la comision, y acogida con alborozo, se estendió el decreto al instante. Para no perder tiempo, el 25 de enero (5 de pluvioso) fué presentado el proyecto á la *Consulta*, la cual lo aprobó por unanimidad, proclamando presidente de la república italiana á NAPOLEON BONAPARTE, pues aquella fué la primera vez que reunió ambos nombres. El general debía añadir al título de

primer consul de la república francesa, el de presidente de la república italiana, como así se lo manifestó una diputacion de la *Consulta*.

Mientras esta deliberaba acerca de lo ya referido, el general se ocupaba en pasar revista á los soldados de Italia y Egipto, la guardia consular, varios destacamentos de tropas y la milicia leonesa. Disipadas aquel dia por un instante las nieblas del invierno, aunque hacia un frio escesivo, brillaba el sol en todo su esplendor, y el general Bonaparte recorria las filas de las tropas, las cuales le recibian con indecibles muestras de regocijo. Los soldados de Egipto é Italia, sumamente contentos porque volvian á encontrar al héroe que habia presenciado sus grandes hechos de armas; prorumpian en gritos de alegría como para demostrarle que no habian dejado de ser dignos de su antiguo general, por mas que los hubiesen mandado aunque por momentos gefes indignos de ellos. Bonaparte sacaba de las filas á veteranos granaderos, les hablaba de las batallas en que se habian hallado, así como de las heridas que en ellas recibieron, y cuando conocia á algun oficial á quien habia visto en mas de un encuentro, le apretaba la mano, enterneciéndose no solo los oficiales sus camaradas, sino él tambien al ver á aquellos valientes, á quienes debia en parte las maravillas de que disfrutaba, así como Francia la tranquilidad y ventura que en ella reinaban. Aquella escena se verificó sobre las ruinas de la plaza de Bellecour, y borraba la tristeza que se respiraba allí, como la gloria borra de la imaginacion los recuerdos desgraciados.

Concluida la revista, se volvió el primer con-

sul á su alojamiento, encontrando en él á la diputacion de la *Consulta*, la cual le manifestó el deseo de aquella corporacion, deseo que agradeció en gran manera, manifestando que al dia siguiente contestaria al nuevo acto de confianza de la nacion italiana.

Efectivamente se trasladó al otro dia, 26 de enero (6 de lluvioso) al local donde celebraba sus sesiones la *Consulta*, local que era una gran iglesia, dispuesta y adornada para el uso á que habia sido destinada. Todo lo que allí pasó, fué como en una sesion régia tanto en Francia ó Inglaterra, pues el primer consul se presentó rodeado de su familia, los ministros franceses, y gran número de generales y prefectos, colocándose en un lugar preferente. En seguida pronunció en lengua italiana, la cual hablaba perfectamente, un discurso tan sencillo como conciso, diciendo aceptaba el nombramiento de presidente, anunciando las miras que tenia acerca del gobierno y prosperidad de la nueva república, y proclamando las principales elecciones que habia hecho, conforme á los deseos de la *Consulta*. Sus palabras fueron acogidas con los gritos de ¡viva Bonaparte! ¡viva el primer consul de la república francesa! ¡viva el presidente de la república italiana! Despues se leyó la constitucion, y la lista de ciudadanos de cualquier rango y condicion que debian contribuir á ponerla en vigor, y largos y repetidos aplausos fueron á demostrar la conformidad de pareceres que reinaba entre el pueblo italiano y el héroe que le habia proporcionado la libertad. Aquella sesion fué solemne y respetable, empezando á existir de un modo digno la nueva república que debia llamar-

se en lo sucesivo *República italiana*, y en cuanto al general Bonaparte, hubiera sido de desear que tanto entonces como en otras muchas ocasiones hubiese tenido aquel favorito de la fortuna, al mismo tiempo que génio para crear, génio para conservar.

Ya hacia veinte dias que el primer consul se hallaba en Leon, y el gobierno de Francia reclamaba su regreso á Paris, á fin de mandar definitivamente se firmase el tratado de paz, de cuyo ajuste trataba el congreso de Amiens. Durante este tiempo, ocupábanse el consul Cambaceres y el Senado en deshacerse de los miembros de la oposicion que habian contrariado su marcha con tanta violencia, precisamente cuando menos lo merecia, de suerte que el primer consul iba á hallarse en posibilidad de proseguir aquella larga série de trabajos en que estrivaba la dicha y grandeza futuras de Francia. Descaba pues volver á Paris cuanto antes, seguir sus ocupaciones de costumbre, y recibir probablemente en premio de sus obras, una grandeza nueva, como justa recompensa de la ambicion mas noble y fecunda que ha abrigado jamás hombre alguno.

El 28 de enero (8 de pluvioso) salió de Leon, dejando entusiasmados y llenos de esperanza á los italianos, y á los leoneses sumamente contentos por haber poseido por espacio de algunos dias al hombre extraordinario cuyo nombre resonaba en todo el mundo, y que miraba á su ciudad con tanta predileccion. Antes de emprender su viage recibió una carta del emperador Alejandro en contestacion á una que le escribió pidiéndole algunas ventajas para el comercio de Leon, y en la cual

anunciaba el emperador las mejores disposiciones por parte de Rusia, motivo porque se mandó publicar casi todo su contenido para aumentar, como sucedió efectivamente, el contento de aquellos habitantes. Por lo demás concedió la banda el primer consul, en memoria de su gloriosa visita, á los tres cónsules de la ciudad de Leon, y como los bordeleses le rogasen por medio de una diputacion pasase por aquella ciudad, se lo prometió para cuando se lo permitiese la paz definitiva, dirigiéndose por San Esteban, y Nevers á Paris, á donde llegó el 31 de enero (14 de pluvioso) (1).

(1) A continuacion damos algunos extractos de las cartas que escribió el primer consul mientras permanció en Leon.

A los cónsules Cambaceres y Lebrun.

LEON 24 de nivoso, año X, (14 de enero, 1802.)

He recibido, ciudadanos, vuestra carta del 21, y en contestacion á ella os digo que aquí hace un frio excesivo, y que paso las mañanas desde las doce hasta las dos, en recibir á los prefectos y personas notables de los departamentos inmediatos, pues ya sabeis que en esta especie de conferencia, es preciso hablar largo.

Esta noche dá la ciudad un concierto y un baile, al cual pienso ir á la una.

Los trabajos de la Consulta se hallan en buen estado, y no dejan de adelantar.

Las tropas del ejército de Oriente van llegando á marchas forzadas, y he tomado medidas para equiparlas, y pasarles revista, como espero, el 28.

Sigo contento con todo lo que veo, tanto por parte de la poblacion de Leon, como del mediodia de Francia.

Las negociaciones de Amiens marchan perfectamente, y os

doy la enhorabuena por lo bien que manejaís los asuntos públicos.

José me ha escrito desde Amiens que lord Cornwallis le ha dicho ha recibido el gabinete británico noticias de Santo Domingo favorables al ejército francés, y que se ha declarado la división entre las tropas de Toussaint.

A los mismos.

LEON 26 de nivoso, año X (16 de enero, 1802.)

He recibido, ciudadanos cónsules, vuestros pliegos de 22 y 23 de nivoso... Los leoneses nos han dado una magnífica función, cuyos detalles son adjuntos, así como los versos que se han cantado.

Camino lentamente en mis operaciones, porque paso todas las mañanas en recibir diputaciones de los departamentos inmediatos.

Hoy hace un día muy hermoso, pero con mucho frío.

En todas partes se notan los beneficios que hace dos años está recibiendo la República. La población de Leon se ha aumentado en los años VIII y IX con mas de veinte mil almas, y todos los fabricantes de San Esteban, Annonay, etc., á quienes he visto, me han dicho que reina gran actividad en sus fábricas.

Bien es verdad que todo el mundo se halla en movimiento, movimiento que no va encaminado á desorganizar, sino á volver á crear lo destruido para hacer próspero y rico el estado.

Dentro de unos días pasaré revista á cerca de seis medias brigadas del ejército de Oriente.

Al consul Cambaceres.

LEON 28 de nivoso, año X (18 de enero, 1802.)

Acabo, ciudadano consul, de recibir á la diputacion de Burdeos, la cual me ha rogado paso por esta ciudad, y así se lo he prometido para cuando vuelva á reinar la actividad entre su comercio y el de las Antillas, así como el de la Isla de Francia.

Por vuestra carta del 25 quedo enterado de las deliberaciones del Senado, y os ruego en vista de ellas no dejéis este asunto de la mano hasta que nos veamos libres de los veinte malos miembros por un lado, y sesenta por otro, que tenemos en las autoridades constituidas. Lo que quiere la nación es que no se impida al gobierno hacer beneficios, y que no vuelva á aparecer la cabeza de Medusa ni en nuestras tribunas ni en nuestras asambleas.

La conducta de Sieyès prueba perfectamente que después de haber trabajado por destruir todas las constituciones desde 91, quiere cebarse contra la que hoy rige. Es muy extraño no se haya vuelto loco á estas horas: pero de todos modos debía tener encendido un cirio á Nuestra Señora por haber escapado hasta aquí tan bien, y de un modo tan inesperado; aunque es verdad que cuanto mas viejo me voy haciendo, tanto mas conozco que tarde ó temprano se cumple el destino de cada cual.

Supongo que habreis tomado todas las medidas convenientes para derribar el Chatelet.

Si el ministro de marina necesita algunas fragatas del rey de Nápoles, puede servirse de ellas, y aun seria bueno que las enviase cuanto antes á América, que todo se arreglará después con el mencionado rey.

Hoy ha disminuido mucho el frío.

El general Jourdan, que ha llegado hoy mismo del Piamonte, me ha dicho se encuentra en muy buen estado esta provincia.

La Consulta adelanta en sus operaciones, ocupándose en extender todas las leyes orgánicas.

Parte de la mañana la he invertido en conferenciar con los prefectos.

Os encargo que veais al ministro de marina á fin de cercioraros de que han salido los viveres para Santo Domingo.

A los cónsules Cambaceres y Lebrun.

LEON 30 de nivoso, año X, (20 de enero, 1802.)

Desearia, ciudadanos cónsules, que el ministro del tesoro

público enviase al ciudadano Roger á la division militar, número 16, para que examine las cuentas del pagador y los principales recaudadores de los departamentos que componen dicha division.

Tambien desearia que el ministro del tesoro público enviase á Rennes un sugeto como el ciudadano Roger, para que hiciese lo mismo en la division militar, núm. 15.

Disponed igualmente lo necesario para que se pongan en marcha los consejeros de estado Thibaudeau y Fourcroy, uno para la division número 15, y otro para la 16, con el objeto de inspeccionarlas como hicieron en su anterior expedicion. Parte de las quejas proviene de que el ministro de la guerra no ha abonado á los oficiales la indemnizacion por forrage y alojamiento correspondiente al primer trimestre del año X, y de que los recaudadores conservan mucho tiempo en su poder los fondos, entregándolos los pagadores cuanto mas tarde pueden. Está visto que los recaudadores y pagadores son la plaga mayor del estado...

A los mismos.

LEON 50 de nivoso, año X (20 de enero, 1802.)

He recibido, ciudadanos cónsules, vuestra carta fecha 26 y 27, y si en Paris ha mejorado el tiempo, lo que es en Leon ha calmado mucho el frio.

Ayer he visitado varios talleres, y he salido satisfecho de la industria y severa economia con que las fábricas de Leon proceden con respecto á los jornaleros.

Hoy debia haber pasado la revista, pero la he dejado para el 5 de pluvioso, porque aun no es tan equipadas las tropas del ejército de Oriente, y creo que para ese dia lo estarán, presentando un golpe de vista satisfactorio.

He visto con gusto la disposicion que habeis tomado acerca del Chatelet; pero creo que si el tiempo empeora no serán suficientes los 4,000 francos mensuales que habeis dispuesto se den para los talleres.

No sería malo mandáseis que además de los 100,000 fran-

cos que el ministro de lo interior dá todos los meses para los establecimientos de beneficencia se añadiesen 25,000 para comprar leña y repartirla; y si el frio vuelve, será necesario, como en el año 89, encender lumbre en las iglesias y otros grandes edificios, para que se calienten todos los que quepan en ellos.

Creo que estaré en Paris en la década que va cortiendo; pero entretanto os ruego reflexioneis sobre si sería ó no conveniente insertar en el *Monitor* el último mensaje pasado al Senado, y poner al fin dos lineas en que se diga que dicho cuerpo ha nombrado una comision, la cual ha dado su dictamen con fecha de... resolviendo el Senado en su vista que se proceda á la renovacion, conforme á lo prevenido en el artículo 58 de la constitucion etc. etc.

Segun noticias que he recibido, me inclino á creer que Caprara exige firmen los sacerdotes fórmulas ó profesiones de fe, concebidas poco mas ó menos en estos términos: «Además prometemos solemnemente guardar el respeto propio de un hijo, ser sumisos, y obedecer puntualmente á....»

He recibido estas noticias, entre otras, de Maestricht, y os ruego que conferencieis acerca de ellas con Portalis, porque no puedo concebir sea cierta semejante fórmula.

A los mismos.

LEON 2 de pluvioso, año X, (22 de enero, 1802.)

Hasta hoy á las tres de la tarde, no he recibido, ciudadanos cónsules, vuestra carta del 29 de nivoso, pues las inundaciones que ha habido de resultas de haberse empezado á derretir la nieve, han retardado algunas horas vuestro correo.

El servicio de forrages está completamente desorganizado en el departamento de la Drome, y será necesario retener 10,000 francos de lo que hay que librar para el mes de pluvioso, hasta que dicho servicio esté al corriente.

Los hospitales, que deben recibir 14 sueldos diarios por cada soldado enfermo, se quejan de que nada han recibido en el año X, y el de Valence reclama, además del espresado año X, el mes de fructidor del año IX.

El trabajo concerniente á la organizacion de las tropas piemontesas que firmó hace mas de un mes, aun no ha llegado á Turin, de lo cual se siguen perjuicios á aquellas tropas. Por lo general, se nota mucho retardo y ninguna actividad en el ramo de la guerra, ó á lo menos tal es la opinion de cuantos tienen negocios en este ramo.

Es indispensable que el ministro de la guerra envíe á Turin un buen ordenador...

La Consulta ha tomado ya todas las principales disposiciones, y no pasará la década que corre, sin que esté en Paris.

Seria de desear que el Senado nombrase una docena de prefectos, sacados ya del Tribunalado, ya del Cuerpo legislativo, en el concepto de que entre ellos figuraria el de Mont Blanc.

Desearia que hiciérais insertar en los periodicos muchos articulos, censurando la estafa de Fonilloux, y poniendo en ridiculo á los papamosas estrangeros, que se entretenian en esparcir voces á cual mas absurdas, fundándose en un manuscrito de un petardista, que nó tenia que comer, y los ha engañado. Bueno será hablar una y otra vez de esta ocurrencia.

A los mismos.

LEON 5 de pluvioso, año X (26 de enero, 1802.)

He recibido, ciudadanos cónsules, vuestra carta de 2 de pluvioso.

Hoy he tenido parada en la plaza de Bellecour, con un dia magnifico, y un sol tan esplendente como en el mes de floreal.

La Consulta ha nombrado una comision de treinta individuos, la cual ha presentado un dictamen en que se dice que en atencion á las circunstancias tanto interiores, como exteriores de la Cisalpina, es indispensable sea yo el primer magistrado de ella, hasta que el estado de las cosas permitan, y yo juzgue convenientemente nombrar uno que me sustituya. Mañana pienso presentarme á la Consulta, y así que se lea la constitucion, y los nombramientos ya hechos, habremos terminado nuestras tareas, de modo que llegaré á Paris el décadí....

A los mismos.

LEON 6 de pluvioso, año X, (26 de enero, 1802).

He recibido, ciudadanos cónsules, vuestra carta de 5 de pluvioso, y creo que antes de levantar el sitio de Brest, será bueno esperar á que se firme en Amiens el tratado de paz.

A las dos me he trasladado á la sala donde celebra sus sesiones la Consulta extraordinaria, y despues de pronunciar en italiano un corto discurso cuya traduccion es adjunta, se leyó la constitucion, la primera ley orgánica, y una relativa al clero, proclamándose en seguida los nombramientos, segun vereis en el acta que os enviaré mañana, y donde se halla la constitucion.

Los dos ministros, cuatro consejeros de estado, veinte prefectos, y muchos generales y oficiales superiores, me han acompañado, habiendo sido una sesion tan magestuosa y unánime, que espero producirá el congreso de Leon el resultado apetecible.

Creo que será inútil, á no ser que corran voces falsas acerca del congreso de Leon, que publiquéis nada antes que llegue el correo que mañana os enviaré, pues solo en caso de que se divulgue la noticia de que la Consulta me ha nombrado presidente, será oportuno publicar los documentos adjuntos, que dan á conocer el verdadero giro que han tomado las cosas.

Todavía permaneceré aqui un dia mas para que todo quede concluido, y me pondré en marcha mañana á la noche, llegando á Paris el décadí.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE.



LIBRO DECIMO.

EVACUACION DEL EGIPTO.

Todos tienen fija su atencion en las negociaciones entabladas en Londres, y se pregunta qué influencia ejercerá la muerte de Pablo I sobre aquellas negociaciones.—Estado de la corte de Rusia.—Carácter de Alejandro.—Sus jóvenes amigos forman con él un gobierno secreto que dirige todos los negocios del imperio.—Alejandro consiente en reducir mucho las pretensiones presentadas en Paris por Mr. de Kalitcheff, en nombre de Pablo.—Acoge afectuosamente a Duroc.—Sus protestas reiteradas sobre el deseo que le anima de vivir bien con la Francia.—Principio de la negociacion entablada en Londres.—Condiciones puestas previamente por una y otra parte.—Conquistas de ambos paises por mar y

tierra. La Inglaterra consiente en restituir parte de sus conquistas marítimas, pero subordina toda la negociacion á la cuestion de saber si la Francia guardará el Egipto.—Los dos gobiernos se ponen tácitamente de acuerdo para contemporar, á fin de esperar el resultado de los sucesos militares.—Sabiendo el primer consul que la negociacion depende de estos sucesos, escita á la España á que envíe cuanto antes tropas contra el Portugal, y hace nuevos esfuerzos para socorrer al Egipto.—Empleo de las fuerzas navales.—Proyecto de varias expediciones.—Navegacion de Ganteaume al salir de Brest.—Este almirante pasa felizmente el estrecho.—Dispuesto á dirigirse á Alejandria, se asusta de peligros imaginarios y entra en Tolon.—Estado del Egipto desde la muerte de Kléber.—Sumision del pais, y situacion próspera de la colonia bajo el aspecto material.—Incapacidad, anarquía en el gobierno.—Deplorable disidencias de los generales.—Medidas mal concebidas de Menou, que quiere abarcar todos los objetos á la vez.—A pesar del aviso reiterado de una expedicion inglesa, no toma precaucion alguna.—Desembarco de los ingleses en la rada de Abukir el 8 de marzo. El general Friant, cuyas fuerzas están reducidas á mil quinientos hombres, hace inútiles esfuerzos para rechazarlos.—Dos batallones agregados á la division de Alejandria

hubieran salvado al Egipto.—Tardia concentracion de fuerzas mandadas por Menou.—Llegada de la division de Lanusse, y segundo combate dado el 13 de marzo con fuerzas insuficientes.—Menou llega al fin con el grueso del ejército.—Tristes consecuencias de la division de los generales.—Plan de una batalla decisiva.—Batalla de Canope, dada el 21 de marzo, y la cual queda indecisa.—Los ingleses continúan siendo dueños de la costa de Alejandria.—Largas treguas pasadas en contemporar, en cuyo tiempo hubiera podido Menou reparar los descabros de los franceses maniobrando contra los cuerpos destacados del enemigo, pero nada de esto hace.—Los ingleses intentan una operacion sobre Roseta, y logran apoderarse de una de las bocas del Nilo.—Penetran en el interior.—El general Menou pierde por su incapacidad la última ocasion que se le presenta de salvar el Egipto, en Ramanieh.—Los ingleses se apoderan de Ramanieh y separan la division del Cairo de la de Alejandria.—El ejército francés, cortado en dos no tiene mas recurso que capitular.—El general Belliard entrega el Cairo.—Encerrado Menou en Alejandria, ambiciona la gloria de una victoria semejante á la de Génova.—Piérdese el Egipto definitivamente para los franceses.

LIBRO ONCE.

PAZ GENERAL.

Ultima é infructuosa salida de Ganteau-
me.—Toca en Derne, no se atreve á de-
sembarcar dos mil hombres que llevaba á
bordo, y retrocede hácia Tolon.—En la
navegacion se apodera del navio *Swifsu-
ve*.—El almirante Linois, que se dirigia
de Tolon á Cádiz se vé obligado á anclar
en la bahia de Algeciras.—Combate de
Algeciras.—Sale de Cádiz para ir á socor-
rer á la division Linois una escuadra com-
puesta de franceses y españoles.—Entra-
da en Cádiz de las escuadras combina-
das.—Combate á retaguardia con el al-
mirante inglés Saumarez.—Fatal engaño
de dos buques españoles, que merced á la
oscuridad de la noche, tómanse mútua-
mente por enemigos, combaten desespe-
rados y vuelan hechos pedazos.—Brillan-
te hecho de armas del capitan Troude.—
Corta campaña del príncipe de la Paz
contra Portugal.—La córte de Lisboa co-
misiona á un enviado que vaya á Badajoz
á asegurar está dispuesta á someterse á lo
que dispongan de comun acuerdo Francia
y España.—Estado de los negocios euro-
peos desde el tratado de Luneville.—In-

fluencia cada dia mayor de la Francia.—
Estancia en Paris de los infantes de España
destinados á reinar en Etruria.—Mr. Otto
y lord Hawkesbury vuelven á entablar la
negociacion de Lóndres.—Nuevo modo
de establecer la cuestion por parte de los
ingleses.—Piden se les entreguen Ceylan,
en las Indias, la Martinica ó la Trinidad
en las Antillas y Malta en el Mediterrá-
neo.—El primer consul responde á sus
pretensiones amenazándolos con que con-
quistaria á Portugal y aun haria un des-
embarco en Inglaterra si era necesario.—
Viva polémica entre el *Monitor* y los pe-
riódicos ingleses.—El gabinete británico
renuncia á Malta y se limita á pedir la isla
española de la Trinidad.—El primer con-
sul deseando salvar las posesiones de una
córte aliada ofrece dar la isla francesa de
Tabago.—El gabinete británico no admite
esta posesion.—Insensata conducta del
príncipe de la Paz que tuvo un resultado
que nadie esperaba.—El mencionado prin-
cipe trata con la córte de Lisboa sin po-
nerse de acuerdo con Francia con lo cual
priva á la legacion francesa del argumento
que suministraban los peligros de Portu-
gal.—Irritacion del primer consul y ame-
nazas de guerra á la córte de Madrid.—
Mr. de Talleyrand propone al primer con-
sul se ponga fin á la negociacion á costa
de los españoles entregando á los ingleses
la isla de la Trinidad.—Mr. Otto es au-
torizado para hacer aquella concesion, pe-
Biblioteca popular. T. III. 894

ro solo en un caso estremo.—Durante las negociaciones hace Nelson los mayores esfuerzos para destruir la flotilla de Boloña.—Combates delante de Boloña sostenidos contra Nelson por el almirante Latouche-Treville.—Derrota de los ingleses.—Regocijo en Francia é inquietud en Inglaterra de resultas de aquellos dos combates.—Disposiciones reciprocas para un acomodamiento.—Sálvanse todas las dificultades y se celebra la paz en forma de preliminares sacrificando la isla de la Trinidad.—Estraordinario alborozo en Inglaterra y en Francia.—El coronel Lauriston que llevó á Lóndres la ratificación del primer consul es llevado en triunfo por muchas horas.—Reunion de un congreso en Amiens para celebrar la paz definitiva.—Sucédense de uno en otro los tratados.—Paz con Portugal, la Puerta Otomana, la Baviera, Rusia, etc.—Funcion en loor de la paz fijada para el 18 de brumario.—Lord Cornwallis, plenipotenciario en el congreso de Amiens asiste á aquella funcion.—Recibimiento que le hace el pueblo de París.—Banquete de la Cité en Londres.—Muestras estraordinarias de simpatia entre ambas naciones. . . 415

LIBRO DOCE.

CONCORDATO.

Estado de la iglesia católica durante la re-

volucion francesa.—Constitucion civil del clero decretada por la Asamblea constituyente.—Esta constitucion habia querido igualar la administracion de los cultos á la del reino, establecer una diócesis en cada departamento, hacer que los fieles eligiesen los obispos y dispensarlos de la institucion canónica.—Juramento á aquella constitucion que se exigió al clero.—Negativa á prestarlo y cisma.—Diversas categorías de sacerdotes, sus atribuciones é influjo.—Inconvenientes de este estado de cosas.—Medios que suministró á los enemigos de la revolucion para turbar el estado y las familias.—Diversos sistemas propuestos para remediar el mal.—Sistema de inaccion.—Sistema de una iglesia francesa cuyo gefe seria el primer consul.—Sistema de prestar gran ayuda al protestantismo.—Opinion del primer consul acerca de estos sistemas.—Forma el proyecto de restablecer la religion católica acomodando su disciplina á las nuevas instituciones de Francia.—Quiere que los antiguos obispos titulares sean depuestos, que las ciento cincuenta y ocho sedes queden reducidas á sesenta, que se cree un nuevo clero compuesto de sacerdotes respetables de todas las sectas, que el estado conociese del arreglo del culto, que se asignase á los sacerdotes un sueldo en vez de una dotacion territorial, y por último, que la iglesia consagrara la venta de los bienes naciona-

les. — Relaciones amistosas del papa Pío VII con el primer consul. — Monseñor Spina encargado de negociar en París, retarda la negociacion por intereses particulares de la Santa Sede. — Deseo secreto de recobrar las Legaciones. — Monseñor Spina conoce al fin que era necesario darse prisa. — Tiene una entrevista con Bernier encargado de hacer la negociacion por Francia. — Dificultades del plan propuesto á la córte romana. — El primer consul envia su proyecto á Roma y pide al papa que se explique. — Consulta de tres cardenales. — El papa con arreglo á esta consulta quiere que la religion católica sea declarada religion del estado, que se le dispense de deponer á los antiguos titulares y de consagrar la venta de los bienes de la iglesia de otro modo que con su silencio, etc. — Disputas con Mr. de Cacault, ministro de Francia en Roma. — Cansado el primer consul de semejante lentitud manda á Mr. de Cacault que deje á Roma dentro de quince dias si en este plazo no se acepta el concordato. — Terror del papa y del cardenal Consalvi. — Salida de éste para Francia y su miedo. — Llegada á París. — Acógele perfectamente el primer consul. — Conferencias con Bernier. — Logran entenderse acerca del principio de la religion del estado. — Se declara que la religion católica es la de la mayoría de los franceses. — Salvo algunas variaciones de

redaccion son aceptadas todas las demas condiciones del primer consul relativas á la deposicion de los antiguos titulares, á la reduccion y la venta de bienes de la iglesia. — Conformidad de pareceres acerca de todos los puntos. — Esfuerzos que hasta el último momento hacen los adversarios del restablecimiento de los cultos para impedir que el primer consul firme el concordato. — Sin embargo de esto insiste. — Lo firma el 15 de julio de 1801. — Regreso del cardenal Consalvi á Roma. — Satisfaccion del papa. — Solemnidad de las ratificaciones. — El cardenal Caprara es elegido legado *adlatere*. — El primer consul hubiera querido celebrar el 18 de brumario la paz con la iglesia al mismo tiempo que la efectuada con todas las potencias de Europa. — Tardanza que origina la necesidad de dirigirse á los antiguos titulares para que hicieran dimision. — El papa se dirige á todos los antiguos obispos constitucionales ó no constitucionales, con igual objeto. — Sometense los constitucionales. — Resignanase los individuos del antiguo clero. — Contestaciones dignas de admiracion. — Solo se resisten los obispos retirados en Londres. — Cuando todo estaba dispuesto para restablecer el culto en Francia, produce nuevas dilaciones la oposicion suscitada en el seno del Tribunado. — Necesidad que habia de vencer esta oposicion antes de pasar adelante. 493

LIBRO TRECE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MONTERREY
 TRIBUNADO PÚBLICO DEL ESTADO
 EL TRIBUNADO.

Gobierno interior.—Se componen las carreteras generales, quedando libres de ladrones.—Renace el comercio.—Esportaciones é importaciones que hubo en todo el año de 1801.—Resultados materiales de la revoluciu francesa con respecto á la agricultura, la industria y la poblacion.—Influencia que tuvieron en el gobierno interior de los pueblos los prefectos y subprefectos.—Orden y celeridad en el despacho de los negocios.—Consejeros de estado recorriendo la Francia.—Discusion del código civil en el Consejo de estado.—Brillante invierno de 1801 á 1802.—Concurrencia extraordinaria de estrangeros en París.—Córte del primer consul.—Organizacion militar y civil de las personas que se hallaban á sus inmediatas órdenes.—Guardia consular.—Prefectos de palacio y damas de honor.—Hermanas del primer consul.—Ortensia de Beauharnais se casa con Luis Bonaparte.—MM. Fox y de Calonne en Paris.—Bienestar y lujo de todas las clases.—Aproximase la época en que debia abrirse la legislatura del año X.—Oposicion contra las mejores obras del primer consul.—Causas de esta

oposicion, hecha no solo por los miembros de las asambleas deliberantes, sino por algunos gefes del ejército.—Conducta de los generales Lannes, Augereau y Moreau.—Abrese la legislatura.—Es nombrado presidente del Cuerpo legislativo, Dupuis, autor de una obra sobre el origen de todos los cultos.—Escrutinios para las plazas vacantes en el Senado.—Nombramiento del abate Gregorio en contra de las proposiciones del primer consul.—Estrépito en el Tribunado por la palabra *súbditos* que se usaba en el tratado celebrado con Rusia.—Oposicion del código civil.—Enfado del primer consul.—Discusion en el Consejo de estado acerca de la conducta que debia observarse en aquellas circunstancias.—Adoptan el partido de esperar á que se discutiesen los primeros títulos del código civil.—Los desecha el Tribunado.—Continúan los eserutinios para las plazas vacantes en el Senado.—El primer consul presenta por candidatos á antiguos generales que no eran hechura suya.—El Tribunado y el Cuerpo legislativo no los admiten, y se ponen de acuerdo para proponer á Mr. Daunou, que se habia dado á conocer por su oposicion al gobierno.—Alocucion del primer consul en una reunion de senadores.—Amenazas de un golpe de estado.—Intimidados los miembros de la oposicion se someten, valiéndose de un subterfugio para anular

el efecto que habían producido sus primeros escrutinios.—El consul Cambaceres aconseja al primer consul que no tome ninguna medida ilegal, y le induce á que se desprenda de los de la oposicion por el medio del artículo 38 de la constitucion, que fija el año X para la salida de la primera quinta parte del Cuerpo legislativo y del Tribunado.—El primer consul adopta esta idea.—Suspension de todos los trabajos legislativos.—Se aprovecha el interregno para reunir en Leon con el nombre de Consulta una dieta italiana.—Antes de dejar á Paris, envia el primer consul con rumbo á Santo Domingo una flota cargada de tropas.—Proyecto de volver á conquistar esta colonia.—Negociaciones de Amiens.—Objeto de la Consulta convocada en Leon.—Diversos modos de constituir la Italia.—Proyectos del primer consul acerca de este punto.—Creacion de la república italiana.—El general Bonaparte es proclamado presidente de ella.—Entusiasmo de los italianos y de los franceses que se reunieron en Leon.—Gran revista del ejército de Egipto.—Regreso del primer consul á Paris. 288

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA NUEVA
BIBLIOTECA